

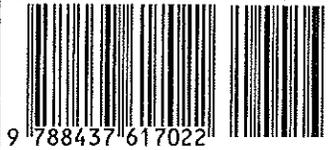
**T**rabajo social feminista se instala de lleno y con firmeza en la creciente tradición de críticas de la teoría y la práctica marxistas como parte del desarrollo de una política feminista en todos los niveles del bienestar. Su enfoque es predominantemente práctico, empírico y prescriptivo; demuestra de modo convincente la virtud más destacada de la mejor escritura feminista, a saber, la voluntad de otorgar prioridad a la práctica antes que a la teoría abstracta.

Las autoras abordan la práctica a través del examen previo de la definición de los problemas sociales y de cómo una perspectiva feminista ilumina nuestra comprensión del significado de esos problemas que adquiere el género en su construcción.

Después, y antes de explorar la posibilidad de una práctica en una situación sin duda más difícil, la del trabajo social en el campo de la legislación, exponen todo un espectro de trabajo feminista en campañas y en terapia para pasar así a explorar la posibilidad de una práctica feminista en el trabajo social institucional. Posteriormente, se centran en las relaciones de trabajo que podrían establecerse; y por último, escriben con tono optimista acerca de la presencia política más amplia del feminismo como contexto para el desarrollo efectivo del trabajo social feminista.

- Ediciones Cátedra
- Universitat de València
- Instituto de la Mujer 

ISBN 84-376-1702-2 00053



0164053

53

TRABAJO SOCIAL FEMINISTA

LENA DOMINELLI Y EILEEN MACLEOD

Lena Dominelli y Eileen MacLeod  
**Trabajo social feminista**



FEMINISMOS

Lena Dominelli y Eileen McLeod

# Trabajo social feminista

EDICIONES CÁTEDRA  
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA  
INSTITUTO DE LA MUJER

## Feminismos

Consejo asesor:

Giulia Colaizzi: Universitat de València  
María Teresa Gallego: Universidad Autónoma de Madrid  
Isabel Martínez Benlloch: Universitat de València  
Mary Nash: Universidad Central de Barcelona  
Verena Stolcke: Universidad Autónoma de Barcelona  
Amelia Valcárcel: Universidad de Oviedo  
Instituto de la Mujer

Dirección y coordinación: Isabel Morant Deusa: Universitat de València

Título original de la obra:  
*Feminist Social Work*

Traducción de Marco Aurelio Galmarini

Diseño de cubierta: Carlos Pérez-Bermúdez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

N.I.P.O.: 207-99-001-6  
© Lena Dominelli and Eileen Mcleod, 1989  
Prólogo © Peter Leonard 1989  
© Ediciones Cátedra, S. A., 1999  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
Depósito legal: M. 4.742-1999  
I.S.B.N.: 84-376-1702-2  
*Printed in Spain*  
Impreso en Gráficas Rógar, S. A.  
Navalcarnero (Madrid)

*A María Giuseppina, Connie,  
María y Rita (L. D.)*

*A Janyce, Nora, Rosemary  
y Vivien (E. M.)*

## Prefacio

En 1978, cuando se lanzó la serie *Critical Texts in Social Work and the Welfare State*, se la encuadró en un discurso particular: el del marxismo. Se sostenía entonces que los fundamentos de una política y una práctica de izquierda en materia de bienestar debían residir en la economía política marxista, en una teoría marxista del Estado del Bienestar y en una teoría marxista de las relaciones interpersonales. El objetivo de la serie no era regodearse en el dogmatismo sectario, sino contribuir al «desarrollo del debate de la izquierda acerca de la naturaleza del Estado del Bienestar y las posibilidades de la práctica socialista en su seno»<sup>1</sup>.

Los diez años transcurridos desde el anuncio de estos objetivos intelectuales han sido intensamente traumáticos tanto para la práctica socialista como para la teoría marxista. Es fácil identificar tres factores en este trauma.

En primer lugar, hemos experimentado el profundo cambio en las fuerzas de clase, con señas triunfales de la nueva derecha en los países occidentales. Este giro a la derecha ha tenido y sigue teniendo un efecto transformador sobre las instituciones y las prácticas del bienestar, así como sobre el debate en el seno de la izquierda en general. Hace diez años, el discurso socialista sobre el bienestar se situaba en el mar-

---

<sup>1</sup> P. Corrigan y P. Leonard, *Social Work Practice Under Capitalism*, Londres, Macmillan, introducción del editor, 1978.

co de una crítica de la democracia social, sus burocracias, su elitismo y su alienación respecto de la clase obrera. La izquierda necesitó un tiempo para darse cuenta de que la democracia social, tal como la conocíamos, estaba muerta y enterrada y que el neoconservadurismo radical de esta nueva era requería cambios de gran alcance en el pensamiento y la acción socialistas.

En segundo lugar, la política de los países «socialistas» existentes ha ido desde el desalentador fracaso al auténtico horror de la opresión. Llega un momento en que, en ausencia de ejemplo positivo alguno, resulta increíblemente difícil seguir manteniendo un compromiso con el gran proyecto del socialismo. En el seno de los países de Europa oriental y central, por ejemplo, donde se ha forzado el lenguaje del marxismo para ponerlo al servicio del dogma de Estado, las críticas socialistas y progresistas del bienestar han tenido que buscar su marco de referencia fuera del análisis marxista, porque el discurso marxista parecía irremediablemente extraviado por su servicio a la opresión.

En tercer lugar, y lo más importante en relación con la publicación de este volumen particular en la serie, están las críticas profundamente significativas al marxismo que se han expresado en el seno de fuerzas progresistas más amplias y sus intelectuales orgánicos. Es preciso reconocer que de estas diversas críticas la más profunda y de mayor alcance ha surgido del movimiento de las mujeres y de los estudios feministas dirigidos al análisis de las relaciones de género en todos los campos de la actividad humana. Aunque los debates que se dan en el interior del feminismo entre las diversas tendencias representadas en este amplio movimiento han creado divisiones políticas, todas las feministas están de acuerdo en el carácter central de las relaciones de género en todo análisis de orden social, sus instituciones e ideologías. Además, el análisis feminista aspira a proporcionar una mayor comprensión de las políticas de bienestar que una interpretación marxista y, lo que es más importante, una orientación más completa para la práctica dentro del campo del bienestar.

*Trabajo social feminista*, de Lena Dominelli y Eileen McLeod, se instala de lleno y con firmeza en esta creciente tradición de críticas de la teoría y la práctica marxista como parte de su desarrollo de una política feminista en todos los niveles del bienestar. Aunque critica severamente los escritos anteriores del área de la práctica de trabajo social, socialista, radical, incluso los títulos pertinentes de esta serie, su enfoque es predominantemente práctico, empírico y prescriptivo. Demuestra de modo convincente la virtud más destacada de la mejor escritura feminista, a saber, la voluntad de otorgar prioridad a la práctica política antes que a la teoría abstracta.

Las autoras de *Trabajo social feminista* abordan la práctica a través del examen previo de la definición de los problemas sociales y de cómo una perspectiva feminista ilumina nuestra comprensión del significado que el género adquiere en su construcción de esos problemas. Luego, y antes de explorar la posibilidad de una práctica feminista en una situación sin duda más difícil, la del trabajo social en el campo de la legislación, exponen todo un espectro de trabajo feminista en campañas y en terapia antes de explorar la posibilidad de una práctica feminista en el más abroquelado de los escenarios: el del trabajo social institucional. Después se dirigen a las relaciones de trabajo que podrían establecerse entre los trabajadores sociales sobre la base de los principios feministas. Por último, Lena Dominelli y Eileen McLeod escriben con optimismo acerca de la presencia política más amplia del feminismo como contexto para el desarrollo efectivo del trabajo social feminista.

Dado el acusado tono crítico de su actitud en relación con la práctica «socialista», ¿en qué lugar de la serie situar este libro? En los últimos años se ha hecho cada vez más evidente que cualquier apareamiento simple del feminismo con el socialismo es extraordinariamente difícil y que su unión resulta imposible<sup>2</sup>. Cuando el feminismo entra en diálogo con el marxismo, está condenado a ejercer una crítica

<sup>2</sup> E. Wilson y A. Weir, *Hidden Agenda*, Londres, Tavistock Publications, 1978.

particularmente agria a fin de desenmascarar y desafiar con la mayor profundidad posible no sólo lo que vemos en el mundo (y lo que no vemos), sino también cómo intentamos comprenderlo. Las feministas tienen razón en sostener que el marxismo, por lo menos el clásico, no es una base adecuada para comprender el mundo social y nuestras internacionalizaciones del mismo. Para que siga siendo una teoría y un método dinámico y reflexivo es preciso *feminizar* el marxismo y pasar por todos los cambios que este proceso implica. Por cierto, hoy no es concebible ningún socialismo que no aborde el género como un problema central en cualquier desarrollo del igualitarismo y de relaciones sociales que no impliquen explotación. El feminismo, por su lado, también se ve beneficiado de su discurso conjunto con el marxismo, pues, para llevar a cabo su política, tiene que aceptar el corazón de la teoría y la práctica de la tradición socialista. Este libro hace su propia y valiosa contribución a dicho discurso.

En una reseña del estudio de Linda Gordon sobre la violencia familiar en Boston de 1880 a 1960<sup>3</sup>, Kenneth Keniston plantea el importantísimo problema con que se enfrenta el diálogo entre feministas y marxistas:

Para Marx, las relaciones sociales de producción eran la piedra de Roseta que permitía entrar en el secreto de los lenguajes de la ideología, la conciencia, el Estado, la economía, la religión y el cambio histórico. El trabajo intelectual feminista de nuestros días sugiere que aun cuando el género no sea la clave, es más que una simple variable. El de género es el primero, el más inmutable y profundo de los significados que se asignan a los seres humanos.

El logro de estudiosas como Linda Gordon reside en otorgar al género un papel tan importante en la explicación como el que desempeña en la vida<sup>4</sup>.

A pesar de que algunas feministas parecen considerar el género precisamente como la piedra de Roseta, quienes interactúan estrechamente con el pensamiento socialista, como Dominelli y McLeod, se abstienen de dar este paso final, que subordinaría todas las otras divisiones sociales, incluso las de clase y de raza, al imperativo dominante del género. Este libro se ocupa precisamente de la cuestión de la relación del género con otras divisiones y encuentra, lo que no es sorprendente, que el análisis más satisfactorio de esta relación es el feminista. Es probable que sus respuestas sean objeto de controversia entre los trabajadores sociales; no obstante, todos los lectores estimarán la cuidadosa exposición de las implicaciones que la perspectiva feminista tiene en la práctica cotidiana del trabajo social en todos los niveles de intervención.

PETER LEONARD

<sup>3</sup> L. Gordon, *Heroes of their Own Lives*, Nueva York, Viking, 1988.

<sup>4</sup> K. Keniston, «Wife Beating and the Rule of Thumb», *New York Times Review of Books*, 8 de mayo, 1988.

## Agradecimientos

Agradecemos calurosamente a las mujeres, niños, niñas y hombres —demasiados como para mencionarlos uno por uno— que compartieron sus experiencias y opiniones con nosotras y que jamás dejaron de proporcionarnos nuevas ideas sobre nuestra obra a medida que la escribíamos. Queremos expresar también nuestra profunda gratitud por el apoyo práctico que recibimos de nuestras respectivas familias, así como de nuestros amigos personales y académicos más cercanos. Deseamos agradecer en particular a nuestras lectoras —Sally Cherry, Mary Langan y David Howe— sus útiles comentarios y constructivas sugerencias en la fase de redacción original; a Chris Woods su rápida y eficaz transcripción mecanografiada del arduo manuscrito; a David Whiteley su voluntad para hacer de niñero y ofrecer asesoramiento informático junto con su infinito y amoroso apoyo, contribuciones inestimables durante todo el proceso de elaboración de este libro, y a Anna McLeod su comprensión, estímulo y consejo perspicaz. Por último, agradecemos a nuestro amigo y ex colega, Peter Leonard, su apoyo, consejo e interés en la publicación de *Trabajo social feminista*.

LENA DOMINELLI  
EILEEN MCLEOD

## Introducción

El trabajo social feminista está en proceso de formación. Sus principios han llegado de todo un abanico de actividades en el interior del más amplio movimiento de las mujeres y aún son objeto de elaboración a través de nuevas acciones, discusiones y controversias. De la misma fuente mana su práctica, pero adquiere un conjunto específico de características a medida que las feministas se comprometen en la tarea de crear un trabajo social feminista. Este modelo de desarrollo sigue las líneas que ha adoptado una multitud de iniciativas feministas en campos tan diversos como la edición, la geografía, el trabajo sanitario y la administración. El trabajo social feminista también se inspira en el análisis feminista de los problemas sociales. Al mismo tiempo, la prolongación de ese análisis comienza a ser ya su contribución específica, como, por ejemplo, en la conclusión a que una y otra vez llegan los grupos feministas de trabajo, según la cual, a la hora de hacer efectiva su potencialidad para el activismo, cualquier intento de organización de las mujeres debe tener en cuenta las cargas emocionales anejas a la subordinación de género (Donnelly, 1986; Curno *et al.*, 1982; McLeod, 1982).

La idea que anida en el corazón del feminismo es muy simple: no hay en el mundo dos clases de personas, una superior y otra inferior, o, en términos de relaciones de poder, una dominante y otra subordinada. Todos somos iguales con independencia del género. En consecuencia, es preciso transformar y recrear las relaciones sociales que oscurecen este hecho, de tal manera que reflejen la igualdad en términos de género. En consonancia con esto, una actitud feminista respalda el igualitarismo en todas sus dimensiones sociales. Por tanto, las feministas se oponen también a otras divisiones sociales que reflejan dominación y subordinación, como raza, clase, heterosexismo, discriminación de la gente mayor o discapacitada.

La descripción precedente contiene en realidad el resultado del trabajo de identificar y redefinir convicciones en el corazón mismo del movimiento contemporáneo de mujeres durante los últimos veinte años. Los estudios feministas han documentado la manera en que se han dado las luchas para asegurar la igualdad de género a lo largo de los siglos y la variedad de formas que han adoptado (Banks, 1981). El resurgimiento contemporáneo del Movimiento de Mujeres en los años sesenta de este siglo tuvo como marca distintiva el énfasis de las mujeres en el vacío de su existencia, en tanto seres cuyas limitaciones les eran dadas en y por obra de su propia domesticidad (Friedan, 1974). Miles de mujeres descubrieron en sí mismas el mensaje que Betty Friedan había hecho público, tomaron conciencia de cómo la sexualidad, la maternidad y la domesticidad actuaban contra sus intereses y contribuían a su infelicidad, y se unieron, decididas a hacer algo al respecto (Dreifus, 1973). Aún se sigue discutiendo acerca de las razones por las cuales las mujeres emprendieron o renovaron el cuestionamiento sostenido y público de la injusticia de su papel precisamente en esa coyuntura histórica. Las tres teorías que se proponen con mayor frecuencia sostienen: que representó una rebelión contra las normas de domesticación de posguerra, que fue la emer-

gencia de una elite femenina joven y educada que se enfrentaba a la contradicción de un futuro de impotencia encuadrado por las exigencias del matrimonio y de la familia, y que fue una ola más de rebelión tras la huella de las iniciativas estudiantiles y del poder negro. Pero todas estas teorías sólo responden parcialmente a la pregunta de las causas por las que fueron precisamente las mujeres quienes se sintieron motivadas a adoptar una actitud crítica sobre sus circunstancias y por qué precisamente en ese momento. Lo que está claro es que, poco a poco, en y a través del pensamiento privado, de conversaciones informales, escritos, grupos tempranos de toma de conciencia, acontecimientos sociales, campañas, reuniones masivas y grupos de presión, fue cobrando expresión la convicción acerca de la injusticia de la desigualdad de las mujeres (Coote y Campbell, 1982; Oakley, 1972). En el proceso quedó establecido que el bienestar de las mujeres constituye un problema social importante en todos los continentes (Jayawardna, 1986).

Pero volvamos a Gran Bretaña y al proceso a través del cual se han ido refinando los principios feministas en este país, que tuvo sus paralelos en iniciativas similares en todo el mundo. Ese proceso se dio como impulso continuo a poner a prueba lo que los principios feministas debían significar a través de la crítica y la renovación constantes. En el curso del mismo se revisaron y extendieron permanentemente los aspectos específicos de tales principios. El desarrollo del movimiento de las mujeres se ha caracterizado por una serie de controversias en las que se ha mostrado que un grupo evidentemente más poderoso reforzaba formas particulares de desigualdad. Por ejemplo, las mujeres de clase obrera han hecho ver a sus hermanas de clase media que es imposible ignorar la dimensión de clase como determinante profundo de las circunstancias sociales (Curno *et al.*, 1982). Esto quiere decir que las feministas de clase media han llegado a apreciar el significado de la implicación de las mujeres de clase obrera en problemas tales como las instalaciones de juego infantil, servicios de atención a sus hijos, el empleo y la vivienda, a través de la acción de la comunidad

y las luchas en el lugar de trabajo. Las mujeres negras han descubierto que no pueden desentenderse de la lucha de clases ni de la lucha de género, pero que deben asumir además la lucha antirracista. Han reprochado a sus hermanas blancas el haber caído en la trampa del racismo por no haberse hecho cargo de que la hermandad de mujeres abarca por igual los intereses de blancas y de negras. Han continuado organizándose como mujeres negras y afirmando que las feministas blancas debían ser antirracistas so pena de que su igualitarismo careciera por completo de sentido. Además de separarse de sus hermanas blancas a causa de los efectos del racismo, las feministas negras, en cierta medida, se han distanciado también de sus hermanos negros debido al sexismo de éstos y con el fin de asumir la especificidad de su situación (Bryan *et al.*, 1985). Las lesbianas han desafiado el heterosexismo de las mujeres «normales» y han afirmado el lesbianismo como modo absolutamente legítimo de expresión emocional y sexual. Esto ha desembocado en un movimiento de mujeres más amplio, que reconoce que el lesbianismo puede ser superior a otras formas femeninas de experiencia sexual. Fue y sigue siendo muy encendida la discusión acerca de si el hecho de elegir hombres como objeto de amor sexual es contradictorio con los objetivos feministas de no conceder superioridad al sexo masculino, pero, sea cual fuere el resultado de este debate y sin dar por supuesto que el heterosexismo haya desaparecido entre las mujeres que se consideran feministas, ha quedado establecido el principio según el cual, si no se oponen al heterosexismo, las feministas se contradicen a sí mismas.

Un giro más en el debate relativo al lesbianismo en el movimiento de las mujeres, pero un giro que ilustra el constante compromiso de examinar qué es lo que de verdad representan los principios igualitarios, ha sido la atención que se ha prestado recientemente al sadomasoquismo lésbico. El centro neurálgico del argumento era el dilema de si el respeto por el principio de la sexualidad autodefinida, en cuanto a la forma que la expresión sexual adopta, respalda el sadomasoquismo lésbico o lo rechaza por incoherencia con las

aspiraciones feministas, dado que las relaciones sadomasoquistas parecen tener una motivación importante en las relaciones de dominación-subordinación (Ardill y O'Sullivan, 1986). Una vez más, el problema central estriba en cómo resolver lo que en la conducta feminista asume formas contradictorias con los objetivos igualitarios feministas.

Mientras tanto, las luchas en varias otras áreas garantizan que las feministas tienen suficientemente en cuenta otras divisiones sociales que afectan al bienestar de las mujeres, aparte del género. Por ejemplo, las actuales agendas de temas de discusión y de acción incluyen esfuerzos continuos por producir una situación que vaya contra la «discriminación de los discapacitados» más allá de lo meramente simbólico (Campling, 1981), y la manera en que la discriminación de la gente mayor no sólo imprime su sello en el tratamiento que las mujeres mayores reciben de las más jóvenes, sino que también corroe la autoidentidad de todas las mujeres (Warren, 1985).

El proceso que hemos descrito aún no ha llegado a su término y, en tanto productos de una sociedad jerárquica, las feministas no son inmunes a la reproducción de la jerarquía a través de sus propias relaciones de clase. Así, queda aún por desenterrar las divisiones sociales que anidan en la conciencia feminista. Tampoco se conocen la forma o la intensidad que asumirá la preocupación feminista en hacerse cargo de tal cosa. Sin embargo, sugerimos que las respuestas feministas a la crítica de su teoría y su práctica se han desarrollado lo suficiente como para demostrar que el rechazo de todas las divisiones sociales, y no sólo de las basadas en el género, ha llegado a constituir una característica básica de la actitud feminista sobre la desigualdad social.

Mientras tanto, las feministas nunca han dejado de examinar la cuestión relativa al lugar donde deben situarse los orígenes de la subordinación en términos de género. Hasta ahora, los intentos de explicar tal cosa parecen haberse caracterizado por tres tendencias principales. Las feministas separatistas radicales han identificado su enemigo en los hombres, auténticos arquitectos de las relaciones sociales

patriarcales que imponen la impotencia a las mujeres. Como consecuencia, las feministas separatistas radicales afirman que la única solución efectiva para conseguir el bienestar de las mujeres es que su existencia sea lo más independiente posible de los hombres, tanto sexual como emocional y materialmente. Esta posición ha dado lugar a prácticas tales como la prohibición del ingreso de niños varones en las guarderías feministas y en los centros de mujeres y, en su forma norteamericana extrema, a la fundación, por obra de Valerie Solanas, de la Sociedad para la Destrucción de los Hombres (SCUM, Society for Cutting Up Men) (Solanas, 1974).

En términos generales, las acciones de las feministas separatistas radicales se han caracterizado por el desarrollo de espacios autónomos, recursos y redes exclusivos para mujeres, como las primeras iniciativas de las Mujeres Contra la Violencia Contra las Mujeres. Pero aunque aceptamos la importancia que reviste el contar con un enfoque de la opresión de género que tenga a las mujeres como centro, sostenemos que la eliminación de los hombres en tanto seres humanos, ya en la teoría, ya en la práctica, choca abiertamente contra las preocupaciones igualitaristas del feminismo. Además, su factibilidad es una empresa genética cuestionable en el futuro previsible. Este enfoque ignora además la manera en que, a medio plazo, la conducta de las mujeres reproduce los supuestos patriarcales (Wilkinson, 1986) y constituye por sí misma un objetivo adecuado del cambio. Sin embargo, estamos de acuerdo en que, para permanecer fieles a la práctica feminista en tanto mujeres, es esencial que tengamos grupos autónomos integrados exclusivamente por mujeres e instalaciones sólo femeninas para el uso del tiempo libre. Esto da a las mujeres la capacidad para desarrollar teorías feministas y maneras de seguir trabajando sin tener que luchar al mismo tiempo con todo el peso de las presiones y los procedimientos sexistas. De esta suerte, estamos en contra del separatismo feminista tal como se le entiende comúnmente, pero apoyamos el establecimiento de grupos y de recursos exclusivos para mujeres.

Una tendencia posterior en la producción escrita y en la acción feministas ha consistido en localizar la opresión de género en las relaciones sociales patriarcales, y considerar que el objetivo primordial del cambio son estas relaciones sociales mismas y no los hombres (Oakley, 1981). Se admite que a veces puede resultar difícil separar una cosa de otra. Pero, desde el punto de vista del análisis, mientras las relaciones sociales patriarcales aseguren la dominación masculina y el poder de los hombres sobre las mujeres, surgen dos posibilidades. Una es la de que el conjunto de estas relaciones sociales no sirva fundamentalmente a los intereses de los hombres como seres humanos. Por ejemplo, la capacidad de los hombres para el compromiso emocional con otros hombres, mujeres y niños se ve atrofiada y distorsionada por su socialización de acuerdo con las normas del rol masculino dominante. Para las feministas, esto significa que, de ser cierto, sería posible comenzar a negociar con los hombres sobre la base de que el patriarcado no responde totalmente a sus intereses y, en consecuencia, atraer las energías de éstos para derrocarlo. Hay ciertas pruebas de que esto está ocurriendo con el desarrollo de los grupos masculinos de toma de conciencia (Tolson, 1977), en discusiones masculinas antisexistas acerca de la implicación de los hombres en la atención de los hijos (Hearn, 1983) y en la especulación teórica de los hombres sobre masculinidad (Festau, 1975).

La segunda posibilidad que abre este análisis es la de asegurar el cambio en la conducta masculina, siempre y cuando sea posible cambiar —y cambien efectivamente— las formas patriarcales dominantes de las relaciones sociales. De acuerdo con este análisis, los hombres no son malos «por naturaleza» y, por tanto, no hace falta expulsarlos de la historia futura elaborada de acuerdo con la perspectiva feminista. Por el contrario, una vez asegurado el bienestar de las mujeres y disueltas las relaciones patriarcales que coartan y distorsionan la vida del varón, a largo plazo se beneficiará también el bienestar de los hombres.

La tendencia del pensamiento feminista a la que nos he-

mos referido hasta aquí no entra en el problema de la relación entre divisiones sociales basadas en el género y otras divisiones sociales, como las de clase. A menudo se ha asociado el análisis de clase, en la medida en que es el otro determinante crítico de desventaja social, con el análisis del patriarcado que realizan las feministas socialistas y marxistas (Adamson *et al.*, 1976; Barrett y McIntosh, 1982). El resultado de su trabajo fue la elucidación de los graves inconvenientes que la desventajosa posición de las mujeres como miembros a largo plazo del ejército de reserva de trabajo tiene para su bienestar material, físico y emocional, a la vez que redundan en interés de la dominación masculina y del capital. También han esclarecido la manera en que la familia, como institución social, apuntala los intereses de la dominación masculina y del capital a la vez que se interpone en el trabajo de las mujeres. Esto quiere decir que, por un lado, raramente las mujeres se liberan de su carga primaria de trabajo doméstico (y si lo hacen se ven estigmatizadas por ello), y en consecuencia entran en los dominios del trabajo asalariado con una desventaja esencial. El problema de esta tendencia analítica reside en decidir entre la precedencia de la clase o del patriarcado en la determinación de la opresión femenina. Cuando se ha dado prioridad a la clase por encima de la opresión de género, se ha omitido tomar en cuenta la especificidad de la experiencia de las mujeres en el marco de la clase (Magas, 1971; Coulson *et al.*, 1975). En la práctica, los intentos por erradicar la opresión de clase en China y en la Unión Soviética no llevaron automáticamente a la eliminación de la opresión de género (Molyneux, 1985). Cuando se otorgó la prioridad al patriarcado por encima de la clase, se plantearon embarazosas cuestiones relativas a la posibilidad de que la subordinación de las mujeres desaparezca sin una reorganización del mercado de trabajo y a la medida en que hombres y mujeres pueden actuar o actúan efectivamente sobre bases verdaderamente igualitarias (Hartmann, 1981). No es sorprendente que, enfrentadas a este callejón teórico sin salida, haya experimentadas activistas y analistas feministas que

busquen hoy refugio en el enfoque de ambas situaciones por separado (véase, por ejemplo, Wilson, 1986). En este caso se sostiene que de hecho es menester librar una lucha tanto de clase como feminista, pero que por ahora, dada la confusión de las auténticas interconexiones entre ellas, tal vez sea mejor perseguirlas por separado.

Aunque consideramos que el objetivo primario de cambio son las relaciones patriarcales y no los hombres, y aunque reconocemos la importancia de la dimensión de clase en la opresión de las mujeres, nuestra posición trasciende el problema de si debe o no privilegiarse uno de estos factores, y en caso afirmativo, cuál. Nosotras tenemos en cuenta también dónde nos hallamos en la medida en que reflejamos el punto de vista de muchas mujeres que en el presente se dedican a problemas del bienestar de las mujeres. Nosotras pensamos que, incluso para las feministas, es difícil liberarse del condicionamiento de las formas patriarcales de pensamiento, imbuidas de nociones de jerarquía, y en este caso tiene que haber una causa primera de opresión. Además, tal vez nuestros procesos de constante autocritica, tal como ya se ha descrito, nos suministren los mecanismos feministas a través de los cuales podamos, aunque lentamente, ir liberándonos de esas afirmaciones jerárquicas monocausales. A pesar de que no deseáramos cerrar el debate sobre los orígenes últimos de la opresión, nos preguntamos por la utilidad de semejante enfoque. Tenemos la impresión de que, puesto que sobre la base de las formas jerárquicas de dominación y subordinación nunca podremos disponer de todas las pruebas necesarias para establecer los orígenes históricos de la opresión y sus relaciones sociales concomitantes, no deberíamos malgastar energías en este asunto. También vemos cómo diversos intentos de lograrlo han terminado en meras caricaturas del pasado histórico, como, por ejemplo, Engels (1972), Firestone (1971) y Minford (1984).

Además, desde nuestro punto de vista, buscar una causa única es una manera inadecuada de concebir el problema de la opresión. Tantas son las formas de opresión existentes, todas las cuales están interconectadas e interactúan entre sí,

que nunca estaremos seguros de haber encontrado todas y no podemos esperar que un factor aislado explique su diversidad. Si se concibe la opresión de esta manera, nos vemos obligados a pensar que una forma es más importante que otra. En otras palabras, ya la formulación del problema resulta jerárquica. Si es correcto el principio feminista que manda establecer una práctica igualitaria en nuestro trabajo teórico, nuestra concepción misma del problema ha de hacerse en términos igualitarios. Esto quiere decir que no debemos imponer una jerarquía a las diferentes formas de opresión. No cabe dar prioridad a ninguna de ellas, porque siempre habría que hacerlo a expensas de alguna otra. De esta suerte llegamos a la posición según la cual hay una cantidad indeterminada de formas de opresión. El trabajo para eliminar aquellas de que tenemos conciencia debe emprenderse al mismo tiempo, a fin de crear la oportunidad de pleno florecimiento del bienestar. A menos que enfoquemos el problema de este modo, podemos poner en peligro el establecimiento de las relaciones sociales igualitarias al emprender una acción que apunte simplemente a eliminar una forma de jerarquía e ignore otros aspectos y formas de opresión presentes, con la promesa de alivio de las mismas en un futuro lejano. Por ejemplo, podríamos sostener que el establecimiento de la prioridad de la opresión de base económica sobre todas las otras en los países «socialistas» de Europa Oriental no ha erradicado las relaciones sociales jerárquicas, en general, o la opresión de género (Scott, 1976) y/o la racial, en particular.

Hemos llegado a comprender esto gracias a nuestro compromiso con los principios y la práctica feministas y nuestras reflexiones sobre unos y otra. Nuestra involucración con otras mujeres nos ha revelado que, a pesar de compartir la condición de oprimidas en función del género, nuestras experiencias de la opresión son muy distintas. Las experiencias de las mujeres blancas difieren de las de las negras; las de las mujeres de clase obrera, de las de clase media; las de las lesbianas, de las de las heterosexuales; las de las mujeres jóvenes, de las de las mayores y las de las mujeres ffsi-

camente normales, de las de las minusválidas. Es preciso tener en cuenta estas diferencias de una manera que no traicione la importancia de las experiencias tal como las viven realmente quienes las padecen, y que al mismo tiempo no polarice a las propias mujeres en un enfrentamiento dualista. Además, una lectura feminista de la experiencia de las mujeres demuestra que la opresión puede operar en una cantidad de dimensiones diferentes que afectan simultáneamente al individuo. Así, por ejemplo, una mujer negra, lesbiana y de clase obrera podría experimentar en cualquier momento y permanentemente el impacto del prejuicio y la discriminación derivada de su estatus genérico, su estatus de clase y su estatus racial y orientación sexual.

#### LA NATURALEZA DE LA PRÁCTICA FEMINISTA Y SU COMPROMISO CON EL TRABAJO SOCIAL

Complementario de la actitud igualitaria del feminismo en materia de bienestar e indisolublemente unido a ella encontramos el compromiso en la práctica igualitaria para realizar sus objetivos. Diríamos que esto ha sido la marca de la acción feminista en todas las esferas desde el surgimiento del movimiento contemporáneo de las mujeres. Una vez más, la idea central es bien sencilla. Si las feministas tienden a crear relaciones sociales igualitarias, eso debe reflejarse en su práctica, pues de lo contrario entraría en contradicción con los objetivos feministas y las relaciones sociales que se crearan, fueran cuales fuesen, no serían feministas. En consecuencia, como se analizará con detalle en el capítulo II, las activistas del movimiento de mujeres han prestado mucha atención al proceso de acción feminista. Se ha considerado una auténtica tarea el establecimiento de estructuras no jerárquicas de organización que legitimen el valor de la contribución de cada una y el resultado habilitador del trabajo cooperativo (Collins *et al.*, 1978; Curno *et al.*, 1982). Al mismo tiempo, semejante intento ha servido para que las mujeres en ello implicadas se dieran cuen-

ta, aunque a menudo de manera retrospectiva, de lo exageradas que somos todas en los supuestos y las prácticas de las relaciones sociales (véase el capítulo II). Las explicaciones derivadas del trabajo feminista en un amplio abanico de problemas indica de qué manera la rivalidad interpersonal y la competitividad, la clase, el sexismo y la discriminación por motivos de raza, edad, orientación sexual y capacidad corporal marcan las iniciativas feministas (Mayo, 1977; Curno *et al.*, 1982; McLeod, 1982) con independencia de sus vigorosas intenciones igualitarias. Se podría decir que, irónicamente, esas explicaciones críticas de las realidades de la hermandad de las mujeres son el mejor testimonio de la aplicación del principio de práctica igualitaria. Sólo si se aborda el trabajo con esto en mente se desvelará toda la profundidad y el alcance de las desigualdades que marcan nuestras relaciones sociales. Lo que esto implica queda bien ilustrado en el siguiente relato de los detalles de la práctica:

Recuerdo un incidente en un taller diurno local sobre la salud de las mujeres. Vinieron varias mujeres de fuera de la zona y hablaron de sus experiencias en una diversidad de proyectos sobre el tema; esto trajo consigo una conversación especialmente estimulante e inspiradora de reflexión entre dos mujeres que habían contribuido a poner en marcha un grupo terapéutico de mujeres. Un pequeño grupo de mujeres de clase obrera respondió con entusiasmo a la conversación y dijo que deseaba poner en marcha su propio grupo terapéutico. Pidió a las dos oradoras (que venían de muy cerca) que asistieran y les ayudaran a arrancar. Una de las dos mujeres respondió: «Pero si en realidad no nos necesitáis, podéis hacerlo vosotras mismas; nosotras lo hicimos.» En su deseo de minimizar las diferencias entre ella y las mujeres que le pedían ayuda, cayó en la «trampa de la falsa igualdad» e ignoró, por ejemplo, que probablemente para aquellas mujeres las discusiones de grupo sobre un tema dado fueran una novedad, mientras que ella, como estudiante que había sido, estaba acostumbrada a ese tipo de discusiones cuando ayudó a poner en marcha su grupo. En consecuencia, rehusó dar un apoyo del que tal vez las

mujeres que se lo solicitaban tenían gran necesidad. (Barker, 1986, pág. 87.)

Afirmamos que la práctica feminista, al dar cuerpo a los principios feministas que hemos descrito, si bien en forma fragmentaria, inacabada, ha realizado una importante contribución al bienestar en la esfera del trabajo social. Y lo ha hecho en las cuatro actividades principales que incumben al trabajo social: la definición de problemas sociales en los que intervenir, el trabajo en la comunidad, el asesoramiento y el trabajo social institucional. En el cuerpo de este libro analizaremos los detalles de este trabajo hasta ahora, la necesidad de desarrollarlo más aún y cómo producirlo. Pero aquí queremos indicar lo que consideramos distintivo acerca del impacto de la acción feminista sobre el trabajo social y la fase que éste ha alcanzado.

Antes de continuar con nuestro análisis queremos dejar claro que, a pesar de la posible variación de las formas, para nosotras todo el trabajo social de Gran Bretaña está de alguna manera bajo el control del Estado y, en consecuencia, es pertinente considerarlo como trabajo social estatal. El primer objetivo que persigue el trabajo social es el de promocionar el bienestar de la gente, pero la manera en que eso se lleva a cabo varía según la agencia y las limitaciones locales que se le impongan. La principal división burocrática en el trabajo social es la que se da entre, por un lado, la acción de la comunidad y el sector voluntario y, por otro, el trabajo social institucional. El trabajo institucional se funda directamente en la administración central y en la local y está dotado por ley para proteger el bienestar personal del pueblo cuando corre peligro, tanto por obra propia o de extraños, y para proporcionarle los medios necesarios para que sus habitantes se conviertan en «buenos ciudadanos». Ambas funciones se definen en términos coherentes con la ideología predominante. La acción de la comunidad y el trabajo sectorial voluntario, por otro lado, no dependen directamente por fuerza de la financiación estatal. Aunque los déficits de su presupuesto puedan compensarse con provisiones oficiales

para el bienestar, lo que distingue sus actividades es la organización de la gente implicada con el fin de desarrollar sus propias definiciones de bienestar. No obstante, podríamos sostener que, en última instancia, estas formas de trabajo social también debieran considerarse englobadas en el trabajo social institucional. Decimos esto porque, cuando llegan a desafiar la distribución real del poder y de los recursos, incluso la acción comunitaria y el trabajo sectorial voluntario pueden alzarse contra la realidad del control de Estado, tal como se expresa en política de financiación, la ley y el llamamiento a la ideología dominante (Bridges, 1968; Community Development Projects [CDP], 1977).

Volviendo a la primera de las actividades centrales que incumben al trabajo social —la definición de los problemas de bienestar en los que intervenir—, la acción feminista a través del movimiento contemporáneo de mujeres ha incluido la opresión de género entre los problemas sociales y ha expuesto su efecto pernicioso en su bienestar. Al hacerlo, ha sacado a la luz las múltiples maneras en que las relaciones sociales patriarcales minan el bienestar de las mujeres en su conjunto. Entre estas maneras se incluye el derecho de las mujeres a la salud mental y física, el acceso a los recursos materiales, el poder político, el sentirse libre del miedo y el goce y la definición de su sexualidad y su talento. En su trabajo con mujeres, las feministas también han descubierto que las relaciones sociales patriarcales afectan negativamente el bienestar de los niños y de los hombres. Por ejemplo, se ha puesto de manifiesto que el abuso sexual infantil está muy extendido y es expresión de la dominación masculina (Ward, 1984). Análogamente, se ha reconocido que los hombres experimentan privación emocional como resultado de la presión de que son objeto para que se acomoden a los estereotipos de masculinidad (Carledge y Ryan, 1983).

Por tanto, aunque con una contribución importante al problema de la naturaleza sustancial de los problemas sociales que requieren intervención, la acción feminista ha producido una transformación crítica en la naturaleza de las relaciones de poder que rodean el trabajo de definición de

los problemas sociales. En la actividad feminista, las mujeres inmediatamente afectadas por ciertos problemas específicos derivados de la cuestión del género y otras que trabajan con ellas desde una perspectiva feminista han localizado los orígenes sociales de esos problemas no en deficiencias psíquicas o de constitución emocional de las mujeres individualmente consideradas, sino en las relaciones sociales patriarcales. Por tanto, dado que todos los problemas sociales extendidos se fueron desenterrando desde una perspectiva feminista, se produjo un distanciamiento respecto de la psicopatología de la persona y/o del área en cuestión y una preocupación, en cambio, por el deficiente estado de nuestras relaciones en general. Se tendrá una idea de la magnitud de lo que esto lleva implícito si se piensa en la violencia doméstica, la violación, el incesto y el acoso sexual, en que ese cambio ha tenido lugar. Las tendencias a la inculpación psicopatológica individual persisten en el debate erudito y en el popular, como indica la literatura de ambos campos (Lederer, 1982), pero el enfoque feminista ha mantenido una presencia poderosa al enmarcar la discusión (Mitchell y Oakley, 1986) en términos de las relaciones de poder existentes entre hombres y mujeres y los roles sociales asignados a unos y otras.

Junto con este esfuerzo de definición, o de redefinición, de los problemas sociales en las áreas comprendidas por el trabajo feminista, ha habido un alejamiento de la definición de los problemas sociales por considerar que esto era una prerrogativa del «experto» en ciencia social. En cambio, informadas por la experiencia directa de la opresión de género, las mujeres de todos los rincones de la sociedad se han sentido autorizadas, y han contado con la autorización de otras mujeres, no sólo a producir relatos de sufrimiento para que los analizaran los «expertos», sino también a señalar por sí mismas los orígenes sociales de ese sufrimiento y, por tanto, desempeñar el papel de analista. El resultado circular de este proceso es que, al legitimar el mencionado trabajo de las mujeres, facilita la confirmación de que los problemas vividos son fenómenos sociales universales y no pecu-

liaridades individuales, lo cual fortalece a su vez la evidencia del análisis que afirma precisamente eso. Para poner un ejemplo, la legitimación del incesto como reflejo de relaciones sociales dominadas por el poder masculino, en oposición a la consideración del mismo como indicación de patología personal o familiar, ha alentado a las mujeres a compartir, sobre una amplia base, sus experiencias del incesto. El resultado ha sido la exposición de la gran extensión del incesto y al mismo tiempo de sus orígenes sociales (Nelson, 1982; Ward, 1984; Dominelli, 1986).

Al pasar de la definición de los problemas en los que intervenir a los modos mismos de intervención, la acción feminista ya ha producido un impacto muy importante sobre el trabajo de la comunidad a través del desarrollo de las redes y las campañas feministas. El trabajo en la comunidad había surgido como forma distintiva del trabajo social precisamente antes del primer desarrollo del movimiento de las mujeres en Gran Bretaña. Los años sesenta han estado marcados por el interés en el desarrollo de la comunidad como una manera de responder a la pobreza. Dicho interés se centró en la organización de comunidades locales y el mejoramiento de la coordinación entre las diversas agencias de bienestar. Los principales métodos empleados fueron el asesoramiento sobre derechos individuales al bienestar, la defensa de estos derechos y la campaña por su promoción. Este enfoque constituyó un avance respecto del trabajo psicodinámico sobre casos particulares porque no hizo a los individuos responsables de las condiciones de desventaja que experimentaban. Sin embargo, su promesa de acusada mejoría del bienestar de los individuos y las comunidades no se vio realizada. Pese a sus intenciones en sentido contrario, los trabajadores comunitarios reforzaron las nociones de patología comunitaria como fuente del problema. La mayor comprensión de los beneficios del bienestar y las mejores comunicaciones entre los distintos departamentos dentro de la autoridad local no alteraron sustancialmente la posición de las comunidades afectadas por la pobreza (Bennington, 1973). El trabajo posterior sobre el problema reveló que la responsabilidad de la mala

situación residía en la decadencia económica y en el conflicto de intereses entre la capital y las comunidades locales. Estos análisis fueron característicos de lo que dio en llamarse acción comunitaria. Los trabajadores comunitarios que se autodefinían como activistas comunitarios se apartaron por completo del «trabajo social» y de lo que consideraban mero énfasis en la patología individual. Al situarse al margen del trabajo social, se organizaron como otra disciplina profesional orientada a trabajar en maneras igualitarias con grupos comunitarios (Wood, 1976). Pero, desgraciadamente, la acción comunitaria como movimiento social no trascendió los parámetros sexistas, pues en la práctica se ignoró la contribución de las mujeres al trabajo comunitario, sobre todo en la acción desarrollada en los niveles populares, así como sus necesidades específicas como mujeres (Mayo, 1977; Dominelli, 1982).

Mezcladas con, e inspiradas en, los análisis estructurales de la acción comunitaria y el enfoque colectivista de los problemas materiales desde los inicios mismos del movimiento de las mujeres en Gran Bretaña, las redes y las campañas feministas señalaron sus debilidades consecuentes y, tal como veremos en el capítulo II, suministraron los medios para rectificarlas. La crítica feminista de la acción comunitaria se ha centrado en los siguientes problemas en relación con su análisis y su práctica: insuficiente atención al componente emocional de los problemas de la gente; ausencia de compromiso con la importancia del género en su teoría o falta de explicitación del mismo en sus programas de acción (véase, por ejemplo, Loney, 1983) y prácticas de empleo (Hopkins, 1982); creación de vínculos meramente temporales entre el movimiento obrero y las personas involucradas en la acción comunitaria de nivel popular (por ejemplo, Curno *et al.*, 1982); y la afirmación de la idea que da por supuesto el poder del Estado a través de la acción comunitaria como fuerza independiente, sin formas claramente discernibles de soporte masivo ni de recursos materiales o políticos a su disposición. Pero aunque las iniciativas feministas han tenido un impacto constructivo en la acción co-

munitaria, su potencial de transformación sólo se ha realizado parcialmente.

Análogamente, podríamos afirmar que la terapia feminista todavía no ha transformado el campo de asesoramiento personal con sus variadas escuelas de pensamiento. No obstante, afirmar que ya ha colocado en la agenda las heridas específicas psicológicas y emocionales de género. También ha demostrado la potencialidad de los intentos de crear relaciones más igualitarias entre las mujeres en el seno de la terapia feminista para explicar la psicología de las mujeres sin recurrir a la estigmatización, así como para ofrecer apoyo efectivo a las mujeres para que se dediquen más activamente a la construcción de relaciones personales que satisfagan sus necesidades emocionales. Así, el trabajo atraviesa poco a poco las barreras de clase y comienza a mezclarse con la práctica del trabajo comunitario e institucional. Al hacerlo, las relaciones tradicionales entre asesora/trabajadora y clienta se disuelven ante la comprensión de que los problemas en consideración son comunes a todas las mujeres, aunque varíen de grado. Por tanto, a todas interesa abordarlos sobre la base de la solidaridad entre las mujeres a la hora de enfrentarse a las demandas de construcción de relaciones personales antisexistas, y no sobre la base de que las asesoras, aunque sin intención, queden al margen del ataque. La presencia de la terapia feminista y de las lecciones que surgen de ella ha legitimado también, a través de la práctica feminista, la necesidad de prestar atención a la carga emocional particularmente pesada de las mujeres si es que se quiere estimular su potencial para la acción de la mejor manera posible.

En términos de evaluación de la naturaleza y la extensión del impacto de la acción feminista sobre el trabajo institucional hasta la fecha, debemos empezar por reconocer la contribución de los críticos marxistas radicales al poner en evidencia su función de control social. Han demostrado que siguió desempeñando un papel diversionista respecto de la erradicación del despojamiento social. La función del trabajo social institucional y de la ideología aún respalda la idea

de que quienes sufren la pobreza relativa y los problemas asociados a la gestión de los recursos materiales humanos sólo acusan de ello a la inadecuación de éstos, pero no atribuyen esa situación a desigualdades profundas en la distribución de la riqueza material y el poder. Mientras tanto, el contacto con los trabajadores sociales ha dado pruebas de un efecto estigmatizante en los clientes, y, en definitiva, no consideran el trabajo social institucional como su recurso preferido del bienestar. De modo más positivo, las críticas marxistas han indicado que los trabajadores sociales están en una situación privilegiada para enriquecer el conocimiento de los efectos devastadores de nuestras divisiones sociales actuales dado su contacto con los clientes, y pueden compartir su comprensión del origen social de los problemas con que se enfrentan los clientes en un intento de denunciar el efecto estigmatizante de su intervención (Corrigan y Leonard, 1978). Sin embargo, este enfoque subestima a los propios clientes que ya han adivinado cuál es el origen de sus problemas. Además, como analizaremos luego con más detalle, el impacto del enfoque marxista y radical sobre la práctica ha tenido diversas limitaciones. En primer lugar, al no dar una explicación específicamente genérica de la dependencia y la atención, ni siquiera ha comenzado a esbozar la cuestión relativa al desarrollo de una práctica orientada al sufrimiento de las mujeres, que constituye la mayoría de los clientes, de los proveedores de atención personal y de los trabajadores sociales. En segundo lugar, no ha elaborado la forma que ha de adoptar un modelo igualitario de la práctica que sea capaz de producir, en su intervención, con una respuesta sensible al sufrimiento intrapsíquico que se dirija a la experiencia personal y a los problemas sociales más amplios a la vez que se vale tanto de los recursos de la burocracia local como de la del gobierno central y de las redes populares.

Sin embargo, el análisis feminista explícito del trabajo social institucional, por ejemplo el de Wilson (1977), comienza con una crítica de su función de control social, crítica que incluye una explicación específicamente genérica

del mismo. De esta suerte, ha esclarecido la manera en que la función de control social del trabajo social institucional, tal como lo representan la política y la práctica actuales, perjudica ante todo los intereses de las mujeres al perpetuar el *statu quo*. En suma, se considera que los esfuerzos de los trabajadores sociales son instrumentos que redundan en el refuerzo del rol de las mujeres como asistentes en situaciones judiciales a su propio bienestar y que a veces amenazan también el bienestar de las personas a su cargo. Más simbólicamente, el trabajo social institucional termina por subrayar la idea de que es justo considerar que el valor primordial de las mujeres reside en la esfera de los trabajadores domésticos que reproducen una fuerza de trabajo destinada a satisfacer las demandas del capital. Allí donde la felicidad y la seguridad de las mujeres es incompatible con el mantenimiento de la dominación masculina y la conservación intacta de la familia, los trabajadores sociales tienden a alentar a las mujeres a someterse y obedecer. Cuando las mujeres se desesperan ante esas presiones, el impulso principal de la práctica consiste en ayudarles a superar lo que se entiende como su inadecuación individual para enfrentar problemas hasta el momento en que puedan recobrar el «control» de sí mismas (Wilson, 1977). Mientras tanto, el trabajo social como profesión reproduce el modelo patriarcal común, con las mujeres en la base de la pirámide de la gestión cuyo vértice superior ocupan los hombres.

Mientras que los primeros análisis feministas del trabajo social institucional comenzaron así a proclamar la necesidad de una acción que cambiara la situación, autoras como Wilson no prosiguieron la elaboración de la forma que esta acción podía adoptar. Autoras y profesionales feministas como Brook y Davis (1985) y Wise (1985) desarrollaron el análisis hasta la fase de la argumentación según la cual es posible, y mucho más fácil de lo que parece, establecer un trabajo social auténticamente feminista en el seno mismo del trabajo social oficial. Sin embargo, los ejemplos de práctica que utilizan las autoras revelan los inconvenientes de su enfoque, a saber, que aunque es posible desarrollar un trabajo

coherente con los objetivos feministas, sigue siendo una actividad minoritaria en el conjunto de la práctica rutinaria dominante, que refuerza sin cesar la índole sexista y la función del papel de control social del trabajo social institucional. Además, por beneficioso que sea para las mujeres involucradas, podría decirse que, si se conduce la práctica feminista por estos derroteros, su impacto se frustra y se diluye en caso de no contar con una presencia feminista que la subraye tanto en el nivel local de la administración como en el central. Estas situaciones dejan a la trabajadora social feminista individual con una sensación de soledad y de vulnerabilidad. El trabajo social feminista institucional también requiere la creación de condiciones sociales que reflejen de una manera más general los objetivos feministas como el contexto en que el mismo tiene lugar.

Nuestros análisis trascienden las dos posiciones feministas más desarrolladas en relación con el trabajo institucional hasta la fecha. Sostenemos que, de acuerdo con la orientación feminista, la transformación del trabajo social institucional ha de tomar la forma que luego se describe. Nuestro punto de partida es que las formas más desarrolladas de trabajo social feminista se han dado al margen del trabajo social institucional, en el trabajo feminista sobre la redefinición de los problemas sociales, el despliegue de campañas y redes feministas, así como el trabajo en terapia feminista. Para ser verdaderamente feminista, el trabajo social institucional tiene que incorporar tales iniciativas igualitarias en el marco de su práctica. Pero para que ocurra tal cosa, es preciso que tanto estas iniciativas como el trabajo social institucional feminista se vean a su vez reafirmados por relaciones igualitarias en el lugar de trabajo, a fin de asegurar que las mujeres tengan recursos materiales adecuados para participar eficazmente en el terreno público, y por una presencia política feminista tanto en la administración local como en la central. Sin cambio en estos ámbitos, el trabajo social institucional feminista sólo puede desarrollarse de modo muy limitado y ser fácilmente asimilado por las estructuras existentes.

Nuestra exposición del compromiso feminista en las cuatro esferas principales del trabajo social indica que el trabajo social feminista que se constituye en estos campos tiene una importante contribución que hacer al bienestar. En consecuencia, es importante desarrollar esto más a fondo. Analizamos las áreas de definición de problemas (capítulo I), las redes y las campañas feministas (capítulo II), la terapia feminista (capítulo III) y el trabajo institucional feminista (capítulo IV) por derecho propio, a fin de facilitar el intercambio de información acerca de esto. Una característica intrínseca de su desarrollo, tal como se analiza en relación con el trabajo social institucional, es la de que, cuando se crece de esta manera en un área, se estimula el desarrollo en otra, y en realidad cada área necesita ser apuntalada con el desarrollo de las otras a fin de maximizar su potencial. Nuestro objetivo es poner de relieve la importancia de la naturaleza interconectada de esta relación en nuestro análisis de lo que identificamos como partes constituyentes del trabajo social feminista. Además, tal como hemos hecho en relación con el trabajo social institucional feminista, deseamos poner de relieve que, en relación con el desarrollo del trabajo social feminista en su conjunto y para que éste tenga un futuro interesante, es preciso tomar en cuenta dos áreas de acción que normalmente no se consideran centrales para el desarrollo de la práctica del trabajo social: las iniciativas feministas acerca de las relaciones en el lugar de trabajo (capítulo V) y una presencia feminista en la administración local y en la central (capítulo VI). La primera tiende a asegurar que se promueva el bienestar material y emocional de las mujeres, tanto en calidad de trabajadoras como de clientas, a fin de corregir desigualdades graves y persistentes. Cualquier forma de práctica de trabajo social que no tenga en cuenta las relaciones laborales que operan a este respecto da muestra de una lectura muy superficial de las exigencias de la promoción del bienestar material. Además, como indican el trabajo de las autoridades locales que res-

paldan los planteamientos feministas y las redes actualmente amplias de comités de mujeres en las administraciones locales, las trabajadoras sociales feministas no tienen por qué chocar necesariamente con el gobierno local. Todo depende de su talante político. En consecuencia, el desarrollo de la presencia feminista en la administración local surge como condición *sine qua non* del establecimiento de una base segura de poder para el trabajo social feminista. Las formas de la práctica que llevan a esto y las interrelaciones entre una presencia feminista y la administración local y otras esferas del trabajo social feminista requieren, pues, un estudio serio de parte de las trabajadoras sociales feministas y de todas las personas con interés en promover el trabajo social feminista.

Como lo ha mostrado la historia del fracaso del Greater London Council (GLC) posterior a los choques con el gobierno central en sus iniciativas antirracistas y antisexistas (Campbell y Jacques, 1986), el poder de la administración local reside en última instancia en el talante político del gobierno central. Para un análisis más detallado del significado de las políticas del GLC, véanse los capítulos V y VI. A menos que el gobierno central refleje una presencia política feminista y mientras ello no suceda, las conquistas del trabajo social feminista que emprenda la administración local serán precarias. El resultado de revisar el apoyo y los logros de los principales partidos políticos británicos en lo concerniente a iniciativas feministas no es precisamente alentador. No obstante, esta ausencia de progreso no altera el hecho puro y duro de que el establecimiento de una vigorosa presencia política feminista en el gobierno central sea un requisito para el máximo desarrollo del trabajo social o feminista. Por tanto, para lograr una comprensión realista de la naturaleza de la tarea de desarrollar el trabajo social feminista, es menester tomar seriamente en cuenta la magnitud de trabajo que ello requiere y la interrelación de ese trabajo con otros aspectos del trabajo social feminista. A lo largo de nuestra exposición sobre todas las áreas del trabajo social feminista en consideración nos proponemos destacar

la naturaleza dialéctica de la relación entre ellos. Así, abordamos el desarrollo del material feminista sobre la redefinición de los problemas sociales iniciando campañas y redes, a la vez que creando relaciones personales igualitarias. El desarrollo más pleno del trabajo social feminista sólo es posible, pues, en la medida en que forme parte de una transformación feminista de las relaciones sociales en general. Y a medida que se desarrolla, el trabajo social feminista contribuye a esa transformación.

Durante el periodo en que escribimos este libro, el impulso de la acción feminista que hemos estudiado se ha materializado en un impulso político de sentido contrario, que emanaba del gobierno central y era reforzado por las imposiciones del capital internacional. El surgimiento de las nuevas políticas monetaristas e ideologías de derechas han debilitado la posición de las mujeres en el mercado de trabajo e intensificado la presión interna e ideológica para que las mujeres retrocedieran hasta aceptar su responsabilidad directa en la atención de la casa contra sus intereses personales. Las tendencias son muy claras. Las mujeres se ven forzadas a asumir responsabilidades por los suministros de bienestar que el Estado va abandonando, como, por ejemplo, el cuidado de los ancianos, los enfermos y los discapacitados. Como han dicho los principales monetaristas:

La sociedad siente correctamente que la familia próxima tiene la responsabilidad ... de ayudar, por ejemplo, a los padres y a los demás parientes ancianos. Y eso vale también para los niños minusválidos. (Minford, 1984.)

Sin embargo, aunque en ciertas circunstancias la derecha radical escoja ignorar este hecho, la «familia próxima», como ha mostrado el trabajo de Janet Finch (1984), son las mujeres.

Lo que nosotras sostenemos es que semejante situación hace esencial el esfuerzo en el trabajo social feminista, a fin de mantener el terreno ya conquistado por las propias feministas y de evitar un mayor deterioro de las condiciones so-

ciales de mujeres, niños y hombres. La conjunción de las mujeres en su calidad de porción mayoritaria de los trabajadores sociales, y de las mujeres en su calidad de clientes de las primeras, cuyo número es probable que aumente en ambos casos por las razones ya expuestas a medida que las condiciones económicas se deterioran, también puede proporcionar el contexto para el desarrollo de una práctica de trabajo social feminista. Mientras es probable que se agudicen otras divisiones sociales basadas en la clase, la raza, la dependencia y una moral conservadora más agresiva, todo lo cual hará que la conciencia feminista de la importancia del desarrollo de una práctica feminista sensible a otras divisiones sociales que las basadas en el género sea más pertinente aún a la promoción del bienestar.

En el momento de escribir, el movimiento de las mujeres aún se encuentra en un período de reflexión, reevaluación y aparente fragmentación. Esto, junto con el preocupante escenario económico e ideológico ya descrito, ha sugerido a ciertos autores (Delmar, 1986) la decadencia del feminismo como fuerza de transformación social. Nosotras discrepamos de esta apreciación. Tal vez las activistas femeninas de los inicios mismos del movimiento de las mujeres, hoy probablemente de mediana edad, sean particularmente conscientes de la desaparición de una red relativamente más pequeña y apretada que originalmente constituía «el movimiento». Pero incluso en esos días se llamó la atención (Collins *et al.*, 1987) sobre el hecho de que una serie tan descentralizada, autodirigida y diversa de iniciativas no podía quedar confinada en rituales convencionales de pertenencia, sino que constantemente se regeneraría a sí misma más allá de los límites existentes. Más aún, los análisis feministas han dejado en claro desde los primeros días que las relaciones sociales patriarcales están tan profunda y universalmente arraigadas que es probable que se necesite más de una generación para transformarlas. Las feministas atentarían contra las lecciones de su propio análisis si pensaran que el hecho de que las relaciones patriarcales no hayan sido eliminadas en veinte años de trabajo de un movimien-

to ya claramente identificable demuestra el fracaso del feminismo. Junto con feministas como Christine Delphy, opinamos que lo que ocurre en nuestros días es que las feministas se están abriendo paso en esferas cada vez más especializadas, pero también cada vez más extendidas y variadas, para emprender a largo plazo la tarea de eliminar de manera irreversible la opresión de género. En este contexto, el compromiso explícitamente feminista con el trabajo social es propio de su época, no un símbolo de retirada, sino una demostración más de la capacidad de la acción feminista para progresar en los intereses de la promoción del bienestar.

## CAPÍTULO PRIMERO

### El comienzo de la intervención del trabajo social feminista: un enfoque feminista de la definición de los problemas sociales

Un rasgo característico del movimiento de las mujeres ha sido su modo de definir y redefinir los problemas sociales, tarea que ha conducido al desarrollo de todo un abanico de iniciativas que se centraron en las necesidades específicas del bienestar de las mujeres, como, por ejemplo, la *Women's Aid Network*, los centros para mujeres violadas o las clínicas para mujeres. Ese trabajo dio como resultado la incorporación de la opresión de género en la lista de problemas sociales y la exposición de su efecto pernicioso para el bienestar de mujeres, niños y hombres, así como la equiparación de las relaciones de poder materializadas en la definición de qué es lo que constituye un problema social. De esta manera, la perspectiva feminista para definir los problemas sociales resulta ser un elemento decisivo del trabajo social feminista. Hasta hoy, la mayor parte de este trabajo ha tenido lugar predominantemente fuera del trabajo social profesional, es decir, del trabajo comunitario remunerado o del trabajo social institucional que se realiza primordialmente en los departamentos de servicios sociales y de vigilancia de presos en libertad condicional. Su origen se halla en las iniciativas de autoayuda, que luego fueron objeto de financiación y atrajeron a tra-

bajadores remunerados. No obstante, tal vez su trabajo haya influido en la reorientación del trabajo social profesional (véase McLeod, 1982). Y tal vez las fronteras entre las iniciativas feministas voluntarias o de autoayuda y el trabajo comunitario o la terapia feminista remunerada se hayan ido difuminando a medida que los proyectos feministas incorporaron trabajadores pagados o que las mujeres ganaron experiencia en proyectos feministas antes de pasar al trabajo remunerado. Pero sólo en los últimos años se ha considerado con detalle que la práctica del trabajo social profesional en forma de práctica institucional es un yacimiento de opresión de género y un campo potencial para el desarrollo de la intervención feminista (véanse, por ejemplo, Warwick Feminist Social Work Practice Conference Group, 1979; Brook y Davis, 1985; Donnelly, 1986; Wise, 1985; Hale, 1984; Marchant y Wearing, 1986). Esto es consecuencia de la problematización del trabajo social oficial como institución social que refuerza la posición subordinada de las mujeres (Wilson, 1977).

En armonía con la secuencia de estos desarrollos, en el presente capítulo examinaremos la naturaleza de la definición del problema en tanto parte integral del trabajo social feminista y sus consecuencias en el bienestar de mujeres, niños y hombres, en el siguiente orden. En primer lugar, basándonos sobre todo en las iniciativas de autoayuda, examinaremos las lecciones que se extraen de la definición de problemas desde un punto de vista feminista y analizaremos los resultados positivos de ese trabajo. Luego analizaremos las incursiones que las iniciativas feministas en materia de definición de problemas han realizado en el trabajo social profesional y las consecuencias de ello. Por último, nos ocuparemos de las condiciones necesarias para que ese trabajo continúe.

Sostendremos que la actividad feminista en lo que hace a la redefinición de los problemas sociales en el campo del trabajo social lleva implícito el rasgo común a todas las acciones sociales verdaderamente feministas, esto es, que el significado del trabajo no reside simplemente en una buena

*descripción* de las condiciones sociales, sino en su eficacia en la producción del cambio social. Pues en el corazón del feminismo anida el compromiso de identificar y desafiar las relaciones sociales basadas en la opresión de género con la intención de *transformarlas* en relaciones sociales que promuevan la igualdad.

#### LA REDEFINICIÓN DE LOS PROBLEMAS SOCIALES CON UNA PERSPECTIVA FEMINISTA. «EL GÉNERO SOBRE EL TAPETE»

Redefinir los problemas sociales con una perspectiva feminista significa, en primer lugar, considerar todos los problemas desde el punto de vista de su impacto específico en el bienestar de las mujeres. Esto requiere un examen de los problemas que tome como punto de partida la experiencia que las mujeres tienen de ellos. Así, pues, la redefinición feminista de los problemas sociales se ha centrado en la identificación de las maneras específicas en que las mujeres viven su existencia, la atracción de la atención pública sobre la falta de recursos, poder y plenitud emocional que hunde a las mujeres, la exposición de las relaciones sociales y las fuerzas sociales responsables de la creación de este estado de cosas y la firme incorporación de la situación de la mujer en la agenda de cambio social. El proceso a través del cual tiene lugar esto lleva consigo el reconocimiento de que las mujeres se hallan en una posición subordinada y de impotencia social. Además, este proceso tiene como objetivo la exposición de la dinámica a través de la cual la subordinación de las mujeres se ve reforzada y perpetuada por el fracaso de la sociedad para tomar en serio sus necesidades de bienestar.

En segundo lugar, la redefinición de los problemas sociales desde una perspectiva feminista significa el intento de llevar a cabo ese trabajo de una manera igualitaria. Así, en esta sección, al extraer las lecciones de una perspectiva feminista de la definición de problemas como parte integral de

un trabajo social feminista, consideraremos en primer lugar los problemas sustanciales y luego examinaremos cuestiones procedimentales.

### *La extensión del problema*

En primer lugar, la acción feminista dirigida a asegurar el bienestar femenino ha sacado por ahora un amplio conjunto de problemas sustanciales a la atención pública como problemas sociales. Entre ellos se incluye la igualdad de pago, la salud, la vivienda, la violencia doméstica, los derechos de reproducción, la sexualidad y los servicios de atención a los niños.

El trabajo feminista hasta la fecha también indica que no hay en la existencia de las mujeres rincón alguno que quede al margen de la opresión de género en una u otra forma. En consecuencia, cualquier problema o interacción puede convertirse en tema de atención desde un punto de vista feminista. No se trata de que unos temas constituyan problemas feministas y otros no, aun cuando las feministas hayan prestado más atención a unos que a otros. Así, los problemas relativos a la salud de las mujeres han sido tema de considerable y prolongada actividad feminista. Otros, como el abuso del incesto, han sido objeto de atención feminista sólo en los últimos años. Y más reciente aún es el desarrollo del interés en la explotación de las mujeres en su condición de asistentes de ancianos e inválidos. Las feministas se han comprometido a redefinir un espectro de problemas sociales, desde los que afectan a gran cantidad de mujeres, como, por ejemplo, la igualdad de pago, hasta los que afectan a grupos particulares de mujeres, como, por ejemplo, las que padecen de alguna minusvalía. De la misma manera, las feministas se han aventurado en campos en los que había pocas mujeres y han organizado grupos, como, por ejemplo, en las áreas de la nueva tecnología, la gestión y la ingeniería. Además, a medida que aumente la cantidad de mujeres comprometidas con el feminismo y se hagan mayores las

que ya lo estaban, se presentarán nuevas áreas de interés y preocupación. Este proceso es particularmente evidente en la actividad feminista que gira en torno a la manera en que los problemas de las mujeres mayores, en particular los relativos al envejecimiento y la menopausia, se van convirtiendo en áreas de primera importancia en la discusión y la acción feminista (Kyle, 1981; Reitz, 1983). Además, las feministas no han evadido la controversia en su búsqueda de la eliminación de la opresión de género. El compromiso en materias controvertidas en torno a la redefinición de problemas, alejándolos de las mujeres y acercándolos a la definición que la sociedad ha dado de su rol de género, ha sido una de las principales características de la acción feminista en relación con la satisfacción de las necesidades de las mujeres que sufren violencia doméstica. Los mensajes que denuncian la responsabilidad de las relaciones patriarcales en el respaldo a la violencia masculina contra las mujeres (Dobash y Dobash, 1980) y en la definición de la sexualidad en términos coherentes con las necesidades masculinas (Ledderer, 1982), han sido muy difíciles de tragar para la sociedad.

### *El problema no reside en las mujeres*

Al coger problemas individuales y considerarlos en función de sus implicaciones en la opresión de género, la acción feminista ha desafiado la noción popular, moneda corriente también en el grueso del trabajo social, según la cual el problema reside en las mujeres, que necesitan ayuda para desempeñar con mayor eficacia los papeles que la sociedad les ha asignado (Dominelli, 1984; Brook y Davis, 1985). Por el contrario, las feministas han demostrado que los problemas sociales que es preciso solucionar residen en la construcción patriarcal de las relaciones sociales y no en las mujeres envueltas en esas relaciones (Nelson, 1982). De esta suerte, por ejemplo, a través de la campaña por la igualdad de pago, las feministas han desafiado la visión según la cual las mujeres carecen de la capacidad necesaria para satisfa-

cer las demandas de empleos de gran responsabilidad y que es precisamente su falta de perspicacia y de habilidad lo que les impide auparse a los escalones más altos de la jerarquía laboral. En cambio, las feministas han desvelado que las mujeres están encerradas en un mercado de trabajo segregado, debido a que ciertas ocupaciones mal pagadas y a tiempo parcial —como las tareas de limpieza, la mecanografía y la atención a niños, ancianos, inválidos, etc.—, se definen como tareas propias de mujeres. Esto no sólo se debe a que esas ocupaciones reproducen el trabajo que la mujer asume libremente en el hogar, sino también a que se estructuran en torno al criterio de los empleadores, quienes dan por supuesto que las obligaciones familiares de las mujeres limitan su disponibilidad laboral. De las mujeres se espera que sean primero madres, esposas y proveedoras de asistencia personal, y sólo en segundo lugar empleadas (Aldred, 1981; Armstrong, 1984). De esta suerte, al redefinir el problema, desde el relativo a la incapacidad de las mujeres para cierto tipo de trabajos hasta el énfasis en la posición socialmente circunscrita de las mujeres, las feministas han podido demostrar que el problema que hay que abordar no reside en las mujeres, sino en las relaciones sociales que mediatizan las oportunidades de que ellas disponen en la vida.

### *El establecimiento de conexiones*

A medida que se fue desarrollando, el trabajo feminista fue revelando las *interconexiones* en que operan las relaciones sociales patriarcales para oprimir a las mujeres. Así, las feministas han hallado que para plantear adecuadamente un problema particular hace falta todo un abanico de iniciativas/cambios en otros niveles de la interacción social. Por ejemplo, el trabajo feminista sobre la violencia doméstica ha desvelado que acusar a las mujeres e imputarles responsabilidad por sus quejas es absolutamente incorrecto. El trabajo de la National Women's Aid Federation (NWAf) ha revelado que las mujeres no sólo necesitan un lugar seguro que

les dé protección, sino que también necesitan apoyo emocional y psicológico para adquirir confianza en sí mismas como mujeres y aceptar la legitimidad de su aspiración a ver resueltas sus necesidades, en particular las concernientes a su seguridad emocional y material. Además, el trabajo de la NWAf ha demostrado que las personas tradicionalmente implicadas en la asistencia a mujeres maltratadas, ya se trate de trabajadores sociales, médicos o policías, no han prestado la misma atención a las necesidades de las mujeres que a las de los niños y los hombres involucrados. Así, los trabajadores sociales presionaron a las mujeres para que mantuvieran la estabilidad de sus familias, la policía se negó a tomar en serio los ataques de los que son víctimas por considerar que se trataba de un asunto privado entre marido y mujer y los médicos rehusaron hacerse cargo del peligro a que estaba sometida la seguridad personal de las mujeres, porque la insatisfacción en sus propias relaciones personales enmascaraba la situación, y se limitaron a recetarles tranquilizantes que les ayudaran a enfrentarla mejor (Pahl, 1985). Las propias feministas que trataron en un comienzo de responder a las necesidades de las mujeres maltratadas se vieron paralizadas tanto por la burocracia legal en los servicios sociales y de vivienda como por la actitud de la policía, que con su conducta reforzaba un sistema que a su vez respaldaba la supremacía masculina. Estas feministas fueron quienes definieron el problema real a abordar, que no consistía simplemente en lograr que los hombres se portaran bien, sino en sacar a luz la posición de subordinación de la mujer en las relaciones familiares íntimas, que acordaban a los hombres el derecho a controlar y castigar a las mujeres (Dobash y Dobash, 1980). Pero para poner efectivamente sobre el tapete esta redefinición del problema hubo que emprender una acción en una cantidad de frentes «domésticos» al mismo tiempo. Por ejemplo, había que oponerse a la definición de la policía de «lo doméstico» como asunto de interés privado y de escasa significación para justificar su intervención, así como respaldar su reconocimiento de la violencia doméstica como problema públi-

co (SWAF, 1980). Por ejemplo, había que poner en marcha cambios en la legislación en materia de vivienda, como, verbigracia, la Ley de Viviendas (para personas sin techo), de 1977; en la legislación relativa al divorcio (Ley de Procedimiento Matrimonial y Doméstico, de 1978); en facilidades de formación que hicieran viable el derecho de las mujeres a un ingreso independiente (LWLC, London Women's Liberation Campaign de 1979). Todas estas iniciativas tuvieron que adoptarse además de las medidas que pusieran a disposición de las mujeres lugares tales como refugios capaces de proporcionarles seguridad inmediata y el apoyo necesario para que desarrollaran la autoestima y la confianza.

Además, al ahondar en el daño físico y emocional que soportaban las mujeres y al explorar sus interconexiones con diferentes aspectos de sus vidas, las feministas también sacaron a luz los modos en que las relaciones sociales patriarcales afectan negativamente el bienestar de los niños y los hombres. Por ejemplo, el interés feminista por desvelar la falta de seguridad para las mujeres en la familia ha facilitado el descubrimiento de los peligros que la familia encierra para los niños. Así, las feministas han sido capaces de poner de relieve el hecho de que, antes que protección, lo que los niños reciben de los adultos conocidos son abusos sexuales en el seno del marco familiar, sobre todo de varones adultos en quienes confían (Nelson, 1982; Ward, 1984). Esto ha puesto de manifiesto el fracaso de los hombres a la hora de desarrollar con los niños relaciones que no impliquen explotación, pues los conciben como posesiones suyas, que es lo que la ideología patriarcal respalda. El trabajo feminista sobre la atención infantil también se ha hecho cargo de la inadecuación de las definiciones actuales de paternidad y muestran que la exclusión de los varones del cuidado de los niños ha sido causa de privación emocional entre los hombres que no han tenido contacto íntimo con sus hijos. Inspirados en el análisis feminista, los propios autores masculinos han comenzado a indicar que los hombres padecen privación emocional por haber tenido que adaptarse a su estereotipo de rol sexual (Tolson, 1977; Hearn, 1983).

### *Análisis de los orígenes*

Los intentos para explicar los efectos de la opresión de género y sus múltiples manifestaciones han llevado a las feministas a estudiar de qué manera se operó la opresión de género, a fin de dismantelar las fuerzas centrales que apuntalan su desarrollo y existencia. Esas consideraciones han culminado en la producción, por parte de las feministas, de un cuerpo elaborado de trabajo teórico sobre los orígenes sociales de la opresión de género, trabajo que tuvo profunda influencia en la manera en que los diferentes grupos feministas definen y redefinen los problemas sociales. Sigue siendo materia de controversia, y refleja las luchas por el poder en el seno del feminismo entre las diferentes escuelas de pensamiento académico y político, así como la situación social específica de las propias feministas. Las feministas radicales han visto en la capacidad reproductora de las mujeres la fuente de su opresión. Shulamith Firestone sostuvo que es el control que los hombres tienen de esto lo que ha negado a las mujeres su justo lugar en la historia como iniciadoras de acción. Es lo que se conoce como patriarcado: un sistema en el que los hombres controlan en su beneficio la vida de las mujeres. Además, las feministas radicales afirman que, como sistema, el patriarcado ha sido la hebra común que ha recorrido toda la historia.

Las feministas socialistas consideran extremadamente discutible esta respuesta a los orígenes de la opresión de género. Según ellas, ignora la opresión que deriva de otras fuentes, como, por ejemplo, el capitalismo, y que las mujeres no sufren menos gravemente. La clase tiene para ellas particular interés. Para las feministas socialistas está claro que las mujeres de clase media tienen recursos, sobre todo materiales, que no están a disposición de las mujeres de clase obrera. Y también se sienten incómodas ante la separación de hombres y mujeres en dos campos hostiles, porque sus análisis de clase han puesto de relieve el significado del capitalismo en la opresión de hombres y mujeres por igual. De aquí que las feministas socialistas crean que hay puntos en

los que los intereses de hombres y mujeres convergen, así como otros en los que divergen (Rowbotham *et al.*, 1979).

Las feministas negras piensan que tanto las feministas radicales como las socialistas han descuidado el impacto de la raza en sus análisis de los orígenes de la opresión de género, y que estos análisis distorsionan sus experiencias al tratar de encajarlas en un molde blanco (Carby, 1982; Davis, 1981; Bryan *et al.*, 1985). Aunque aceptan las dificultades en las relaciones entre hombres negros y mujeres negras, las feministas negras no creen que, en este momento, el enfoque de la opresión de género a expensas de la opresión racial, tal como lo sugieren las blancas, sirva en verdad para salvaguardar sus intereses (Bryan *et al.*, 1985). Puesto que las mujeres blancas desempeñan en la opresión de las negras un papel análogo al de los hombres negros, las feministas negras han tendido a decidir que prefieren utilizar sus energías en eliminar primero la opresión racial, para abordar luego la opresión de género en sus propias filas (Bryan *et al.*, 1985).

Las feministas que piensan como nosotras, a pesar de reconocer que la opresión funciona en múltiples dimensiones y que tiene un impacto simultáneo sobre los individuos, están de acuerdo en que las socialistas feministas han tenido toda la razón en señalar la clase como fuente de división entre mujeres y como base de interacción específica con los hombres. También concordamos en que las feministas negras tenían motivos para destacar, en la constelación de relaciones sociales que afectan a las mujeres negras, una posición diferente de la de las blancas. Pero no estamos conformes con la exclusión de otras dimensiones de la opresión, con el privilegio de ciertas formas de opresión sobre otras ni con el orden jerárquico de tales formas en los análisis de las feministas negras, las radicales y las socialistas. Además, tenemos la sensación de que, aunque ya hay una cantidad indeterminada de fuentes de opresión —incluso el heterosexismo, la discriminación de la gente mayor o discapacitada y el racismo—, a medida que aumente nuestra comprensión de los procesos sociales y sus efectos sobre la opresión, sal-

drán a luz otras. Y también tenemos la sensación de que los análisis feministas tendrán que incorporar estas últimas en un modo más central.

Es significativa la naturaleza y el resultado de las luchas en los diferentes tipos de análisis feministas en lo que respecta a la acción feminista, porque se refieren a los problemas que las feministas se proponen abordar y cómo. Las feministas radicales, por ejemplo, sostienen que el mejor medio de asestar un golpe efectivo a las relaciones sociales construidas sobre la base de que las mujeres son responsables de cuidar de los otros y de reproducirlos tanto en el nivel generacional como en el de la vida cotidiana, consiste en desarrollar una sociedad separada para mujeres, paralela a la actual y que excluya a los hombres. Esto, creen, pondría en manos de las mujeres el control de los recursos y la definición de conducta social adecuada. Así, crearon organizaciones centradas en las mujeres, como las Mujeres Contra la Violencia Contra las Mujeres, y han concentrado sus energías en iniciativas que implican únicamente a mujeres, como la Greenham Common Women's Peace Camp.

Las feministas socialistas creen que para tratar con eficacia la opresión de género es preciso no excluir del análisis a los hombres. En realidad, puesto que los hombres son primariamente responsables de la producción de las condiciones de posibilidad de la opresión de género —capitalismo y patriarcalismo— y, al mismo tiempo, de los medios de reproducción de esas condiciones, las feministas socialistas consideran importante establecer con los hombres un diálogo acerca de la naturaleza de la opresión. En otras palabras, para las feministas socialistas el patriarcado es modelado por el capitalismo y a la inversa. Así, pues, para ellas, la cuestión no está en que los hombres controlen la sociedad, sino en que la sociedad está organizada de tal manera que resulta perjudicial tanto para hombres como para mujeres.

Las feministas negras tienen la sensación de que evadirían su responsabilidad en la lucha contra el racismo si centraran sus energías en la opresión de género y permitieran que los hombres negros fueran los únicos que se ocuparan

de los problemas relativos a las cargas que el racismo impuso sobre la calidad de vida de todos los negros, hombres y mujeres. Además, las feministas negras no desean que la especificidad de su condición quede cubierta bajo la capa de una hermandad común de mujeres, tal como sugieren las blancas. Por estas razones prefirieron abordar el sexismo en el seno de sus comunidades y a través de sus organizaciones autónomas, mientras que las feministas blancas atacan el que predomina en el seno de la sociedad blanca (Bryan *et al.*, 1985). También han señalado la necesidad de que las feministas blancas respondan adecuadamente a su crítica porque, según la experiencia que ellas tienen del movimiento feminista blanco, éste, al otorgar la máxima prioridad al género, ha sido racista (Lorde, 1984). Estamos de acuerdo con las mujeres negras en la medida en que, a nuestro juicio, es menester no privilegiar las diferentes dimensiones en las que se da la opresión, pues ésta opone unas formas contra las otras. Además, el feminismo, pese a su imperfección, vacilaciones y lentitud, cuenta con la fuerza de una tradición ininterrumpida en su seno, por la cual las feministas son objeto de críticas de otras mujeres sobre bases igualitarias. De esta manera, el pensamiento y la conducta feministas existentes pueden llegar a ser más auténticamente igualitarios.

Una buena ilustración de este proceso, podríamos sostener, es la interacción de las mujeres negras con el feminismo. Si bien la lentitud con que las feministas blancas han respondido a la crítica de las feministas negras ha enfurecido a las mujeres negras, ha facilitado en cambio la formación de grupos feministas negros autónomos. El desarrollo de esos grupos y la comprensión de que es importante aplicar a sus luchas particulares la pertinencia de sus diferentes experiencias vitales ha tenido como consecuencia que las feministas blancas ya no sean un obstáculo para el desarrollo del feminismo negro y su derecho a plantear por sí mismo sus propios problemas. En su respuesta a las críticas de las mujeres negras, las blancas han comenzado a desarrollar un saludable respeto por las contribuciones y los logros de aqué-

llas en la lucha contra la opresión de género (Barrett, 1986). Este reconocimiento de las diferencias también ha conducido a cambios en la definición de los problemas sociales que inicialmente propusieron las feministas blancas. Por ejemplo, en lo tocante al aborto, la crítica de las feministas negras ha revelado que, para las mujeres negras, el problema no residía tanto en el acceso al aborto como en la necesidad de detener la imposición del mismo a que las sometía el personal médico (Bryan *et al.*, 1985). Análogamente, las feministas negras han expresado su preocupación de que las Marchas que, poniendo el género por encima de todo, organizaban las feministas radicales en los barrios negros bajo la consigna «recuperemos la noche» sirvieran a los medios populares de comunicación para vincular los ataques a las mujeres blancas con la histeria en torno a la criminalidad negra (Carby, 1982). Aunque los problemas en torno a la manipulación del racismo por las mujeres blancas distan mucho de estar resueltos, las feministas negras han sensibilizado a las blancas respecto de sus experiencias diferenciales y, en consecuencia, se ha enfocado así de modo más directo el impacto diferencial de los problemas en sus respectivas vidas. De esta suerte, el respeto por la autonomía recíproca ha permitido a las feministas reconocer abiertamente el hecho de que, aunque tienen entre ellas considerables diferencias que discutir, las mujeres blancas y las negras tienen también causas comunes, y que, por tanto, es preciso evitar que se pierda el principio de hermandad femenina (Barrett, 1986).

### *Condiciones cambiantes*

En el momento de escribir estas líneas estamos ya en una nueva época por lo que respecta a la problematización del género, desde los primeros días hasta el movimiento contemporáneo de mujeres de los años sesenta y setenta. En términos generales, la definición de problemas desde un punto de vista feminista ya no se rige exclusivamente por el establecimiento de la opresión de género como problema

público oculto bajo diversas capas de patriarcado. El público en general ha aceptado ciertos elementos del mensaje feminista, particularmente los que ponen de relieve la falta de reconocimiento social de la contribución de las mujeres al crecimiento y desarrollo de la sociedad, la inclusión de gran cantidad de mujeres en el parlamento, la promoción de las mujeres a trabajos de máximo nivel en empresas públicas y privadas y el reconocimiento del prejuicio masculino en gran parte de nuestro lenguaje, por ejemplo, el uso de «él» para referirse al sujeto de la mayoría de las situaciones en que no se dan nombres ni se especifica el género. De esta suerte, aunque las explicaciones relativas a la opresión de las mujeres sigan siendo objeto de controversia, el mensaje de que las mujeres están oprimidas ha sido plenamente aceptado. Incluso los medios de comunicación de masas y la cultura popular, comprendidos los novelones televisivos, han adoptado formas vulgarizadas de mensaje feminista (Wolffe, 1983).

Sin embargo, no se puede afirmar que, una vez establecida la importancia de la eliminación de la opresión de género como problema social, sean imposibles los retrocesos. Por ejemplo, la salvaguarda y la ampliación de los derechos de las mujeres al trabajo, en particular con respecto a los pagos durante el embarazo y la maternidad, que se obtuvieron en los años setenta, están retrocediendo en virtud del cambio de legislación que se ha producido en los años ochenta (Claimants' Union, 1984). Las mujeres se encuentran ahora con un período más corto para decidir si volver o no al trabajo tras el nacimiento de un hijo. Los subsidios por maternidad sólo se conceden a las mujeres con ingresos bajos, mientras que solían estar a disposición de todas las mujeres que, o bien hubieran realizado sus propias contribuciones a la seguridad social, o bien hubieran adquirido esos derechos merced a las contribuciones del marido. La garantía de que las mujeres pueden volver al trabajo ya no significa que no tendrán que aceptar un puesto diferente del que tenían antes de acogerse al permiso por maternidad, y normalmente inferior (LSSC, 1986). Ahora tenemos que satisfacer las exi-

gencias antifeministas de los monetaristas y de las ideologías y políticas de la nueva derecha, que, si se imponen, enterrarán nuevamente el trabajo feminista. Las ideologías y las políticas de derecha, en particular en sus ataques al derecho de las mujeres al trabajo, su derecho al control de su propia fertilidad y su acceso a servicios públicos de atención infantil, representan poderosos esfuerzos para desproblematizar la naturaleza de la situación social de las mujeres y convencerlas de la «naturalidad» de su papel de proveedoras de asistencia personal (Loney, 1986). Si estos ataques no tienen la réplica de iniciativas feministas en términos de definición de problemas sociales, contribuirán a dismantelar recursos sociales tales como las oportunidades de trabajo asalariado y servicios de salud y de atención diurna, que han garantizado la posibilidad real de definiciones alternativas de la existencia de las mujeres y al mismo tiempo han proporcionado demostraciones concretas, que podrían señalarse, de la factibilidad y deseabilidad de tal cosa.

#### REDEFINICIÓN DE LOS PROBLEMAS SOCIALES CON UNA PERSPECTIVA FEMINISTA. UN PROCESO IGUALITARIO

Hasta la fecha, el trabajo feminista ha reconocido que no basta con las relaciones sociales igualitarias para definir o redefinir los problemas que se han de abordar. También se ha reconocido que es preciso conducir con talante igualitario los procesos por los cuales tiene lugar la definición de problemas a fin de estimular las relaciones igualitarias que se buscan. Esto ha producido un cambio crítico en la naturaleza de las relaciones de poder que rodean ese trabajo, cambio que aleja de la atribución de orígenes «psicopatológicos» a problemas «individuales» y aproxima a la aceptación de la corrección de los análisis relativos a los orígenes sociales de la miseria individual y el derecho de los oprimidos a hablar por sí mismos. Al reducir el control que los expertos ejercen sobre la definición del problema y afirmar lo que han desarrollado por sí mismas, las mujeres han ad-

quirido una voz pública que habla específicamente de su opresión (Dreifus, 1973) Así, el trabajo feminista ha demostrado que la evidencia sustancial, aunque inaccesible, en lo tocante a la naturaleza de los problemas sociales y del sufrimiento que esto acarrea se ve abierta por la legitimación del talante analítico de los relatos de quienes se ven directamente afectadas. Para ilustrar este punto se puede recurrir al trabajo feminista sobre el incesto. En su trabajo sobre este problema, los sobrevivientes al incesto han utilizado de forma colectiva sus relatos para desafiar el tratamiento que se les daba como si de alguna manera fueran ellos los autores de una ofensa y no las víctimas de un abuso, y exigir cambios en la manera en que la policía, los tribunales y los trabajadores sociales trataron sus situaciones (Nelson, 1982). Esto, a su vez, ha llevado a destacar el carácter central del derecho socialmente aprobado de los hombres a subordinar las necesidades de las mujeres y los niños a su propio abuso del incesto; a cuestionar la manera en que las víctimas de abuso fueron tratadas como culpables, y a denunciar la inadecuación de cargar sobre las espaldas de las mujeres la responsabilidad de la existencia de abusos (Dominelli, 1986).

Los dos procesos críticos que apuntalan el trabajo sobre definición de problemas desde un punto de vista feminista, que es lo que posibilita que la acción social feminista se centre en las relaciones sociales, ha sido el método de concienciación y de *aprehensión* de que «lo personal es político». Esto último se ha reducido más bien a un eslogan, pero su importancia está en que representa el éxito del movimiento de las mujeres en el intento de abrir una brecha a través de la corrompida división «liberal» de la esfera personal de «libertad» respecto de la de dominio público y sujeta a regulación gubernamental. Las mujeres han mostrado una y otra vez que, bajo el patriarcado, la esfera privada y «no regulada» de lo doméstico, las relaciones íntimas o familiares, han dado licencia a los hombres para comportarse brutalmente con las mujeres y los niños. Al convertir «lo personal» en tema público de discusión, la acción feminista ha cuestionado y al mismo tiempo desafiado algunas de las

manifestaciones más extremadas del poder masculino y, en consecuencia, tiene un gran alcance político.

La concienciación feminista, o desmistificación de las relaciones sociales a través del hecho de compartir colectivamente las experiencias individuales, fue una técnica que en su origen se inspiró en la tradición feminista socialista china de los «encuentros para hablar de amarguras», centrados en la exposición pública que las mujeres hacían de la violencia de que eran objeto por los hombres en el hogar (Dreifus, 1975). Pero las feministas norteamericanas adaptaron este método a circunstancias predominantes en Occidente (Dreifus, 1973). En Gran Bretaña, los grupos de concienciación feminista también aportaron los medios para que las mujeres se reunieran en un grupo y apuntaban al logro de la igualdad entre ellas suministrando a cada mujer el espacio para exponer su punto de vista y tratarlo con la misma importancia que cualquier otra contribución y, por tanto, compartir sus experiencias individuales y desarrollar la identidad colectiva que las capacitaba de diversas maneras. Esto incluye la aprehensión de que su experiencia individual se refleja en las vidas de grandes cantidades de mujeres. Gracias a la toma de conciencia de la semejanza de las respectivas experiencias y de las causas de su miseria, los problemas individuales de las mujeres pasan a definirse como problemas sociales (Longres y McLeod, 1980). En consecuencia, las soluciones a estos problemas se buscan más en el dominio público que en el privado.

Al poner fin a la sensación de aislamiento, el proceso de concienciación ha dado fuerza a las mujeres. La participación en un colectivo más amplio les ha suministrado una sensación de solidaridad y de estar unidas a otras mujeres en una causa común (Coote y Gill, 1974). Esto también significa que son capaces de redefinir su situación y convertir sus penas privadas en problemas de interés social con implicación del bienestar de la humanidad (Pizzey, 1974; Longres y McLeod, 1980). Además, la redefinición de sus problemas en el nivel social aumenta más aún las posibilidades de las mujeres, porque su organización colectiva convalida

sus sentimientos subjetivos al otorgarles la condición de hechos sociales con legitimidad propia, lo cual se puede utilizar para desafiar los hechos que los «expertos» han sacado a la luz (por ejemplo, Homans, 1985; Cartledge y Ryan, 1983; Holland, 1984). En otras palabras, las relaciones de las mujeres con los grupos de concienciación les han dado la confianza necesaria para desafiar la concepción que los profesionales tienen de su situación, incluso la definición de las mujeres mismas como víctimas pasivas de sus propias inadecuaciones, así como la disparidad de poder entre ellas como usuarias de servicios y los profesionales como proveedores de servicios.

El fragmento siguiente ilustra estos procesos de concienciación, en obra a través de la experiencia de las mujeres implicadas en un proyecto de televisión comunitaria que había comenzado como proyecto de educación de adultos:

Somos seis en el grupo: tres de nosotras somos madres de niños menores de cinco años. Todas pertenecemos a religiones diferentes (protestante, agnóstica, católica) y tenemos distintas afiliaciones políticas... Podríamos escribir tres capítulos de tu libro en los que contaríamos la historia de los malditos planes de vivienda, el aislamiento, la depresión extendida, etcétera, y la historia paralela de cómo cada una de nosotras se involucró en nuestro proyecto y cómo nuestra actitud pasó de ser la que se expresa en «¡Qué mierda!» a la que se representa en esta otra expresión: «¡Diablos! Deberíamos hacer algo al respecto.»

De momento, nuestro objetivo principal es mostrar nuestras películas a toda la gente posible, hombres, mujeres y adolescentes, a individuos aislados y a miembros de organizaciones... Los beneficios para cada miembro individual de nuestro grupo durante el programa han sido inconmensurables y alentamos la esperanza de ser capaces de transmitirlos a toda mamá/ama de casa o trabajadora que vea nuestras películas. Esperamos conseguir que la gente piense con profundidad y no de una manera desesperadamente superficial. (Collins *et al.*, 1978, pág. 97.)

#### EL IMPACTO DE LA DEFINICIÓN Y LA REDEFINICIÓN DE LOS PROBLEMAS SOCIALES DESDE UN PUNTO DE VISTA FEMINISTA EN LA PRÁCTICA DEL TRABAJO SOCIAL PROFESIONAL

Las iniciativas feministas sobre la definición de problemas han comenzado a influir en el trabajo social profesional en lo que respecta a los modos de teorizarlo y enseñarlo, así como en las maneras de practicarlo. Para empezar, se ha señalado la ceguera al género de las formas dominantes de la teoría del trabajo social. Por ejemplo, Mayo (1977) ha problematizado la orientación básicamente machista del trabajo comunitario. McLeod y Dominelli (1982) y Marchant y Wearing (1986) han atacado la teoría de los sistemas por ignorar las implicaciones del género en su teoría y práctica del trabajo social. Marchant y Wearing (1986) han mostrado la ausencia de un análisis penetrante del género en el trabajo social radical y en la teoría psicoanalítica. Aunque estos autores ponen de relieve una excepción a la tendencia general —la de Leonard (1984), que trata de tomar en serio la dimensión del género—, señalan que incluso esta obra tiene el defecto de considerar la clase como principal determinante de la opresión. Daremos un paso más y sostendremos que, desde el punto de vista de la perspectiva con que considera los problemas sociales, Leonard (1984) permanece firmemente anclado en la tradición marxista que privilegia formas diferentes de opresión y coloca éstas y su abolición en un orden jerárquico que ve en la eliminación de lo que considera la forma fundamental de opresión —la clase— la precondition para que el movimiento se libere de otros tipos de opresión. En otras palabras, continúa esclavo de las limitaciones de la condicionalidad del camino a la liberación de las mujeres, esto es, que la libertad de las mujeres tiene como condición la eliminación del capitalismo. O en términos feministas, las mujeres esperan que su liberación tenga lugar después de que los hombres hayan conseguido la suya, que es lo que ha ocurrido en los países que intentaron iniciar la revolución socialista, como, por ejem-

plo, China y Rusia, donde, en la práctica, la liberación de las mujeres aún está por realizarse (Croll, 1983; Johnson, 1983).

La crítica contemporánea de la teoría del trabajo social ha sido desarrollada por las maestras del trabajo social feminista (Marchant y Wearing, 1986), que junto con otras colegas antisexistas lo han incorporado en sus enseñanzas. Esto ha desembocado en el desarrollo de cursos de práctica de trabajo social como parte subsidiaria, pero integral, de la formación en trabajo social. Ahora ambas cosas cubren el país y se las encuentra en todo el mundo (IASSW, 1984; Marchant y Wearing, 1986). También estimularon la producción de artículos de estudiosos que ponían de relieve problemas de sexismo que se encontraban en la práctica y al mismo tiempo las formas que explicaban la intervención desde una perspectiva feminista (por ejemplo, Warren, 1985; Evans, 1985; Donnelly, 1986). Hay también cierta evidencia de que, en su intento de mantener la verdad de los principios feministas de trabajo de una manera igualitaria, suministran en su enseñanza la experiencia en el enfoque del trabajo social feminista como problema de una manera cooperativa, no competitiva (por ejemplo, Smith, 1986). Todo indica que estos intentos consolidan y estimulan el interés en el género como problema del trabajo social y como cuestión a abordar cuando los estudiantes se conviertan en profesionales (Smith, 1986; McLeod, 1987). Además, pueden servir como grupos de soporte para profesionales (por ejemplo, el Warwick Feminist Social Work Practice Conference Group de 1979; el informe de Brook and Davis [1985] sobre mujeres en un grupo de trabajo social).

Mientras tanto, las feministas también han demostrado que la práctica y las condiciones de empleo en el campo del trabajo comunitario (Cockburn, 1977), salud mental (Howell y Bayes, 1981) y trabajo social institucional (Brook y Davis, 1985) han ignorado o subvertido en lo fundamental los intereses de las mujeres como clientas y trabajadoras. En el trabajo comunitario, los «problemas de las mujeres», tales

como la atención de los niños y las instalaciones de juegos, se han visto relegadas a segundo plano, como problemas «blandos» en comparación con los problemas «duros» de empleo y vivienda (Dixon *et al.*, 1982). El trabajo de las activistas quedó en silencio hasta el advenimiento del análisis del trabajo comunitario (véase Mayo, 1977; Curno *et al.*, 1982; Dominelli, 1982).

Una sucesión de autoras feministas han mostrado hasta ahora que el motivo dominante en la práctica institucional ha sido el de reforzar el rol de las mujeres como proveedoras de asistencia personal en el escenario doméstico —sin tener en cuenta las consecuencias de ello para su bienestar— y considerarlas enfermas y estigmatizarlas como individuos cuando «fallan» (véanse los trabajos de Wilson, 1977; Dale y Foster, 1986; Pascall, 1986; Brook y Davis, 1985; Dominelli, 1986; Marchant y Wearing, 1986). Además, una crítica feminista de las políticas de «cuidado comunitario», que las tendencias conservadoras y monetaristas han provocado cada vez más, ha interpretado esas acciones como una mayor exigencia de la capacidad de las mujeres como asistentas de niños, ancianos e inválidos (Finch, 1984). En términos de condiciones de empleo, las autoras feministas han explicado de qué manera el trabajo social como campo se caracteriza por escalas jerárquicas de empleo en que los hombres ocupan predominantemente los niveles superiores de gestión, mientras que las mujeres son relegadas a los inferiores, en contacto directo con los clientes (Skinner y Robinson, de próxima edición). Así, los hombres son responsables de la dirección y la toma de decisiones sobre asignación de recursos en su sentido más amplio, mientras que las mujeres adoptan los roles asistenciales. Esto ha sido bien documentado respecto del trabajo social institucional (*Community Care*, 1986, Skinner y Robinson, de próxima edición). De acuerdo con Skinner y Robinson, «hacia 1986, el cuadro había cambiado algo “en la cima”; entre los directores de servicios sociales había 95 varones y 10 mujeres». Incluso en su trabajo con clientes, el uso cada vez mayor de técnicas de gestión empresarial en tra-

bajo social en general ha llevado a una disminución del control disponible para el nivel básico de trabajadores sociales como profesionales autónomos, tanto en la planificación de su intervención como en la gestión de su trabajo específico. En consecuencia, las mujeres ven limitada su libertad para definir, de acuerdo con lo que ellas mismas consideren más adecuado, el rol asistencial y sus relaciones con las personas con las que trabajan (Skinner y Robinson, de próxima edición).

Si bien en el trabajo social institucional la adopción de las «técnicas empresariales de gestión» no progresó gran cosa, en la actividad sindical el género se planteó ampliamente en relación con problemas como la igualdad salarial y las campañas contra el acoso sexual en el trabajo. La National Association of Probation Officers (NAPO), la National Association of Local Government Officers (NALGO) y la National Union of Public Employees (NUPE), que son los sindicatos más importantes del sector público en relación con la organización de los trabajadores sociales en el sector institucional, se han declarado a favor de un examen de las necesidades de las mujeres trabajadoras y embarcado en campañas para eliminar el acoso sexual de los lugares de trabajo y proporcionar medidas tendentes a incrementar la participación de las mujeres en sus organizaciones; por ejemplo, mediante la provisión de guarderías para reuniones, la cautela en el uso de un lenguaje sexista y el establecimiento de facilidades de formación especialmente destinadas a las mujeres (Benn, 1983; Coote, 1980). Estos cambios en las actitudes de los sindicatos respecto de las mujeres fueron consecuencia directa del trabajo feminista sobre la redefinición de problemas, con el que las feministas presionaron a los sindicalistas para que se dejara de tratar a las mujeres como «hombres honorarios» y se examinaran sus necesidades específicas, a la vez que se crearon comités de mujeres.

Aunque las «pirámides» administrativas de las organizaciones de trabajo comunitario son más pequeñas, las autoras feministas han recogido comentarios que demuestran la vi-

gencia del mismo patrón (Batley Community Development Project, BCDP, 1975). Además, la jornada de trabajo se organiza de tal manera que valoriza enormemente a los trabajadores disponibles a toda hora. Esta definición de la situación no tiene en cuenta las responsabilidades domésticas de las trabajadoras y, por tanto, las coloca en desventaja respecto de los trabajadores varones en lo tocante a la carrera profesional (Dixon *et al.*, 1982).

Al tiempo que dedicaban parte de sus energías a mejorar su condición como trabajadoras, las feministas invirtieron gran parte de su tiempo a hacer que, en su práctica, pareciera el género como problema. Esto las llevó a establecer el género como problema importante para los profesionales, aunque la atención que se le prestó no fue uniforme en todos los campos del trabajo social profesional y, como nuestra exposición demostrará, no hay agencia de trabajo social profesional en que el trabajo sobre la definición de problemas se haya desarrollado demasiado.

En la acción comunitaria, el género se ha establecido como un control central de los profesionales a consecuencia de las iniciativas feministas en campañas y redes de base comunitaria con notable concentración en la provisión de alojamiento (Mayo, 1977), violencia doméstica (Binney *et al.*, 1981), problemas de salud (Ruzek, 1978), guarderías comunitarias (David y New, 1985) e instalaciones de juegos (*Community Action*, 1977). Sin embargo, el impacto a largo plazo de ese trabajo suele sufrir las limitaciones derivadas de la escasez de fuentes de financiación. A menudo, las iniciativas se apoyan en subvenciones y en la voluntad de las autoridades locales o de entidades caritativas de concederles sumas limitadas de dinero de tanto en tanto. Esto refleja por sí mismo la poca importancia relativa que el Estado asigna al hecho de asegurar los fondos destinados específicamente a satisfacer las necesidades de las mujeres, en particular si esos fondos respaldan un compromiso político de desafío a las relaciones patriarcales, que es un resultado inevitable del proceso feminista ligado a la definición de problemas.

En el campo del asesoramiento también se ha estableci-

do una nueva escuela de terapia en forma de terapia feminista, cuya intervención parte de la consideración de la posición social de las mujeres como seres subordinados y relaciona esto con la situación específica de la mujer individual en apuros que solicita ayuda (Ernst y Goodison, 1981). Apunta a desarrollar la confianza en sí mismas de las mujeres y su fuerza, a fin de que puedan realizar opciones reales relativas a la dirección que personalmente desean que tome su vida, y al hacerlo capacitan a las mujeres implicadas, y a aquellas con quienes se relacionan, para que lleven una vida más gratificante (Eichenbaum y Orbach, 1985). Pero los recursos de que se puede disponer para la terapia feminista siguen siendo insignificantes en comparación con los que se destinan a la psiquiatría en su conjunto, el «elemento» de asesoramiento en la práctica general y en el trabajo social en general.

En el marco del trabajo social institucional, las actividades feministas sobre la redefinición de problemas han terminado por ocuparse directamente de la naturaleza de los servicios que se proporcionan a las mujeres como clientas y por destacar la importancia de observar las necesidades de las mujeres como mujeres y de establecer al mismo tiempo relaciones no jerárquicas entre la trabajadora social y la/s mujer/es con la/s que trabaja. En el proceso, el trabajo feminista también ha puesto de relieve los orígenes sociales de los problemas individuales, planteó públicamente la cuestión de las relaciones de poder materializadas en las interacciones personales implícitas y aumentó la consideración que se dispensaba a los relatos que las mujeres hacían de sus propias situaciones.

Para empezar, el trabajo de esas feministas llamó la atención sobre la naturaleza específica de la experiencia de las mujeres en el trabajo social institucional, la carencia de recursos, el respeto y la dignidad con que se las considera específicamente y la falta de reconocimiento de la contribución de las mujeres a la sociedad y al bienestar de su familia individual, contribución que a menudo se realiza a expensas de sí mismas. Estas revelaciones hacen conmovedora

la lectura. Por ejemplo, el trabajo de Warren (1985) con mujeres mayores revela el sufrimiento que soportan las mujeres en su vejez y cómo, en general, la práctica del trabajo social tradicional ignora sus necesidades físicas, sus aspiraciones y su bienestar emocional.

Las profesionales feministas han presentado informes de cómo el hecho de trabajar con una perspectiva feminista ha hecho posible un nuevo enmarque de la naturaleza de los problemas individuales al margen de la patología individual y en vistas a la satisfacción de los intereses de las mujeres implicadas. Por ejemplo, esto es evidente en los siguientes comentarios de estudiosas que han procurado trabajar con una perspectiva feminista:

Pienso (espero) haber llegado a apreciar más las luchas de las mujeres: a primera vista, una clienta puede no parecer particularmente exitosa y, sin embargo, su vida, tomada en su *contexto*, puede dar muestras de una habilidad absolutamente asombrosa para salvar obstáculos considerables... Esto me ha ayudado a empezar a formar una base para observar los «problemas» y reflexionar sobre ellos sin señalar patologías individuales, es decir, a confiar en que la experiencia vital de las mujeres cuenta y que en la práctica es pertinente, ya se trate de la experiencia de las trabajadoras como de la de las mujeres. (McLeod, 1987.)

También se ha descrito la posibilidad de lograr ese enfoque ajeno a la imputación de patologías por medio del trabajo de grupo realizado con una perspectiva feminista dentro de la agencia institucional, como, por ejemplo, en el siguiente relato de Harris (1987). Aquí, la autora habla del trabajo realizado con una perspectiva feminista con un grupo pequeño de mujeres que sufran una depresión:

Cuando me uní al grupo quise ser un miembro más del mismo y minimicé cualquier diferencia de poder entre yo misma y las mujeres, a fin de intentar la igualdad de participación. Pronto estuvo muy claro para mí que en la implicación de que era objeto por las otras mujeres,

éstas me veían como si tuviera un rol particular que desempeñar. Yo era la mujer con acceso al conocimiento. Yo era responsable de la organización semanal del grupo, de hacer que en él se produjera la discusión y asegurar que ningún miembro quedara intimidado. Advertí que el llegar al grupo con ideas particulares acerca de cómo debía adaptarme a él había sido, a su manera, paternalista y elitista. (Harris, 1987, págs. 43-44.)

También hay evidencia de otros dos tipos de enfoque, que benefician el bienestar de las mujeres y que se han desarrollado en el marco institucional como resultado de la redefinición de problemas con una perspectiva feminista. En primer lugar, el establecimiento de servicios de asesoramiento que reconozcan que hay problemas emocionales de los que las mujeres tienen experiencia general y que sobre esa base se los puede descubrir. Esto se opone tanto a la suposición de que los problemas no existen como a la de que, en caso de existir, reflejan incapacidad individual para enfrentarlos y resolverlos. Sobre la base de que las mujeres tienen problemas emocionales comunes, una cantidad de trabajadoras sociales con perspectiva feminista ha establecido en el marco de un hospital, por ejemplo, servicios de asesoramiento sobre aborto y nacimiento de fetos muertos para tratar los traumas emocionales que esos acontecimientos provocan. Estas necesidades emocionales no han sido plenamente asumidas por los profesionales de la medicina implicados y, en consecuencia, las mujeres padecían de aislamiento y tendían a sentirse individualmente «débiles» o desequilibradas. Pero el enfoque feminista ha sido capaz de convencerlas de que no es así y reafirmar la importancia de su bienestar emocional como individuos, con independencia de que se hubieran convertido en madres o no (McAndrew, 1986).

También la acción de las trabajadoras sociales para asegurar la justicia social para sus clientas tuvo origen en la redefinición de los problemas sociales con perspectiva feminista. Esto quedó claramente demostrado en la formación del Program for the Reform of the Law on Soliciting

(PROS) (McLeod, 1982). En el PROS, agentes judiciales de vigilancia de presos en libertad condicional y abogados se aliaron con prostitutas callejeras de clase obrera para poner fin a la flagrante discriminación contra éstas, que para ellos constituía un refuerzo de la tendencia a hacer de las prostitutas chivos expiatorios, en tanto causas psicopatológicas de los problemas de prostitución. En el curso de la campaña no sólo se acabó con la detención directa por ofensas callejeras, sino que además se produjo un cambio en el debate público serio sobre el tema con el desplazamiento del énfasis, de las raíces de la prostitución a la pobreza comparativa de las mujeres y la dominación de la sexualidad masculina y sus estereotipos (McLeod, 1982). Además, merced a las actividades de su campaña, las prostitutas callejeras de clase obrera fueron también ellas capaces de desafiar las definiciones de su impotencia y pasividad que sostenían a la vez el público general y los trabajadores sociales profesionales (McLeod, 1982; Dominelli, 1986c).

La redefinición de problemas desde un punto de vista feminista en el trabajo social institucional también tuvo su impacto en la posición de los hombres como trabajadores y sus clientes. Enfrentado por la presencia del trabajo feminista sobre la opresión de género y su demanda de que los hombres adoptaran un papel activo en la disolución de las relaciones patriarcales, el trabajo social institucional es un rincón profesional masculino en el que los hombres se están tomando en serio el problema del antisexismo. La respuesta masculina a ello ha sido tan fragmentaria que resulta difícil reconocerla, pero que esa tendencia existe queda demostrado por ejemplos de la práctica y por algunos escritos. El trabajo de Ric Bowl sobre la masculinidad, por ejemplo, respalda la insistencia feminista en que los trabajadores sociales varones comiencen a enfocar los problemas emocionales de los hombres que encuentran en su trabajo. Este trabajo (Bowl, 1985) señala un progreso en la práctica tradicional, que tendía a centrar la intervención con mujeres y niños e ignoraba el estado emocional de los hombres. Se apoya en gran parte en el trabajo feminista anterior sobre la

definición de problemas, la producción intelectual feminista y sus exigencias de que los hombres asumieran la responsabilidad de la organización social que ellos crearon. Por ejemplo, Leonard y McLeod (1980) expusieron la importancia de la contribución a la violencia doméstica que corresponde al estereotipo del rol sexual masculino y sugirieron que este tema se convirtiera en un problema importante para los trabajadores sociales a la hora de tratar ese tipo de violencia. Dominelli (1979) defendió el establecimiento de grupos de concienciación para hombres que habían maltratado a mujeres, como manera de ayudarles a comprender su conducta. Esto se ha adoptado ahora como una propuesta seria en un departamento de servicios sociales, en Bristol, donde unos hombres antisexistas han organizado esos grupos (Calder, 1987).

Nuestras conclusiones, sobre la base de nuestra lectura de las fuentes y contactos secundarios con los profesionales de todo el país, indican que el impacto de la redefinición de problemas desde un punto de vista feminista sobre el trabajo social institucional realizado hasta ahora es que esas actividades han sido fragmentarias y muy limitadas. Los problemas de género no son todavía una preocupación central de la práctica institucional. Además, la cuestión de ponerlos sobre el tapete depende en gran medida de los recursos de las mujeres individuales, los grupos pequeños de mujeres, los grupos feministas de apoyo (Evans, 1985) o de las campañas específicas sobre un problema singular, como, por ejemplo, PROS. Además, los intentos de fusionar la preocupación por el género con la que se dirige a otras formas de división social, tales como el racismo, el heterosexismo, la discriminación de los discapacitados, etc., se encuentran en estado rudimentario. El trabajo en estos intentos se lleva hoy a cabo casi como una serie de especializaciones separadas. Así, por ejemplo, gran parte de la práctica «étnicamente sensible, multiracial», ignora el problema del género (véanse Cheetham, 1972, 1982; Ely y Denney, 1987). Además, las propias feministas han puesto de relieve el aislamiento que soportan las mujeres como trabajadoras en el es-

cenario institucional. Wise (1985) terminó desilusionada con la propensión general del trabajo social a permanecer relativamente al margen de las actividades de las feministas individuales que se esfuerzan denodadamente en la creación de formas no opresivas de práctica en relación con las clientas. También ha indicado las dificultades que encuentran los trabajadores sociales en una institución jerárquica como la de los servicios sociales para intentar iniciar formas igualitarias de trabajo con sus clientes en la relación cara a cara.

#### EL DESARROLLO ULTERIOR DE LA DEFINICIÓN DE PROBLEMA CON UNA PERSPECTIVA FEMINISTA EN EL TRABAJO SOCIAL Y LOS BENEFICIOS PARA EL BIENESTAR

Hasta ahora, nuestra exposición ha indicado que es posible hacer del trabajo social profesional un trabajo de problematización del género. Por tanto, podemos concluir que no hay nada a él inherente que se oponga a que así sea. Sin embargo, nuestra exposición también ha reflejado el hecho de que, en el presente, su desarrollo está limitado por: *i*) la falta de compromiso, tanto de la administración local como de la central, con los fines y los objetivos feministas; *ii*) las políticas y prácticas impregnadas de ideologías dominantes que subordinan a las mujeres; *iii*) la debilidad numérica de las trabajadoras feministas/antisexistas en los escenarios del trabajo social profesional, y *iv*) el compromiso feminista de trabajar a partir de bases populares independientes como medio para evitar los peligros del corporativismo. No obstante, podríamos afirmar que en todas estas condiciones es posible introducir cambios, lo cual lleva consigo la promesa de que el género se convierta en un problema masivo y bien establecido en el trabajo social.

Varios son nuestros fundamentos para razonar de esta guisa. En primer lugar, que no es cierto que la acción feminista en el trabajo social profesional, ya se trate de un mar-

co institucional, ya de trabajo comunitario, esté necesariamente condenada a chochar con las políticas administrativas locales. Eso depende de la extensión de la presencia feminista en la administración local y en la central. En segundo lugar, los cambios en el trabajo social profesional son producto de cambios en otras esferas que desarrollan y a la vez aseguran las iniciativas adoptadas por las profesionales del trabajo social feminista. Así, sostendríamos, por ejemplo, que la desilusión de Wise y el fracaso en la extensión de su práctica feminista en su agencia fue resultado de su intento de trabajar en solitario, sin el apoyo de otros individuos de su lugar de trabajo o de su sindicato y con mentalidad semejante, ni el apoyo administrativo en el nivel más alto de la jerarquía gerencial, ni el apoyo político a través del comité de servicios sociales y la autoridad administrativa. En otras palabras, podríamos sostener que para que la práctica del trabajo social feminista en marcos institucionales cuente con apoyo significativo en el nivel individual, debe abarcar también el cambio organizacional. Más allá de esto, ese trabajo depende también del desarrollo de un sello feminista en las condiciones de trabajo, las ideologías y la ética que impregne las relaciones personales, así como del constante desarrollo de organizaciones y redes feministas en niveles populares. En tercer lugar, las trabajadoras sociales feministas se localizan por ahora en el trabajo social profesional, y de los datos que surgen de los cursos de formación se desprende que es probable que su número aumente. A juzgar por la literatura sobre grupos feministas de apoyo en la práctica, tenemos también la impresión de que las cantidades de profesionales feministas está aumentando (Falk, 1986). Mientras tanto, las trabajadoras feministas tienen en general más interés en establecerse en el seno mismo de las burocracias e incluso de ocupar posiciones directivas en ellas. Además, hoy en día es mayor entre las feministas el compromiso ideológico de trabajar dentro de las burocracias estatales, como, por ejemplo, la enseñanza, la medicina y el trabajo social. En cuarto lugar, el trabajo social profesional se verá afectado por actividades feministas

y cambios que tengan lugar en otros campos. A medida que el trabajo social feminista se desarrolla, más claro resulta que la mayoría de los «problemas de trabajo social» son en realidad un complejo de procesos sociales interactuantes e interconectados y, en consecuencia, las feministas han de abordar simultáneamente trabajando en diferentes disciplinas y escenarios, como la educación y los medios de comunicación, así como el trabajo social, a fin de realizar cambios radicales en la promoción del bienestar.

En quinto lugar, tal como esperamos demostrar con mayor detalle en el resto del libro, a medida que se desarrolla, la práctica feminista estimula a su vez nuevo trabajo de definición de problemas, tanto en el seno mismo de las agencias de trabajo social como en la práctica feminista en general. Por ejemplo, las mujeres que trabajan con una perspectiva feminista en tareas de vigilancia de presos en libertad condicional no se han limitado a adoptar prácticas de empleo sexistas en función de sus propias condiciones de trabajo, sino que también han dado inicio a la provisión de alojamiento para mujeres solas sin techo (Cherry, 1984). Finalmente, una demanda general de realización emocional de las mujeres que no puede quedar sin satisfacer. Ya comienza a tener amplia evidencia en la literatura feminista sobre organización a través de la acción comunitaria, el trabajo en grupo y el trabajo familiar e individual, que la experiencia emocional de las mujeres es un depósito de heridas tan profundas como consecuencia del poder patriarcal, que cuando las mujeres se dedican a organizar, nuestro bienestar emocional requiere atención constante si es que queremos tener alguna oportunidad de realizar nuestras potencialidades en la afirmación de nuestros derechos y necesidades individuales y colectivas. Esa evidencia es por ahora tan poderosa y coherente que merecería la denominación de «descubrimiento» del trabajo social feminista a disposición de todas las mujeres y debería verse como un fruto de la definición feminista de problemas en el trabajo social, que se ha negado a seguir manteniendo en silencio el torbellino emocional de las mujeres. Por eso creemos que, en el

seno del trabajo social, la definición de problemas con una perspectiva feminista conlleva un abanico de procesos dinámicos que hará enormemente difícil que los profesionales sigan ignorando su responsabilidad en la promoción del bienestar de las mujeres.

## CAPÍTULO II

### Trabajo comunitario feminista: naturaleza y contribución de las campañas y las redes feministas

Las campañas y las redes feministas son la base misma del trabajo comunitario feminista, y como tal constituyen una parte integral del trabajo social feminista. Han contribuido de manera sustancial a identificar las implicaciones de género en los problemas sociales, tal como se ha descrito en el capítulo anterior. Volveremos a analizarlas como formas de la práctica y a señalar su importancia para el trabajo social feminista en su totalidad. Al hacerlo examinaremos el significado de las formas que adoptan las campañas y las redes feministas, cómo promueven el bienestar y cómo es preciso que sus esfuerzos a este respecto sean apuntalados por otras iniciativas feministas para realizar su plena potencialidad y producir un efecto duradero. El material implicado en nuestra exposición proviene de nuestra experiencia de organización, contacto y discusión con mujeres en todo un abanico de grupos, así como de una lectura de fuentes secundarias. Examinamos muy detalladamente las experiencias y las interacciones implícitas, con la esperanza de que ese ejercicio pueda ser útil a otras activistas feministas «cogidas» en situaciones igualmente exigentes.

Como lo mostrará nuestra exposición, la historia de las

campañas y las redes feministas no es primordialmente una historia de conversión al feminismo de mujeres ya formalmente empleadas como trabajadoras comunitarias, aunque una cantidad de ellas haya desarrollado la práctica feminista (véase, por ejemplo, Dixon *et al.*, 1982). De la multitud de iniciativas desarrolladas, algunas han estado a gran distancia de cualquier contacto con el trabajo comunitario profesional. Sin embargo, la acción feminista ha ido impregnando poco a poco la disciplina existente del trabajo comunitario con intereses, principios y prácticas feministas, aunque sin perder su identidad, que nunca se incorporó por completo al trabajo comunitario (Dominelli, 1982). Análogamente, aunque tal vez no en el mismo grado, las campañas y redes feministas han comenzado a ejercer su influencia en la práctica del asesoramiento y en la institucional. En los capítulos III y IV expondremos con mayor detalle su impacto en estos campos. Procuramos dar una definición de las campañas y redes feministas como iniciativas que surgen cuando un grupo o grupos de mujeres se organizan colectivamente en torno a problemas dirigidos específicamente a captar la opresión de género. Esos grupos abordan la manera en que las limitaciones estructurales afectan la experiencia individual de miseria emocional y privación material de las mujeres y se proponen trabajar conjuntamente sobre bases igualitarias. Aunque, hasta un cierto punto, la creación de relaciones igualitarias en las organizaciones feministas fue afortunada, no ha dejado de sufrir la influencia perjudicial de la constante infiltración de las fuerzas que esas organizaciones combatían, como, por ejemplo, el sexismo, el racismo, la clase y la jerarquía. Si bien las campañas y las redes feministas se habían creado con la intención de que produjeran un impacto inmediato sobre la existencia de las mujeres, poco a poco comenzaron a producir efecto también en la vida de los hombres y de los niños.

Aunque las campañas y las redes feministas puedan tener en común finalidades y objetivos igualitarios, difieren mucho en la forma. Pueden incorporar movimientos y manifestaciones masivos, como la Campaña Nacional por el Aborto (Banks, 1981) y el Movimiento de Mujeres por la Paz (Thompson, 1983). Alternativamente, pueden ser muy localizados, como en el caso de los grupos de mujeres en el trabajo social, que implican a una docena de mujeres más o menos, tienden a proporcionar sostén mutuo y tratan de establecer la práctica feminista en determinadas ciudades, pequeñas o grande (Brook y Davis, 1985). Las redes feministas también pueden ser *ad hoc*, asunto de dos o tres mujeres que se ofrecen ayuda en el seno de una institución o en relación con un problema particular en vista de ulteriores intereses feministas. La identidad de las campañas también puede ser indisoluble de su existencia como redes al servicio de mujeres individuales. Por ejemplo, *Women's Aid Federation* ha emprendido la acción colectiva de desafiar y transformar el *statu quo*; pero desde el principio, a través de sus refugios, también ha proporcionado alivio individual a mujeres en situaciones particularmente desesperadas. Por otro lado, es posible que los miembros de las redes feministas no se embarquen en una campaña, sino que materialicen su práctica en el desafío directo a las condiciones sociales existentes, lo que requiere a su vez una campaña. Por ejemplo, los grupos de Proveedoras de Asistencia Personal (*Women as Carers*) reunieron en un primer momento a mujeres que cuidaban a parientes ancianos y/o enfermos, para proporcionarse ayuda mutua. Pero mientras hacían tal cosa se dieron cuenta de que la adecuación de los recursos que las mujeres necesitaban para cumplir con sus responsabilidades inherentes a su trabajo de atención a otras personas requería el establecimiento de una red nacional capaz de emprender una campaña destinada a modificar la opinión pública sobre el valor de su trabajo, así como a transformar las políticas gubernamentales respecto de ellas (Bon-

ny, 1984; NCCED, 1984; Toynbee, 1984). Por otro lado, al concentrarse primariamente en grupos de uno a uno y en grupos de trabajo pequeños, la acción feminista puede constituir un desafío a la organización actual de la sociedad. Por ejemplo, las mujeres que están en grupos y centros de terapia feminista se dedican sobre todo a fortalecer el control de las mujeres respecto de su propia vida emocional y mental, sobre una base individual o de grupo pequeño (Ernst y Goodison, 1981). No obstante, si toma cuerpo la idea de que lo adecuado para las mujeres es la libertad para determinar la cualidad de sus procesos intrapsíquicos, y en la medida en que lo haga, su impacto sobre las relaciones sociales actuales promete ser revolucionario. Significaría que las mujeres ya no dependerían primariamente de la aprobación masculina para experimentar su valor. También significaría que las mujeres no estarían dispuestas a subordinar sus necesidades emocionales a las de los hombres (Eichenbaum y Orbach, 1985). Estos dos desarrollos tendrían implicaciones revolucionarias porque darían comienzo a un cambio crítico en el equilibrio de poder de las actuales relaciones entre los sexos.

Las redes y las campañas feministas surgen también con gran fluidez a medida que las mujeres se unen en grupos, se retiran, se reagrupan y se establecen en multitud de escenarios para abordar infinidad de problemas diferentes (Coote y Campbell, 1982). No es fácil rastrear qué ideas, elementos de organización y recursos materiales se incorporan en los grupos posteriores, aunque sin dejar de dar el debido crédito a los grupos originales, pero ya agotados. Para evaluar la escala de logros de los diferentes grupos es menester prestar tanta atención a la contribución realizada por la conjunción de diferentes actividades feministas, como a lo que se consigue con iniciativas separadas. Para tomar un ejemplo: en este momento, el abanico de campañas feministas que denuncian la preponderancia de la violencia masculina en diferentes escenarios —el hogar, las calles, el lugar de trabajo, los media, la política nacional y la internacional— y su naturaleza complementaria, hace difícil se-

guir negando que esa violencia sea parte integral y rasgo inevitable de la dominación masculina.

En efecto, sería erróneo, dada la riqueza de recursos que intercambian entre ellas, hablar de campañas y redes feministas como si tuvieran distinta identidad. La variedad de soportes que se ofrecen de esta manera quedó clara para una de nosotras mientras participaba en una campaña por la modificación de la ley sobre prostitución. Durante años, además de ofrecerse como miembros, las simpatizantes feministas aportaron cobertura de sostén en la prensa, produjeron filmes, documentales de radio y televisión, solicitaron votos en sindicatos y partidos políticos, escribieron artículos y piezas teatrales que secundaron los objetivos de las campañas, organizaron talleres y recaudaron fondos (McLeod, 1982).

Otra ventaja del sostén extendido y variado que ofrece la existencia de un fondo de activistas feministas es que realza los cambios de grupos y redes específicos que sobreviven en una época de escasa financiación para iniciativas comunitarias y con tendencia a disminuir aún (Mayo, 1980). También facilita la supervivencia de redes y grupos tras el retiro de fondos, cuando abrazan posiciones políticas que la administración central o local consideran inaceptables. Por ejemplo, el grupo Derecho de las Mujeres al Ingreso, de Coventry, que se constituyó para oponerse a las acciones del Grupo de Reclamaciones Especiales del Departamento de Salud y Seguridad Social en sus intentos de reducir el «fraude del bienestar» entre las madres solteras (Mayall, 1981), a pesar de no haber conseguido atraer fondos públicos, consiguió sobrevivir con un presupuesto escaso, gracias al inextinguible apoyo y recursos que las mujeres se suministraron unas a otras como parte de una agrupación más amplia de feministas y sus simpatizantes (Gray, 1986).

El desarrollo continuo de una amplia escala de activismo feminista no sólo es importante en tanto afirma la existencia de grupos en cuanto a los recursos materiales, sino también en lo referente al trabajo en vastos problemas ideológicos que ponen de relieve la impotencia social de las mujeres. Los objetivos que este trabajo ejemplifica y los

procesos implícitos en su producción se describen en la exposición de Binney acerca de la actitud de Women's Aid:

Desde el punto de vista ideológico, la batalla específica consiste en combatir el intento de contener los malos tratos con una interpretación psiquiátrica e insistir en la real impotencia de las mujeres en el seno de la familia. En esto, Women's Aid no puede sobrevivir sola; su destino está inextricablemente ligado a los éxitos y fracasos del movimiento de las mujeres en su conjunto. En la medida en que el movimiento de las mujeres produce un impacto duradero, el intento de contener los malos tratos en «niveles aceptables» se debilitará. (Binney *et al.*, 1981, pág. 125.)

Por ahora, la magnitud de la tarea que las feministas se han propuesto en busca de la erradicación de la opresión del género a través de las campañas y las redes feministas, el progreso aparentemente lento en términos de realización de este objetivo, el ataque de la Nueva Derecha a las conquistas feministas anteriores, así como el cambio de naturaleza del movimiento feminista mismo, han minado la confianza de las feministas. Recientemente, una cantidad de feministas prominentes en los primeros días del movimiento de las mujeres ha iniciado un debate acerca de si el movimiento está muriendo como tal (Delmar, 1986; Orbach, 1986). Otras cuestionan los elementos que constituyen hoy la real identidad del feminismo y preguntan en qué medida son verdaderamente feministas (por ejemplo, Mitchell y Oakley, 1986). A veces, las autoras feministas parecen en duelo por una creación del pasado, como, por ejemplo, Sheila Rowbotham en su entrevista a Jean McCrindle sobre la huelga de los mineros.

Jean: Y también estaba la anarquía en las reuniones de las mujeres...

Sheila: Tuvimos este problema en el movimiento de las mujeres, ¿verdad?

Sheila nuevamente: Ahora se supone que la gente

como nosotras, las veteranas de la liberación de las mujeres, somos, de una u otra manera, gente que siempre podemos hacer estas cosas, pero lo cierto es que lo que nos aupó fue un movimiento... Y encontramos nuestra voz porque había un contexto en el que podíamos expresarnos colectivamente. Eso fue hace diecisiete, dieciocho años, y todavía no nos hemos olvidado de eso, aun cuando nuestro entusiasmo se haya resentido un poco. (Rowbotham, 1986, pág. 123.)

En cuanto a las redes y campañas feministas, no nos parece que el activismo feminista haya muerto o esté agonizando. Más bien creemos que las primeras formas del movimiento de las mujeres cayeron en desuso cuando se dirigieron las energías a un abanico de iniciativas algo diferentes. El movimiento fácilmente identificable que logró reunirse en el ámbito nacional, una reconocible cantidad de campañas centrales y una cantidad de figuras feministas bien conocidas que caracterizaron el movimiento de las mujeres en los días de la Women's Charter, por ejemplo, todo eso desapareció (Coote y Campbell, 1982). Pero incluso en esa fase cualquier intento de confeccionar un índice del activismo feminista revelaba una serie de iniciativas populares diversas, fragmentarias y fluidas, a las que respondía todo un abanico de implicaciones y de compromisos que iban más allá del simple hecho de dar testimonio de él (véase, por ejemplo, Collins *et al.*, 1978). Como ha sostenido Walsgrove (1986), tal vez el estado actual de duelo, de feministas maduras y bien conocidas, por el movimiento perdido, contenga un elemento de «propiedad» no feminista de la causa, que fue siempre más aparente que real. Así, nuestra respuesta a la pregunta «¿qué es el feminismo?» tiene que apoyarse en la premisa de que por ahora las iniciativas feministas y los principios sobre los cuales se basan son tan variados y han pasado por tantas revisiones y cambios que la respuesta estriba en identificar y explicar una cantidad de «feminismos» influyentes. Tal como nosotras lo vemos, los desarrollos principales que han tenido lugar giran en torno a las campañas y las redes feministas. Los problemas que hoy se

abordan mediante la acción feminista son más variados todavía. Encontramos un ejemplo de ello en el trabajo sobre problemas de salud en las mujeres, que se ha desplazado de la preocupación por las iniciativas que desafían el control profesional masculino de las medidas relativas a la salud de las mujeres, al enfoque de una variedad de problemas relativos a la fisiología, la experiencia de concepción y de parto, salud mental y física, dieta y medicina preventiva (Ruzek, 1986). Mientras tanto, las redes y las campañas feministas obtuvieron recursos institucionales en mayor escala, como lo ilustra la expansión de los centros de mujeres, y establecieron una presencia en todo un abanico de instituciones sociales, tales como los medios de comunicación, la educación, el gobierno local, el trabajo social y las empresas comerciales. Por tanto, es preciso evaluar las ventajas y los inconvenientes de estilos más formales o entristas (véanse capítulos IV y V). La acción directa a través de campañas específicas ha sido y sigue siendo necesaria para crear conciencia de ciertos problemas y trabajar sobre ellos. Sin embargo, se ha desarrollado una comprensión cada vez más refinada en torno a la profundidad y el alcance del cambio social necesario para lograr la igualdad de género (Delphy, 1984). Ésta es la lección de las primeras campañas y redes. Con ello señalaban la necesidad de moverse más allá de la acción popular directa para lograr los objetivos de esa acción. La prueba actual del progreso feminista es la extensión con que se aborda esta empresa política más amplia y cómo evolucionan las iniciativas feministas. En este contexto realizaremos este análisis de la contribución de las redes y las campañas feministas al desarrollo de la práctica del trabajo social feminista. Estas maneras posibles de lograr una presencia política feminista más generalizada se estudiarán con más profundidad en el capítulo VI.

## LOS OBJETIVOS Y LOS ORÍGENES DE LAS CAMPAÑAS Y LAS REDES FEMINISTAS

A pesar de la naturaleza variada, fluida y cambiante de la actividad feminista a la que se ha hecho referencia hasta ahora, es posible discernir en ella ciertos rasgos distintivos comunes. Su objetivo central sigue siendo el desafío de los determinantes sociales de la desigualdad de las mujeres. A este respecto, sus orígenes populares se han mantenido a tono con sus objetivos igualitarios. La tendencia era que las mujeres (y a veces hombres simpatizantes) no necesariamente experimentadas en las campañas feministas ni familiarizadas con una filosofía feminista muy elaborada, se iniciaran o participaran en grupos de la siguiente manera. Se encontraban con problemas que enfrentaban las mujeres en su trabajo y su vida cotidiana y localizaban los orígenes de estos problemas en las relaciones sociales en general, adoptaban una actitud moral acerca de esa injusticia e intentaban trabajar colectivamente para erradicarla. Este proceso refleja que el análisis de los problemas sociales y la disposición para actuar sobre ellos existe más allá de las filas de la clase media, el trabajo comunitario profesional o la actividad política formal y es accesible desde todos los estilos de vida. Los ejemplos siguientes de acción en un espectro variado de problemas ilustra qué es lo que va implícito en ello:

En 1985, el equipo y un padre se embarcaron en un proyecto para trabajar en una guardería sobre estereotipos sexuales en los libros infantiles. Esta decisión fue resultado de una discusión entre el equipo y algunos padres. Nos interesaba la influencia que los estereotipos sexuales en los libros y en la televisión tenían en la conducta infantil. Al observar el juego de los niños nos dimos cuenta en particular de las preocupaciones por los juegos agresivos en los varones y el lenguaje que expresaba los estereotipos con los que se identificaban. Distribuimos nuestro proyecto de investigación a todos nuestros padres. También informamos a la biblioteca local que examinaríamos los libros antes de entregarlos a la

guardería para su utilización. Nos asociamos a la Letterbox Library Non-Sexist y al Non-Racist Children's Book Club. En nuestros rincones de libros exhibimos deliberadamente los que representan positivamente la comprensión que obtuvimos. (Barrett, 1986.)

En otra esfera, Carpenter (1982) destaca en estas palabras las fases iniciales de los actuales grupos de trabajadoras feministas con jóvenes:

Muchas reuniones con el grupo de trabajadoras en adolescencia se dedicaron en mayor o menor medida a considerar el problema de un miembro individual. Invariablemente, los problemas individuales eran comunes a la mayoría de nosotras y fueron el resultado de actitudes y políticas negativas y completamente antifemeninas. Tras unos meses de reuniones resultó evidente para el grupo que tendríamos que comenzar a realizar campañas en nombre de otras trabajadoras y del trabajo con las niñas. (Carpenter, 1982.)

El relato siguiente proviene de una mujer casada con un minero y que asumió una postura activa en el grupo local de coordinación de mujeres durante la huelga de mineros de 1984-1985:

aunque había algunas mujeres listas y entusiastas, era difícil lograr el acercamiento y la involucración de otras mujeres. Especialmente porque no eran muchos los hombres que parecían alentar a los grupos de acción de las mujeres. Por la razón que fuera, su idea era que estaba muy bien que las mujeres colaboraran en la huelga en la medida en que su colaboración se limitara a «la cocina», y cosas por el estilo. Pero fuera de esta actitud, no veían qué era lo que podían conseguir las mujeres. Yo creo que durante la huelga hemos demostrado que somos capaces de hacer otras cosas y hemos conseguido que una cantidad de hombres piensen como nosotras. Pero fue una dura lucha y en cada uno de los distintos terrenos se recibió a las mujeres con una respuesta diferente. (Seddon, 1986, pág. 32.)

La proliferación de grupos y actividades feministas también significa que ahora es posible para las mujeres obtener experiencia organizativa en un área del movimiento de las mujeres antes de concentrar sus esfuerzos en otras. Pero incluso en estas circunstancias las mujeres no tienden a abordar nuevos problemas como «expertas». Aunque la actitud que adopten sobre un problema nuevo se base en la experiencia existente, es probable que afinen su análisis y sus estrategias en relación con el problema a medida que trabajan en él. Esto se ejemplifica en las entrevistas de Caroline Crawford con mujeres implicadas en establecer en todo el país centros para mujeres violadas:

La violación se identificó como un problema feminista en el marco del Movimiento de Liberación Femenino...; después de unirse a los grupos, muchos sujetos adquirieron una comprensión detallada del análisis feminista... Como dijo una de ellas, «sí, yo sabía que había artículos en *Spare Rib*, etc., y había estado involucrada en el Movimiento de Liberación Femenina durante unos años, pero la mayor parte de mis lecturas fueron posteriores a mi unión al centro». (Crawford, 1981, sección II, 3.)

También los objetivos del activismo feminista que hemos ilustrado se diferencian en un aspecto decisivo de los que se encuentran en los grupos de autoayuda de mujeres no feministas. Estos grupos no se lanzan al desafío de los determinantes sociales de la desigualdad de las mujeres. En lugar de concentrarse en ayudar a las mujeres, transigen con el *statu quo*. Se puede ilustrar esta diferencia comparando un grupo no feminista de autoayuda y un grupo que encarna objetivos feministas, ambos en el mismo campo de trabajo. La asociación titulada Parents Anonymous Lifeline está dirigida principalmente por voluntarias, y quienes toman contacto con ella son sobre todo mujeres. Su finalidad es ofrecer un servicio telefónico voluntario de «primeros auxilios» a padres que sienten la tentación de pegar a sus hijos, o que lo hayan hecho (Muss y McLeod, 1980). A diferencia de la

National Childcare Campaign (NCC), feminista, no trata de desafiar los supuestos y las prácticas existentes en la atención infantil que asigna el grueso de la responsabilidad a mujeres en situaciones de aislamiento y de escasez de recursos (NCC, 1985). Se pueden realizar otras comparaciones teniendo en cuenta la manera en que manejan el incesto las mujeres feministas y las no feministas. Las primeras se han organizado primordialmente en torno a Grupos de Sobrevivientes al Incesto. En general, las mujeres implicadas en estos grupos han sido objeto de abusos y pueden hablar a las otras a partir de su experiencia directa. Utilizan los conocimientos adquiridos en su experiencia de abuso sexual con el fin de crear el espacio adecuado para la adquisición de confianza y fuerza, desarrollar sus propias redes de apoyo y asegurar la libertad para expresar sus necesidades y requisitos en sus propios términos. En contraste con esto, *Childline*, la campaña lanzada con la colaboración de Esther Rantzen, destacada personalidad de la televisión, para ofrecer un servicio telefónico de apoyo durante las veinticuatro horas del día a niños que han sido objeto de abuso sexual, ha creado una jerarquía de expertos que escuchan las voces de quienes han sido víctimas de abuso. En otras palabras, la principal preocupación de la persona que suministra la ayuda es prestar un oído comprensivo a quienes los llaman. Aunque se ha incorporado a sus actividades un servicio mínimo de referencia, *Childline* no trata en absoluto de organizar a las víctimas de abuso (BBC, 1986).

Como las mujeres se organizan para problemas específicos, la pregunta por cuáles deberán ser los objetivos del feminismo ha sido sometida a un continuo debate y refinamiento dentro del movimiento de las mujeres, tal como se ha expuesto en la introducción (págs. 18-21). Se trata de un proceso dialéctico en el que las feministas toman conciencia de los problemas particulares, generalmente en reuniones, talleres, publicaciones y una variedad de medios de comunicación. Al mismo tiempo, se han realizado esfuerzos para esclarecer las relaciones entre esos problemas y la posición de las mujeres en su conjunto (McLeod, 1982). El

proceso se caracteriza por la controversia, pues no hay finalmente una posición feminista de consenso. Su fuerza reside en que la naturaleza de cada iniciativa puede examinarse en función de su contribución específica al bienestar de las mujeres, de lo que ofrece para promocionar este bienestar de modo más general, de lo que se puede ganar insertándola en el contexto de una perspectiva feminista y de lo que gana una perspectiva feminista con ese trabajo. Un ejemplo de lo que esto lleva implícito concierne a las mujeres con diversas discapacidades. Algunas de ellas han persuadido a unas feministas para que reconozcan su insensibilidad ante los requerimientos particulares y la importancia de satisfacerlos si es que se quiere que desaparezca la discriminación por razones de discapacidad, en sí misma contraria a los principios feministas. Las feministas han comenzado a asumir este problema de un modo más general. Mientras, las mujeres discapacitadas también han comenzado a expresar en qué sentido se sienten especialmente vulnerables a las formas de asalto a las cuales las mujeres están sometidas en general (Cross, 1984).

Aun cuando los objetivos de los grupos feministas puedan ponerse en el logro de mayor igualdad para las mujeres, hay muchas maneras de presionar para producir el desvío respecto de tales objetivos. Por ejemplo, las campañas pueden enfrentar poderosas influencias que las desplacen hacia el mejoramiento de problemas de bienestar sobre base individual antes que mantener el propósito de dar con sus causas radicales. Si las campañas sucumben en este proceso, pueden perder la oportunidad de realizar su contribución más profunda al bienestar de las mujeres. Una manera en que puede darse esa presión es a través de las demandas de fondos. La experiencia de una de nosotras en PROS (Programme of the Reform of the Law on Soliciting) fue que las organizaciones estuvieran preparadas para considerar el ofrecimiento de fondos del PROS si éstos se transformaban en un servicio de rescate con derecho al bienestar para prostitutas. De lo contrario, era difícil conseguir dinero para enfatizar nuestra finalidad principal de acabar con la inculpa-

ción de las prostitutas a través de la ley actual, asegurar un trato más justo para las mujeres que trabajan como prostitutas y estimular la consideración pública de los orígenes sociales de la prostitución (McLeod, 1982). El deseo de satisfacer a medias el *establishment* para obtener algunos recursos también puede implicar el riesgo de comprometer los objetivos. Esta situación puede ser consecuencia de sentimientos de impotencia y fatalismo de parte de los miembros del grupo (Selma James, citada en McLeod, 1982).

Una complicación más, implícita en el mantenimiento de objetivos a largo plazo, es la necesidad de aligerar los problemas que afectan de modo inmediato a las mujeres en el plano individual. Por tanto, para continuar sosteniendo los objetivos propios a largo plazo hace falta el profundo convencimiento acerca de los méritos de su contribución. Esto puede resultar particularmente difícil para un grupo inexperto y con escasos logros discernibles que lo acrediten.

A pesar de sus mejores intenciones, las redes feministas también pueden verse forzadas a adoptar posiciones incompatibles con sus objetivos principales, a causa de que el cambio social masivo queda fuera de su control. Debido a la inacción estatal, pueden verse obligadas a compensar las deficiencias de los suministros del Estado en lugar de tratar de obtener de éste un buen equipamiento para las mujeres. Por ejemplo, junto con sus atributos positivos, los refugios para mujeres maltratadas también proporcionan alojamiento de emergencia a precios muy módicos y durante periodos considerablemente largos, lo que redundará en una disminución de la presión sobre los departamentos de vivienda de la autoridad local (Binney *et al.*, 1981). También se pueden reducir las redes y las campañas a fin de concentrarlas en estrategias defensivas, porque los cambios sociales más profundos que harán irrelevante tal cosa son proposiciones a largo plazo. Así, por ejemplo, puede estar en curso la tarea de desafiar la violencia masculina con vistas a erradicarla, pero mientras tanto las campañas y las redes se siguen enfrentando a la necesidad de ofrecer a las mujeres protección de la violencia masculina.

Sin embargo, no es necesario que todas las mujeres implicadas estén comprometidas con los mismos objetivos ni de la misma manera para que las iniciativas feministas progresen. Según la experiencia de las autoras, es muy común que las mujeres ocupen todo un espectro de posiciones mientras se organizan colectivamente. Típicamente, éstas varían de la concentración en metas más bien instrumentales a más breve plazo, como la producción de un cambio particular en la ley o el establecimiento de una guardería diurna, hasta una preocupación más general por el cambio social en relación con el cual los proyectos específicos se consideran elementos constituyentes. También la acción no conscientemente feminista puede ser compatible con los objetivos feministas en términos de búsqueda de un cambio en la distribución del poder y de los recursos que sea más favorable a las mujeres, como en la posición que Wendy Savage defiende como consultora, contra el empleo sin cuestionamiento que la profesión médica hace de su intervención en el parto (Jewell, 1986).

#### EL DESARROLLO DE RELACIONES IGUALITARIAS EN EL SENO DE LAS REDES Y LAS CAMPAÑAS FEMINISTAS

Al mantener su actitud igualitarista, las redes y las campañas feministas han proporcionado a las mujeres oportunidades de autorrealización que previamente les eran denegadas como consecuencia de su posición de subordinación. Hay muchos testimonios acerca de lo que han ganado las mujeres con la participación, tanto en lo que respecta a la diversión como a los sentimientos de bienestar y la liberación y el uso de talentos previamente sin desarrollar (véanse, por ejemplo, Mayo, 1977; Curno *et al.*, 1982). Además, a través de las campañas y las redes feministas construidas en torno a sus necesidades específicas, las mujeres han demostrado que, aunque vivan vidas aisladas, no es preciso confinarlas tras las paredes de la domesticidad. Por ejemplo, la Campaña de las Amas de Casa es indicativa de la capa-

cidad de las feministas para organizar grupos fragmentarios de mujeres y dar identidad a los individuos como parte de una constelación mayor de mujeres (Hopkins, 1982).

Mientras tales beneficios se incrementan, la participación en un grupo feminista se ha dado a costa de un considerable riesgo y sufrimiento personal para una gran cantidad de mujeres. Un rasgo común de ello es que cuando un hombre siente que su pareja (mujer) otorga prioridad a las demandas de su grupo en perjuicio de la satisfacción de lo que él considera sus necesidades o intereses (Mayo, 1977; Curno *et al.*, 1982; McLeod, 1982), se siente agraviado. El resultado puede constituir un dilema muy difícil para la mujer afectada. ¿Arriesga con ello lo que podría ser su fuente principal de sostén emocional y material? ¿O compromete su propia integridad al ceder a esas demandas, contribuyendo con ello a perpetuar situaciones de similar dificultad para ella y para otras mujeres? Este dilema con que se enfrentan las mujeres es un duro recordatorio de que, en general, las relaciones sociales todavía no sintonizan con el feminismo. Esta precisión no pretende negar el sostén que prestan muchos hombres. Sin embargo, a la implicación de una mujer en un grupo es posible agregar un elemento de riesgo o tensión, porque no puede suponer que su pareja masculina la apoyará o que se ganará su respeto por afirmar su terreno. La peligrosa naturaleza de lo que está en juego se revela en el relato de una mujer a su Grupo de Acción de Alojamiento tras haberse ausentado de su casa para participar en una manifestación:

Se agarró fuertemente de Mike y dijo: «¿Sabes qué? Me hizo una taza de té cuando volví a casa.» No entendíamos qué era lo que quería decir. Su marido le había hecho una taza de té y le había preguntado si quería acostarse, ¡cuando ella había pensado que le pegaría! Estaba excitadísima: él la había visto en el noticiero de televisión y se había sentido repentinamente orgulloso de ella. (SWAT, 1982, págs. 24-25.)

Su feminismo también puede llevar a las mujeres a «manifestarse» de maneras que son aún objeto de estigmatiza-

ción. Los relatos de lesbianas demuestran algunas de las consecuencias personales de esto. Dos trabajadoras jóvenes describen así sus experiencias:

Manifestarnos ante gente joven y estar dispuestas a hablar abiertamente de nosotras crea conflictos internos y tensiones. Estas tensiones se deben a que nos damos cuenta de la medida en que, como trabajadoras jóvenes, se nos puede considerar corruptas, desviadas, inmorales e incluso anormales... En cuanto a una de nosotras, hay personas de la dirección que apoyan su modo de trabajar, pero algunos de nuestros empleadores preferirían que nos guardáramos estos detalles personales para nosotras. Los compañeros de trabajo se han mostrado solidarios en el plano personal, pero algunos tienen miedo de ir más allá. Las trabajadoras adolescentes en general, aunque nos respetan, creen que somos una amenaza y que representamos una línea demasiado dura. Algunas de ellas han intentado poner en peligro nuestro empleo por mostrar abiertamente nuestro lesbianismo. (Green, 1982.)

No disponemos de pruebas de que los grupos feministas tomen sistemáticamente en cuenta estas tensiones. Sin embargo, el material escrito sobre organización femenina exhibe al menos una conciencia de esas demandas en los individuos (Mayo, 1977; Holland, 1984). Los informes documentados de grupos feministas también indican que, en todo caso, se aprecia la importancia de la provisión de asistencia personal en el bienestar de los miembros individuales, a fin de evitar sufrimiento inútil o una desventaja innecesaria. Las descripciones del tratamiento recíproco de los miembros del grupo refleja la comprensión de que la vida ordinaria es dura, de que todos necesitamos ayuda para superarla y de que cualquiera puede experimentar problemas que requieren atención especial (McLeod, 1982). Esta comprensión compartida hace posible que las feministas reconozcan que la responsabilidad primordial de las mujeres respecto de la atención infantil y el trabajo doméstico exige una evaluación particularmente cuidadosa de las combinaciones necesarias para asegurarse la libertad de participar en

grupos. Allí donde las trabajadoras sociales han trabajado en grupos de dominación masculina han comentado hasta qué punto sigue siendo una batalla la obtención del reconocimiento correspondiente (Dixon *et al.*, McLeod y Dominelli, 1982). Se reconoce la necesidad de formación o de apoyo compensatorio como posibles requisitos para que las mujeres intervengan en actividades tales como hablar en público, que han tendido a ser campo exclusivo de los varones.

Los grupos feministas también han tratado de estimular un enfoque cooperativo en su organización y hay muchos ejemplos de los logros obtenidos a este respecto (Collins *et al.*, 1978). Aunque ninguna medida administrativa puede garantizar la práctica igualitaria (véase Dixon *et al.*, 1982), este enfoque se centra en el tratamiento de la responsabilidad del manejo de la información, con la idea de que las tareas y los cargos sean compartidos y no recaigan en individuos o camarillas particulares. El resultado más importante de esto es que los grupos pueden llegar a encarnar el tipo de relaciones sociales igualitarias que tratan de establecer de modo más general y que sus miembros adquieran experiencia de ellas. En el siguiente informe del Centro para mujeres violadas de Tyneside encontramos un ejemplo de lo que eso puede significar cuando se realiza bien:

No somos jerárquicas, es decir, que no tenemos un comité ejecutivo ni cargos electos, sino que estas funciones son compartidas entre todos los miembros. También tratamos de prestar tanta atención a la forma y el desarrollo de nuestras reuniones e interacciones como al contenido, procurando todo el tiempo ser conscientes de los sentimientos de las otras mujeres y asegurándonos de que todas participen en la toma de decisiones y en las tareas del grupo. A menudo, quienes están familiarizados con la estructura formal y las organizaciones jerárquicas se preguntarán si los principios feministas permiten hacer lo que hay que hacer. A esas personas podemos decirles que nos arreglamos para montar un servicio para mujeres violadas en sólo unos pocos meses de trabajo. (SWAT, 1982, pág. 176.)

La literatura sobre acción comunitaria presenta cierta discusión acerca de si las mujeres tienen mayor inclinación a los esfuerzos cooperativos que los hombres. El argumento sostiene que esto se debe a que tradicionalmente las mujeres se centraron en reprimir sus necesidades y deseos inmediatos a favor de la ayuda a los demás, en oposición al modelo masculino de individualismo competitivo (May, 1977). También las mujeres como grupo han tenido que unirse para autoprotegerse del poder masculino dominante. Esta línea de razonamiento es discutible en una cantidad de sentidos. Corre el riesgo de postular una transmisión cuasi metafísica de habilidades cooperativas de mujer a mujer como resultado de su pasada historia colectiva. Igno- ra el hecho de que los hombres también pueden trabajar de modo cooperativo y que las mujeres no se comportan uniformemente de esa manera. Además, no tiene en cuenta el esfuerzo que se requiere para mantener la cooperación en los grupos de mujeres.

Pues aunque la cooperación existe, generalmente en el contexto de relaciones sociales competitivas y de falta de experiencia de las mujeres en el trabajo colectivo con otras mujeres, hace falta una esforzada lucha para crearla y mantenerla (Dominelli y Jonsdottir, 1988). Los grupos feministas están lastrados por la práctica y las nociones de jerarquía, clase y racismo de la sociedad en general. Si se toma esto en cuenta, la jerarquía es insidiosa porque puede parecer completamente natural: puede perpetuarse individual y colectivamente sin pensar jamás en ella. Jenny Finch, trabajadora comunitaria activa en la organización de un grupo de salud de mujeres, describe lo que ocurrió cuando ella y otros miembros trataban de trabajar de acuerdo con líneas no jerárquicas:

Un ejemplo tenía que ver con el temario al que había dado yo comienzo para que el grupo compartiera en plena conciencia lo que teníamos necesidad de hacer. Pero sólo cuando un visitante ajeno al grupo lo señaló me di cuenta de que seguía yo ejerciendo el poder al ocuparme de la agenda, cuando podíamos habernos turnado en ello. (Finch, 1982, pág. 133.)

También los choques de personalidad, que pueden parecer inevitables, representan o enmascaran las luchas jerárquicas sobre la base de la decisión de un individuo de «no ser un mandado» o, alternativamente, de ceder el poder que en rigor le «pertenece».

Otro problema se plantea cuando una campaña o una red iniciada y previamente dirigida por voluntarias obtiene fondos para el puesto de organizador o coordinador remunerado. Esto ocurre muy a menudo entre los grupos feministas. Puede que haya beneficios en cuanto al impacto de la campaña. Sin embargo, la información, la pericia y el papel de representante tiende a concentrarse en manos de la trabajadora remunerada y, en consecuencia, también en sus manos tiende a concentrarse el poder. Por tanto, existe el peligro de que otros participantes puedan suponer que alguien está haciendo el trabajo en su nombre cuando no debiera ser así; alternativamente, surgen sospechas de que no se representan efectivamente los intereses colectivos. Como resultado, las voluntarias no retribuidas pueden sentirse distanciadas, y si su implicación decae, la trabajadora remunerada puede sentirse falta de apoyo. La triste ironía de estas circunstancias es que tales luchas pueden debilitar una campaña precisamente en el momento en que ha conseguido un apoyo considerable. Este dilema particular no ha recibido demasiada atención en la prensa, pero ahora mismo se está realizando un cierto trabajo al respecto. Por ejemplo, el colectivo del mencionado centro de Tyneside para mujeres violadas ha sostenido que es importante reconocer este problema cuando se trata de trabajar como grupo y que es necesario experimentar maneras de integrar mejor los esfuerzos de las trabajadoras remuneradas y no remuneradas. A su vez ha experimentado con un grupo de apoyo compuesto por miembros del colectivo y una disposición por parejas, por la cual la trabajadora podía elegir un miembro del colectivo para ofrecerle su apoyo (Tyneside Rape Crisis Centre Collective, 1982).

Incluso en los grupos feministas es posible adoptar una actitud «feminista» tal que aliene a las mujeres al hacer que

se sientan rechazadas como inferiores. La situación se complica más aún con la visión estereotipada que los medios de comunicación se encargan de transmitir acerca de las feministas, a las que presentan como estridentes y altaneras (Coote y Campbell, 1982). Esto puede hacer que las mujeres adopten una actitud cautelosa o bien que reaccionen exageradamente a insultos no intencionales. Aun cuando esto no las mantenga al margen de los grupos feministas, sí es posible que las lleve a retirarse demasiado rápidamente cuando se enfrentan con un desaire relativamente insignificante. Es difícil saber la cantidad de mujeres perdidas para la acción feminista por sentimientos de rechazo, pero es importante cuidarse de que ello no ocurra, pues es perjudicial y contrario a las ideas de igualdad. Una anécdota tomada de nuestra propia experiencia ilustra qué puede significar esto. En 1976, una de nosotras se ocupaba de impulsar al Grupo de Acción por la Igualdad de Oportunidades de Birmingham a que diera publicidad a los derechos que se abrían a las mujeres gracias a la reciente legislación sobre igualdad de pago y discriminación sexual y a estimular localmente a las mujeres a una acción que afirmara esos derechos. En una de las primeras reuniones había que tratar el tema de la recaudación de fondos. Un miembro, una ama de casa, sugirió que las mujeres organizaran reuniones matutinas con fines benéficos para nosotras. Su propuesta fue recibida con bur-las. Enfadada y dolorida, respondió: «No sabéis cómo es el mundo», y no volvió nunca más al grupo.

Si en los grupos feministas está presente la jerarquía, también lo está la clase. De clase media fueron las mujeres más inclinadas a iniciar extensas campañas y redes feministas, como la National Women's Aid Federation, la National Abortion Campaign, los grupos femeninos de salud, los centros para mujeres violadas y los grupos de terapia para mujeres (Coote y Campbell, 1982). También son de clase media la mayoría de las mujeres interesadas en la organización de todo eso. La mayoría de las trabajadoras comunitarias retribuidas comprometidas con la organización de grupos feministas son de clase media. Allí donde los grupos ofrecen

servicios, las mujeres que sirven a los demás tienden a ser de clase media y no de clase obrera (Hanmer, 1977). En el vértice de todo esto, algunas mujeres de clase obrera han argumentado que la capacidad de las de clase media para definir qué actividades abarca el movimiento de las mujeres a través de su mayor acceso a los medios de comunicación y empresas editoras es lo que ha relegado la contribución de las mujeres de clase obrera, que, no obstante, es real. Sostienen que las mujeres de clase obrera se han organizado en torno a los intereses de las mujeres y en grandes cantidades, pero que lo han hecho a través de la acción industrial y otras actividades relacionadas con el lugar de trabajo y problemas de vivienda, porque estas cuestiones son más importantes en su vida cotidiana que las que interesan de manera más inmediata a las mujeres de clase media, como, por ejemplo, el control de la fertilidad y de la sexualidad (Packwood, 1983). En consecuencia, es posible argumentar que a este respecto el movimiento de mujeres, si no *refuerza* necesariamente las divisiones de clase/poder, al menos las *repite*.

No obstante, aunque en el marco de las redes y las campañas feministas opera la discriminación de clase (Barker, 1986), ésta se ve compensada de diversas maneras: En lo fundamental, el modelo según el cual las mujeres de clase media diseñan sus acciones es un modelo de experiencia y conocimiento compartidos. La idea es que las mujeres involucradas en un grupo o iniciativa feminista tendrán, de una u otra manera o en uno u otro grado, experiencia de ser oprimidas como mujeres en una sociedad patriarcal. En consecuencia, todas habrán comprendido algo de los problemas a los que se enfrentan otras mujeres, pero también pueden aprender de ellas, simpatizar con ellas y, al ayudarles, contribuir a aliviar el yugo que las oprime a todas (Donnelly, 1986). Ese enfoque está ideológicamente a gran distancia del que ha dominado las actividades de las mujeres en el enfoque del trabajo social convencional con mujeres. Aquí, la relación tradicional entre quien presta la ayuda y quien la recibe se basa en el supuesto jerárquico según el

cual las clientas necesitan ayuda porque de alguna manera son inferiores y que las trabajadoras sociales pueden ofrecer ayuda debido a sus cualidades superiores, ya sea por conocimientos, comprensión, buena integración personal o una combinación de estas tres cosas (Wilson, 1977). Como la mayoría de las trabajadoras sociales son de clase media y muchas clientas son de clase obrera, este supuesto operativo tiende a reforzar las ideas de superioridad de clase.

Por supuesto que no todas las mujeres de clase media actúan siempre de manera igualitaria en los grupos feministas: la verdadera prueba de ese enfoque no está tampoco en las intenciones de la clase media, sino en la experiencia y la percepción que tienen las mujeres de clase obrera de lo que ocurre (Barker, 1986). Desgraciadamente, es muy escasa la documentación sobre las reacciones de las mujeres de clase obrera a lo que se ofrece. Pero, aun cuando haya registro de que las mujeres de clase obrera tienen experiencia de cierta evaporación de las divisiones de clase, permanece en ellas la conciencia de fundirse en la indistinción de fondo. El siguiente relato de una experiencia de mujeres de clase obrera en un refugio para mujeres maltratadas muestra las complejidades de los problemas que estamos analizando:

Anne dijo: «No creo que necesitéis un guardián; para mí, alguien que reparte píldoras es un guardián. Tiene que ser una persona a la que consideren amiga, como Hilary, con la que se sienten en la habitación de adelante y ríen y hablen, y se asombren cuando se enteren de que es una trabajadora social. Eso pone barreras. Si no saben nada acerca de esta barrera hasta que han hecho una relación, muy bien, pues entonces ella no será una trabajadora social. Será Hilary.» (Pahl, 1978, págs. 54-55.)

A pesar de las dificultades que, en el sentido ya señalado, presenta la relación entre las mujeres de clase obrera y las de clase media, también está claro que las primeras ponen sus recursos a disposición de los grupos feministas de una manera que realza la capacidad de organización de las últimas y, en consecuencia, equipara el poder en el seno del

grupo (Mayo, 1977; Curno *et al.*, 1982). El relato de Claire Torkington acerca de los esfuerzos de una estudiosa del trabajo comunitario en el grupo Derecho de las Mujeres al Ingreso, de Coventry, cuya finalidad era asegurar mejor trato a las mujeres que presentaban reclamaciones, nos suministra un ejemplo de este proceso:

Pude atraer apoyo de otras estudiosas para el grupo, por ejemplo, en el equipo de la guardería. El transporte era otra área de ayuda que podía yo ofrecer como medio para mantener unido el grupo. Las mujeres que dependen del subsidio suplementario no pueden permitirse tener teléfono ni viajar en autobús. El acceso al transporte fue útil para informar a los miembros del grupo de los planes de última hora o para transportar mujeres y material de exhibición, etc., a las conferencias... Una área en la que yo misma y la trabajadora en derechos al bienestar, adjunta al grupo, tuvimos que asumir un papel de primer orden fue la de las situaciones en que era peligroso para las mujeres que se las reconociera como miembros del grupo... Para disminuir esos riesgos, se utilizó mi dirección y mi número de teléfono con fines de contacto. (Torkington, 1981, págs. 54-55.)

En pequeña escala, ese trabajo contrarresta la desigual distribución de recursos en la sociedad en conjunto. En consecuencia, es preciso mantenerlo no sólo en el plano ideológico, sino también en el práctico. Teléfonos, coches, dinero en efectivo, contratos, más tiempo libre y acceso a servicios burocráticos diversos no van a florecer de la noche a la mañana entre las participantes de clase obrera. En consecuencia, tal vez las mujeres de clase media necesiten seguir sosteniendo campañas y redes durante prolongados periodos para asegurar que no tropiecen o se hundan por falta de recursos.

Las redes y campañas feministas también ofrecen a las mujeres de clase media la oportunidad de representar los intereses de otras mujeres, que es lo que la costumbre reserva a la clase media. Cuando esto ocurre, parece reflejar la

creencia de las mujeres en el valor de «la causa» y la fe en la fuerza del grupo. El siguiente relato se refiere a la conexión entre la participación de las mujeres de clase obrera en un grupo local de mujeres y una campaña anticarretera:

Tal vez lo más significativo es que el Grupo de Mujeres ha aportado impulso y organización a la Campaña Anticarretera de Braunstone: aunque la campaña fue concebida con independencia del Grupo de Mujeres, el apoyo de éste fue lo que la convirtió en una fuerza poderosa. La primera forma de acción directa de protesta contra la construcción propuesta a través de Braunstone, última etapa de la Carretera Distribuidora del Distrito Occidental, fue protagonizada por un pequeño grupo de mujeres que visitaron el Ayuntamiento y entraron sin anuncio previo, ocupando brevemente el despacho del Director del Transporte... (Cathy) «... decidimos que queríamos hablar con el hombre de máxima responsabilidad, así que prácticamente forzamos nuestro ingreso en su despacho. ¡Fue tan excitante! Todas estábamos realmente emocionadas, pues teníamos la sensación de controlar la situación, en realidad lo hacíamos todo y allí estábamos, ante esa autoridad sin rostro». (Donnelly, 1986, pág. 32.)

Podríamos argumentar que las redes feministas también se convirtieron en medio para establecer el reconocimiento de los esfuerzos de las mujeres de clase obrera en la organización popular para incrementar la igualdad de las mujeres, ya sea que esos esfuerzos se consideraran feministas o no. Sólo si se ignora por completo el material documental podría pasarse hoy por alto el activismo de las mujeres de clase obrera en todo un conjunto de escenarios, que va de las campañas de inquilinos a las cooperativas de trabajadores o las disputas sindicales (Packwood, 1983; Curno *et al.*, 1982). Este desarrollo es importante en dos aspectos. En primer lugar, habría de estimular a las mujeres de clase media a que abordaran la organización con sus hermanas de clase obrera sobre el supuesto de que unas y otras tienen una capacidad de organización que ha de respetarse. En segundo lugar, cuando se encuentran los medios para retrans-

mitir este conocimiento a las mujeres de clase obrera, se aumenta su confianza en su propia capacidad para organizarse y no dejar que las de clase media y sus actividades definan por ellas el terreno.

Como las feministas han prestado cada vez más atención a las divisiones de clase en su tarea de organización, poco a poco se ha ido prestando también más atención al racismo como problema por sí mismo y no como un mero problema más entremezclado con otras formas de opresión. Hasta hace muy poco, las feministas blancas prestaron poca atención a la manera en que el sexismo y el racismo interactuaban en detrimento de las mujeres y a la posibilidad de que éste pudiera constituir una carga más pesada que aquél. Es como si la invisibilidad de las mujeres como grupo con experiencia de distintos problemas sociales característicos del análisis social anterior al advenimiento del movimiento de las mujeres tuviera en la invisibilidad de las mujeres negras su paralelo en el interior del movimiento. Esta situación está cambiando en la medida en que las mujeres blancas han comenzado a reconocer que las negras se han organizado colectivamente para defender sus intereses específicos y han empezado a aceptar que éstas se han ido organizando en torno a problemas del lugar de trabajo durante algún tiempo. En Gran Bretaña, esto ha comprendido la adopción de la acción industrial en una cantidad de disputas que cuestionaron los estereotipos que los sindicalistas blancos tenían de las mujeres negras y su docilidad en el lugar de trabajo, como, por ejemplo, Imperial Typewriters, Mansfield Hosiery, Chix, Kigass, etcétera. Esto también indica que la clase afecta significativamente a las mujeres negras. Pero el reconocimiento de la posición específica de éstas se debió a que las feministas negras pusieron de relieve el racismo enquistado en el seno del movimiento feminista (Carby, 1982). Aunque ahora desaparecida, la Organisation of Women of African and Asian Descent (OWAAD) representó el intento de las mujeres negras por superar las divisiones raciales perpetuadas a través del racismo capacitándolas para desafiar los estereotipos y las divisiones racistas en su medio y me-

orar colectivamente su posición en la comunidad negra y también en la sociedad blanca en la que viven (Bryan *et al.*, 1985). Mientras que las mujeres negras ocupan una posición contradictoria en relación con las blancas, porque tienen que encontrar maneras de luchar contra la opresión de género dentro de su propia comunidad y al mismo tiempo mantener sus lazos con los hombres negros antes que con las mujeres blancas para luchar contra la opresión racial, la OWAAD ha tenido gran influencia en las feministas blancas que quisieron luchar contra su propio racismo. El trabajo de la OWAAD ha desafiado los supuestos racistas de las feministas blancas bien intencionadas, así como los de la racista ala derecha del National Front. Además, entre estos supuestos está la pasividad de la mujer asiática, la atribución de rasgos patológicos a la familia negra, la arrogancia blanca que cree saber qué cambios convienen a la comunidad negra y el abuso sexual de mujeres negras por hombres blancos.

Los escritos de las mujeres negras también han realzado las interpretaciones racistas de los acontecimientos históricos que ignoraron las contribuciones de los negros a importantes acontecimientos sociales. Al hacer visibles sus luchas, las mujeres negras han tratado de conservar su libertad y su dignidad y de impedir la explotación de su fuerza de trabajo por hombres y mujeres blancos (Davis, 1981; Hooks, 1981). Las autoras negras también han expuesto la naturaleza específica de la cuádruple opresión de raza, género, clase y orientación sexual que afecta a las lesbianas negras (Parmar, 1982).

Los esfuerzos de las mujeres negras están ganando terreno en el seno del movimiento de las mujeres (Curno *et al.*, 1982; Mama, 1984; Parmar, 1982). Además, la importancia de la raza como problema se refleja ahora en la política de una cantidad de campañas y de redes. La campaña del National Child Care (NCC), por ejemplo, está montada específicamente para combatir el racismo como parte integral de su plataforma y apunta a facilitar tal cosa a los trabajadores negros (NCC, 1983).

Las trabajadoras feministas jóvenes también están convirtiendo la concienciación del racismo en algo inherente a su trabajo (Carpenter, 1982). Un rasgo adicional de la lucha contra su propio racismo implica el énfasis en la falta de servicios juveniles para las niñas asiáticas y la garantía de que reserven prestaciones específicamente para ellas.

Aunque estas actividades indican que las feministas blancas comienzan a tomar en serio las críticas que las mujeres negras hacen de su racismo, la cuestión sigue siendo difícil. Las feministas aún tienen por elaborar el punto en que negras y blancas consigan organizarse colectivamente sobre la base de beneficios mutuos equivalentes. En el movimiento de las mujeres en Gran Bretaña no ha sido notable la evaluación de la índole internacional de las luchas de las mujeres en términos de problemas que experimentan en común, así como sus diferencias de tipo y de grado (Jayawardna, 1986; El Saadawi, 1979). Sin embargo, ha habido importantes excepciones, tales como las campañas feministas en las que se dieron a conocer graves abusos en perjuicio del bienestar de mujeres y niños en el Tercer Mundo y se trató de presionar para influir en ello, por ejemplo, trabajando en torno a los peligros que la promoción y venta de leche seca para bebés entraña para la vida y la salud infantil (Doyal, 1983). El apoyo brindado al trabajo de las feministas negras sobre los terribles sufrimientos derivados de la ablación del clítoris (McLean, 1980) ha llevado estas cuestiones al conocimiento del gran público y no sólo de otras feministas. Además, la fundación del Movimiento de Mujeres por la Paz ha incrementado la comprensión de la escala internacional de los problemas sociales y de su interconexión. Las mujeres activas en este terreno han llegado a apreciar y a enfatizar que la renuncia al tratamiento aislado de un problema social es esencial para la comprensión de las cuestiones implicadas. Bel Mooney, colaboradora en una colección de artículos que surgió del Movimiento de Mujeres por la Paz, comenta cuántas mujeres reaccionan con frialdad ante el modo en que el uso de armas nucleares afectó al Japón y lo que podrían significar las armas nucleares en el futuro:

Yo iría casa por casa y les diría a la señora Smith y a la señora Jones que, a menos que aprendan a indignarse por la suerte de la señora Yamasaki y de la señora Tomoyasu y a llorar por quienes todavía lloran, hay cada vez más probabilidades de que esto ocurra otra vez y que les ocurra a sus hijas y a sus hijos. (Mooney, en Thompson, 1983, pág. 7.)

Las mujeres implicadas en el Movimiento de Mujeres por la Paz de Greenham también han apoyado a mujeres de otros lugares del mundo a montar las Campañas de Mujeres por la Paz, como, por ejemplo, en Comiso, Italia, y en Keflavik, Islandia. Al hacerlo, se ofrecieron apoyo psicológico mutuo a través de la interacción personal y la ayuda financiera, a menudo por medio de imaginativos programas. Por ejemplo, artículos de la prensa feminista que urgían a las mujeres de todo el mundo a comprar un metro cuadrado de tierra cada una para las mujeres que protestaban alrededor de la base del ejército norteamericano en Comiso, a fin de que éstas pudieran oponerse al transporte de armas nucleares hacia y desde la base. Las mujeres que utilizaron de esta guisa sus recursos unidos posibilitaron el establecimiento de la Campaña por la Paz en Comiso. Así, en ciertos aspectos, la hermandad de mujeres fue capaz de traspasar las fronteras internacionales y ofrecer un desafío más sostenido al *statu quo* referente a los acuerdos sobre armamento y alianzas militares (Dominelli, 1986a).

#### EL IMPACTO DE LAS CAMPAÑAS Y REDES FEMINISTAS EN LA SOCIEDAD EN GENERAL

Además de sedes e incubadoras de relaciones igualitarias, las redes y las campañas feministas han producido un abanico de logros distintos para el bienestar de las mujeres en general. Aparte de los crecientes beneficios de la identificación de problemas sociales que se ha expuesto en el capítulo primero, sólo en lo que se refiere a Gran Bretaña han creado re-

cursos materiales y personales que por ahora han contribuido al bienestar de por lo menos cientos de miles de mujeres. Estos refugios comprenden centros para mujeres violadas, servicios para el cuidado de la salud, publicaciones, transmisiones radiofónicas y televisivas, diversificación del empleo y atención infantil (por ejemplo, Collins *et al.*, 1978; Coote y Campbell, 1982; Oakley, 1981; Curno *et al.*, 1978; Coote y Campbell, 1982; Oakley, 1981; Curno *et al.*, 1982; Eichenbaum y Orbach, 1984; Webster, 1984; Dale y Foster, 1986; David y New, 1985). También han asegurado leyes, o han resistido a cambios en ellas, que, cualesquiera fueran sus defectos, habían mejorado la situación de millares de mujeres, como, por ejemplo, la Ley sobre Violencia Doméstica y la Ley de Vivienda (para personas sin techo) de 1977, la abolición de la cárcel de acuerdo con la ley de Agravios Callejeros de 1959 y la Ley de Justicia Criminal de 1982, y bloquearon nuevos cercenamientos de la Ley sobre el Aborto de 1967.

Como las campañas y las redes crecieron, las mujeres que se habían implicado, pero que no se mantenían necesariamente activas en ellas, adquirieron un entusiasmo, una decisión, una confianza y una libertad respecto de la subordinación recíproca que son muy difíciles de cuantificar, pero que irradian en los informes ya analizados (págs. 77-83 y 99-100). Es difícil obtener una prueba definitiva, pero también podría sugerirse que una cantidad igualmente amplia de mujeres han recibido aliento en su lucha contra la subordinación individual como resultado del contacto personal de las mujeres mismas, alentadas por su propia participación en el activismo feminista. Los *booms* de venta de libros feministas, a menudo consecuencia de la difusión de iniciativas o del trabajo de redes feministas y una de las pocas áreas de la edición que dan muestras de crecimiento, también atestiguan en qué medida se ha despertado el interés de las mujeres por asegurar una existencia más igualitaria.

Mediante las redes y las campañas feministas, las mujeres se han convertido en sus propias representantes en lo relativo a sus intereses en un importante espectro de proble-

mas a cuyo cargo se encuentran poderosas instituciones estatales. Esto no produce necesariamente un impacto revolucionario en el trato que reciben las mujeres en relación con dichos problemas, pero hace menos fácil la legitimación de la acción o la inacción sobre la base de relatos distorsionados. También alienta a otras mujeres a que expongan su punto de vista y se aseguren de que éste se tenga en cuenta, así como lo que se puede hacer al respecto. Así es como se ha llevado al Parlamento el punto de vista de las mujeres maltratadas y el de las prostitutas; el de las violadas, a la policía; el de las trabajadoras, a los sindicatos, y el de las ciudadanas, a las autoridades locales.

Las campañas y las redes feministas también interactúan mutuamente para extender su abanico estratégico. Hasta el advenimiento del Movimiento de Mujeres por la Paz, el movimiento de las mujeres había conseguido constituir en problema la violencia masculina contra las mujeres, pero todavía se formulaba diversas preguntas en relación con la violencia masculina de tipo más general: ¿Qué problemas planteaba la violencia masculina contra los hombres? ¿Cuál era la conexión de la violencia masculina contra mujeres y hombres con las relaciones sociales patriarcales? ¿Debería combatirse la violencia con violencia? La lógica de las campañas de las mujeres por la paz se ha enfrentado a todas estas cuestiones y ha señalado una posible solución. Su insistencia en que las mujeres deberían protestar por sí mismas contra las armas nucleares porque, de lo contrario, la implicación de los hombres llevaría inevitablemente a la violencia, tiene las siguientes derivaciones: que no hay ninguna forma legítima de violencia, esto es, que la violencia debe combatirse con no violencia y que las relaciones patriarcales, es decir, la determinación de los acontecimientos por los hombres, da lugar inevitablemente a violencia contra hombres y niños, así como contra mujeres, y desde ese punto de vista deben ser erradicadas (Feminism and Non-Violence Study Group, 1983; Cook y Kirk, 1983; Dominelli, 1986a). Queda por ver si otras feministas aceptan o no la idea de que el patriarcado es la fuente principal de

violencia contra hombres, mujeres y niños; que la violencia masculina contra hombres y niños debería ser también tema de preocupación para ellas y que las feministas deberían ser pacifistas (Feminism and Non-Violence Study Group, 1983).

La cuestión reside en el impacto que hasta ahora han producido las campañas y redes feministas sobre el bienestar de hombres y niños. Tal como se indica en la Introducción, tenemos gran simpatía por las formas de organización de mujeres solas, aunque sin adoptar una perspectiva feminista radical sobre el separatismo. Ambas opinamos que en coyunturas históricas específicas y en relación con problemas particulares es justo que las mujeres se organicen unilateralmente y se aparten de los hombres. Sin embargo, como estrategia principal, o incluso omniincluyente, consideramos que el separatismo tiene el peligro de tratar de subordinar la preocupación por el bienestar de hombres y niños varones. Esto es anatema para el feminismo, cuyos orígenes yacen en el rechazo de toda forma de subordinación. También sugerimos que el ogro son las relaciones sociales patriarcales y no necesariamente los hombres por sí mismos, aunque a veces sea difícil separar una cosa de otra. En consecuencia, a lo largo de estas líneas la consideramos adecuada para evaluar la aportación que han realizado las redes y las campañas feministas al bienestar de los hombres.

En la medida en que las mujeres han equiparado su posición a la de los hombres, tal como hemos analizado en esta y en otras secciones del libro, podríamos decir que el bienestar de los hombres se ha beneficiado de ello. Esto quiere decir que los hombres no tienen tantas oportunidades de dominar, actividad deshumanizadora que afecta a todos los implicados en ella (Freire, 1976). Más allá de esto, las redes y las campañas han producido sutiles progresos en el bienestar de los hombres, aunque es difícil calcular su magnitud. El movimiento de las mujeres en su conjunto ha estimulado a los hombres a reflexionar sobre la manera y la medida en que también ellos están atrapados y oprimidos por las relaciones de género. Consecuentemente, los hom-

bres se han reunido en grupos de concienciación y han examinado las maneras en que la dominación masculina en la sociedad los lleva a oprimir a las mujeres y a su vez a experimentar relaciones sociales distorsionantes e inhibidoras (Achilles Heel, 1983; Tolson, 1977; Bowl, 1985). En los grupos de Hombres contra el Sexismo, pequeños grupos de varones han tratado de corregir la explotación de las mujeres en la sociedad adoptando actividades de sostén que normalmente se espera de las mujeres, como, por ejemplo, la atención infantil. Así, han montado guarderías para ofrecer apoyo a mujeres que asisten a talleres, conferencias, escuelas diurnas y reuniones públicas (Men Against Sexism Group, de Birmingham, 1983). Esas actividades no son precisamente impresionantes por su extensión, ya que al parecer implican como máximo unos centenares de hombres en toda Gran Bretaña. Sin embargo, nuestra experiencia nos indica que, como producto colateral, son elementos que apoyan el desarrollo del feminismo en la medida en que demuestran que, de parte de los hombres, hay buena voluntad y asistencia práctica para realizar sus fines, y que, aunque lentamente, el mensaje feminista va ganando terreno.

Es muy difícil detectar si, como resultado de las redes y las campañas feministas, los hombres han aprendido a tratarse mejor entre sí, es decir, menos jerárquicamente, aunque hay cierta evidencia de grupos de hombres que han intentado hacerlo (Tolson, 1977; Festau, 1975; Achilles Heel, 1983). Esto suena raro porque choca con la idea de que los hombres lo hacen todo siempre mejor. ¿Cómo iban a tener los hombres algo que aprender de las mujeres en la manera de tratarse? Sin embargo, ya sea por elección positiva o por la penosa necesidad derivada del cambio que las mujeres impusieron en los roles, los hombres están comenzando a cuestionarse seriamente el precio de pensarse superiores (véase, por ejemplo, Festau, 1975). No es un cambio que los medios populares de comunicación reconozcan fácilmente. Las mujeres en tanto objetos sexuales y la preocupación culturalmente masculina por la violencia y la confrontación todavía venden más. Pero este desarrollo es vital.

Podría decirse que las metas del feminismo no pueden lograrse sin una humanización de *ambos* roles de género.

Es imposible calcular cuántos hombres que nunca aparecen en la vida pública o en un grupo conocido han realizado un claro esfuerzo en favor de actividades feministas, ya sea directamente, ya sea asistiendo a las mujeres implicadas. También es difícil conocer sus motivaciones: ¿amor a una mujer en particular, humanitarismo en general, deseo de reparar lo que han hecho, moda o convicción de que los objetivos feministas son correctos? La revisión de nuestra experiencia en campañas no separatistas sugiere que los hombres ofrecen considerable apoyo de «trastienda», por ejemplo, en hacer viables los servicios, ayudar a recaudar fondos, cuidar bebés, etcétera. Mientras, es probable que lleven una vida sexista en muchos otros aspectos, por ejemplo, ignorando el impacto del sexismo en su vida y sus relaciones personales, tratando a las mujeres como objetos sexuales o esperando que las mujeres les proporcionen servicios. Pueden no ser activos en su propia esfera de influencia para poner fin a circunstancias generales de la desventaja de las mujeres, como su salario comparativamente más bajo.

Cuando las mujeres enunciaron diversos problemas, resultó más fácil identificar el grado de opresión que los hombres experimentan de distintas maneras, y más fácil para ellos expresarse al respecto. Además, los hombres están empezando a hacer oír la opinión según la cual la actual división sexista del trabajo en la atención de los niños no sólo es injusta para las mujeres y los niños, sino que también priva a los hombres del contacto con sus hijos, lo cual provoca en ellos frustración emocional y angustia ante los hijos (Hearn, 1973). La comprensión, que ha ganado terreno durante la vida del movimiento de las mujeres, de que las actuales relaciones de género convencionales son tan corrosivas para la sexualidad masculina como para la femenina, ha conducido a ciertos hombres a registrar la importancia que tienen para ellos las alternativas a las formas machistas estereotipadas de las relaciones sexuales (McLeod, 1982; Reynaud, 1983). Los recortes forzados en el horario de trabajo

y en el empleo mismo se han acelerado como resultado de la recesión actual. Pero, fuera de esto, los grupos feministas que defienden organizaciones más flexibles del trabajo, que permitan a las mujeres participar en el mercado de trabajo sin exclusión de las actividades no retribuidas e importantes para ellas, han estimulado a ciertos hombres a buscar análoga flexibilidad sobre una base voluntaria, lo que los aleja de las normas centradas en la carrera profesional.

Los niños se han beneficiado de diversos modos a consecuencia de las redes y las campañas feministas. Para empezar, se les ofrece, al mismo tiempo que a sus madres, una vía de escape de la violencia doméstica a través de refugios, aunque en general las condiciones no sean muy cómodas (Binney *et al.*, 1981). También se les ofrece la experiencia de una crianza menos sexista, cuidado y educación en muchos marcos familiares, de grupo e institucionales, aunque no se pueda decir que por ahora se trate de una experiencia universal ni muy extendida (Coote y Campbell, 1982; David y New, 1985). En muchos casos, sus madres están menos traumatizadas, menos deprimidas, en posición ligeramente mejor y más autorrealizadas como consecuencia de las iniciativas feministas sobre violación, terapia para mujeres, ingresos económicos y carrera profesional de las mujeres. En consecuencia, es menor la probabilidad de que produzcan un impacto negativo en los hijos. Como se ha analizado ya, también ha habido algunas ligeras mejoras en el desarrollo de un estilo menos sexista en la atención de los hijos y la implicación en su crianza.

A más largo plazo, con que sólo se conserven las posiciones alcanzadas hasta ahora, las niñas no tendrán que comenzar por donde comenzaron sus madres en cuanto a la necesidad del feminismo y a la elaboración de sus intereses y estrategias. Ni los niños (varones) tendrán que aprender todo lo que sus padres (también varones) tuvieron que aprender acerca de la desigualdad de las mujeres. Sin embargo, todavía está muy poco desarrollado el trabajo de educar a los hombres de una manera no sexista en términos de implicación parental (Arcana, 1983).

Hasta ahora, ni las campañas ni las redes feministas han atacado una mancha negra en el tratamiento de las mujeres a sus hijos (Gordon, 1986); nos referimos al uso rutinario de la violencia para con ellos durante la atención cotidiana de los niños (Newson y Newson, 1976). En el capítulo se analizan detalladamente las posibles razones de ello y la deseabilidad de que las feministas desarrollen este trabajo. Sin embargo, a través de los centros para mujeres violadas, los grupos sobrevivientes al incesto y más en general las redes feministas han prestado atención a la elevada incidencia y la naturaleza universal del abuso sexual de niños. Sus orígenes se han localizado en la manera en que se han construido las relaciones sociales y se ha cargado el énfasis en la primacía acordada a la satisfacción de las urgencias sexuales de los hombres como reflejo de la dominación patriarcal (Ward, 1984; Dominelli, 1986). Actualmente, sin embargo, el debate público y la respuesta al incesto están dominados por la escuela de la «protección infantil». Esta escuela de pensamiento, aunque sin dejar de difundir la extensión del problema, carga el énfasis en la «autoprotección de la víctima» a través de aventuras tales como las campañas denominadas *Childline* y *Say No* (véase, por ejemplo, Elliott, 1985; y para una crítica, Jones, 1986). Parte de la premisa de que aún es posible reintegrar el niño a la familia y salvaguardar su bienestar, mientras se elude el conflicto de intereses entre los niños y sus padres, conflicto cuyas raíces se hunden en el patriarcado (Jones, 1986).

Mientras las iniciativas feministas pueden aportar a los niños beneficios tanto a corto como a largo plazo, al mismo tiempo la participación de las mujeres en la acción feminista ha realizado demandas sobre los hijos. Quizá tengan la experiencia del estigma que pesa sobre su madre que «se manifiesta» como feminista, como se advierte en la siguiente descripción de las reacciones locales ante una niña criada por su madre que vivía con un grupo de mujeres:

Vivimos en una zona sumamente respetable, de modo que la mayoría de los otros niños provienen de familias

completamente convencionales. Sarah tenía una fiesta de cumpleaños, y cuando invitamos a un niño que a ella le gustaba, su madre dijo: «¡Oh!, la próxima semana tiene que ir ella a la fiesta de Edward.» Pero cuando vinieron advertí que los padres miraban escrutadoramente, con la clara idea de que algo raro había allí. Nunca invitaron a Sarah a la fiesta de Edward. Lo sentí verdaderamente por ella. (Collins *et al.*, 1978, pág. 176.)

La carga o la sobrecarga adicional de activismo por encima de toda una jornada de trabajo, por encima de las obligaciones de la maternidad, redundan como mínimo en una menor atención: por ejemplo, puede que, después de toda una semana en la escuela o en el jardín de infantes, los centros de atención infantil sean una exigencia excesiva para un niño, pero dejarlo en ellas es la única manera en que las mujeres puedan tener libertad para asistir a reuniones.

#### CONSOLIDACIÓN DEL TRABAJO DE CAMPAÑAS Y REDES FEMINISTAS

Las campañas y las redes feministas, como hemos visto, pueden ejercer una influencia importante en la sociedad en general. Sin embargo, en la medida en que lo han hecho, también han demostrado que es necesario que su trabajo se amplíe a otras formas de cambio social si es que se aspira a una contribución duradera al bienestar. Estas formas de cambio social incluyen transformaciones en las actitudes y la conducta personal, en la política de la administración central y de la local y en la actividad política y sindical. No obstante, se puede ilustrar este punto específico tomando ejemplos de la interrelación de las campañas y las redes feministas con estas diferentes esferas de acción.

Tal vez el ejemplo más claro de la magnitud del trabajo que queda por hacer en cuanto a cambios de actitudes y de conducta general lo proporcione el problema de la violencia doméstica. Las mujeres tienen ahora un santuario ante la violencia doméstica y cuentan con mayor ayuda para reins-

talarse de modo independiente, ambas cosas por obra de la National Women's Aid Federation. Sin embargo, el fenómeno de la violencia doméstica aún es corriente y son muchísimas las evidencias de que no sólo hay muchísimos hombres que maltratan a su mujer y que consideran legítima esa violencia (Dobash y Dobash, 1980), sino que también la toleran grandes sectores de población que trabajan en instituciones tales como la policía, la medicina, el derecho y las agencias de bienestar social, encargados de la protección o el mejoramiento tanto del bienestar de las mujeres como de los hombres (Pahl, 1985). En estas circunstancias es difícil imaginar la desaparición de la violencia doméstica hasta que no sea en general impensable incurrir en ella.

La necesidad que la política del gobierno local y del gobierno central tiene de complementar los esfuerzos de las campañas y las redes feministas para establecer sus objetivos queda bien demostrada en el caso de la National Child-care Campaign. Ésta consiguió establecer y mantener una red de grupos en todo el país con el fin de atraer la financiación gubernamental, colocar su sello en la política del Partido Laborista para instituciones de atención diurna y sostener la cobertura nacional en los medios de comunicación a favor del tipo de institución que se deseaba (NCC, 1985). La atención infantil que la NCC reclama como derecho es la prestación de este servicio para niños de cero a cinco años, flexible en términos de disponibilidad y horarios de apertura, pero compatible con las horas de trabajo y que combinen la educación y la atención que proporciona el Estado con la implicación y la gestión parental. Esto no tiene por qué inspirarse forzosamente en las guarderías, pero debería tener como prerrequisito condiciones físicas y recursos decentes para los niños y el personal. Los regímenes implicados deberían apuntar a erradicar el sexismo y el racismo.

Este enfoque podría producir cambios importantes en la situación actual: las autoridades locales tendrían que aceptar la responsabilidad de suministrar la atención diurna en

forma universal, en vez de proveerla sólo a un pequeño porcentaje de niños como casos «prioritarios», y manteniendo las opciones de bajo coste de los cuidadores, responsabilidad que debería extenderse a los niños después de las horas de clase y durante las vacaciones escolares. A escala nacional haría falta la fusión de las responsabilidades de la atención infantil en un ministerio. Sería menester, sin duda, un incremento sustancial del presupuesto disponible y el reconocimiento de un estado de cosas del que anteriormente el gobierno sólo se hacía cargo en tiempos de guerra, esto es, la naturaleza axiomática de la necesidad de la institución de atención diurna financiada por el Estado para padres y madres que trabajan (Riley, 1983).

Los partidos políticos de todas las tendencias hacen las veces de concesionarios en relación con el movimiento de las mujeres, sus campañas y sus redes. Aunque, en lo tocante a la situación de las mujeres, el Partido Laborista tiene un programa a tono con las demandas feministas (Labour Party, 1984), ningún partido se compromete de lleno a poner en práctica políticas que asuman sin ambigüedad la igualdad de las mujeres. La situación actual en relación con las medidas a favor del aborto ilustran la lucha interminable que esta cuestión entraña. Actualmente, todos los grandes partidos están de acuerdo en el mantenimiento de medidas a favor del aborto, pero ninguno lo ha legitimado como un derecho de la mujer. En consecuencia, para las feministas y quienes las apoyan, sigue siendo más un terreno a disputar una y otra vez que un terreno definitivamente conquistado en el parlamento. Entre las otras formas de cambio social requeridas para subrayar las conquistas de las campañas y las redes feministas se cuenta, pues, una poderosa presencia feminista en los partidos políticos.

Las campañas para equiparar el ingreso y las oportunidades de empleo de las mujeres ha demostrado (LWLC, London Women's Liberation Campaign, 1979) que el apoyo unido es esencial para conseguir mejores condiciones, pero también que aunque se haya experimentado cierto progreso en incluir los logros de las mujeres en la agenda, la

actividad sindical no refleja aún suficientemente el bienestar de las mujeres como algo a conquistar (Coote, 1980).

Las campañas y las redes feministas deberían por tanto considerarse importantes medios de intervención para promover el bienestar de las mujeres, los niños y los hombres. Han dado origen, y a la vez sostenido, iniciativas valiosas, para lo cual ha sido esencial la intención igualitaria de sus objetivos y formas organizativas. Sin embargo, cuando emergieron como piedra fundamental de la práctica del trabajo social feminista, su trabajo mismo ha demostrado que, para ser irreversible, necesita el establecimiento de una presencia feminista en todo un espectro de esferas sociales.

### CAPÍTULO III

#### Un enfoque feminista del bienestar emocional: la contribución de la terapia y el asesoramiento personal feminista

Como lo demuestra el resto de este libro, y como se reflejará en el presente capítulo, las feministas no ven diferencia entre consideraciones materiales y políticas y bienestar de las mujeres. Se ha documentado que, para las mujeres, la cualidad de las prestaciones en atención infantil, educación, salud, condiciones del lugar de trabajo y servicios financieros y de vivienda, tiene influencia decisiva en su salud emocional y en su autoestima (véanse, respectivamente, David y New, 1985; Stanworth, 1983; Oakley, 1981; Marshall, 1984; Barrett y McIntosh, 1982; Binney *et al.*, 1981). Al mismo tiempo, como se analiza en el capítulo II, las iniciativas feministas no dirigidas primordialmente a cuestiones emocionales han dado lugar a experiencias emocionales positivas y, al mismo tiempo, han estimulado a las mujeres a esperar y buscar mayor realización emocional. Además, gracias al desarrollo de la terapia feminista y de los escritos feministas sobre psicología y experiencia emocional, han surgido también una teoría y una práctica *específicamente* dirigidas al problema del bienestar emocional de las mujeres, con consecuencias beneficiosas para el bienestar de las mujeres e importantes implicaciones para el de los niños y

los hombres. Las características principales de este trabajo son: que se ha comenzado a esbozar los orígenes sociales del sufrimiento emocional de las mujeres, lo que hace inadecuadas las etiquetas individuales, ya sea que se las pongan ellas mismas o los demás; que se ha dado nueva ubicación al punto axial de la psicología de las mujeres, con lo cual se respalda su capacidad de plenitud emocional; y que las asesoras feministas también han establecido con sus asesoradas una relación sobre bases más igualitarias al poner en primer plano la comunidad de los problemas que experimentan las mujeres, con lo cual se disminuye el estigma inherente al hecho de recibir asesoramiento. Todo indica que la influencia de ese trabajo ya ha comenzado a trascender los centros de terapia feminista para penetrar en la práctica del trabajo institucional y comunitario (véanse, por ejemplo, Hale, 1984; Donnelly, 1986) y hasta cierto punto en el trabajo de las asesoras en general (Ernst y Maguire, 1987). También ha provocado el interés popular directamente a través de los medios de comunicación escrita y la televisión (Orbach, 1982).

La terapia feminista y los escritos feministas sobre psicología y experiencia emocional han conducido a, y a la vez estimulado, otras formas de acción que buscan el bienestar emocional de las mujeres; esto también se analiza más adelante. El trabajo feminista en este campo ha servido para reconocer lo que, desde el punto de vista emocional, pueden ganar las mujeres en sus relaciones con otras mujeres, en lugar de considerarlas necesariamente inferiores en comparación con sus relaciones emocionales con hombres. Las feministas han sostenido que la institución del amor romántico, tal como existe actualmente, es dudosa como factor de bienestar emocional de las mujeres y han comenzado a explorar formas alternativas de amor que conducen a su bienestar. También han estimulado a los hombres a que empiecen a explorar por sí mismos las inhibiciones y las distorsiones que han sufrido sus experiencias emocionales debido a los estereotipos de género, con detrimento emocional tanto para ellos como para las mujeres y los niños.

Y, por último, las feministas han comenzado a describir de qué manera son los niños víctimas emocionales de la desigualdad de género y cómo contrarrestar esa situación.

Somos conscientes de que nuestra exposición se centra ante todo en las mujeres blancas y sus experiencias tanto en la relación terapéutica como en su vida en general. Aunque sabemos que no es correcto que nosotras, blancas, hablemos en nombre de o por las mujeres negras, es obligatorio que comentemos la «perspectiva anglocéntrica», evidente en gran parte de la teoría y la práctica de terapia feminista de hoy. (La expresión «perspectiva anglocéntrica» fue acuñada por el White Collective for Anti-Racist Social Work, fundado por una de las autoras de este libro. Se hallará un análisis de ella en *Anti-Racist Social Work*, de Dominelli, 1988, Macmillan.) Tenemos muy claro que aunque quizá las experiencias de la vida tengan ciertas hebras comunes a negras y a blancas, arraigan en *diferencias* (Carby, 1982; Lorde, 1984), y que esto tiene implicaciones diferentes para las maneras y los términos en que se da el desarrollo personal y emocional de negras y blancas. En el resto del capítulo trataremos de explicar algo de esto.

#### UNA TEORÍA Y UNA PRÁCTICA PARA EL BIENESTAR EMOCIONAL DE LAS MUJERES

La característica central de la terapia feminista reside en resituar en el dominio de la experiencia común con otras mujeres lo que antes se había considerado como fracaso emocional personal y en explorar hasta qué punto está socialmente determinado. A través de las lecciones derivadas de la terapia feminista, las feministas han demostrado la inaceptabilidad de la subordinación del bienestar emocional de las mujeres. Más aún, han desvelado que se puede y se debe resistir a esta subordinación y que con toda legitimidad buscan las mujeres su felicidad a la vez que se prestan apoyo recíproco en esa busca. Así, pues, esto se convierte para ellas en el foco de atención, a resultas de lo cual disminuye su preo-

cupación por el sentimiento de autodenigración y el odio a sí mismas. En cambio, resulta más adecuado preguntar por qué y cómo han llegado en general a tener esa pobre autoestima en diversos aspectos y qué ayuda pueden ofrecerse unas a otras con esto. Para ilustrar lo que va aquí implícito, no hace falta agregar demasiado: «mi cara», «mi figura», «mi falta de confianza», «mi incapacidad de arreglármelas sola», «mis celos», ésa es la desgracia. La cuestión está en *por qué* las mujeres se preocupan tanto por su apariencia física, sus sentimientos de inferioridad y su «posesión de» los hombres o su «ser poseídas» por ellos, y qué pueden hacer al respecto (Eichenbaum y Orbach, 1982, 1984).

A medida que el trabajo de las terapeutas feministas y los centros de terapia para mujeres se desarrollaron, el foco central de la evolución psicológica de las mujeres se fue redefiniendo con independencia del de los hombres y tendencia a plantear la importancia de la autosatisfacción por derecho propio y la capacidad para lograrla. Y esto se consiguió compartiendo con las terapeutas y con otras mujeres su experiencia *real* de amor parental, los sentimientos para consigo mismas y la realidad de su experiencia de relaciones adultas centrales (Baker-Miller, 1978; Eichenbaum y Orbach, 1982, 1984; Ernst y Maguire, 1987). Lo que se ha puesto en evidencia a través de esta actividad es que el desarrollo sexual y emocional de las mujeres dista mucho de estar inevitablemente subordinado al de los otros, como sugiere el paradigma freudiano que todavía domina la psicología psicosexual:

Completamente distintos son los efectos del complejo de castración en la mujer. Ésta reconoce el hecho de su castración y, con ella, también la superioridad del varón y su propia inferioridad; pero se rebela contra este desagradable estado de cosas. A partir de esta actitud dividida se abren tres líneas de desarrollo. La primera conduce al rechazo general de la sexualidad. La niña pequeña, atemorizada por la comparación con los niños, crece insatisfecha con su clítoris y renuncia a su actividad fálica y con ella a su sexualidad en general, así como a

buna parte de su masculinidad en otros terrenos. La segunda línea la lleva a aferrarse con desafiante autoafirmación a su masculinidad amenazada. Hasta una edad sorprendentemente avanzada mantiene la esperanza de tener pene algún día. Esta esperanza se convierte en el objetivo de su vida; y a menudo la fantasía de ser hombre a pesar de todo persiste como factor formativo durante períodos prolongados. Este «complejo de masculinidad» en las mujeres también puede desembocar en una maniifiesta elección homosexual de objeto. Sólo si el desarrollo sigue la tercera vía, muy sinuosa, llegará a la actitud femenina normal final, según la cual la mujer escoge a su padre como objeto y así encuentra su camino a la forma femenina del complejo de Edipo. (Freud, 1977, página 376.)

Los informes sobre mujeres en terapia feminista indican que la denigración de la experiencia propia y su medición con la vara masculina no es una característica inalienable de la feminidad, sino que se ha impuesto a las mujeres a través de la construcción social de su rol. Se ha distorsionado su desarrollo personal al precio de su felicidad personal. Esto se ha hecho y sigue haciéndose en nombre del mantenimiento de la dominación masculina y como resultado de la dominación y la subordinación tan típicas de las relaciones interpersonales como de las públicas. Inspiradas en los relatos de la experiencia de mujeres que acuden a un centro de terapia para mujeres, Louise Eichenbaum y Susie Orbach escriben:

La primera demanda psicológica que se deriva del rol social de la mujer es la de que debe someterse, seguir la guía ajena, expresar sus necesidades sólo en relación con las de los demás... Como resultado de este requisito social, las mujeres llegan a creer que no son importantes en sí mismas. Llegan a sentir que carecen de valor, de merecimientos y de títulos. A menudo las mujeres se desprecian a sí mismas y vacilan a propósito de sus iniciativas. Son renuentes a hablar por sí mismas, a manifestar sus pensamientos e ideas, a actuar en nombre propio. Al

verse presionadas a someterse a los demás terminan por infravalorarse y sentirse inseguras respecto de sí mismas, sus deseos y sus opiniones. (Eichenbaum y Orbach, 1982, página 29.)

Aparte de esta evidencia, la pretensión de que el estado de sometimiento es propio o natural de la naturaleza femenina se desmiente de diversas maneras. Una vez que el desarrollo del movimiento de las mujeres, y en particular el establecimiento de la terapia para mujeres, hubieron legitimado incompatibilidad de ese servilismo emocional con el bienestar emocional de las mujeres, una cantidad cada vez mayor de mujeres ha señalado esa incompatibilidad como fuente primaria de infelicidad personal, ha luchado contra ella y ha ganado terreno en una nueva serenidad emocional. Encontramos testimonio de esto en los textos que, uno tras otro, fueron emanando del movimiento contemporáneo de mujeres desde sus primeros días (véanse Collins *et al.*, 1978; Brittan y Maynard, 1984; Curno *et al.*, 1982; Cartledge y Ryan, 1983; Ernst y Goodison, 1981). Con esto no se quiere decir que la vida de las mujeres esté exenta de problemas una vez superado el de su subordinación emocional, ni que el trabajo que lleva implícito sea fácil o se lleve rápidamente a cabo (Lorde, 1984). La evidencia de los escritos que se ocupan de los procesos involucrados indican que se trata de un trabajo penoso, que las conquistas son vulnerables y que sólo tiene en cuenta una dimensión de la subordinación de las mujeres (Eichenbaum y Orbach, 1984; Ernst y Goodison, 1981).

También se encuentra por doquier el argumento de que muchas personas se sienten felices de dedicar la vida a atender a los demás a pesar del efecto perjudicial sobre sus necesidades emocionales (Howell y Bayes, 1981). Con ello se sugiere implícitamente que quienes buscan la comprensión de la terapia feminista forman simplemente un grupo marginal de esnobs, egoístas o neuróticas. Pero en este juicio corresponde ahora aportar pruebas a los opositores a la terapia feminista. Ya no puede argumentarse que el rol subordinado

característico que ocupan las mujeres en su vida personal sea fuente de felicidad o que ejerza una influencia benigna sobre el bienestar emocional. Si se reúne en una corriente continua la carga emocional que soportan las mujeres representadas por la multitud de mujeres que se han «manifestado» emocionalmente desde los primeros días del movimiento de las mujeres y las que están en contacto con los centros de terapia para mujeres, tenemos la evidencia fáctica que contradice esta afirmación. Lo que ha revelado su versión de las experiencias vitales es la miseria que soportan las mujeres y las patéticas respuestas que la sociedad ha dado para satisfacer sus necesidades psicológicas. La no reconocida naturaleza de su queja y la extensión de la misma se refleja en la incidencia mucho más elevada de la depresión entre mujeres que entre hombres (Nairne y Smith, 1984) y en la plaga de la dependencia de tranquilizantes entre aquéllas (Howell y Bayes, 1981). Los rasgos centrales de su difícil situación han sido el coste emocional ya bien documentado que tiene para las mujeres la violencia permanente en el matrimonio (Binney *et al.*, 1981; Andrews, 1982) y el impacto que les produce la obligación de asumir la principal responsabilidad en la atención a los jóvenes o a los ancianos dependientes (David y New, 1985; Finch y Groves, 1983). Cuando las mujeres están contentas con su sometimiento a las necesidades y deseos de los otros como rasgo central de su rol, las revelaciones a las que antes hemos aludido plantean la cuestión de si tal cosa constituye o no una existencia innecesariamente limitada. Se impone el paralelismo con otras formas de servidumbre presididas por la aceptación previa de que esos individuos no pueden aspirar a otra cosa que a un tipo predeterminado de existencia. En consecuencia, si les va bien en eso, ya se trate de vivir en un gueto, ya de servir a la mesa de un amo, al menos tienen la satisfacción de saber que han llegado a lo máximo «posible». Al contentarse con esto, también saben que no tienen que preocuparse por las demandas extraordinarias que surgen de la lucha por lograr más. En segundo lugar, las revelaciones del trabajo de las feministas llevan a preguntarse si la satisfac-

ción de una cantidad desconocida de mujeres no se compra a un precio moralmente inaceptable en términos de refuerzo de un conjunto de relaciones sociales fundamentalmente perjudiciales para su bienestar emocional. Incluso el olvido de la posibilidad de ese dilema puede formar parte del precio de la mencionada satisfacción (la primera edición del libro de Friedan es de 1963).

Los argumentos anteriores no tienden a desdeñar el fenómeno de la mujer emocionalmente dominante en sus relaciones con mujeres, niños u hombres. No disponemos de evidencia sistemática que nos permita ser categóricos a este respecto, pero sugerimos que las mujeres que ocupan una posición emocionalmente dominante en todas las esferas de la vida son extremadamente raras. Irónicamente, la presentación estereotipada del lugar donde se cree que existe tal cosa tiende a desvelar el secreto: las mujeres que aparecen en las revistas de mujeres como triunfadoras en su trabajo también tienen que funcionar como objetos sexuales y de amor para los hombres y asumir la principal responsabilidad del mantenimiento de niveles mínimos de atención doméstica (Winship, 1978). Así las cosas, sugerimos que el hecho de que una mujer sea emocionalmente dominante representa su incorporación al modo de dominancia-subordinación derivado del género. En consecuencia, las mujeres que están en esta situación, lejos de aspirar a una situación más liberal, personifican el mantenimiento del *statu quo* contra el cual luchan las feministas (véase el análisis de Judy Marshall de las opciones de rol abiertas a las mujeres en el mundo de la gestión empresarial; Marshall, 1984). Aunque suene casi a caricatura, el siguiente fragmento de un periódico local sobre mujeres «exitosas» en el mundo de los negocios y el comercio ilustra qué es lo que se cuece:

En un seminario celebrado en Birmingham y titulado «Hacer carrera», un grupo de mujeres de negocios de alto vuelo dio a conocer unas cuantas indicaciones acerca de cómo llegar a los máximos niveles... Dice Janet: «Tuve que interrogar a mi marido antes de casarme para

asegurarme de que no quería tener hijos. Hay un momento en que tienes que ser una persona agradable o conseguir lo que quieres. Una regla importante es no ser demasiado confiada...» Sue, experta en informática... Según ella, los prerequisites del éxito son tener decisión y la piel gruesa. Dijo: «Yo simplemente no me veía como esposa y madre. Deseaba tener éxito». (*Birmingham Daily News*, 1986, pág. 2.)

No debe pensarse que la terapia feminista, los grupos de concienciación y los escritos sobre el tema proyectan el supuesto de que las mujeres están destinadas a «tener siempre razón» o que sus necesidades emocionales deberían dominar con exclusión de las otras. Por el contrario, el trabajo, si se ejecuta con criterios feministas, se basa en el principio según el cual el sentimiento que una persona tiene de su propio valor no debe construirse sobre la negación o denigración del de los demás (Baker-Miller, 1978). Y si las mujeres se apartan de este principio traicionan el espíritu y la práctica de la terapia feminista. Por ejemplo, si una mujer comprometida con la terapia feminista utiliza la concentración en su experiencia emocional para justificar el desdén por los sentimientos, digamos, de sus amigos, su pareja masculina y sus hijos, se deslizará hacia una modalidad dominante-subordinada, que la terapia feminista se empeña en desafiar y contrarrestar.

En los escritos feministas se critica a la terapia para mujeres que ha demostrado ser un callejón sin salida. Raymond (1986) ha sostenido que el análisis concentrado, y a veces prolongado, que hacen las mujeres de sus «sentimientos» y del sufrimiento emocional que deriva de las relaciones dominadas por el varón, puede llegar a convertirse en un fin en sí mismo. En consecuencia, dice esta autora, el exceso de preocupación acerca del estado de las relaciones propias, o «relacionismo», puede apartar a las mujeres de la acción para aprehender las condiciones sociales que dan lugar a los problemas de relación. En cambio, continúan retraídas del mundo. Además, considera Raymond que el

«terapismo» degrada las relaciones de las mujeres entre sí hasta convertirlas en un trabajo circular perpetuo de víctima y sostén emocional, en vez de tratar de trabajar activamente juntas para crear relaciones y condiciones sociales que expresen verdaderamente las necesidades y los talentos de las mujeres. Tal vez el caso que describe Raymond (1986) sea cierto en la experiencia que algunas mujeres tienen de la terapia feminista, aunque no suministra pruebas específicas de que de verdad lo sea. Pero aun cuando fuera cierto, para algunas mujeres esto sería un progreso respecto de una existencia desmoralizada y desazonada. Sin embargo, y cada vez más, las mujeres que han tenido experiencia de la terapia feminista dan pruebas de un aumento de su capacidad para intervenir en la circunstancia en que se encuentran, en lugar de sentirse pasivamente arrastradas por los acontecimientos (McLeod, 1987b).

Esto se ilustra con la evaluación del resultado de la terapia que realizaron las mujeres que asisten a un centro provincial de terapia para mujeres en Gran Bretaña en su primer año (BWTC, Birmingham Women's Therapy Centre, 1986). Se permitió a una de las autoras el acceso al total de respuestas (el 84 por 100 del total de mujeres contactadas). Todas comentaron la naturaleza positiva de la experiencia terapéutica y todas indicaron que, como resultado de la terapia, las mujeres adoptaban una actitud más comprometida en la dirección de su vida. Esto confirmó el cuadro que se presenta en el informe en cuestión, en el que las mujeres dicen lo siguiente:

Me odio menos a mí misma, estoy menos desesperada. Siento que compartir mis momentos mejores y mis momentos peores hace que estos últimos sean especialmente menos ... peligrosos, supongo. (BWTC, 1986, pág. 13.)

Pienso que ... lo cierto es que los problemas siguen siendo muy poderosos. El tiempo —seis meses— es demasiado corto como para tomarse confianza. Pero, sí, ya no quiero morirme. Esto es un cambio por lo que signi-

fica. Si escojo vivir, quiere decir que tengo algunos buenos sentimientos para conmigo misma también... Aquí mis problemas no se ven como «enfermedad» y eso cambia mi modo de percibirlos. Ya no me siento enferma, sino que estoy pasando por un periodo de crecimiento. Mientras, recibo un apoyo inmenso; pero no me tratan como una inútil. (TWTC, 1986, pág. 14.)

Podríamos continuar argumentando que la perspectiva que proporciona la terapia feminista —la de que es preciso otorgar la misma importancia a las necesidades emocionales de las mujeres— debería incorporarse de un modo central en la existencia cotidiana de las mujeres. No basta con continuar en la situación actual, en que todavía se considera la comprensión y el apoyo que proporciona la terapia feminista como una suerte de antesala psicológica de la vida cotidiana, de la actividad en campañas u organizativa, como si el contacto ocasional con ella fuera todo lo que se necesita antes de volver al combate. Esto ignora que los relatos de la experiencia de las mujeres en grupos y el contacto de una a una indican cuán impregnantes y paralizantes son los problemas de inferioridad emocional con que las mujeres tienen que vérselas (Collins *et al.*, 1978).

A nuestro juicio, es terrible la pérdida acumulativa de felicidad personal y de aplicación de la propia capacidad que se deriva de las inhibiciones que la terapia feminista está sacando a la luz y tratando de abordar. Para tener una idea de la escala en que esto se da, piensen las lectoras por unos minutos en sí mismas y en otras dos amigas cualesquiera y consideren qué dejó de hacer cada una de vosotras y cuánto sufrió cada una como consecuencia de la subordinación emocional a los hombres.

Aunque su contribución al bienestar de las mujeres es importante por derecho propio y tiene gran significación potencial, la terapia feminista no deja de presentar debilidades. En el corazón mismo de su trabajo teórico persiste una contradicción. Por un lado, a través de su práctica, la terapia feminista ha demostrado que, en términos de desarrollo psi-

cológico, la realización emocional es un derecho natural de las mujeres, para cuya promoción están plenamente capacitadas. No obstante, autoras como Eichenbaum y Orbach todavía vuelven a la obra de Sigmund Freud como importante punto de apoyo teórico. Y esto a pesar de que, como ya se ha dicho, la construcción teórica freudiana del desarrollo de nuestra personalidad y nuestro conocimiento del mismo destaca la inevitabilidad de que las mujeres relacionen su desarrollo psíquico con el de los hombres, así como la conciencia que las mujeres tienen de su propia inferioridad desde muy temprana edad:

En cuanto al psicoanálisis, nosotras, como psicoterapeutas feministas, reconocimos la importancia del descubrimiento freudiano del inconsciente y de la existencia de una vida psíquica que determina poderosamente la experiencia cotidiana. Al mismo tiempo, hemos rechazado la visión de un «sí mismo» concebido fuera de la cultura y comenzamos a estudiar de qué manera el mundo material modela la realidad individual y la personalidad. Para nosotras, el inconsciente es el reflejo intrapsíquico de nuestra actual educación infantil y de nuestras relaciones de género. (Eichenbaum y Orbach, 1982, pág. 15.)

Superficialmente, esta idea del inconsciente como una botella vacía que se llena con nociones freudianas o feministas de fuerzas psíquicamente influyentes parece absolutamente correcta. Sin embargo, hay aquí dos problemas teóricos. En primer lugar, en un nivel más profundo, un desajuste entre el enfoque feminista y el freudiano. En el trabajo de Freud ya citado, la construcción del inconsciente en las mujeres depende de una inferioridad percibida respecto de los hombres. Como consecuencia, integrar la visión feminista de desarrollo psíquico en esa perspectiva de la formación del inconsciente equivale a aceptar por fuerza una incoherencia teórica, a saber, que el desarrollo psíquico de las mujeres en términos de subordinación está biológicamente determinado en su raíz, mientras que el análisis feminista sostiene que la determinación es social. En segundo

lugar, retener la noción del inconsciente, pero concebir que su función es en lo esencial la interiorización de las relaciones patriarcales (véase Mitchell, 1975), es dar por suelta la cuestión de cómo se origina la capacidad de las mujeres para su plena realización emocional. La obra de Janet Sayers ha centrado la atención en este problema (Sayers, 1986), pero sólo se ocupa de él para examinar cómo surge la resistencia de las mujeres a la subordinación, en lugar de postular que quizá el problema se haya desplazado ahora al deterioro de la capacidad para la plena realización emocional. Irónicamente, es posible que la clave de todo esto se encuentre en el salto conceptual que se encarna en la práctica de las terapeutas feministas, esto es, que la base fundamental de la psique de las mujeres jóvenes y las niñas sea una creencia en sí mismas que luego queda sofocada en diverso grado. Para utilizarla, las teóricas de la terapia feminista necesitan confiar más en su lectura del pasado, tal como estimulan a que lo hagan las mujeres con las que trabajan. En la medida en que esto ocurra, es posible que aumente la coherencia de las lecciones que emanan de la construcción social de la psicología femenina, a la que su propio trabajo apunta; que a menos que quienes rodean a las niñas pequeñas influyan sobre ellas en ese sentido, no tienen especial preocupación en tomar a los varones —ni adultos, ni niños— como sus modelos emocionales. Además, no necesariamente han de comenzar a arrastrar la sensación de inferioridad respecto de ellos. Si las autoras sobre terapia feminista abordaran con más confianza su trabajo en este sentido, construirían sobre la base de una tradición existente en la producción intelectual feminista y remitirían la obra de Freud a lo que entonces surgiría más claramente como su lugar específico adecuado, tanto desde el punto de vista sexista como del histórico. Como sugirió Mary Wollstonecraft hace dos siglos:

Probablemente he tenido oportunidad de observar más niñas en su infancia que J. J. Rousseau. Puedo recordar mis propios sentimientos, y siempre he mirado a

mi alrededor ... Me aventuraré a afirmar que una niña cuyo espíritu no haya sido ahogado por la inactividad, o la inocencia teñida de falsa vergüenza, siempre será juguetona, alegre y bulliciosa. (Mary Wollstonecraft, citada en Stacey y Price, 1981, pág. 50.)

Si el análisis de Mary Wollstonecraft y las terapeutas feministas en su práctica es correcto, de ello se desprende otra posibilidad importante. Tal vez, el restablecimiento de la autoestima a través de la terapia para mujeres, los grupos de concienciación y la interacción feminista, sea mucho más fácil de lo que se les ha hecho creer, e incluso de lo que les ha hecho creer la teorización de las terapeutas feministas. Lo que se necesita para producir la autoestima es la estimulación recíproca a hacerlo.

Otro inconveniente de la terapia feminista, aunque esto puede ir desapareciendo en la medida en que se desarrollen los centros de terapia, es que permanece ligada a la clase. En toda la nación, de las mujeres que participan en ella, hay muchas más de clase media que de clase obrera. Nuestro contacto con mujeres involucradas en el trabajo comunitario y en el trabajo social sugieren que las ideas centrales en terapia feminista también se están introduciendo poco a poco en mujeres con un trasfondo más amplio de clase a través de la práctica del trabajo social. Es lo que sucede sobre todo gracias a la formación de una variedad de grupos de mujeres que estas trabajadoras han establecido (véanse, por ejemplo, Donnelly, 1986; Malek, 1985). El peligro contra el que hay que prevenirse es que, a través de un plan de «trabajo social», la terapia feminista podría adulterarse y convertirse en algo que las mujeres experimentaran como ayuda para enfrentar el *statu quo*, en lugar de usarla voluntariamente en su busca de una vía que trascienda las condiciones emocionales predominantes.

El cuerpo principal de literatura sobre terapia feminista todavía no ha incorporado una perspectiva negra. Para las mujeres negras, la cualidad de su bienestar emocional está mediatizada por su experiencia del racismo y sus respuestas

al mismo, mientras que en las blancas no ocurre eso. Como ya hemos dicho, esto significa que las negras han de abordar al mismo tiempo el impacto que el racismo y el sexismo tienen en su desarrollo. Lorde deja claro el efecto del racismo en las mujeres negras cuando describe un incidente de la vida cotidiana en un tren del Metro: una mujer blanca se asegura de que una criatura negra que tiene sentada junto a ella no le toque el abrigo:

La repugnancia en el rostro de la mujer blanca en el Metro mientras retiraba su abrigo era tal que pensé que había visto una cucaracha. Pero veo el odio en sus ojos porque ella quiere que vea el odio en sus ojos, porque quiere que sepa, de la única manera en que una criatura puede saberlo, que no pertenezco a su mundo. (Lorde, 1984, pág. 72.)

El racismo también afecta las maneras en que las mujeres se resisten al daño que se causa a su desarrollo emocional aunque parezcan seguir viviendo de acuerdo con los modos de dominación y subordinación. Morrison describe en estas palabras cómo lo hacen las negras:

Todo el mundo estaba en condiciones de darles órdenes (a las mujeres negras). Las mujeres blancas decían: «Haz esto.» Los niños blancos decían: «Dame esto.» Los hombres blancos decían: «Ven aquí.» Los hombres negros decían: «Acuéstate.» Las únicas personas de las que no tenían por qué recibir órdenes eran los niños negros y las otras mujeres negras. Pero asimilaban todo esto y lo recreaban en la imagen de sí mismas. Ellas gobernaban las casas de los blancos, y lo sabían. Cuando los hombres blancos pegaban a sus hombres, ellas limpiaban la sangre e iban a su casa para que la víctima las hiciera objeto de abuso. Pegaban a sus hijos con una mano y con la otra robaban para ellos. (Morrison, 1986, pág. 128.)

Lorde añade que esas experiencias de rechazo racista no sólo perjudican las relaciones entre mujeres negras y muje-

res blancas, sino que también afectan negativamente las relaciones entre mujeres negras, pues deja una rabia y un dolor profundamente arraigados entre ellas. Las mujeres negras, sobre todo en Estados Unidos, se han comprometido con el impacto del racismo en su interacción terapéutica y han reconocido que este aspecto de su experiencia se da entre ellas y tiene una influencia importante en la relación entre terapeuta y cliente. En palabras de Lorde:

Para dos negras, su entrada en una relación analítica o terapéutica significa el comienzo de una relación imprevisible e insegura ... De modo que este territorio entre nosotras se siente nuevo y temible, a la vez que urgente y plagado de piezas detonantes de nuestras propias historias raciales, que ninguna de nosotras escogió, pero cuyas cicatrices llevamos todas. Y esas cicatrices son particulares para cada una de nosotras. Pero hay una historia que compartimos porque somos mujeres negras en una caldera sexista y racista, y porque parte de este viaje también es vuestra. (Lorde, 1984, págs. 161-162.)

#### EL VALOR DE LAS RELACIONES ENTRE MUJERES

Además de abordar en detalle el bienestar emocional de las mujeres, la terapia y los escritos feministas en la experiencia y la psicología de las mujeres han venido a reforzar una tendencia general inherente al movimiento de las mujeres: realzar el estatus de las relaciones entre mujeres. Esto lanza un reto a la idea de que esas relaciones están necesariamente subordinadas al compromiso emocional de las mujeres con los hombres, que están por debajo de éste o que son más triviales que las relaciones entre hombres. En cambio, se ha otorgado cada vez más valor a la hermandad femenina (es decir, las relaciones de amor entre mujeres en contraste con las relaciones de hostilidad). Las mujeres han reconocido que pueden compartir su experiencia de modo más profundo, más íntimo y más sensible con otras mujeres

que con hombres. Tal vez en el proceso creen relaciones tan profundas, íntimas y sensibles como las que tienen con hombres, cuando no más (véase Cartledge y Ryan, 1983; Ernst y Maguire, 1987). Para las feministas, el lesbianismo ha dejado de alojarse en el dominio de lo psicopatológico; por el contrario, cada vez más se lo reconoce y se lo legitima como una forma intensamente expresiva de relación por derecho propio entre una gran cantidad de mujeres (Hanscombe y Forster, 1982; Lorde, 1974) en el seno del movimiento de las mujeres. Este desarrollo ha venido a reforzar la idea de que las mujeres no tienen necesidad de los hombres para obtener esa experiencia. Que las relaciones lésbicas sean más igualitarias por sí mismas es algo difícil de deducir. Algunos relatos de relaciones lésbicas y la discusión en torno al sadomasoquismo lésbico (Ardill y O'Sullivan, 1986) indican que las mujeres involucradas se enfrentan con problemas de dominación y subordinación que marcan su experiencia íntima con otras mujeres (Chambers-Brown, 1983; Egerton, 1983; Ardill y O'Sullivan, 1987). Mientras, ha comenzado a ganar predicamento una relación común centrada en torno a las mujeres en oposición a los hombres. Las madres solteras han empezado a expresarse en el sentido de que, dejando de lado la pobreza y el estigma social, su existencia es gratificante. Y lo mismo sienten sus hijos (Segal, 1983). Las mujeres negras también han expuesto la importancia de la idea de realización personal a través de una variedad de formas de familia (Lorde, 1984; Wilson, 1977; Parmar, 1982).

#### «AMOR ROMÁNTICO» Y UNA ALTERNATIVA AMOROSA

La atención feminista a las realidades de la experiencia emocional de las mujeres también ha revelado que aunque el amor romántico puede ser para las mujeres una de las experiencias emocionales extáticas, también puede ser una de las más perniciosas para su bienestar. En efecto, ha identificado los siguientes riesgos: la amplia aceptación del amor

romántico como exploración de la libertad y la expresión de sí mismas hace a las mujeres demasiado vulnerables a las presiones sociales existentes; aunque el amor romántico puede parecer un gesto de autoafirmación, no es una fuerza que todo lo conquista, sino que está limitada por las realidades cotidianas; se puede llegar a ver en el sufrimiento injusto una parte aceptable e inevitable del amor romántico. Varios estudios feministas (véanse, por ejemplo, Winship, 1978; Sarsby, 1983) han mostrado cómo las revistas de «mujeres» y de «niñas», aunque experimentan con versiones de la «mujer nueva», se dedican a reforzar la idea de que el futuro de las mujeres está en pasar por el amor romántico para culminar en la subordinación doméstica, motivación ya poderosa en nuestra sociedad. No está claro en qué medida esas publicaciones influyen en sus lectoras, por lo que sería erróneo dar por supuesto que las mujeres se dejan influir mecánicamente por lo que leen. Sin embargo, aun cuando la influencia de las revistas sea periférica, los estudios que han investigado las opiniones de jovencitas sobre el matrimonio, el amor romántico y su propio futuro, así como el de otras mujeres, presentan un cuadro sombrío del fatalismo de las mujeres respecto de su propia potencialidad (McRobbie, 1978; Sarsby, 1983). La opinión prevaleciente entre las niñas de clase obrera parece ser la de que su futuro bienestar en términos de recursos materiales, posición social y vida emocional y sexual depende del matrimonio (Sarsby, 1983).

Las mujeres son conscientes de que la realidad del matrimonio puede ser terrible debido a los dobles raseros relativos a la pérdida de libertad personal que se siguen de su dependencia de los hombres:

Esta mañana la ha hecho llorar. No le permitirá pasar el umbral. Siempre piensa que ella se marchará con otro hombre. Y mi mamá no es para nada así. Lo único que quería era ir a la sauna para damas, al «Manyana», con su hermana y mi prima. ¡Y mi papá!, iba por ahí todo el día con mala cara, así que ella terminó por no querer ir. Eso no es justo. Todavía es joven y guapa. Él trabaja con

c  
cerca de cincuenta mujeres y mi mamá nunca pregunta: «¿Quién es Lizzie?» Ella nunca se molesta, pero él se vuelve loco pensando que ella sale en busca de algún otro. (Mungham citado en McRobbie, 1978, pág. 107.)

Aunque individualmente se vea en esto suficiente fundamento como para no dejarse atrapar, las mujeres tienen que ser conscientes también de los sufrimientos que esperan en este sistema a las mujeres que no tienen un hombre:

Tengo esta tía, tía Elsie, siempre tan bonita, pero nunca se casó. Así que le falta un montón de cosas en realidad. Quiero decir que se la ve siempre con mi mamá y toda la familia, pero, bueno, no puede esperar otra cosa. ¿Entiendes lo que quiero decir? No me gustaría ser como ella. (McRobbie, 1978, pág. 105.)

A pesar de los distintos grados de comprensión, se tiene la impresión de que la mayoría de las niñas de clase obrera entrevistadas aceptan que su vida futura adopte esa forma. Entre las mujeres jóvenes de todos los orígenes sociales que se ha entrevistado, no se tiene la impresión de una rebelión a gran escala de parte de mujeres que aspiren a casarse o a convivir con un hombre más de acuerdo con las condiciones que ellas mismas pongan, o que desafíen la idea de que el matrimonio o la cohabitación sean verdaderamente beneficiosos para las mujeres. Allí donde los estudios documentan la resistencia de las niñas a seguir los patrones convencionales en las relaciones heterosexuales, la evidencia de las propias niñas sugiere que están librando una batalla contra una tendencia general:

En calidad de adolescente de clase obrera que asistía a una escuela secundaria moderna, compartí con mis compañeras la creencia en el amor verdadero y el sueño romántico ... Comenzó a parecerme que el amor romántico era una ilusión ... Tras haber acabado con el hombre ideal, el paso siguiente fue el mito del matrimonio perfecto. Muchas de mis compañeras parecían no ver más

allá de su boda de blanco y la luna de miel, pero yo era menos soñadora ... No tenía más que mirar a mi alrededor para ver ejemplos inapelables de qué podía haber en esos años. (Hemmings, 1982, pág. 104.)

Para las negras jóvenes, la situación es más compleja todavía porque el racismo, al bloquear las oportunidades económicas a disposición de los negros, hace que la unión de una negra con un negro no garantice ni siquiera el mismo nivel de seguridad económica que una joven blanca espera lograr gracias al contrato matrimonial. Así, la posición de las negras jóvenes refleja la manera en que el racismo y el sexismo se combinan para poner seriamente en peligro su calidad de vida. Sin embargo, las negras tienen una larga historia de resistencia al sometimiento como mujeres dentro de su propio medio, a la cual pueden referirse, y esto ha cobrado mayor prominencia gracias a la intervención de las activistas feministas negras en debates no sólo con mujeres negras, sino también con blancas (Lorde, 1984; Biswas, 1986).

El amor romántico, tanto históricamente (véase Harrison, de próxima edición) como en el presente, puede representar una actitud de oposición de parte de las mujeres al poder masculino y/o el *statu quo*. Por ejemplo, una mujer podría elegir a su amante antes que consentir un matrimonio acordado sin su intervención (Harrison, *ut supra*). Podría oponerse por completo a la convención «en nombre del amor» y rechazar por tanto una pareja «conveniente» o un marido permanente. No obstante, esas acciones no necesariamente la liberan de la dominación masculina ni del estatus de subordinación. Puede que con el tiempo se descubra objeto de estigma social, sometida al control de su amante libremente elegido y/o rechazada y en condiciones de penuria material (Wilson, 1983).

Aunque sin lanzar un ataque sostenido sobre este fenómeno, los escritos feministas también han documentado la tendencia de las mujeres a aceptar el sufrimiento como parte inevitable del amor romántico y las consecuencias depresivas del mismo (Dobash y Dobash, 1980; Caplan, 1986). El

hecho de amar a alguien se esgrime —en realidad se podría decir que fue esgrimido por la mayoría de las mujeres en uno u otro momento— para justificar el de soportar un trato más que discutible, y diversas presiones sociales se coaligan para que resulte muy difícil percatarse de esa situación. En vidas que de lo contrario podrían ser muy solitarias y opacas, poner fin a una relación mala, pero que una vez funcionó bien o que a veces funciona bien, puede parecer lo mismo que poner fin a la única oportunidad de ese tipo de experiencia extática. Para reforzar esta impresión se ejerce sobre las mujeres una gran presión que les haga creer que la existencia de una mujer por sí sola es muy difícil. Además, la evidencia sugiere que en gran parte éste es el caso (Bickerton en Cartledge y Ryan, 1983). No hay ningún código consensuado respecto de qué constituye una conducta decente en términos emocionales e intelectuales en el marco de una relación entre mujeres ni, por supuesto, entre hombres y mujeres (Eskapa, 1985). Como consecuencia, poco es el apoyo colectivo al que se puede echar mano para estimular su existencia. Así las cosas, la atención feminista a lo que puede darse y de hecho se da el nombre del amor romántico cumple un servicio útil, pues plantea ante mujeres y hombres la cuestión relativa a lo que están dispuestos a tolerar para sí mismos y para los demás.

Algunas feministas han criticado la tendencia de las relaciones románticas, y en verdad de las relaciones sociales en general, a la propiedad, ya se trate de compañeros, familia, amigos, bienes, servicios o estatus. En cambio, como en el caso de Simone de Beauvoir (1970) y Germaine Greer (1971), han defendido el amor no posesivo como forma auténtica de amor por la cual luchar. Por amor no posesivo entienden el amor que no lleva a las mujeres a intentar poseer a un hombre o resignarse a ser poseída. Estas autoras sostienen que, de lo contrario, el «amor» es, de hecho, un reflejo del miedo, miedo a la falta de identidad personal. En consecuencia, hay que «tener a alguien» o no se es nada. Alternativamente, existe el miedo a la soledad en caso de no «tener» a nadie. Como dice Simone de Beauvoir:

Aun cuando puedan elegir la independencia, este camino [esto es, el amor] parece el más atractivo para la mayoría de las mujeres. Para una mujer es angustiante hacerse responsable de su vida. (De Beauvoir, 1970, página 655.)

Germaine Greer, por su parte, dice:

El mundo podría ser mejor ... si la gente no pensara en función de atrapar el amor de los demás, sino de amarlos. «Lo tengo» carece de sentido en lo concerniente a las relaciones de amor, y lo mismo ocurre con «lo perdí». Si pudiéramos dejar de pensar en términos de capital, nosotras no temeríamos la pérdida de los vínculos del cautiverio ni la decadencia de nuestra belleza, y los hombres no tendrían úlceras por ser desdeñados o menospreciados. (Greer, 1971, pág. 159.)

Si llegara a establecerse, este modelo de amor no posesivo pondría fin al problema de mujeres y hombres confinados en relaciones que comprometen sus necesidades o que fuerzan a los otros a comprometer las suyas en nombre de la continuación de la relación, es decir, del mantenimiento de la posesión. También ofrecería una oportunidad de que cada uno fuera amado por sí mismo y no por los fines ocultos bajo el «amor romántico»: la seguridad que se ofrece.

A pesar de estas ventajas, para las mujeres es muy difícil adoptar el enfoque que sugiere el amor no posesivo. En primer lugar, los hombres generalmente aportan a la relación más recursos materiales y estatus. Aun cuando el estatus social de un hombre no sea superior al de la mujer, el de ésta sigue dependiendo en particular del hecho de tener una «relación estable» con un hombre (Segal, 1983; Kishwar, 1986). Sin una pareja masculina a largo plazo todavía es difícil para las mujeres establecer relaciones heterosexuales sin ser estigmatizadas por ello. Y aun cuando lo hagan, tal vez se sientan culpables o inhibidas a la hora de obtener alivio sexual (Kitzinger, 1985). A pesar de que, poco a poco, las relaciones lésbicas van ganando legitimación, en

la discusión pública aún aparecen como desviaciones: en comparación con las relaciones homosexuales masculinas, son también doblemente estigmatizadas como algo que de alguna manera se considera subsexual. Aunque el trabajo sobre violación y violencia doméstica sugiere que es una ilusión (Brownmiller, 1976; Dobash y Dobash, 1980), una relación con un hombre también se considera una protección respecto de otros hombres (Hanmer y Saunders, 1984). El tener a un hombre al lado y/o en la casa hace menos probables las intrusiones o los asaltos masculinos no deseados. El racismo agrava más aún la situación de las mujeres negras. Puesto que en la sociedad blanca se presentan todas las formas negras de familia como patológicas y perversas (Carby, 1982; Parmar, 1992; Dominelli, 1988), la posición de las negras es siempre cuestionada, haya o no un hombre involucrado con ellas y sus hijos (Lorde, 1984).

Además de estos problemas, la existencia del amor no posesivo podría terminar en malos tratos para las mujeres. En una sociedad ya estructurada para ventaja de los hombres, es probable que éstos utilicen en su interés el amor no posesivo. Los hombres pueden emplear las demandas de amor no posesivo de las mujeres —y de hecho emplean— como excusa de prácticas y relaciones que, en lugar de respetarlas, atentan contra sus sentimientos, como, por ejemplo, la promesa de ocuparse de las responsabilidades de la atención infantil, pero su abandono a la mujer cuando la tarea se vuelve pesada (Achilles Heel, 1983).

Para una relación de amor se necesita algo más que su naturaleza no posesiva; hace falta que el amor, ya sea entre los dos individuos implicados, ya sea con el agregado de terceras personas, no debería forzar y reforzar la subordinación. Sugerimos que si las relaciones dan lugar a subordinación no deben dignificarse con el nombre de amor. Esto quiere decir que es discutible un amor entre dos personas que se centre en la acumulación de estatus, poder y bienes, y relegue a segundo plano otras relaciones, como la amistad, la camaradería y el amor a otros niños que no sean los hijos propios. De la misma manera, si una relación entre una

pareja se mantiene a costa de comprometer la integridad de alguno de sus miembros o, a veces, la negación misma de su existencia, ya se trate de esposa, marido o amante, no puede ser una relación amorosa, sino una actividad destructiva o autocentrada.

Pero todavía queda el problema de la suprema importancia que parece tener el amor romántico: ¿qué otra cosa es capaz de generar una experiencia tan masivamente compensadora? En consecuencia, tendemos a buscarlo, dejando de lado otras consideraciones, y tener que renunciar a él equivale a sentir que nos hundimos en el abismo.

Goodison (1983) ha ofrecido una respuesta al sugerir que «nos enamoramos» en una gran variedad de situaciones muy diferentes de la romántica o la sexual socialmente reconocidas, y defiende un mayor reconocimiento de esto. En nuestra opinión, y por desgracia, padecemos de un conjunto de inhibiciones más poderoso aún. No se trata simplemente de no reconocer las variadas formas de enamoramiento, sino que sólo nos permitimos construir un conjunto específico de sentimientos equivalentes al «enamoramiento» en un estrecho abanico de situaciones. Nuestra respuesta es que, potencialmente, cualquier contacto con cualquier otro ser humano o grupo de seres humanos tiene el mismo poder de irradiación. Nuestra experiencia de amor romántico no presenta ningún problema como tal, salvo su reducción a un tipo de relación. En el proceso se ha negado la oportunidad de amar como somos capaces de hacerlo, se nos ha truncado la posibilidad de hacerlo y se han degradado otras relaciones amorosas.

#### UN ENFOQUE FEMINISTA/ANTISEXISTA DEL BIENESTAR EMOCIONAL DE LOS HOMBRES.

De acuerdo con las iniciativas feministas en materia de asesoramiento psicológico y escritura, hay en la actualidad algunos escuetos informes acerca de la experiencia emocional de hombres que tratan de enfrentar los supuestos pa-

triarcales. Estos informes confirman que los hombres en cuestión consideran que las demandas masculinas tienden a predominar en las relaciones íntimas con mujeres (Festau, 1975). Sin embargo, reconocen que las relaciones que de ello se derivan, centradas en la dominación y la subordinación, no sólo son lesivas para las necesidades de las mujeres, sino también embrutecedoras para los hombres (Tolson, 1977). En consecuencia, las relaciones igualitarias podrán satisfacer más verdaderamente las necesidades emocionales, tanto de hombres como de mujeres. Por ejemplo, Reynaud dice lo siguiente sobre el rol de los hombres en el matrimonio:

En realidad no hay amor posible en una relación de apropiación, ni hay lugar para una relación humana entre dos personas cuando se considera a una de ellas como objeto. Un hombre obtiene un placer empobrecido de la posesión de una mujer, un placer que no admite comparación con el que pueden experimentar juntos dos individuos libres. (Reynaud, 1983, pág. 97.)

Y a propósito de las relaciones heterosexuales, comenta Tolson:

Un «tema» que se trató en un grupo de hombres fue el problema recurrente de las relaciones de pareja ... Estábamos a favor de la independencia de las mujeres, pero nos sentíamos amenazados por ello. Deseábamos renunciar a nuestro rol agresivo, pero nos sentíamos condenados a él. Estábamos cansados de peleas y pequeñas discusiones, pero no teníamos capacidad para pararlas. Aun cuando buscáramos una sexualidad unificada, nos sentíamos impelidos a «funcionar» y a observarnos cómo lo hacíamos ... «La familia nuclear» era una trampa, tanto para las mujeres como para los hombres, porque exigía la polarización de los roles de género: «impositivo/sumiso», «decidido/inseguro», «indiferente/dependiente», etc. (Tolson, 1977, pág. 138.)

La importancia que atribuimos a estos escritos no implica ignorancia del fenómeno del «hombre dominado» en una relación con una mujer. Pero quisiéramos hacer las siguientes puntualizaciones. Es preciso examinar si un hombre «dominado», es decir, que reacciona contra el rol masculino dominante tradicional, satisface o no sus necesidades emocionales (McLeod, 1982). Como su contrapartida, la mujer «dominante», el hecho de ser dominado como marca distintiva de su existencia emocional no representa para él necesariamente un estado de liberación, sino más bien la adaptación al modelo de uno u otro de los roles jerárquicos por los que es menester optar en las relaciones emocionales, situación que probablemente haya caracterizado su educación (Metcalfé y Humphries, 1985).

Aunque se sigue otorgando primacía a las necesidades sexuales de los hombres sobre las de las mujeres, esto puede obstaculizar la satisfacción de sus necesidades emocionales en las relaciones íntimas. Los informes contemporáneos sobre la actividad sexual «minoritaria» entre hombres homosexuales (Weeks, 1981), la sexualidad masculina encubierta en la prostitución (McLeod, 1982) o las relaciones homosexuales clandestinas (Humphreys, 1975), empiezan a indicar que la modalidad heterosexual convencional de sexualidad masculina, el «macho» dominante, inhibe masivamente la expresión emocional de los hombres. La experiencia emocional de los hombres negros en la sociedad también está mediatizada por el racismo. Éste ha problematizado su sexualidad denigrándola por su expresión abiertamente emocional y sobreactiva (CCCS, 1982; Hiro, 1971). Además, los hombres negros han visto negado su derecho a la vida familiar a través de leyes de inmigración que impiden a sus familias venir a Gran Bretaña a reunirse con ellos (CRE, 1985), o a ellos mantener a sus familias en ultramar (Plummer, 1978; Gordon y Newham, 1985).

Los hombres también han comenzado a discutir la manera en que, si bien su distanciamiento de las exigencias de la atención de los hijos favorece sus intereses materiales, al mismo tiempo los priva de una de las experiencias más

creativas y gratificantes (Hearn, 1983). Además del beneficio emocional para los hombres, la mayor exposición masculina a intimidación de la crianza de la vida humana podría dar como resultado una menor proclividad de los hombres a aceptar el estereotipo de rol primordialmente destructivo en las relaciones amorosas a través de la agresión. También podrían apreciar más profundamente el trabajo creativo implícito en la crianza de los hijos y, por tanto, compartir más plenamente el interés de las mujeres en que eso no se destruya. Al liberar su propio desarrollo emocional, los hombres podrían adaptar también sus escalas del daño humano aceptable. Las consecuencias de ello serían de largo alcance. Como ha comentado el Feminism and Non-Violence Study Group (1983):

Quando se mata a un soldado o a un civil, se destruye el fruto de veinte años o más de un trabajo de mujeres ... Los hombres también han sufrido el sexismo (aunque no hayan sido oprimidos por él). La sociedad los ha mantenido alejados de la magia de la vida humana y esta separación ha tenido consecuencias terribles. Ha llevado probablemente a la mayoría de los hombres a pensar que los seres humanos son sacrificables y susceptibles de persuadir para que se sientan honrados de morir por sus seres queridos, su pueblo o su país. (Feminism and Non-Violence Study Group, 1983, pág. 11.)

#### LIBERACIÓN EMOCIONAL PARA LOS NIÑOS

Las formas existentes de provisión de asistencia personal por medio de la familia y sus sustitutos están tan imbuidas de jerarquía y posesividad mediatizada por el género (Barrett y McIntosh, 1982), que es difícil señalar alternativas y sopesar los beneficios que de ellas puedan desprenderse para los niños. No obstante, las feministas han comenzado a describir de qué manera los niños suelen ser víctimas de la desigualdad en las relaciones con sus padres, y no tan sólo de casos aislados de patología paterna y/o ma-

terna. Los estudios feministas sobre incesto (Nelson, 1982; Ward, 1984; Dominelli, 1986) han mostrado que es una práctica muy extendida y no exclusiva de unos pocos perversos. Esos estudios también han indicado que, al mantener la dominación general de las demandas sexuales masculinas, los hijos se convierten en objetos sexuales apropiados, sobre todo como consecuencia del poder parental masculino sobre ellos.

Al mismo tiempo, se ha trabajado para esclarecer cómo se cría a las niñas para que acepten su rol asistencial subordinado (Eichenbaum y Obach, 1984; Belotti, 1975) y a los varones para que asuman un rol de superioridad en sus relaciones con las mujeres (Arcana, 1983; Belotti, 1975). Una tesis central de esos informes es la de que el papel de las madres tiene una gran influencia en este proceso y que es importante que, como feministas, las mujeres resistan y se opongan a lo que sucede:

El rechazo del rol tradicional de madre es parte de nuestra tarea. Otra es la aceptación ... la aceptación de nuestros hijos en nuestra vida cotidiana. Ahora ya todo el mundo piensa que los niños pequeños y los varones jóvenes deberían saber hacer las camas y lavar la vajilla, barrer, quitar el polvo y lavar la ropa ... Pero el acuerdo es menor cuando se trata de introducir a los hombres en el resto de nuestra vida, es decir, lo que está fuera de, o se añade al rol que convierte a las mujeres en amas de casa. (Arcana, 1983, pág. 247.)

Aún no se ha realizado un trabajo detenido acerca de lo que significa detalladamente la atención infantil antisexista. Hay algunos informes de grupos de juego y guarderías dirigidas con criterios antisexistas (véase, por ejemplo, «Policy Statement», NCC, 1985). El trabajo para cultivar la seguridad en las mujeres jóvenes se realiza casi exclusivamente con adolescentes (Curno *et al.*, 1982) y no implica a niños. Sin embargo, las autoras han encontrado grupos de apoyo para padres que tratan de abordar el problema de cómo criar de una manera no sexista tanto a varones como a niñas

(Skelton, 1984). Como se ha analizado en el capítulo II, la lección que se pretende para los niños, la de que la atención infantil no es primordialmente «tarea de mujeres» y actividad de bajo estatus, depende de la naturaleza de las medidas que se adopten respecto de los niños. La provisión de atención infantil con respaldo y financiación pública que estimule el trabajo de hombres y mujeres reviste aquí una importancia decisiva (David y New, 1985).

Sin embargo, hasta ahora, las feministas no han enfrentado abiertamente el problema del uso rutinario de violencia física al que apelan las mujeres en la crianza infantil. Por ejemplo, es común que las mujeres recurran a una palmada o a la amenaza de violencia para controlar la conducta de sus hijos (Newson y Newson, 1976). Al hacerlo día tras día, refuerzan el principio patriarcal que legitima el uso de la fuerza para avalar las relaciones jerárquicas, como ilustran estas descripciones del estudio de Newson acerca de las prácticas comunes de cuidado infantil:

Mujer del capataz: «Necesitan un poquito ... lo que ellos dicen de las palmadas, no los puedes dejar completamente a su aire. Quiero decir que has de hacer que te tengan un poquito de miedo, ¿verdad? Pienso que hay que hacerlo.»

Mujer del representante de ventas: «Pues, en general, creo que uso la mano, pero si tengo un palo, lo agito y eso surte un gran efecto, pero no me gusta darles con un palo. (¿Lo haces alguna vez?) Sí, a veces les he dado con un palo en el culo.» (Newson y Newson, 1976.)

Podría parecer arriesgado para las feministas llamar la atención sobre este fenómeno. El trabajo feminista se ha concentrado hasta ahora en las mujeres como víctimas de la violencia y no como sus agentes activos. ¿Acaso el hecho de enfocar la violencia de las mujeres en detrimento de los niños socava este análisis? Nosotras pensamos que esos temores carecen de fundamento y que un análisis feminista que se ocupara de esta situación esclarecería que, una vez más, corresponde a las mujeres la obligación de sostener y

reproducir las relaciones patriarcales como parte del proceso de socialización de los niños. Dada la manera en que esta legitimación de autoridad mediante el uso de la fuerza física se extiende por toda nuestra sociedad, no es sorprendente que las mujeres empleen ese medio como parte «normal» de su manera de educar a sus hijos. Si las mujeres abordaran esta cuestión, se comenzaría a vislumbrar la del origen de las presiones sobre ellas para que actúen de esa manera, y de ahí derivarían beneficios inmediatos para el bienestar de los niños, que se incrementaría gracias a una existencia menos proclive a la violencia. Y también podrían aumentar las oportunidades de educar a los niños en el respeto a la no violencia. Esto significaría que las mujeres no sólo rechazarían la violencia cuando son sus víctimas, sino también cuando están en condiciones de infligirla ellas mismas, como, en este caso, a los niños que tienen a su cuidado y cuya posición respecto de ellas es de impotencia y de dependencia. Esta lección reviste una importancia decisiva cuando las mujeres se disponen a ejercer más poder, pero de manera igualitaria.

No se debería pensar que todas las actividades y puntos centrales de interés que aquí se han descrito correspondan al rincón secreto de los estudios feministas sobre la atención infantil. Si las feministas están preocupadas por establecer relaciones igualitarias, esta cuestión constituye para ellas una tarea ingente e insoslayable: «¿Cómo se puede “educar” a los niños para que no traten a los demás como subordinados o como objetos, ni se dejen tratar de esa manera? La clave para dar comienzo a este proyecto reside en el foco central de la teoría y la práctica del asesoramiento personal feminista, esto es, que las mujeres cuestionen y rompan la subordinación emocional a la que han sido sometidas. Así, para nosotras, el estudio de la cuestión de cómo es posible satisfacer las necesidades emocionales de las mujeres tiene necesariamente consecuencias benéficas para los niños y los hombres.»

## CAPÍTULO IV

### La creación de un trabajo social institucional feminista

#### INTRODUCCIÓN

Tal como se ha descrito en los capítulos anteriores, tres son las dimensiones fundamentales de la práctica del trabajo social en que se ha colocado por ahora el sello feminista: la definición de los problemas sociales, la organización del bienestar y la consideración específica de los problemas emocionales. Mientras tanto, las iniciativas feministas han comenzado a realizar incursiones en una cuarta dimensión de la práctica: el trabajo social institucional. Al analizar el potencial y el significado de este trabajo examinamos la aportación que realizaron al análisis feminista las críticas radicales y marxistas al papel de control social del trabajo social institucional, en tanto precursores de un enfoque feminista. Luego exponemos lo que nosotras consideramos que son la naturaleza y los logros de la acción feminista hasta la fecha en el campo del trabajo social institucional. Por último, discutimos las condiciones necesarias para desarrollar semejante trabajo al punto de que el trabajo social institucional, tal como lo conocemos, se transforme en un trabajo social verdaderamente feminista.

El trabajo social institucional se propone ser la *empresa* del Estado que tiene como principal interés el bienestar personal de la población. Además, el material y los recursos operativos que incorpora el trabajo social institucional, como guarderías diurnas, hogares para ancianos, servicios de atención infantil fuera del hogar, servicios domiciliarios, asesoramiento psicológico, ayudas, adaptaciones y dinero, tienen un enorme potencial para brindar asistencia al bienestar de la población. No obstante, la emergencia del «trabajo social radical» y los conjuntos de ideas incorporados en la crítica del CASE CON de finales de los años sesenta y comienzos de los setenta (Bailey y Brake, 1975) comenzaron a señalar que el trabajo social institucional era perjudicial para el bienestar de la población, sobre todo por los criterios básicos con que se ofrecían sus servicios. Aunque las ideas materializadas en ese trabajo eran vagas y se expresaban en una cantidad de publicaciones e iniciativas, todas tenían un impulso común: la ayuda del trabajo social no se ofrecía sobre la base de la definición de la necesidad de los clientes, sino con el fin de rehabilitarlos de acuerdo con normas de conducta convencionales. Y esto a pesar de la carencia de pruebas de que por esos medios se consiguiera la rehabilitación deseada y en oposición al hecho de que, desde un punto de vista humanitario, las necesidades de los clientes merecieran tal vez asistencia por derecho propio. Los autores que escribieron sobre trabajo social radical señalaron que los problemas que enfrentaban los clientes del trabajo social se definían como si derivaran de su inadecuación individual y no como productos de condiciones sociales generales. En consecuencia, la ayuda del trabajo social que se brindaba estigmatizaba a sus clientes al etiquetarlos como personalmente deficientes e incapaces de solucionar sus problemas. Mientras, el trabajo social también cumplía una función diversionista, pues apartaba la atención de los orígenes sociales de los problemas de los cuales se ocupaba. Además, a través de la exploración detallada de circunstancias

personales, que caracterizó la redacción y supervisión de informes, el trabajo social invadió la privacidad personal y representó una amenaza para las libertades civiles (Whitehouse, 1985).

Aunque planteaban estas incómodas cuestiones acerca de los supuestos beneficios del trabajo social en la práctica, las críticas del trabajo social radical tenían sus propias limitaciones. Tras definir como posiblemente pernicioso el trabajo social institucional, no ofrecía a este dilema una solución en forma de programa para la transformación del trabajo social institucional en una actividad que asegurara la justicia social y no que la subvirtiera. En cambio, abogaba por un cambio de formas de la acción comunitaria, o bien por la solución del «abandono», es decir, que la alternativa a los inconvenientes del trabajo social era evitar su práctica, o sea, la no intervención radical (Schur, 1973). El problema del primer tipo de solución —que se resumía en la ocupación de casas abandonadas, ocupación en la que los trabajadores sociales acompañaban a sus clientes— residía en que, aunque se la llevara a cabo con honestidad, no atacaba el problema de la medida en que el trabajo social institucional como tal era capaz de cambiar. En consecuencia, dejaba intactas las prácticas de la agencia a la que dirigía sus críticas. El problema de la no intervención radical como solución era doble. A menos que lograra atraer masivamente a los trabajadores sociales institucionales, que como profesionales tenían un interés creado en defender su empleo, no era probable que el desafío detuviera en seco la práctica del trabajo social; y, en segundo lugar, si los trabajadores sociales no tenían que hacer nada, tampoco abordarían la necesidad real de los clientes, lo que difícilmente podía redundar en beneficio de éstos. La crítica del trabajo social radical, aunque instaba a privilegiar la pobreza como problema y se refería a los orígenes estructurales de los problemas de los clientes del trabajo social, tampoco desarrolló en su análisis la capacidad explicativa necesaria para dar cuenta de *por qué* el trabajo social institucional cumplía un papel de distracción al ver en patologías individuales el origen de los

problemas sociales (Webb, 1981). Mientras tanto, feministas como Elizabeth Wilson (en Bailey y Brake, 1975) trataban de introducir un ingrediente feminista en el análisis que desarrollaba el trabajo social radical. Sin embargo, su intervención quedó más como presencia indicativa que como un rasgo central del análisis en su conjunto.

Este trabajo se realizó a través de las críticas marxistas al trabajo social, tales como las que aparecieron en los escritos de Corrigan y Leonard (1978), Bolger *et al.* (1981), Simpkin (1979) y Walker y Beaumont (1981). Habían señalado que el trabajo social es una agencia del Estado en una sociedad en que el Estado es sostenido por intereses sectoriales en el mantenimiento de las bien arraigadas desigualdades de clase. Por tanto, no es sorprendente que los trabajadores sociales operen de diversas maneras con el fin de mantener este *statu quo*. Entre estas maneras están la definición de los problemas sociales como consecuencia de defectos individuales y no de las profundas desigualdades en la distribución de la riqueza material y el poder, la producción de formas de intervención como si esa definición fuera correcta, y la utilización de su poder de persuasión y coerción para inducir a la población a que acepte y se conforme con lo que la suerte ha deparado a cada uno en ese sistema.

Aunque sin dejar de formular estas objeciones, los autores marxistas también destacaron que los clientes de los trabajadores sociales institucionales son conscientes de la función particular de éstos y no los consideran necesariamente como su primera opción cuando se trata de buscar ayuda (Bolger *et al.*, 1981). Pero, al mismo tiempo, hay en las críticas marxistas una apreciación, expresada en sus propios términos, de las posibilidades de una práctica constructiva en el trabajo social institucional. En primer lugar, esta práctica gira en torno al reconocimiento de las oportunidades de contacto, que brinda el trabajo social, entre los que experimentan directamente las desigualdades de clase y los portadores del análisis marxista de esas desigualdades. Como se refleja en las propuestas para la práctica, esto podría signi-

ficar, según defienden Corrigan y Leonard (1978), que los trabajadores sociales imbuidos de una interpretación marxista alentarían a sus clientes en circunstancias adversas a reflexionar sobre los orígenes sociales de sus problemas. Esto se ve como un medio para disminuir la estigmatización de los clientes en tanto individuos, pues se los anima a que vean sus propios logros de modo más positivo, como lucha contra inconvenientes de los que no tienen que sentirse responsables. Este enfoque se muestra sensible al valor de los individuos. Pero, más allá de eso, el análisis que los autores marxistas hacen del desarrollo de la práctica en un marco institucional tiene dos limitaciones. Es lo que se ejemplifica en el trabajo de Corrigan y Leonard (1978), pero también, entre otros, en el de Bolger *et al.* (1981).

Los escritos sobre trabajo social marxista han pasado a desarrollar informes detallados de las formas que la acción puede adoptar en su evaluación de la índole dialéctica de las agencias del Estado, es decir, que en cierta medida incorporan la posibilidad de luchar contra los intereses de la clase dominante al mismo tiempo que los perpetúa. Esta lucha dialéctica se personifica en la presencia de los trabajadores sociales marxistas en el seno de las agencias de trabajo social. Desafortunadamente, en los escritos sobre el trabajo social marxista las prescripciones para la práctica que esos trabajadores sociales han de emprender se limitan a lo posible en el marco de las agencias de trabajo social exactamente como están. Tal vez esto se deba a que los autores marxistas conciben las agencias de trabajo social institucional como parte del aparato del Estado que apunta al control del pueblo, lo cual, por definición, no se puede transformar dentro de la configuración social actual. De esta manera, los autores marxistas producen una serie muy limitada de propuestas que contradicen su intención igualitaria, porque todavía siguen acotadas por la función de control social de las agencias oficiales existentes. Por ejemplo, a propósito de un enfoque deseable para el cliente, Hilary Walker y Bill Beaumont sugieren:

Deberíamos adoptar un enfoque abierto y honesto con los clientes, de modo que puedan tener claro nuestro papel y nuestra relación con ellos. Los clientes deberían ser conscientes de las limitaciones que operan sobre nosotros —que nos supervisan y tenemos que rendir cuentas— y las implicaciones que esto tiene para ellos. Tienen que saber que los registros escritos pueden ser sometidos a inspección y que los informes que sobre ellos se preparan pueden ser objeto de una distribución más amplia y ser remitidos a una cárcel o un albergue. Tienen que conocer los peligros que pueden derivarse de la plena honestidad. Puede que sea popular la idea de «contratos» con tus colegas y con tu agencia. Sin embargo, la aparición superficial de la igualdad en los «contratos» enmascara la relación desigual entre clientes y agentes de vigilancia de presos en libertad condicional. La claridad incluye el reconocimiento de la relación de poder entre tú y tus clientes. (Walker y Beaumont, 1981, pág. 176.)

En tono similar comentan Bolger *et al.*:

A corto plazo, el trabajador social puede acercarse a estas experiencias de democracia compartiendo las realidades de su situación. Creemos que casi todos los niños objeto de atención responderían a una explicación objetiva del rol de trabajador social y de la ley. Percibirían que el trabajador social se halla en realidad cerca del nivel más bajo de la jerarquía, que está limitado por la ley y que, en caso de que se presenten determinadas circunstancias, está obligado a dar ciertos pasos. (Bolger *et al.*, 1981, pág. 104.)

En su razonamiento contra la idea de que esas condiciones sean un problema, Mike Simpkin desvela en verdad las limitaciones de una «práctica marxista» en un marco, por lo demás, no transformado:

Puesto que el trabajo social es, en el mejor de los casos, una manera defectuosa y limitada de ayudar a la gente y, en el peor, lisa y llanamente un engaño, y pues-

to que los clientes en su conjunto no están organizados ni tienen demasiado peso político, algunos marxistas han sugerido que los radicales deberían dejar el trabajo social por otros sectores de la economía. Esta posición es el reverso de la creencia en que el trabajo social puede alterar el mundo, e igualmente miope. Dentro del empleo de las oportunidades que se presentan, el trabajo social parece una ocupación tan legítima como muchas otras, siempre y cuando se reconozcan plenamente sus limitaciones y sus contradicciones. (Simpkin, 1980, pág. 159.)

Al atribuir al trabajo social institucional el refuerzo de la ideología de clase media y las normas de la agencia, el enfoque marxista no desarrolla formas de práctica de trabajo social que incorporen un trabajo sensible en el nivel individual, tomen en cuenta tanto la experiencia personal como las condiciones sociales más amplias, respondan al activismo popular y utilicen los recursos de la burocracia local y la central en busca de objetivos igualitarios.

Los textos marxistas tampoco han integrado de manera central una explicación de la opresión de base genérica ni en su análisis, ni, por tanto, en sus formulaciones para la práctica. Esta laguna ha sido reconocida por Walker de manera tal que se puede aplicar al conjunto de la posición marxista. Esta autora comenta su trabajo anterior, escrito con Beaumont desde un punto de vista marxista, en un capítulo sobre los problemas de las mujeres incluido en una colección posterior de ensayos, que, dada su presencia, para utilizar la expresión de Marchant y Wearing (1986), «asegura al menos un elemento de análisis feminista». Dice Walker:

Nuestro análisis del «trabajo de vigilancia de presos en libertad condicional» se basaba esencialmente en la clase y no prestaba suficiente atención a la opresión de las mujeres como grupo, ni a la dimensión del sexo en el interior del análisis de clase. (Walker en Walker y Beaumont, 1985, pág. 67.)

La consecuencia de esta tendencia de los escritos marxistas ha sido el debilitamiento de la importancia de las mu-

jeros en tanto principales agentes de las operaciones de trabajo social. El problema de las relaciones sociales jerárquicas a las que están sometidas las mujeres en su calidad de mayoría entre los clientes, los proveedores de asistencia personal y los trabajadores sociales, con sus abrumadoras consecuencias para el bienestar personal, no ha sido tratado aún de manera coherente. De esto se sigue que ni la potencialidad de las propias mujeres para desafiar tal situación, ni las iniciativas de las feministas, tanto en lo que concierne al trabajo social institucional como al margen de éste, sobre «bases» feministas, han sido objeto de un examen detallado. Últimamente, bajo presión e influencia feminista, autores como Peter Leonard han dejado constancia de que esa opresión es un problema importante a la hora de teorizar sobre el trabajo social (Leonard, 1984), puesto que la desventaja social marcada por el género asoma en la presencia y la experiencia de la clientela. Pero tampoco aquí hay ningún informe desarrollado sobre cómo progresa actualmente la práctica feminista y cómo podría incrementarse ese desarrollo para empezar a rectificar la situación.

Además, tanto Leonard (1984), como, por ejemplo, Walker y Beaumont (1985), como ya se ha citado, se esfuerzan en agregar un análisis de género al análisis clasista de la opresión, o en insertarlo en él, y se preocupan por establecer cuál de ellos debiera ser anterior en ese proceso. En palabras de Walker:

Este capítulo estará recorrido por la tensión que rodea este problema teórico, puesto que, aunque un análisis clasista de la sociedad no explica del todo la opresión de las mujeres, tampoco es satisfactorio atribuir a las mujeres una única clase. (Walker en Walker y Beaumont, 1985, pág. 67; véase también Wilson, 1980.)

En los escritos marxistas brilla por su ausencia la posibilidad de una solución a este problema mediante un enfoque no jerárquico de cómo se consideran las diversas formas de opresión, es decir, la disposición a reconocer todo el

vigor de diferentes formas de opresión, sea cual fuere su naturaleza —clasismo, racismo, sexismo, heterosexismo o discriminación de los discapacitados—, en lugar de tratar de jerarquizarlas desde el primer momento. En consecuencia, aún está por desarrollarse una explicación verdaderamente global de las formas de opresión y, como es lógico, todavía no se ha planteado la cuestión relativa a la forma que adoptaría una práctica institucional que otorgara el mismo peso a las distintas divisiones sociales.

#### EL DESARROLLO DEL TRABAJO SOCIAL INSTITUCIONAL FEMINISTA

El análisis feminista del trabajo social institucional también proviene de una crítica de su función de control social, pero, aunque sin negar la importancia de la clase ni de otras divisiones sociales, apunta a una adecuada explicación del género. Al hacerlo ha señalado cómo las mujeres, que predominan como clientas, proveedoras de asistencia personal y trabajadoras, sufren la naturaleza sexista de la organización y la práctica del trabajo social institucional (Wilson, 1977; Dale y Foster, 1986; Finch, 1984; Brook y Davis, 1985; Dominelli, 1983, 1984). El análisis feminista ha mostrado que esto no es así por casualidad, dado que las agencias de trabajo social institucional son agencias del Estado en una sociedad capitalista patriarcal en la que se piensa que el principal papel de las mujeres es ocuparse de las tareas domésticas con el fin de reproducir y mantener la primacía masculina en el mercado de trabajo (Wilson, 1977).

No cabe duda de que lo primero que afecta a los roles de las mujeres como cuidadoras o como clientas es el argumento de que «una parte sustancial del trabajo social institucional tiene que ver con la provisión de asistencia auxiliar en forma de centros diurnos para grupos de diferentes edades o con distintas necesidades, ayudantes en régimen de sesiones, protección provisional y ayudas en el cumplimiento de todo un abanico de trabajos domésticos. Pero por

definición y construcción, la asistencia auxiliar refuerza la idea de que las mujeres tienen como principal responsabilidad el cuidado de niños e inválidos, con independencia de las repercusiones que eso tenga en su bienestar. Los servicios sociales institucionales no tienden a liberar a las mujeres de esa carga ni a ser el medio por el cual se las libere colectivamente de ella gracias a los centros oficiales y generalizados de cuidado diurno y al suministro de vigilancia nocturna como algo a lo que todos tienen derecho. Ni tampoco a asociar la asistencia auxiliar a políticas que vinculen ese suministro con las demandas de toda persona que tiene un empleo en el mercado de trabajo, de modo que la satisfacción de las necesidades de cuidar a los demás llegue a ser realmente compatible con el trabajo asalariado y, por tanto, deje a los hombres en libertad para desempeñar también su papel. Mientras, los análisis inspirados en una perspectiva feminista han señalado el grave daño que causa al bienestar de las mujeres el hecho de ser ellas las cuidadoras primordiales y han indicado que ese daño aumenta cuando se realizan recortes en las formas existentes de asistencia. Al referirse a la investigación de Marcia Hunt sobre las oportunidades de empleo de las mujeres, Louise Rimmer y Jennie Popay dicen lo siguiente:

La responsabilidad por las personas dependientes, ancianos o inválidos, puede afectar con independencia de que alguien esté en condiciones de trabajar fuera de la casa o no, o puede afectar la cantidad de horas que se trabaja o la elección de empleo ... las mujeres con responsabilidades en la atención a ancianos o personas inválidas tenían menos oportunidades de trabajar que las otras, y si trabajaban era menos probable que lo hicieran a tiempo completo. Una de cada seis trabajadoras a tiempo parcial con estas responsabilidades dijo que debido a ellas estaba obligada a escoger la jornada laboral parcial. Y más de un quinto de las trabajadoras con estas responsabilidades dijo que su empleo se veía afectado de alguna manera, sobre todo porque forzosamente tenían que sacar tiempo del trabajo. (Rimmer y Popay, 1982.)

Hughes *et al.* (1980) y muchos otros (por ejemplo, David y New, 1985; Bruner, 1980; Clarke-Stewart, 1982) observaron algo semejante en relación con la falta de servicios de atención diurna para menores de cinco años:

A largo plazo, son enormes los perjuicios profesionales y las pérdidas de ingresos de las madres a causa de las responsabilidades del cuidado infantil, y superan con mucho cualquier pérdida real de ingresos cuando se quedan en casa para cuidar los hijos pequeños. (Hughes, 1980, pág. 32.)

Mientras, de una manera todavía socialmente aceptable, los ingresos de la familia se ven disminuidos por la pérdida que experimentan las mujeres en su capacidad de ganar dinero, debido a la atención de personas dependientes en el hogar. La pérdida de un ingreso porque las mujeres trabajan en casa puede hundir a una gran cantidad de familias por debajo del umbral de la pobreza (Tizard y Hughes, 1976; Webster, 1984).

Más allá de consideraciones acerca de los recursos materiales y la carrera profesional de las mujeres está el problema de la tensión y la ansiedad que les crea el cuidado de personas dependientes «las veinticuatro horas del día». Hay documentos sobre el sufrimiento de las mujeres, como explica esta mujer que primero cuidó a su suegra de edad avanzada y ahora se ocupa de atender a su propia madre anciana:

Mi marido decía que ése debía ser mi trabajo; mi conciencia me decía que ése debía ser mi trabajo; la crueldad y una pizca de respeto por mí misma (ni siquiera cuando le lavaba el culo, ya puro hueso, se molestaba mi suegrita en ocultarme su desprecio) no hablaban en absoluto de mi trabajo...

Quiero muchísimo a mi madre, pero no me engaño acerca del precio de este amor. Su comodidad se consiguió a expensas de mi vida. El único alivio es su muer-

te. Y luego, ¿qué haré? ¿Quién empleará a una mujer de edad mediana, suponiendo que haya quedado de esa mujer algo para emplear? (*Guardian*, 1983.)

Estas tensiones encierran a su vez peligros para las personas a quienes las mujeres atienden. No son raros los esloganes tendenciosos y despiadados que no hacen justicia a la penosa mezcla de emociones que bulle en las personas que desean cuidar y sienten la obligación de hacerlo, pero se hallan al límite de sus recursos humanos (Phillipson, 1982; Bonny, 1984). El mismo fenómeno se encuentra en los informes de los padres que enloquecen debido a las exigencias que les impone la crianza de hijos sin el apoyo del cuidado colectivo (Hughes *et al.*, 1980).

Los recortes en los recursos para ofrecer ayuda a las personas que cuidan a otras personas en las situaciones que acabamos de describir pueden producir un agudo malestar. Como dice Chris Phillipson (1982):

En contra de la creencia popular, hay pocas pruebas de que el Estado del bienestar haya socavado el compromiso de la familia respecto de sus miembros mayores. Desgraciadamente, es mucho más probable que los actuales recortes planteen tensiones inaguantables a hijas e hijos que intentan cuidar a sus padres ancianos. Con los recortes a los programas sobre vacaciones y cuidados diurnos, podrían quedar eliminados los medios esenciales de apoyo a una hija única o una madre que trabaja. (Phillipson, 1982.)

Además, la acentuación de abaratar al máximo el coste de los servicios, que caracteriza las prestaciones que aún se mantienen, puede redundar en un amplio sufrimiento de los usuarios. Los fragmentos que citamos a continuación, tomados de la busca rutinaria de cuidado infantil de una joven negra, no dejan de mostrar cierta simpatía por los problemas con que se encuentran las mujeres que trabajan como cuidadoras de niños. Sin embargo, ponen de manifiesto el espantoso trato al que están expuestos los niños debido a la

sustitución de un buen cuidado diurno por otro cuya calidad inferior reconocen los propios responsables políticos, pero que responde a la persecución del «bajo coste» del servicio (DHSS/DES, 1976). La delicada posición en que pueden quedar las mujeres y sus hijos cuando la preocupación oficial por la calidad deja paso a la preocupación por los libros de contabilidad queda clara en el siguiente relato:

En septiembre, dada la extremada dificultad de mi situación económica, empecé a trabajar; mi primer trabajo fue de maestra suplente. Derek tenía dos meses. Fui a los Servicios Sociales y pedí que lo pusieran en la lista de espera de una guardería diurna. Yo trabajaba a tiempo parcial y ganaba un promedio de 50 libras brutas. Pero no siempre tenía trabajo. A Derek lo cuidaba una vecina por ocho libras semanales, hasta que un día volvió a casa con una quemadura de cigarrillo en la mano... Volví a los Servicios Sociales. Dijeron que no tenían plaza. Pregunté en otros sitios, pero no podía permitirme pagar los aranceles normales de 15-17 libras semanales. Oí hablar de una mujer que cobraba sólo diez libras, pero era una fanática religiosa ... Volví a los Servicios Sociales y pedí ver a una trabajadora social, la cual convino en hacer lo que pudiera. Después descubrí que mi ficha decía que quizá estuviera maltratando al niño porque lo había cambiado tantas veces de cuidadora. Escribí una carta indignada y pregunté por qué se hallaba el niño en peligro y por qué no se habían interesado antes para nada en mi caso. Esta vez me concedieron una cuidadora especialmente seleccionada. Cuando llegamos a su lugar de trabajo, había un niño dormido en el suelo, sin manta ni almohada. La mujer afirmó que el niño no tenía otro sitio donde dormir y que a ella eso la traía sin cuidado. Se esperaba que yo dejara mi hijo allí. Ya estaban listos todos los papeles. Me horrorizaba la idea de que por encontrarme en una situación desesperada no pudiera permitirme aspirar a una atención infantil decente, y que aceptaría cualquier cosa. Me negué. (Penn, de próxima edición.)

Si finalmente las cuidadoras/clientas pierden los nervios a consecuencia de las exigencias que se les plantean, es po-

sible proporcionar toda la asistencia a través de departamentos de servicios sociales para sus dependientes, pero esto está muy desacreditado, ya sea como último recurso en el caso de los ancianos o los discapacitados, ya sea como símbolo extremo del fracaso de la familia en la incorporación de la atención infantil en su seno. Mientras tanto, en las dos últimas décadas, con cierta aceleración para estar a tono con la ideología de la derecha radical, se puso en práctica la política de la atención comunitaria, es decir, la atención centrada en las familias, en oposición al institucional. Como ha demostrado la obra de Janet Finch, la atención comunitaria o cuidado en el seno de las familias debiera descodificarse como «cuidado que ejercen las mujeres que tienen la responsabilidad principal del mismo» (Finch, 1984). Aunque las familias o las mujeres involucradas reciban cierta compensación financiera, las políticas de plena delegación de la atención infantil en el hogar, como las que actualmente llevan a cabo algunos departamentos de servicios sociales locales, son poderosos refuerzos del ideal para el que la mujer en su casa es la principal proveedora de asistencia.

No es exagerado decir que, en la actualidad, la función característica y mejor perfilada de los servicios sociales institucionales con los clientes (así como su máxima prioridad) es la persecución y la vigilancia del fracaso de los padres (Parton, 1985). En términos de contacto laboral y supuestos que informen la práctica, esto podría asegurarse de modo más específico respecto del fracaso maternal (David y New, 1985). Los departamentos de servicios sociales se ven obligados a realizar esta tarea en un clima de miedo, debido a la intensa presión pública que reciben a través de su ridiculización en los media, así como de individuos, si no pueden localizar y aliviar los casos de malos tratos a niños. Entretanto, como han señalado muchos comentaristas, el dinero se retira de los recursos preventivos, como las guarderías diurnas y la provisión de asistencia especializada, en general para los inválidos (Biggs, 1987; Hyde y Deacon, 1986). En gran parte, los trabajadores sociales tienen que cumplir y hacer ver que cumplen una función de poli-

cía, lo que socava el apoyo personal que podrían ofrecer como consejeros en respuesta a los primeros gritos en demanda de auxilio. Se retiran personal y fondos de la acción comunitaria que estimula el desarrollo de redes de apoyo en la comunidad para satisfacer las prioridades del trabajo institucional (*Guardian*, 1983). Estos desarrollos subrayan poderosamente, tanto desde el punto de vista real como simbólico, la idea de que, prescindiendo de cualquier otra cosa, las mujeres deben desempeñar su papel maternal en el hogar.

Otras prácticas comunes del trabajo social institucional estimulan la idea de que allí donde el dominio masculino, apoyado por la integridad de la familia, entre en conflicto con el bienestar personal de las mujeres, este último es el que tiene que sufrir. Así, los estudios sobre el tema ofrecen relatos de mujeres que reciben escaso apoyo activo de los trabajadores sociales para liberarse de situaciones de violencia doméstica (Pahl, 1985). Allí donde las niñas son víctimas del incesto, los trabajadores institucionales tienen aún tendencia a acudir a técnicas de terapia familiar para mantener unida a la familia como primera prioridad (Dominelli, 1986).

Además de esto, a las mujeres jóvenes se les sigue aplicando un estilo de cuidado diferente al que se aplica a los varones, pues su «promiscuidad» sexual amenaza con escapar al control familiar (Smart y Smart, 1978). También se ha informado que la supervisión del trabajo social en todas las fases de la operación del sistema de la justicia criminal centra sus esfuerzos en tratar de fomentar e inculcar entre las delincuentes la adhesión a los hábitos de la domesticidad (Heidensohn, 1985; Dominelli, 1983).

Con esta crítica a la práctica del trabajo social institucional no queremos dar a entender que el feminismo se resista a la imposición de todo control a la conducta de los individuos. Pero una teoría y una práctica del control social feminista parten de premisas muy diferentes de las que prevalecen actualmente en los servicios sociales institucionales. Lo que un enfoque feminista trata de hacer en primer lugar

es denunciar las maneras en que se controla la conducta de las mujeres en detrimento de su bienestar y con subordinación de éste. De acuerdo con este principio, un enfoque feminista de la práctica institucional puede ejercer a veces un control más estricto que el no inspirado en una perspectiva feminista. Así, por ejemplo, en casos de abuso sexual en perjuicio de niños, un enfoque feminista podría considerar importante contemplar la separación de la hija y el padre, mientras que un enfoque familiar más «liberal» podría orientar su esfuerzo a fin de mantener unida la familia de una manera que parece menos destructiva, pero que podría representar un sacrificio mayor para los intereses de la hija.

Al mismo tiempo, un enfoque feminista de los problemas de control social no consiste simplemente, a nuestro juicio, en poner los intereses de las mujeres por encima de los demás. Esto se puede ilustrar en relación con el abuso físico de los niños por las mujeres. En esto parece haber un conflicto entre los intereses de las mujeres en términos de su «derecho» a tener con ellas a sus hijos y los de los hijos en términos de su derecho al bienestar físico y emocional. Feministas como Wise (1985) han tratado de resolver este problema privilegiando los intereses de los niños por encima de los de la madre. Para nosotras, la situación requiere una respuesta más compleja, porque respuestas como la de Wise respaldan la subordinación de los intereses de la mujer implicada. Por nuestra parte creemos que no corresponde a las feministas alentar las relaciones de subordinación en ningún momento de su trabajo. Las profesionales feministas tienen que concentrarse en encontrar maneras de crear vías por las cuales puedan conservarse en pie de igualdad los intereses de ambas partes. En el caso de una madre que abusa de sus hijos, esto puede significar que el trabajador social esté obligado a proteger los intereses de los hijos, aunque tratando al mismo tiempo de transmitir a la madre que su conducta, aun sin perdonarla, no refleja una patología individual (véase capítulo III), sino que es un triste indicador del tipo de relaciones sociales predominantes más generales con respecto a padres e hijos (Valentine, 1987).

Lo que sí incumbe al feminismo es transmitir, al mismo tiempo, el mismo mensaje a sus agencias y más allá de ellas. De esta manera se podrían poner en descubierto la falsedad de las formas del control social que centran la definición del maltrato infantil y la respuesta al mismo en una cuestión de patología propio de un pequeño sector de padres.

Además de llamar la atención sobre la operación de discriminación sobre la base del género en la vida de la clientela de los trabajadores sociales, el análisis feminista ha comenzado a desenredar la trama que mantiene a las mujeres —la mayoría, de clase obrera— atrapadas en los peldaños más bajos de la jerarquía organizativa del trabajo social institucional. El trabajo feminista anterior (por ejemplo, Wilson, 1977) introdujo en el debate la existencia de ese fenómeno. El trabajo posterior, como el de Brook y Davis (1985), Dale y Foster (1986) y Skinner y Robinson (de próxima edición) había analizado diversas tendencias y prácticas que tendían a la instauración de esa situación, a la vez que suministraba, como en el caso de la obra de Skinner y de Robinson, un informe sobre iniciativas de formación feministas destinadas a desafiarla y transformarla. Estas autoras señalaron que la forma empresarial en que veinte años antes se habían reorganizado los departamentos de servicios sociales se adaptaba a modelos y supuestos profesionales de dominación masculina y facilitaba el establecimiento mayoritario del hombre en los niveles superiores de tales organizaciones. Además, las relaciones cotidianas de trabajo y los supuestos de hombres y mujeres acerca del lugar y el papel adecuados de las mujeres en la jerarquía organizacional, junto con las desventajas generales en términos de educación, formación, autoconfianza y responsabilidades familiares con que las mujeres enfrentan sus oportunidades profesionales, se discuten siempre en términos del efecto de subordinación que tienen sobre las mujeres como trabajadoras.

## RASGOS CARACTERÍSTICOS DE LA PRÁCTICA DEL TRABAJO SOCIAL FEMINISTA EN MARCOS INSTITUCIONALES

Contra ese tipo de agenda de cambio, las iniciativas feministas actualmente en práctica constituyen un programa de acción identificable, extenso y amplio. En él se incluyen el impacto que el trabajo feminista inspirado en bases externas al trabajo social institucional tiene sobre éste; la práctica directa, desde un punto de vista feminista, con los clientes en el trabajo social institucional sobre la base de relaciones individuales y en grupos pequeños; los grupos de apoyo de las trabajadoras feministas; la acción sindical y los intentos de abordar la pirámide gestonaria de dominación masculina. Analizaremos las marcas distintivas de esos esfuerzos antes de pasar al análisis de su significado acumulativo. En el capítulo V discutiremos la importancia de un sello feminista en las relaciones de trabajo para el trabajo social en general, pero incluimos ahora la discusión del mismo tal como se desarrolla en el trabajo social institucional, porque es un rasgo tan consustancial a los esfuerzos feministas como para ejercer un impacto sobre la práctica del trabajo social en esta esfera.

Inicialmente, el impacto mayor sobre el trabajo social institucional llegó a través de los recursos creados en las redes y las campañas feministas ajenas al trabajo social mismo. Así, las mujeres víctimas de violencia doméstica que fueran clientes institucionales, por ejemplo, como consecuencia del desarrollo de Women's Aid, tuvieron al menos *alguna* posibilidad de un albergue de emergencia alternativo seguro y, a más largo plazo, una oportunidad de tratamiento ligeramente mejor ante la ley y por los departamentos locales de vivienda (Binney *et al.*, 1981). Las mujeres con actividad personal en el movimiento de mujeres, en grupos de mujeres, en centros para mujeres, en campañas sobre problemas feministas y reciclaje (Donnelly, 1986; McLeod, 1982), también tuvieron como resultado buscado la inversión de energías como feministas en sus empleos de trabajadoras sociales institucionales, lo que las lleva al aba-

nico de iniciativas feministas que analizamos más abajo. En este proceso ha habido feministas en la educación del trabajo social que han promovido un interés activo en el desarrollo de la práctica feminista, ya por iniciativa propia, ya en respuesta a la demanda estudiantil (Brook y Davis, 1985; Marchant y Wearing, 1986), a través de la organización de cursos específicos sobre la práctica feminista, que incorporaban el trabajo en un marco insitucional. Lo cierto es que esas iniciativas existen ahora con una base nacional e internacional (Women in Social Work Network, 1986; Marchant y Wearing, 1986; Womens's Caucus of the International Association of Schools of Social Work, 1984). Como complemento a este trabajo, las feministas del ámbito de la educación en trabajo social también actuaron como medio de apoyo mayor a medida que las mujeres se comprometían con las exigencias de la práctica desde un punto de vista feminista en lo que tal vez fuera un medio de trabajo hostil. Esto tomó varias formas: por ejemplo, conferencias (Warwick Feminist Social Work Practice Conference Group, 1979); grupo de apoyo de origen universitario (Brook y Davis, 1985); y la producción de material impreso, por ejemplo *Directory of Women* (1986).

En términos de práctica directa con los clientes, hay pruebas de trabajo feminista en el sentido de que las mujeres trabajadoras de todo el país abordan hoy el asesoramiento psicológico individual y el trabajo en grupos como parte del trabajo social institucional (Hale, 1984; Wise, 1985; Brook y Davis, 1985; Donnelly, 1986; Evans, 1985). En general, esas pruebas adoptan la forma de estudios de casos a cargo de los trabajadores involucrados e incluso cuando se utilice la retroalimentación en términos de citas directas de las clientas implicadas, la selección del material queda en poder del trabajador individual. No sugerimos en absoluto con esto que debiera sospecharse de la veracidad de los informes, sino que simplemente señalamos que es menester tratar con prudencia el material disponible sobre este problema. También constituye un buen argumento para el desarrollo de análisis más sistemáticos en esta área.

Aunque los asesoramientos individuales de inspiración feminista se relacionan con los clientes en situaciones muy diferentes (véase, por ejemplo, Wise, 1985; Hale, 1984; Marchant y Wearing, 1986), sugeriríamos que el relato siguiente de Judith Hale, una trabajadora social institucional que comenzó a trabajar deliberadamente con una perspectiva feminista, lleva la marca distintiva de esa práctica.

Las instrucciones oficiales para la trabajadora social institucional de la que nos ocuparemos aquí (Hale, 1984) consistía en supervisar a un hijo mayor que se hallaba en su casa a prueba tras haber pasado la mayor parte de su vida al cuidado de instituciones públicas. Su madre, Margaret, a la sazón en la treintena, lo había tenido, junto con otro hijo, en el contexto de dos «relaciones fallidas» y ahora tenía otros dos hijos muy pequeños de un matrimonio que parecía mucho más estable. Quisiéramos decir que el trabajo de Hale ejemplifica muchas de las virtudes de la práctica feminista individualizada en el marco institucional:

1. Sin dejar de tener en cuenta las instrucciones oficiales, desde el primer momento Hale, en tanto trabajadora, otorgó fundamental importancia al bienestar de la mujer por derecho propio, en lugar de hacerlo como medio en vistas a prepararla para que sirviera a las necesidades de otras personas. En la práctica, esto significó prestar atención a lo que podría hacerse para aliviar la baja autoestima de Margaret y los sentimientos de depresión.
2. Se redefinió el problema de una manera tal que evitara automáticamente la estigmatización de la inadaptación individual de la mujer y tomara en cuenta los posibles orígenes sociales de las dificultades. De esta suerte, no se dio por supuesto que la clienta hubiera fallado en lo que respecta a los roles femeninos, sino que se abrazó la posibilidad de que esos roles plantearan exigencias irracionales a las mujeres. Como comentó Hale:

Una lectura de la ficha del caso de Margaret que retrocedía a su adolescencia producía la impresión de una mujer irresponsable que había sacrificado el bienestar de sus hijos a su busca hedonista del placer ... La autora leyó la ficha con la misma actitud que había mantenido en el contacto personal con ella; la de que la mujer había sido víctima de una educación represiva en relación con su género y que los primeros años de su vida adulta habían constituido una búsqueda de amor, relaciones estables y un hogar seguro.

3. La trabajadora comenzó a desarrollar formas de interacción personal entre ella y la cliente, de acuerdo con una actitud feminista igualitaria. Esto quiere decir que se presentó como medio del que la cliente podía valerse para maximizar sus recursos personales y materiales en vista a su propio bienestar. Esto se oponía a la presentación de la trabajadora social como portadora de un análisis superior, de modelos superiores de conducta o de comprensión superior cuya aceptación trataría de inducir en la mujer. Las dos formas específicas que tomó tal intervención fueron: primero, el alivio, que por un momento la trabajadora le proporcionó a Margaret, del cuidado infantil al ponerse ella misma a jugar con los niños menores; segundo, la conversación, con la cual sacó a la luz que las exigencias y las dificultades de Margaret en sus relaciones pasadas y presentes tienen mucho en común con la experiencia de las mujeres en general y reconoció los logros de Margaret ante esto.
4. Hale, en tanto trabajadora social, no trató de colocar una perspectiva feminista en un pedestal por encima de otros análisis de las condiciones sociales de opresión, ni la presentó como panacea para todos los problemas. Así, por ejemplo, se reconoció la importancia que para el bienestar de Margaret tenía el que su actual marido le proporcionara «una relación tranquila y estable de atención y de apoyo» en comparación con la de otros hombres en su vida.

5. Todo indica que la intervención con una perspectiva feminista benefició a la clienta en dos aspectos decisivos: en primer lugar, al ganar sentimientos cada vez mayores de su propio valor; y en segundo lugar, al adquirir, en consecuencia, más capacidad para asumir una actitud activa que asegurara su bienestar. En el proceso fue capaz —si bien sobre una base muy local— de disolver algunas de las constricciones sobre su rol de género. Como dice Hale:

Recientemente, Margaret observó que nunca se había sentido tan contenta. Relacionó esto directamente con el hecho de no haber sentido nunca que alguien la quisiera y, lo más importante, dado que tenía una opinión muy pobre de sí misma, había sentido que esa evaluación era merecida. Su nueva autoconfianza la capacitó para establecer más contactos sociales y últimamente había inscrito a su hijo, que empezaba a andar, en un grupo diario de juegos.

6. El trabajo de Hale también refleja una debilidad característica en que la práctica feminista de base personalizada tiende a concebirse y a practicarse en un marco institucional. Hale la ve y la acepta como si se la realizara dentro de los límites de una práctica institucional que desempeñara predominantemente un papel de control social (véase también Wise, 1985). Su argumento para justificar esa situación es que, dado que el trabajo institucional personalizado se llevará a cabo de todas maneras, el enfoque feminista del trabajo por lo menos hace posible «una práctica feminista que preste mejor servicio a las clientas que la alternativa que en todo caso recibirían.» (Hale, 1984.)

Se podría sostener que el informe de Arnon Donnelly sobre un grupo de trabajo feminista en un marco institucional (Donnelly, 1986) también puede considerarse un ejemplo general de práctica feminista a este respecto. Sus rasgos característicos también se asemejan en varios aspectos a los

del trabajo feminista personalizado en un marco institucional, como analiza Hale. Una vez más, hay en su trabajo muchos puntos que querríamos respaldar y que tipifican —diríamos— otros esfuerzos feministas, por ejemplo, en Marchant y Wearing (1986), Falk (1986). La monografía de Donnelly (1986) se refiere al desarrollo de un grupo en una urbanización abandonada, iniciado por dos trabajadoras del departamento de servicios sociales para mujeres, en el que ella participó como estudiante. Los puntos que destacaríamos en lo tocante a su trabajo en el marco institucional son los siguientes:

1. El objetivo original era emplear el trabajo en grupo para promover el bienestar de las mujeres implicadas en su provecho y, por tanto, en este caso quebrar la tendencia de los trabajadores sociales institucionales a centrarse en ayudar a las mujeres a solucionar sus problemas como proveedoras de atención a otras personas. Como describe Donnelly las intenciones de las trabajadoras:

Stella y Alison, puesto que creían que a menudo se hace responsables a las mujeres de cualquier cosa que no vaya bien en la familia y que la intervención del trabajo social presta un flaquísimo servicio a las mujeres al definir las sólo en función de sus relaciones con los hombres y los hijos, sintieron que se justificaba trabajar con las mujeres por derecho propio.

2. Se redefinieron los problemas con que se enfrentaban las mujeres para liberarlos de la caracterización de su inadecuación personal para resolverlos y concebirlas como la necesidad de las mujeres de enfrentarse con temibles condiciones personales y sociales derivadas de «la posición de subordinación social dada por su género ... exacerbada por las circunstancias vitales de intensa privación económica y social». En verdad, el contacto de Donnelly con las mujeres la llevó a concluir que, simplemente para

- sobrevivir, se les había exigido «esfuerzos extraordinarios, incluso sobrehumanos».
3. El principal objetivo de la práctica del grupo era la concienciación, es decir, el proporcionar un medio para que las mujeres compartieran las dificultades con las que se enfrentaban y los rasgos comunes de esas dificultades. Esto se hizo con la esperanza de rechazar los sentimientos de aislamiento, construir la autoestima y realzar la capacidad de las mujeres para la acción en provecho de su bienestar.
  4. Lo que se desprende claramente del informe de Donnelly es que, en gran medida, los miembros del grupo de mujeres encontraron que se habían establecido en el grupo relaciones sociales no competitivas auténticamente útiles. Se tendió a evaluar por igual las contribuciones de los miembros, que parecían volcar por igual sus esfuerzos en el grupo y proporcionar apoyo en general. Como comentó un miembro del grupo: «Nos sorprendió saber cuántas de nosotras teníamos los mismos problemas y nos ayudamos mutuamente hablando de ellos.» Al mismo tiempo, las divisiones jerárquicas relativas a la «diferencia de clase y de recursos materiales aparecían ejemplificadas en las decisiones plenamente autoconscientes de los trabajadores de no permanecer demasiado tiempo en el grupo en el caso de que su presencia inhibiera la iniciativa de otros miembros».
  5. En común con otros informes de trabajo feminista de grupo (McLeod, 1982; Falk, 1986; Evans, 1985; Donnelly, 1986), quedó claro que el suministro continuado de apoyo emocional era vital, con independencia de cualquier otra actividad que emprendiera el grupo. La razón de ello era la apreciación de que, además de su importancia intrínseca, las mujeres han de enfrentarse de manera crónica a exigencias tales de sus recursos emocionales, que sin ese soporte su capacidad para el activismo se habría visto seriamente minada.

6. Los informes de las mujeres acerca del grupo indican que obtuvieron considerable beneficio en relación con su autoestima, e incluso en lo concerniente a una mayor capacidad para afirmar su derecho a un trato decente, como ilustran, respectivamente, estos dos informes tomados al azar:

Debbie: «A veces te encuentras con el inconveniente de que una empieza a gritar de la irritación que le produce el tema del que hablamos; entonces vamos todas, la consolamos y la tranquilizamos y después de que hemos hablado con ella, vuelve a estar perfectamente... Porque no se sienten incómodas por estallar en gritos, porque todas sabemos qué es eso.»

Jean: «Unas pocas que han tenido tratos con la Seguridad Social y con médicos piensan que pueden estar por encima de ellas, pero en realidad, cuando comienzan con las personas del Grupo de Mujeres, se encuentran con que la gente empieza por decir: "Bueno, ¿por qué he tenido que hacer esto?" Parecía que comenzaban a darles respuesta, cuando antes no habían tenido confianza para hacerlo.»

7. Donnelly analiza el problema de cómo la acción feminista en el trabajo social puede chocar con la política oficial, dado su desafío al *statu quo* en lo concerniente al modo de tratar a las mujeres. Pero su solución es que cabe sortear el posible conflicto mediante el bombardeo de iniciativas feministas y luego, a medida que se desarrollen, ir perdiendo implicación.

En lo que discrepamos de Donnelly (1986) es en que elude plantearse de qué manera se podría resolver el posible conflicto entre el trabajo feminista en grupos pequeños y los objetivos de la agencia. En esto, Donnelly refleja la ausencia general de análisis de este problema en la literatura sobre trabajo social institucional (véase Brook y Davis, 1985; Marchant y Wearing, 1986). Otra dificultad de su enfoque

es que el compromiso de las trabajadoras sociales feministas con las mujeres con las que trabajan y el feliz mantenimiento de proyectos valiosos podría requerir, por alguna razón, la presencia continuada de las trabajadoras feministas involucradas.

A fin de sustener sus propios esfuerzos mientras tratan de trabajar desde un punto de vista feminista, las trabajadoras que desarrollan su actividad en un marco institucional han desarrollado sus propios grupos de apoyo de colegas de mentalidad afín (Brook y Davis, 1985). No hay registro sistemático de tales grupos, pero la práctica de las autoras y los contactos docentes sugieren que aunque los grupos respectivos sean de pequeña dimensión —tal vez no superen la media docena de personas—, existen en todo el país.

El vigor del interés en la práctica del trabajo social feminista también se ha reflejado en la celebración de una cantidad de conferencias nacionales sobre estos grupos de apoyo, con una asistencia de varios centenares de personas (Hale, 1984). Los informes de esos grupos (Brook y Davis, 1985; Evans, 1985) y el conocimiento de las autoras indican que su función consiste en ayudar a los miembros del grupo a trabajar juntos para esclarecer los objetivos de una práctica feminista, revisar el resultado de sus esfuerzos y prestar apoyo y respaldo a proyectos feministas específicos. Aunque proporcionan solidaridad colectiva, no es sorprendente que también se caractericen por la controversia en torno a la elaboración de la naturaleza de una perspectiva feminista, mientras que una identidad fluida en tanto miembros se interna en nuevas situaciones de trabajo o desarrolla nuevos intereses en este campo. Este proceso se refleja en el siguiente resumen del progreso de un grupo de apoyo local en una comunicación personal a las autoras:

El lanzamiento de la práctica feminista dependió del desarrollo de un grupo feminista de apoyo a las mujeres en un trabajo social. A lo largo de cuatro años, durante los que colaboraron unas veinte mujeres, suministró un foro en el que se forjaron a golpes los principios de la

práctica feminista, donde las mujeres, en tanto individuos, desarrollaron la comprensión de su propia opresión de género y se apoyaron mutuamente a la hora de luchar para desarrollar la práctica feminista en su trabajo. El apoyo se disolvió poco a poco, a medida que se iba satisfaciendo la necesidad que las participantes experimentaban de intensas exploraciones iniciales de su propia experiencia y su feminismo y a medida que sus intereses y esfuerzos se desplazaron más allá de los límites del trabajo institucional, a campos relacionados en los que parecen posibles nuevos progresos, como sindicatos, terapia para mujeres y el Partido Laborista local. Mientras tanto, para muchas mujeres han permanecido lazos de amistad y, en los últimos tiempos, se ha establecido un grupo de apoyo más que desempeña el mismo tipo de papel (Cherry, 1984). (Véanse también Brook y Davis, 1985; McLeod y Dominelli, 1982.)

Puede ejemplificarse el tipo de trabajo que esos grupos realizan mediante dos de ellos, pertenecientes al curso de Warwick, en donde ambas autoras enseñamos. En el primer grupo, una ex estudiante del curso, decidida a mantener su compromiso con la práctica feminista, desempeñó un papel clave en el desarrollo y mantenimiento de un grupo de apoyo entre las colegas durante varios años. Además de proporcionar un foro permanente de discusión sobre problemas feministas, también fue útil para mejorar el bajo estatus de las trabajadoras a domicilio de la agencia y planificar el desarrollo local de un centro para mujeres. La respuesta de la administración a esos grupos presenta algunas variaciones. La impresión que han tenido las autoras en relación con este primer grupo es que permanece inmóvil, con potencialidades en reserva para aplicar a condición de que el grupo adquiera más poder y capacidad de cuestionamiento de las prácticas de la dirección. Por ejemplo, aunque aún se le permite reunirse en horario de trabajo, los responsables más antiguos de la administración han comenzado a expresar interés en estar sistemáticamente informados de la agenda de las reuniones. En el otro sector, un grupo de vigilancia de pre-

sos en libertad condicional estableció un grupo de apoyo de mujeres dentro del servicio. Últimamente esto ha sido reconocido por el nivel más antiguo de la administración como una oportunidad para comentar las políticas en lo que respecta a su impacto sobre los intereses de las mujeres. La impresión general es que las mujeres de los grupos de apoyo al trabajo social desempeñan un papel útil en el estímulo al mantenimiento y ampliación de la práctica feminista en un amplio abanico de ámbitos oficiales. Mientras tanto, las trabajadoras del servicio de vigilancia de presos en libertad condicional y de los departamentos de servicios sociales han trabajado con el propósito de promover mejores condiciones laborales para las mujeres a través de la actividad sindical. Los problemas con que se encuentran indican la naturaleza defensiva del sexismo, no sólo en la organización del empleo, sino también en los sindicatos mismos. Para ilustrar esto, en 1984-1985 pedimos a las feministas activas en sus sindicatos de los departamentos de servicios sociales locales y las oficinas de vigilancia de presos en libertad condicional que describieran los problemas que se les plantearan. Fueron los siguientes: en el Sindicato Nacional de Empleados Públicos (NUPE, National Union of Public Employees) se estaba creando un comité de mujeres para observar qué era lo que les impedía implicarse en la actividad sindical; y las feministas del servicio de vigilancia local actuaban en el Grupo de la Asociación Nacional de Agentes de Vigilancia de Presos en Libertad Condicional (NAPO, National Association of Probation Officers), recientemente formada para promover los intereses de las mujeres en el seno del sindicato. También militaban localmente en la NAPO a fin de promover las iniciativas que adoptaba el Comité Nacional para la Igualdad de Oportunidades, aplicando líneas de orientación para tratar el acoso sexual y equiparar las condiciones de jubilación y la posición de los agentes homosexuales, tanto varones como mujeres.

Además de las iniciativas feministas que se proponían mejorar las condiciones generales de trabajo, se ha puesto en marcha todo un abanico de trabajo que se ocupa del pro-

blema de la cantidad desproporcionadamente menor de mujeres en posiciones de dirección en el trabajo social institucional (Skinner y Robinson, de próxima edición). Esto se ha centrado en los programas de formación diseñados para alertar del problema tanto a las mujeres como a la administración, para desafiar estereotipos que refuerzan la idea de lo adecuado de esa situación y para proponer programas de acción positiva con el fin de promover el ingreso de mayor cantidad de mujeres en los niveles superiores de la administración. Para ilustrar las cuestiones específicas que se están abordando basta referirse al proyecto que Jane Skinner y su colega se comprometieron a desarrollar en un departamento local de servicios sociales institucionales (Skinner y Robinson, de próxima edición). Como resultado de su investigación, Skinner y Robinson percibieron que el bloqueo que experimentaban las mujeres para entrar en las filas de dirección se hallaba «en el momento mismo del ingreso». Describen su descubrimiento en los siguientes términos:

Aunque las mujeres son mayoría en casi todos los puestos de prestación de servicios, incluso los de trabajador social, son minoría en el nivel gerencial, es decir, en el equipo de jefes u otros puestos de supervisión. Como éste es el primer peldaño del escalafón administrativo de dirección, se convino en otorgar decisiva importancia a esta situación en el refuerzo de la subrepresentación femenina en los cargos ejecutivos en general.

El informe de Skinner y Robinson del proyecto para abordar este problema ilustra el hecho de que, con el trabajo dirigido específicamente al sexismo, es posible conseguir progresos en la conciencia que de él tienen quienes lo practican, a la vez que mejorar la disposición de las mujeres a enfrentarlo. Los ejecutivos varones implicados se «sorpresdieron ante la extensión de sus propias prácticas discriminatorias respecto de la promoción de mujeres. Las trabajadoras de nivel superior sintieron que el curso les ayudó a «reconocer y valorar sus propias capacidades y habilidades, al tiempo que ganaban confianza».

Aunque no se ha dado a conocer la conclusión de los monitores que llevaron a cabo ese trabajo, es evidente, dados sus informes sobre aquello a lo que se oponen, que siguen siendo muy grandes los obstáculos a la igualdad de oportunidades que se derivan del género. Como comentan Skinner y Robinson (de próxima edición):

De las múltiples conexiones que tenemos y de los contactos que ha establecido con nosotras todo un espectro de mujeres de la industria de servicios sociales, se desprende la excepcionalidad del empleador que adopta alguna acción positiva. Todas las agencias de las que tenemos conocimiento tienen todavía brutales desequilibrios en la composición del personal, tanto en cuanto al género como en cuanto a la raza.

Ese trabajo desvela también que la posición de desventaja de las mujeres en la jerarquía del empleo de los servicios sociales representa la fusión de una cantidad de extendidas condiciones sociales que requieren cambios que escapan a su intención o a sus posibilidades: la responsabilidad primordial de las mujeres por el cuidado infantil, la ideología masculina de dominación y subordinación introyectada en el nivel personal y el predominio de la gestión de dirección como la forma organizativa para la cual la educación y el sistema social han destinado a los hombres desde el nacimiento.

Apenas es posible discernir la evidencia de otras dos características de la práctica feminista en el trabajo social institucional, debido a que su desarrollo tuvo lugar en una fase muy temprana, pero su importancia es tal que hemos de referirnos a ellas. Se trata del desarrollo de la práctica antisexista y de la fusión de la práctica feminista con la antirracista. Nuestra experiencia docente durante los últimos dos años nos lleva a atestiguar que, aunque limitados en cantidad, son los estudiantes varones con tendencia al empleo institucional los que tienen interés —y han trabajado— en el desarrollo de una práctica antisexista durante su forma-

ción. Todavía no está claro si ha habido intención de seguir con esto adelante hasta convertirlo en una práctica y, en caso afirmativo, con qué consecuencias. El contacto y la discusión con mujeres en grupos de trabajo social y grupos de mujeres, así como con las monitoras feministas, indica que hay un reconocimiento de que toda feminista debe apoyar y trabajar por una mayor práctica antirracista. Desgraciadamente, parece cierto que tanto en la formación como en la práctica, al menos entre la mayoría de las feministas blancas, la práctica feminista y la antirracista se han desarrollado casi como disciplinas independientes. También tenemos la impresión de que los monitores y profesionales masculinos que se ocupan del desarrollo de la práctica antirracista no conceden importancia central a los problemas de género sino en forma excepcional. Al parecer, en este momento la tarea de desarrollar una práctica de trabajo social institucional que aborde al mismo tiempo la opresión de género y la racial ha caído en gran parte sobre las espaldas de las feministas negras. Por ejemplo, en una guardería local que las autoras conocían, las mujeres negras eran responsables de desafiar tanto la práctica racista como la sexista y de impulsar la puesta en práctica de políticas antirracistas y antisexistas, aunque el departamento de servicios sociales promoviera al mismo tiempo políticas antirracistas y antisexistas (comunicación personal a las autoras).

Al evaluar los logros de la práctica feminista en el trabajo social institucional, cosa que es imprescindible hacer si se quiere elaborar la acción futura, nos vemos arrastradas a algunas sobrias conclusiones. Como ya hemos dicho, tanto en la teoría como en la práctica, la posición de las mujeres como trabajadoras y como clientas ha sido problematizada en función de su género. Para continuar con esto hay ahora mismo una extensa red de iniciativas tanto en términos de organización como geográficas, que ha abordado este problema y sigue haciéndolo. Hay señales de que, en lo que respecta a las mujeres involucradas como clientas y como trabajadoras sobre una base individual y de pequeños grupos, esto ha promovido el bienestar económico al fomentar

el emocional, asegurar ciertas conquistas materiales y estimular esfuerzos para colocar los derechos y las necesidades en pie de igualdad con las de los hombres. En el proceso, las iniciativas feministas han influido en las modalidades de trabajo cooperativas y no jerárquicas. Esto es coherente con su análisis básico y se ha manifestado, por ejemplo, en la disminución del papel autoritario de los trabajadores sociales y la acogida del trabajo de colaboración que tiene en cuenta más de una división social, aunque insiste en la importancia de abordar los problemas de género.

Desafortunadamente, la evidencia disponible indica también que, hasta ahora, la práctica feminista en el seno del trabajo social institucional sigue siendo una actividad minoritaria con impacto limitado en la política y la práctica generales. Así, el aislamiento que sienten las trabajadoras feministas ha sido objeto de comentario por varios autores al analizar la importancia de desarrollar la práctica feminista (Wise, 1985). Paradójicamente, de esto da testimonio la declarada necesidad de presencia de mujeres en los grupos de trabajo social. Mientras tanto, los sindicatos siguen siendo blanco de los esfuerzos feministas, pues no proporcionan una fuente de apoyo ajena a la cualificación genérica. Además, persiste la pirámide de empleo de dominación masculina. Hay un hecho que sin duda es a la vez reflejo y elemento constitutivo de la naturaleza limitada de la influencia feminista: el de que, mientras se produce la práctica que crea identidad feminista, la evidencia documental (Hale, 1984; Wise, 1985; Donnelly, 1986; Evans, 1985; Falk, 1986; Brook y Davis, 1985; Marchant y Wearing, 1985), junto con nuestras discusiones y contactos con trabajadores sociales institucionales, indica que las *mismas trabajadoras (feministas)* están comprometidas también en el refuerzo de diversas formas de control social de las mujeres, con todas las implicaciones no igualitarias que esto conlleva. Por ejemplo, las agentes feministas de vigilancia de presos en libertad condicional no se organizan contra la injusticia social que consiste en emplear la cárcel para mujeres —y, por extensión, para hombres— cuando, siendo la pena social más

extrema de que disponemos, se la utiliza en la mayor parte de los casos para delitos menores de robo (Lea y Young, 1984). Ni ponen estas mismas agentes a la vista pública la evidencia amontonada en sus registros de casos acerca de la privación material de las mujeres y la falta de poder para modificar esta situación (Dominelli, 1983).

Con la excepción de unos pocos departamentos de servicios sociales, en los que el resultado de las actividades de individuos y de grupos ha sido plantear problemas feministas relativos al maltrato a niños en los servicios sociales, las feministas aún no han aplicado un punto de vista feminista a la monolítica burocracia relacionada con la prevención y el descubrimiento de malos tratos a niños, dominante en el trabajo de campo de los servicios sociales. El pensamiento feminista es sensible a las lecciones sobre la naturaleza sospechosa de las condiciones sociales en que se cría a los niños y la abrumadora carga del cuidado infantil para las mujeres, junto con nuestra tolerancia de la violencia como determinante de las relaciones sociales (véase capítulo III). Sin embargo, no hay por ahora fuerte presencia feminista en la práctica de los servicios sociales que presione a favor de la consideración de los posibles beneficios de la aplicación de este enfoque. En cambio, en todo el país, tanto las trabajadoras feministas como las no feministas se están ocupando de los malos tratos a niños con procedimientos firmemente arraigados en la idea de que la causa principal del problema es la psicopatología de los padres.

*Conclusión:* Encontramos insatisfactorias las actuales respuestas teóricas feministas al dilema de la creación de una práctica de trabajo social institucional feminista. Brook y Davis no abordan el problema directamente, por lo cual no consiguen insertar en un contexto útil su informe sobre la práctica feminista en el marco institucional. Dado lo que escriben acerca de ello, su identidad es la de una actividad marginal duramente disputada y de influencia limitada, cuyo análisis es perfecto, pero cuya capacidad para transformar las condiciones en la dirección que indica el análisis es muy limitada. ¿Acaso está condenada a quedar así? No ofrecen

respuesta. A nuestro juicio, la que ofrecen Hale (1984) y Wise (1985), que la práctica feminista puede adaptarse a un marco de trabajo predominantemente no feminista o antifeminista (véase *supra*), no es feminista en su fatalismo. La no-solución que representa la obra de Donnelly (1986) consiste en reconocer y apreciar que el trabajo feminista en un marco institucional puede entrar en conflicto con los objetivos principales de la agencia, pero para que las trabajadoras abandonen la tarea antes de que el choque se produzca (véase *supra*).

#### LA CREACIÓN DE UN TRABAJO SOCIAL INSTITUCIONAL FEMINISTA

Nuestro punto de partida es el carácter esencial del desarrollo de la práctica feminista dentro del trabajo social institucional. Sólo mediante el compromiso con las demandas del trabajo social en lo que sigue siendo uno de sus ámbitos principales —recursos, poderes, cantidad de trabajadores y de clientes—, es posible que continúe el progreso de la disciplina del trabajo social feminista precisamente como disciplina. De lo contrario, permanece sin comprobar y desconocida la medida en que es posible desarrollar esa práctica, fundida con el trabajo social institucional, a la vez que sus beneficios potenciales se mantienen inaccesibles para grandes sectores de la población. También es vital el intento de desarrollar la práctica feminista dentro del trabajo social institucional como su contexto propio, debido a que de otra manera resulta imposible deducir la factibilidad del proyecto y la naturaleza de sus limitaciones en la práctica. Aunque con esta puntualización, es importante reconocer hasta dónde el trabajo feminista en un marco institucional puede confiar en una acción feminista externa al mismo. Así, pues, las ideas de redefinición de problemas en las cuales trabajan actualmente las trabajadoras sociales institucionales feministas, por ejemplo, deben mucho al trabajo de sociólogas feministas (véase Finch y Groves, 1983) y a

autores que se han dedicado a estudios de gestión (véase Marshall, 1982). Las intervenciones terapéuticas deben mucho a los escritos y a la práctica que emanan de la terapia feminista, mientras que el contexto de trabajo del grupo ha extraído mucho del trabajo feminista en general sobre problemas de salud, violencia doméstica y desarrollo de centros de mujeres.

A diferencia de Donnelly (1986), opinamos que la práctica feminista en el marco del trabajo social institucional no es necesariamente contradictoria con la política general y la administración de las agencias en las que tiene lugar. Eso depende del talante político de las autoridades locales y centrales que gobiernan esas agencias. En consecuencia, las trabajadoras feministas no *tienen* que elegir entre el suicidio profesional, para dedicarse al trabajo social feminista sólo «en horas extras», o seguirlo tan sólo como una experiencia de «aprendizaje» en un curso. Ni tiene la práctica feminista en un contexto institucional por qué permanecer circunscrita. En la medida en que el gobierno local y el central reflejan una presencia feminista, es posible subrayar y promover la práctica feminista dentro del trabajo social institucional.

Estamos analizando este problema en el contexto de un régimen con una mayoría sustancial en el gobierno central y poderosas bases en el nivel local, cuyo programa, como ya se ha visto (véase también el capítulo VI), es antitético respecto de los objetivos feministas. Sus políticas operan con el fin de subordinar a las mujeres en el mercado de trabajo, por ejemplo, los cambios en la legislación sobre maternidad y el derecho de las mujeres con empleos a tiempo parcial a beneficiarse de la legislación de protección del empleo. Todo esto está haciendo a las mujeres más susceptibles a las trampas de las demandas de trabajo doméstico. Su mensaje se recibe de manera inmediata cuando, además de la compulsión económica, viene acompañado de ideologías que respaldan esa situación como reflejo del orden natural. Así, pues, parece que, al exigir cambios coherentes con los principios feministas que atraigan el apoyo de las

autoridades locales y centrales, estamos apelando a una remota esperanza. En respuesta a esto diríamos que, respecto de problemas específicos, hay en la historia reciente ejemplos del poderoso impacto que puede tener el respaldo de las autoridades locales y centrales en la promoción de los objetivos feministas. Estos ejemplos demuestran que el mismo efecto, desplegado en un abanico de problemas, transformaría la práctica institucional tal como la conocemos en una empresa auténticamente feminista.

El primer ejemplo concierne al Greater London Council (GLC) que, sobre la base de que era un servicio vital para apuntalar los derechos de las mujeres, estimuló durante tres años (1982-1985), a través de sus Women's Committees, la provisión y el desarrollo de atención diurna por las autoridades locales mediante la financiación de más de doscientos proyectos en Londres, que llegaba al 12 por 100 de aumento respecto de las plazas de atención diurna existentes (GLC, 1984). Actualmente, según la llamada disposición Cinderella, que afecta prácticamente a todas las autoridades locales, la atención diurna oficial para niños menores de cinco años se centra en la provisión de un servicio de urgencia para padres y niños en situación de «riesgo» o en la provisión de un servicio en forma de atención infantil, cuya mala calidad y bajo coste (para las autoridades locales) son universalmente reconocidos (David y New, 1985; Mayall y Petrie, 1977). La ideología que apuntala un servicio inadecuado o escaso es la que sostiene que el lugar apropiado para una mujer es el hogar y su tarea propia la de cuidar de los hijos, con independencia de los efectos nocivos que todo eso tenga para su bienestar (Browne y France, 1986).

La iniciativa del GLC respaldó la institución de mayor financiación para una serie de servicios colectivos de atención diurna para menores de cinco años, que iba de una bien equipada guardería diurna al servicio especialmente organizado para menores de dos años, centros diurnos móviles y atención posescolar. Como parte integral del proyecto, las decisiones acerca de los tipos de proyectos susceptibles de apoyo se produjeron sobre la base de una amplia consulta

con grupos de mujeres de todo Londres. Se organizó la implicación de los padres para tomar algunas decisiones acerca de la gestión de los servicios de atención diurna. Se destacó el desarrollo de prácticas antirracistas y antisexistas en términos de políticas de personal, prácticas y equipamiento. En unos pocos años se demostró que allí donde hay voluntad política de promover el bienestar de las mujeres en el gobierno local y vinculaciones con el bienestar de los niños, es posible desarrollar sustanciales financiaciones y políticas centrales con objetivos feministas. Lejos de entrar en conflicto, el trabajo en lo que suele considerarse el nivel más bajo de la práctica en el ámbito local y la política de la administración local se fusionaron para promover la práctica feminista de una manera asombrosa.

La historia de la disolución final del GLC (Campbell y Jacques, 1986; Livingstone, 1987) demuestra la susceptibilidad de la administración local al control del gobierno central. Como se analizará en el capítulo VI, la tendencia general del gobierno central aún se caracteriza por una débil o esporádica adhesión a los objetivos feministas, cuando no está marcada por políticas directamente contrarias a dichos objetivos. Sin embargo, ha habido algunos momentos en que la administración central y la local y la práctica del trabajo social institucional se unificaron en coaliciones temporales cuyo resultado fue la promoción de los objetivos feministas. Estos momentos demuestran que esa alianza es posible y, a la vez, que puede tener un efecto poderoso en el fomento de las metas feministas. Uno de esos ejemplos es la campaña que se realizó a través del PROS para poner fin a la prisión para las mujeres que trabajaban en la calle como prostitutas por ofrecer sus servicios (McLeod, 1982; véase también el capítulo II). Cuando la legislación fue al Parlamento, estas fuerzas se sincronizaron; hubo apoyo multipartidario para la medida, pues el gobierno no quiso presionar a los parlamentarios para que no votaran a favor, porque era preciso mantener en público la unidad a causa de la crisis de las Malvinas. Muchas administraciones locales permitieron y respaldaron el trabajo de apoyo a la campaña de los PROS

en horario de trabajo de la agencia. El NAPO, el sindicato de agentes de vigilancia de presos en libertad condicional, se había adherido a la campaña: los agentes desempeñaron papeles clave a título individual en el desarrollo de grupos de organización locales. Con su trabajo inspirado en criterios feministas procuraron poner fin al sacrificio de las prostitutas como chivos expiatorios, acusadas de ser el origen de la prostitución según el derecho penal. A pesar de que el cambio legal no terminó con todas las formas de opresión a las prostitutas —por ejemplo, continuó la prisión por el impago de multas por ofrecer sus servicios—, ilustra de qué manera puede aumentar el poder merced al apoyo firmemente alojado en la administración local y el gobierno central en favor de tales iniciativas.

Por nuestra parte sugerimos que estos ejemplos y la discusión anterior también ilustran que, para que la influencia feminista impregne el trabajo social institucional, el respaldo estatal, local y central necesita a su vez la contribución de una presencia feminista en lo que atañe a la definición de las cuestiones en las que se va a trabajar; descansa en la organización de relaciones de trabajo, campañas populares y la provisión de capacidad emocional sobre bases feministas.

Sostenemos que no es imposible crear esas condiciones, incluso conseguir el respaldo de las autoridades locales y centrales, sino sólo muy difícil (véase el capítulo VI). Pero como resultado de esto, todo el duro trabajo de las feministas en el trabajo social institucional feminista hasta la fecha puede consolidarse y desarrollarse. Y en el proceso es posible que sus esfuerzos pasen de la condición de promisoría actividad minoritaria a la de trabajo social institucional verdaderamente feminista, ambos complementarios de y complementados por la acción del trabajo social feminista y la acción feminista más en general.

## CAPÍTULO V

### La creación de relaciones de trabajo feministas en y a través del trabajo social

Como se ha indicado en el capítulo IV, el trabajo social como profesión es para las mujeres un área de desigualdad en el mercado de trabajo. Además, si bien en la última década la posición de las mujeres en el mercado de trabajo en general experimentó ciertos progresos en lo tocante a derechos legalmente reconocidos —como en la legislación sobre igualdad de oportunidades y en el desarrollo de prácticas diversas, como la acción positiva contra el acoso sexual—, durante la reciente recesión ha sufrido un deterioro como consecuencia del establecimiento de políticas de «derecha radical». Ha habido una tasa relativamente alta de aumento del desempleo (Coyle, 1984), un descenso en el porcentaje del ingreso masculino (Aldred, 1981; Armstrong, 1984) y la erosión de ciertos derechos específicamente relacionados con las mujeres, como el derecho al reemplazo después del permiso por maternidad (Dale y Foster, 1986). En esa situación es imposible esperar ningún progreso generalizado en las condiciones de trabajo para las mujeres que beneficie también a las trabajadoras sociales, y las formas de organización típicas de las agencias de trabajo social todavía tienden a estar marcadas por la dominación y la subordinación, en detrimento de los intereses de las trabajadoras sociales.

Pero en lo que respecta a las condiciones materiales, no sólo es difícil la posición de las trabajadoras sociales. La pobreza de la mayoría de sus clientas —en general demandantes femeninas que permanecen en su casa con hijos dependientes, o madres solteras, o ancianas, o proveedoras de asistencia a otras personas va aumentando en cifras absolutas (CNCW, 1979; CPAG, 1987; Bonny, 1984; Wilson, 1987; Stallard *et al.*, 1983). Al mismo tiempo, sigue siendo discutible la práctica de los trabajadores sociales en relación con las condiciones materiales de las clientas. Como se describe en el capítulo IV, el trabajo social institucional tiende a responder a las clientas de tal manera que mantiene su ubicación en la esfera doméstica con todas sus limitaciones en términos de ingreso personal. Además, las iniciativas de trabajo voluntario y de trabajo comunitario (con algunas excepciones) no se centran en asegurar y mantener mejores condiciones laborales para el trabajo asalariado, como puede verse, por ejemplo, en la colección de artículos de la ACW (Curno *et al.*, 1982). Estas preocupaciones están relegadas a un plano secundario.

Las trabajadoras sociales dispuestas a reconocer la importancia de las condiciones materiales de las mujeres en lo que se refiere a su bienestar y empeñadas en hacer algo al respecto, se enfrentan, pues, a un terrible conjunto de problemas que abordar. Sin embargo, se podría decir que hay mucho que aprender de las iniciativas feministas sobre relaciones laborales, dentro y fuera del trabajo social, acerca de cómo encarar estos problemas. En el resto del capítulo sugerimos que las estrategias siguientes, tomadas en conjunto, equivalen a una práctica de trabajo social feminista informada y constructiva en lo que atañe a las relaciones laborales:

1. El reconocimiento de la naturaleza compleja del bienestar material de las mujeres y de sus condiciones de empleo.
2. La promoción del bienestar de las trabajadoras sociales como trabajadoras.

3. La promoción del bienestar material de las clientas y de los grupos de clientas del trabajo social.
4. El fomento de la conciencia de los intereses materiales comunes entre las trabajadoras sociales y las clientas.
5. La contribución de las organizaciones de trabajo social feminista «independientes».
6. La comprensión de que el logro de relaciones laborales feministas en el trabajo social necesita la contribución del impulso feminista en otras esferas y, sobre todo, una presencia política feminista.

Terminamos sugiriendo que estas estrategias benefician también a los niños y a los hombres.

#### EL RECONOCIMIENTO DE LA NATURALEZA COMPLEJA DEL BIENESTAR MATERIAL Y DE LAS CONDICIONES DE EMPLEO DE LAS MUJERES

Nuestro punto de partida es que, para hacer justicia a la importancia del problema de su propio bienestar material y del de las mujeres con las que trabajan, es menester no arrullar a las trabajadoras sociales con una falsa sensación de seguridad en cuanto al «progreso» en este sentido.

Los marxistas han sostenido que, al entrar en el mercado de trabajo y convertirse en trabajadoras asalariadas, las mujeres conseguirían tanto su independencia como la igualdad respecto de los hombres (Engels, 1972; Cox, 1974; Wickham, 1978), pero a pesar de que las mujeres han entrado en cantidades muy significativas en la fuerza de trabajo (que en Gran Bretaña llegan al 40 por 100 del total de la fuerza de trabajo asalariado), esta experiencia no las ha llevado a su liberación (Coote, 1980). Aunque las mujeres aprovechen las oportunidades de socialización que les proporcionan sus empleos, los informes de sus experiencias en el lugar de trabajo han sido desoladores. Las estudiosas feministas han comprobado la dificultad personal que padecen

las mujeres en su vida laboral, incluidas la multitud de humillaciones de que el acoso sexual las hace objeto cotidianamente (Benn, 1983), y la evidencia que demuestra la desventajosa posición de las mujeres en la fuerza de trabajo en general (Mackie y Pattullo, 1977). Estas revelaciones se han producido porque la investigación feminista ha cuestionado las normas que ordenan la organización del lugar de trabajo con criterios masculinos, perpetuados en el análisis de la ciencia social tradicional del medio laboral, y ha mostrado la importancia del género como factor decisivo que mediatiza —y es mediatizado por— las relaciones de trabajo existentes.

Las feministas también han desafiado el supuesto marxista de que el trabajo doméstico de las mujeres es improductivo y sólo aporta «valor de uso» (para una explicación de esta posición, véase Seccombe, 1974). Molyneux (1979) ha criticado el análisis de Seccombe por tratar a las «mujeres» como categorías históricas y, en consecuencia, no hacerse cargo del trabajo de las mujeres en el hogar como productoras, reproductoras y consumidoras. Dalla Costa y James (1972) han sostenido que el trabajo de las mujeres en el hogar es al mismo tiempo productivo y esencial al capitalismo. La Campaña de Salarios para el Trabajo Doméstico ha pedido que se pagara a las mujeres por su trabajo doméstico como medio práctico de reconocer esa idea. Las feministas socialistas han estado menos convencidas de que fuera ésta una vía adecuada de tratar el problema, en la medida en que lleva implícito el peligro de atrapar más firmemente a las mujeres en la responsabilidad del trabajo doméstico. En cambio, han buscado medios por los cuales enlazar el hecho de que las mujeres trabajen en su casa y también fuera de ella. Así, las feministas han redefinido los conceptos tradicionales de trabajo, a fin de incluir el trabajo remunerado y el no remunerado.

Al tomar el género como punto de partida de su trabajo, las feministas de Occidente han mostrado que las mujeres son sistemáticamente discriminadas en el empleo (Armstrong, 1984; Aldred, 1981; Michelson, 1985; Stallard

*et al.*, 1983). Se ha mostrado que las mujeres ocupan predominantemente los empleos de bajo estatus y paga escasa. En Gran Bretaña, por ejemplo, a pesar de la década transcurrida desde la promulgación de la legislación a favor de la igualdad de salario y contra la discriminación sexual, el abismo entre los salarios de hombres y de mujeres se ha ensanchado a partir de 1979 (Aldred, 1981). La capacidad de las mujeres para ganar dinero sólo llega al 73 por 100 de la de los hombres (National Economic Survey, 1983). Una razón importante de este estado de cosas es que el 75 por 100 de los trabajadores con paga baja está constituido por mujeres (Key, 1983) y se localiza principalmente en el trabajo de oficina y el comercio minorista, la industria textil, la rama de alimentación y el trabajo doméstico, la peluquería y prácticamente todo el sector de servicios. Incluso en las profesionales liberales, las mujeres ocupan los niveles más bajos, como, por ejemplo, internistas más bien que consultoras en medicina, o más bien trabajadoras de campo que directivas en el trabajo social. En consecuencia, las mujeres siguen todavía encargadas predominantemente de empleos relacionados con la crianza y la provisión de asistencia personal, que han dado en definirse como «trabajos de mujeres» porque reproducen las tareas que las mujeres realizan en su casa (Beechey, 1977; Howe, 1986). Además, mientras que los marxistas no han sabido reconocer que el ingreso de las mujeres en el trabajo asalariado no las libera de sus responsabilidades domésticas, las feministas han revelado que las mujeres que trabajan tienen en realidad dos empleos: uno doméstico, sin remuneración, en su casa, y otro remunerado, fuera de su casa, y han acuñado una frase para describir su situación: mujeres «de carrera doble» (Rappoport y Rappoport, 1978). Los hombres, por otro lado, no tienden a experimentar ese tipo de exigencias: para ellos, lo típico es que al llegar de regreso a su casa terminen la jornada laboral, no que comiencen un nuevo día de trabajo. Las feministas han sostenido que el progreso de las mujeres en su trabajo fuera de casa choca con el obstáculo de que se les utilice como ejército de reserva de trabajo, que se hace en-

trar en la producción o salir de ella según lo requieran las necesidades económicas (Adamson, 1976; Beechey, 1977). Lo que hace posible este tipo de utilización de las mujeres es la construcción de su vida en torno a su responsabilidad primordial: cuidar de los demás.

Irónicamente, a menudo, las presiones que impulsan a las mujeres a trabajar provienen precisamente de sus responsabilidades de cuidar de los demás. Como el coste del mantenimiento de un nivel de vida decente dentro de la familia es cada vez mayor, en la práctica, aun cuando no en el terreno ideológico, es cada vez más esencial el doble ingreso familiar (Eichler, 1983). Es en realidad una mofa de esa idea de «salario familiar» exclusivamente masculino (Barrett y McIntosh, 1980) sobre la cual se fundan las negociaciones salariales y el intento de mantener a las mujeres al margen del trabajo. En realidad, el salario de una mujer es actualmente tan esencial para la economía familiar que si las mujeres no salieran a trabajar, la pobreza familiar se cuadruplicaría (*Families in the Future*, 1983). Al dar a conocer esa información, los estudios feministas han contradicho la noción de que las mujeres trabajan para pagar «menudencias»: sus ingresos son imprescindibles para la sobrevivencia de la familia. Sin embargo, la falta de auténtica capacidad para obtener un ingreso sustancial en el mercado de trabajo, junto con la ausencia de una política estatal que ponga remedio a esto y asegure un ingreso razonable para todos, explican en gran parte la pobreza que soportan las familias monoparentales encabezadas por mujeres. En la sociedad moderna, la pobreza es fundamentalmente un problema femenino que golpea con la mayor crudeza a las mujeres mayores y a las familias monoparentales (Stallard *et al.*; Nett, 1982).

La investigación feminista también ha revelado que, al agregar tensión a sus vidas, la carga de la «carrera doble» ha tenido para las mujeres un coste inaceptable. Cada vez más cansadas por el exceso de trabajo, su salud mental y física se ha resentido. Además, la carga de la «carrera doble» ha limitado gravemente las oportunidades que las mujeres tenían disponibles para desarrollar relaciones gozosas con

sus hijos (Calvert en Brook y Davis, 1985). Además de exponer la base genérica de la estratificación en la fuerza de trabajo, las feministas también han señalado los rasgos degradantes típicos de las relaciones de trabajo entre mujeres y hombres como subordinadas y superiores, respectivamente. El «trabajo de mujeres» en las tareas de oficina, como, por ejemplo, preparar el té, es algo que se tiende a esperar que asuman las mujeres que trabajan, con independencia de su estatus y por encima de sus tareas normales. El acoso sexual, que va de los tibios ataques verbales con el propósito de socavar la confianza de las mujeres en tanto trabajadoras a los asaltos físicos reales, está íntimamente entrelazado en el modelo cotidiano de la vida laboral de las mujeres (Stanko, 1985). Pero se ha tendido a ignorar estas humillaciones como cuestiones privadas que las mujeres tenían que manejar por sí mismas si es que no querían «parecer tontas». Esos incidentes se trataban como problemas individuales y nunca se les asignó una dimensión pública hasta que las feministas los transmutaron de infortunio privado en preocupación social mediante la organización de campañas que apuntaban específicamente a retar las percepciones tradicionales de la calidad de la vida de las mujeres en el trabajo (Benn, 1983; Whittington, 1986).

Se podría sostener que las mujeres aguantaron las limitaciones de su posición en el trabajo por su interés en asegurar el bienestar de su familia, y también porque el trabajo asalariado les proporcionaba contactos sociales que contrastaban favorablemente con el aislamiento que de otra manera tendrían que soportar en su casa. En otras palabras, las feministas han demostrado que, a pesar de la naturaleza inhumana de la jerarquía del trabajo, de la índole explotadora de las relaciones personales entre superiores y subordinados bajo contrato salarial y de las formas destructivas que las relaciones de poder adoptan en el lugar de trabajo, un aliciente importante del trabajo asalariado para las mujeres es su ventaja comparativa respecto de las terribles circunstancias y la monotonía que caracterizan las tareas domésticas (Gavron, 1966).

Al convertir el género en materia de deliberación seria en el lugar de trabajo, las feministas trataron de redefinir la naturaleza del trabajo. Ese proyecto tiene como punto básico el deseo de lograr que los empleadores consideren a sus empleados como personas integrales con una vida fuera del trabajo que interfiere en sus actividades laborales y que a su vez se ve afectada por lo que en ellas sucede. En este sentido reviste particular importancia su intento de hacer que los empleadores acepten la fusión entre, por un lado, la vida privada de sus empleados y las responsabilidades que de ella emanan y, por otro lado, las responsabilidades relacionadas con su trabajo en, por ejemplo, la atención infantil. Para que las mujeres estuvieran en condiciones de cumplir con sus obligaciones respecto de sus hijos, como, por ejemplo, llevarlos a la escuela y atenderlos cuando enfermaban, y mantenerse al mismo tiempo en pie de igualdad con los hombres en la fuerza de trabajo, era imprescindible formular diversas reivindicaciones. Éstas consistían básicamente en: retar a la organización de la jornada de trabajo con sus rígidos puntos de comienzo y de finalización (TUCRIC, 1980); cuestionar la organización misma del trabajo por su dependencia de la presión de un individuo particular en un puesto dado (TUCRIC, 1980); protestar contra la confinación de las mujeres en el extremo inferior de la escala de empleo y su virtual exclusión de las posiciones de dirección y de gestión (Aldred, 1981; Armstrong, 1984); atacar la indiferencia de los empleadores para con los compromisos familiares de las mujeres (Aldred, 1981; Michelson, 1985; Armstrong, 1984); pedir cambios en las expectativas que las sociedades tienen en lo tocante a la implicación de los hombres en la vida doméstica (David y New, 1985); y defender el derecho de las mujeres a controlar su fertilidad (NAC, 1978).

Gracias a la organización feminista en el movimiento sindical, los partidos políticos, los grupos feministas autónomos, las iniciativas de acción positiva, las redes y las campañas, consiguieron las feministas dar comienzo a una cantidad de cambios en la organización del trabajo. Consiguieron legitimar el horario de trabajo flexible y, por tanto,

evitar los previos horarios rígidos que impedían a las mujeres cumplir con sus deberes domésticos, aspecto que luego se desarrolló con otras innovaciones, tales como el empleo compartido, que permitía a los individuos compartir un puesto y cumplir con sus obligaciones familiares sin perder su sitio en la escala laboral (Whitehouse, 1985). El ascenso de las mujeres en la escala profesional fue estimulado a través de programas cuya finalidad era infundir la conciencia de género en los miembros masculinos del personal, sobre todo en los del nivel gerencial, y crear confianza entre las empleadas (McLeod *et al.*, 1986). Estas iniciativas se vieron duplicadas por la promulgación de políticas de igualdad de oportunidades que intentaron eliminar la discriminación sistemática de las mujeres en la manera de anunciar la oferta de empleos, los sitios desde donde se reclutan los posibles empleados, la manipulación de las entrevistas y las preguntas que se hacen a las mujeres en el panel de entrevistas, el apoyo que se ofrece a las mujeres una vez obtenido el empleo y el estímulo para que las que ya lo tienen progresen en la organización (Women Working Project, 1987). Además, las feministas han destacado la importancia de salvaguardar la salud de las mujeres; pero han planteado esta preocupación más allá del enfoque tradicional por la salud y la seguridad en el trabajo, que se ocupaba de garantizar la adopción de procedimientos de seguridad en relación con el uso de ropas protectoras, manipulación adecuada del instrumental y prudencia en el empleo de sustancias peligrosas. Las feministas ampliaron los problemas de salud y seguridad para estimular a los empleadores a que adoptaran un papel protector de la salud general de las mujeres, por ejemplo, mediante cribajes para detectar posible cáncer de cuello de útero. Con su trabajo en esta área, las feministas también han cuestionado la baja prioridad que se otorga a la salud y la seguridad de los hombres en el trabajo. Durante mucho tiempo, los hombres se vieron forzados a soportar condiciones de trabajo y sustancias peligrosas que amenazaban su salud, a causa de la tiranía impuesta por su papel de «única persona que ganaba el sustento»: a menudo los hombres han

aceptado intolerables condiciones de trabajo intolerables por su necesidad de «proveer a su familia» (Dominelli, 1986b).

Si bien estos logros son encomiables por su oposición a las concepciones previas de las relaciones de trabajo, encierran una trampa, pues se los puede utilizar para *intensificar* la explotación económica de las mujeres, ya sea que los introduzcan empleadores ilustrados en un gesto de buena voluntad, o que los adopten por oportunismo empleadores más cínicos. Tanto unos como otros han descubierto que, como resultado de prácticas de empleo más benevolentes, el rendimiento de las mujeres en el trabajo ha mejorado y la productividad ha crecido. Por ejemplo, ha aumentado la productividad de las mujeres con acceso a guarderías en su lugar de trabajo, pues pueden concentrarse más plenamente en la tarea al saber seguros a sus hijos. Esto, a su vez, aumenta los beneficios del empleador (Allenspach, 1975), pero los aumentos de productividad que se alcanzan por este medio aún no han redundado en una paga mayor para las mujeres. Facilitar el ingreso de las mujeres en el mercado de trabajo a la vez que se hacen cargo de las responsabilidades domésticas no es necesariamente una manera de favorecer sus intereses. Éste ha sido el caso, por ejemplo, en lo concerniente a las posibilidades de adaptación que permiten a las mujeres el horario flexible y el empleo compartido. La adopción que las mujeres han hecho del horario flexible y del empleo compartido ha reforzado la idea de que el cuidado de los hijos y de otros miembros de la familia es responsabilidad de las mujeres y no una responsabilidad a compartir entre todos los miembros de la sociedad, jóvenes y viejos, varones y mujeres (David y New, 1985). Más bien que promover la idea de que es menester aliviar a las mujeres de la carga que les inflige su «carrera doble», lo que esto ha conseguido es perpetuar dicha carga (BWU, 1985), puesto que el papel de los hombres en las situaciones domésticas no ha cambiado.

Por tanto, concluimos que es esencial un análisis feminista que saque a la luz los inconvenientes que interfieren en el bienestar de las mujeres en cualquier escenario labo-

ral. Y también que la introducción de un sello feminista en las relaciones laborales dista mucho aún de haberse cumplido por completo y que está sujeta a reveses, pero también que se han realizado modestos progresos a partir de todo un abanico de iniciativas feministas. A la luz de estas conclusiones, sugeriríamos que las trabajadoras sociales feministas deben abordar el problema de las trabajadoras sociales como trabajadoras. A continuación analizaremos qué beneficios obtienen las trabajadoras sociales de la persecución de las principales estrategias que las feministas han desarrollado en materia de trabajo social y en otros campos, con el fin de promover los intereses de las mujeres en las relaciones de trabajo.

#### LA PROMOCIÓN DEL BIENESTAR DE LAS TRABAJADORAS SOCIALES COMO TRABAJADORAS

La mayor parte de nuestra exposición versará sobre las trabajadoras sociales institucionales, ya que constituyen la mayoría de los trabajadores sociales y están empleadas en las burocracias que tienen el monopolio de las provisiones de trabajo social. Pero también es importante considerar las condiciones de empleo de las trabajadoras en las agencias voluntarias y unidades de trabajo comunitario, porque su empleo en estos marcos laborales no las exime de problemas en las condiciones laborales. El análisis sistemático del marco laboral de las trabajadoras sociales en las agencias de trabajo de la comunidad y el sector voluntario es escaso (Dixon *et al.*, 1982; Hopkins, 1982). Irónicamente, el sector del trabajo voluntario y comunitario ofrece situaciones laborales en que las mujeres pueden ascender mucho más rápidamente y alcanzar posiciones de dirección en mayor medida que en las grandes burocracias del bienestar; la literatura pertinente todavía no ha presentado un análisis de las razones de tal cosa. Sin embargo, a nuestro juicio, no es probable que haya que buscarlas en un menor predominio del sexismo institucionalizado en estas organizaciones, sino más

bien en que los hombres consideran que el trabajo en esas agencias constituye una propuesta menos atractiva en términos de pago, condiciones de trabajo y oportunidades de progreso profesional. También sugeriríamos, sobre la base de nuestros contactos de trabajo tanto en la enseñanza como en la práctica, que la posición de las trabajadoras en el sector voluntario, con su precaria financiación, es particularmente vulnerable. Se caracteriza por las mismas inseguridades de empleo que rodean el empleo femenino en compañías pequeñas, a menudo con contratos a plazo fijo y sin clara línea de promoción (MSC, 1986). También tenemos la impresión de que el compromiso con los ideales de las agencias voluntarias implicadas lleva a muchas trabajadoras a no tener en cuenta su explotación, con horarios de trabajo excesivamente largos y bajísima paga. Aunque en esas agencias la «pirámide» de empleo puede ser pequeña, tenemos la impresión de que, pese a que en ellas sea más fácil para las mujeres alcanzar posiciones de dirección, se tiende a que las posiciones más altas estén dominadas por hombres. Dadas estas características, lo más importante parece ser que, a través de grupos de apoyo y grupos sindicales, las trabajadoras sociales feministas pertenecientes a marcos institucionales desarrollen en el ámbito local vínculos con mujeres que se hallan en contextos laborales voluntarios y comunitarios, con el fin de revisar y colaborar en la elevación de la paga y la mejora de sus condiciones.

Volvamos a la situación de las trabajadoras británicas en marcos institucionales. En el capítulo IV hemos indicado el predominio de las divisiones genéricas del trabajo y la manera en que las mujeres han sido primordialmente confinadas a los niveles más bajos de las organizaciones (Howe, 1986). Para ser completamente justas con el sexismo institucional consolidado que domina las relaciones de trabajo es necesario aclarar también de qué manera el desarrollo organizacional de los últimos veinte años ha tendido a la masculinización y sigue tendiendo en esa dirección. Se encontrará a la mayoría de las trabajadoras en las áreas del trabajo social que se ven como áreas de «trabajo de mu-

jes», cuyo aspecto más destacado es el asistencial, como, por ejemplo, la atención residencial a ancianos, mientras que a los trabajadores varones es más probable hallarlos en las áreas en que predominan los valores masculinos de «control», como, por ejemplo, en el trabajo de vigilancia de presos en libertad condicional (Howe, 1986). Además, la penetración de las técnicas de gestión en el terreno del bienestar durante las dos últimas décadas ha tenido como consecuencia que el trabajo social se viera cada vez más interesado por problemas de gestión, como el mejoramiento de la eficiencia, la expansión de los recursos técnicos, la efectividad del coste y el gobierno de la empresa sobre bases científicas (Howe, 1986; Walton, 1975). La intensificación del control de la gestión y la intervención en el trabajo social, con su esperado crecimiento de directores varones, bien puede denominarse la masculinización del trabajo social, y se ha hecho más evidente después de Seebom. Hay feministas que sostienen que la reorganización de los servicios sociales de 1974, tras el Informe Seebom, con su mayor énfasis en normas de gestión masculinas, ha deteriorado las posiciones de las mujeres en los niveles máximos de la profesión (Wilkes, 1981; Skinner y Robinson, de próxima edición). Sugerimos que el resultado de la reestructuración del trabajo social de 1971 es un proceso de profesionalización que ha intentado liberar el trabajo social de la imagen de la trabajadora «voluntaria y abnegada» e introducir en su lugar un modelo científico de eficiencia, efectividad de coste y entrega predecible de servicios. Una característica esencial de esto fue el impulso a la profesionalización del trabajo social de una manera más afín a la prevaleciente en la profesión médica, que representó un intento de aumentar el estatus, la paga y la influencia de los trabajadores sociales, así como la creación de grandes departamentos unificados y encabezados por hombres que gestionan los inmensos recursos que contienen en su seno. En términos de organización, esto aportó un fundamento de orden genérico para asignar los roles laborales de acuerdo con tales criterios. Se colocó a los hombres en puestos en los que podían desempeñarse con

mayor eficacia —administración de recursos—, mientras que a las mujeres se las destinó al trabajo para el que más aptitudes tenían, es decir, con los clientes. Así, como consecuencia de ello, las mujeres que antes de la reorganización habían estado al frente de agencias vieron rebajada su categoría (Howe, 1986). Pero lo más importante para las mujeres como trabajadoras es que ellas, que se habían preocupado sobre todo por la calidad del servicio que se ofrecía al cliente, se encontraron a menudo en pugna con un impulso gerencial más interesado en la mejor asignación de recursos y el «equilibrio de la contabilidad» (Wilkes, 1981) que en el resultado último para los clientes. Esta situación ha hecho particularmente difícil la vida laboral de las trabajadoras sociales feministas cuya orientación general chocaba con el enfoque burocrático del trabajo social.

En el capítulo IV hemos señalado ya que, no obstante, los tres tipos de iniciativas en el seno de las agencias de trabajo social institucional están poniendo sobre el tapete los intereses de las mujeres, es decir, la acción sindical, la acción positiva y los programas de formación, así como el papel de las mujeres en los grupos de apoyo de trabajo social, junto con la evaluación de su respectivo vigor. Quisiéramos ahora continuar con el argumento de que, en lo relativo a las estrategias de desarrollo para improvisar la posición de las mujeres como trabajadoras, es vital la persecución de los tres tipos de iniciativas, y de manera complementaria, pues de lo contrario queda minado el efecto de palanca que las mujeres pueden producir en sus propios intereses. Así, hemos observado que, en las redes de trabajo social, las mujeres todavía dependen enormemente de la discrecionalidad de la administración. El respaldo sindical a sus esfuerzos es pues importante, de modo que, en caso de práctica discriminatoria de la administración contra uno de sus miembros, es posible considerar la acción industrial. De la misma manera, las mujeres que forman parte de grupos de apoyo de trabajo social pueden proporcionar a las otras un estímulo preliminar esencial para que centren la atención en los problemas feministas relacionados con el lugar de trabajo y los

asuman, lo cual realzará consecuentemente su posterior involucración en la actividad sindical (véase págs. 174-175). Una vez más, las mujeres de los grupos de trabajo social pueden insuflar un ímpetu vital para que la administración tome en cuenta los programas de acción positiva y de formación. Al mismo tiempo, lo que se desprende de tales grupos de apoyo como preocupación de sus miembros por fomentar relaciones de trabajo más igualitarias puede capacitarlos para actuar como instrumento de presión útil en lo referente a programas de formación destinados a promover el ingreso de las mujeres en los círculos de decisión. Las mujeres de los grupos de apoyo de trabajo social podrían ser las que se encontraran en las mejores condiciones para plantear la exigencia de que tales programas de formación no sean meros vehículos para mujeres ambiciosas, con independencia de su compromiso con el bienestar de las mujeres en general, ni alimenten la aceptación de prácticas de organización empresarial como algo «que vale la pena adoptar», al margen de una clara evidencia de que habrán de producir reales beneficios en la calidad de los servicios asistenciales que ofrecen las agencias oficiales (Skinner y Robinson, de próxima edición). También parecen imprescindibles los esfuerzos combinados de los sindicatos, los programas de acción positiva/formación y las mujeres de los grupos de apoyo de trabajo social para abordar los tres grupos de trabajadoras con peor situación en el trabajo social institucional: las negras, las residenciales y las proveedoras de asistencia personal. De lo contrario, el alcance de esas iniciativas feministas se reduce en la práctica a la promoción elitista de las trabajadoras de campo blancas que tienen el certificado de cualificación en trabajo social (CQWS).

Además de las iniciativas feministas en el seno mismo del trabajo social institucional, es importante analizar los intentos por sensibilizar más a las autoridades locales como empleadores en lo referente a las necesidades y los intereses de las mujeres, en tanto son ellas las fuentes últimas de control financiero y político en los departamentos de servicios sociales, y muy importantes en el servicio de vigilancia

de presos en libertad condicional. La actuación del gobierno local como empleador de mujeres no es siempre favorable al interés femenino. Por ejemplo, el gobierno local ha sido responsable de los salarios asombrosamente bajos que soportan las mujeres en el sector de servicios, como las de limpieza en las escuelas, entre otras (Webster, 1984; Armstrong, 1984). Pero en el gobierno local de Gran Bretaña, por ejemplo, la formación de las Women's Units ha sido el vehículo más importante por el cual las feministas, al comprometerse con los ayuntamientos laboristas que abrazaban el socialismo municipal, han intentado transformar las relaciones de trabajo. La Women's Committee Support Unit del Greater London Council (GLC), la Camden Council's Women's Unit y la Birmingham Council Women's Unit son tres ejemplos bien conocidos. Otras autoridades locales han escogido enfrentar estos problemas mediante la designación de Funcionarios para la Igualdad de Oportunidades de las Mujeres, como en Leeds y en Sheffield. Los objetivos principales de las unidades de mujeres fueron: identificar áreas en las que las necesidades de las mujeres estaban insatisfechas, como, por ejemplo, en lo que respecta a las lesbianas y a las necesidades de transporte para mujeres discapacitadas (Camden Women's Unit); fomentar iniciativas que satisficieran necesidades identificadas, como, por ejemplo, la provisión de cursillos de defensa personal (Birmingham Women's Unit); encontrar nuevas maneras de tratar con mujeres, por ejemplo, estableciendo foros para que las residentes tuvieran contacto directo con las asesoras (Camden Women's Unit); y colocar mujeres a cargo de las unidades de mujeres para darles oportunidad de trabajar en escenarios que no devaluaran sus contribuciones. Como los aspectos relacionados con la representación del trabajo de las unidades de mujeres se analizarán en el capítulo VI, sólo consideraremos ahora los aspectos relativos a las relaciones de trabajo.

Aunque estas iniciativas constituyen importantes progresos de las autoridades locales, en la medida en que, a través de su existencia y de su práctica, reconocen públicamente

que las mujeres se enfrentan a problemas específicos desconocidos para los hombres, presentan graves defectos. En primer lugar está la cuestión de asegurar su futuro. La desaparición del GLC ha llevado a una reducción sustancial de los recursos financieros a disposición de los grupos comunitarios feministas y demuestra la importancia fundamental de contar con apoyo económico gubernamental para la iniciativa feminista. En segundo lugar está el problema de que estas respuestas pueden ser meramente simbólicas: el cercenamiento del Birmingham Women's Committee después de la reducida proporción de votos del Partido Laborista en las elecciones locales de 1987 demuestra que el compromiso con las iniciativas feministas puede ser más aparente que real (Whitlock, 1987). Existe una gran preocupación real de que, en situaciones electorales adversas, las mujeres se conviertan en chivos expiatorios, y que esto derive en pérdida de recientes conquistas feministas en las condiciones de trabajo, como las políticas de igualdad de oportunidades, programas de formación, programas de atención infantil, proyectos de seguridad y salud de las mujeres e investigación de sus necesidades (Armstrong, 1987). Además, las feministas han cuestionado la medida en que un funcionario del gobierno local para la igualdad de oportunidades con responsabilidad para todas las mujeres es capaz de desplegar toda la actividad necesaria para hacer efectiva la igualdad de hombres y mujeres en el trabajo (TUCRIC, 1983). La respuesta también es un mero gesto en la medida en que no reconoce el hecho de que la desigualdad entre hombres y mujeres en el trabajo no se limita simple y llanamente a los problemas de «empleo». En tercer lugar está la cuestión de la grave escasez de recursos de las unidades de mujeres: por ejemplo, en 1984 el GLC asignó 500.000 libras esterlinas a la London Women's Unit para todas las iniciativas de Londres. En cuarto lugar, puesto que esta financiación está regida por la sección 137 de la Ley de Gobierno Local de 1972, su futuro es dudoso, pues en cualquier momento el gobierno central puede decidir retirar esos fondos. La abolición del GLC sugiere que no es pequeña la amenaza que

se cierce bajo el imperio de una administración sin simpatías profeministas y abiertamente contraria al socialismo municipal o a cualquier otra forma de socialismo. La continuación de los grupos de mujeres otrora apoyados por fondos del GLC se tornó harto insegura a consecuencia de la abolición del GLC y sólo sobrevivieron los grupos que habían logrado asegurarse otras fuentes de financiación. Por último, está el problema de las feministas que trabajan en los marcos establecidos por las instituciones jerárquicas: muchos de los programas respaldados por las unidades de mujeres no pueden fomentar las aspiraciones feministas a relaciones sociales más igualitarias en el trabajo porque las unidades están constreñidas a colocar a las mujeres en las estructuras ya existentes, cuya orientación es marcadamente jerárquica y burocrática (Coke, 1987).

#### LA PROMOCIÓN DEL BIENESTAR MATERIAL DE CLIENTAS Y GRUPOS DE CLIENTAS DEL TRABAJO SOCIAL

Para comenzar con el bienestar material de los trabajadores sociales institucionales, la mayoría de las clientas pertenece a uno de estos dos grupos: o bien no tienen empleo remunerado, viven en una pobreza relativa (esto es, real) (Townsend, 1980) y se encargan del cuidado de personas dependientes, o bien no tienen empleo remunerado, viven en una pobreza relativa (esto es, real) y en estado de dependencia por invalidez y vejez. En cuanto al primer grupo, la tendencia de la práctica adoptada tanto por feministas como por no feministas en respuesta a esta situación es quietista, es decir, que no desafía al *statu quo*. En el peor de los casos, se centra en suponer que las mujeres «salen adelante» con su papel de cuidadoras, con independencia del daño que ello infiere a su bienestar material (Dale y Foster, 1986), y en el mejor de los casos incorpora un elemento de trabajo con derecho al bienestar a fin de maximizar su ingreso como demandantes. Sin menospreciar la importancia de ese trabajo con derecho al bienestar, quisiéramos su-

gerir que así como el subsidio debiera tender a convertirse en un elemento rutinario en la práctica del trabajo social, lo mismo debería ocurrir con la revisión de la mujer implicada, acerca de sus oportunidades de formación y de carrera profesional. Esto no equivale a suponer que la solución a la posición materialmente desventajosa de una mujer deba darse por fuerza en forma de empleo, o que la mujer tenga que escoger esto necesariamente, ni cegarse ante la exigüidad de la paga y las discutibles condiciones de trabajo a que eso puede llevar, sino inspirarse en el trabajo feminista existente, que desafía el supuesto de que el «desempleo» no es para las mujeres un problema en el mismo sentido en que lo es para los hombres y señala sus corrosivos efectos en el bienestar de las mujeres. Y es instar a las trabajadoras sociales feministas a que tengan en cuenta el uso y el desarrollo de recursos a los que tienen acceso para abrir la posibilidad de empleo como opción realista para sus clientas.

Autoras como Coyle (1984) han mostrado que, a partir de 1977, medio millón de mujeres han «salido del mercado» y las oportunidades de ingresar en el empleo a tiempo completo han sido limitadas desde entonces para las mujeres. Aunque las mujeres respondieran al desempleo convirtiéndose en esposas o madres de dedicación plena, esto no dejó de tener diversas y complejas consecuencias para su bienestar. En la muestra de Angela Coyle, una cantidad de mujeres tuvo hijos tras quedar sin empleo, pero «en la maternidad las mujeres se enfrentan a muchos de los problemas del desempleo, el aislamiento, el aburrimiento y la pérdida del salario» (Coyle, 1984), y no sólo el salario echaron en falta, sino también la sensación de identidad y de finalidad que éste les daba. Como comentaba una mujer:

No te das cuenta enseguida, sabes, tienes el dinero del despido ... Luego se me acabó y me aburría. No podía estarme todo el día encerrada en una casa. No hubiera querido pasarme el día entero en la casa limpiando, un día sí y otro también. (Coyle, 1984.)

Además, cuando las mujeres tenían un compañero, el desempleo tendía a confirmarlas en el papel de sirvienta doméstica, porque tenían más tiempo disponible para ello y menos justificación en términos de «exigencias del empleo» para evitarlo. Como dijo una entrevistada:

Bueno, ahora cuando él vuelve a casa todo está hecho. Sabe que su comida estará preparada a tiempo y que por la noche puede descansar tranquilamente sin moverse de la silla. (Coyle, 1984.)

Teniendo en cuenta las preocupaciones de este trabajo y los recursos a los que tienen acceso los trabajadores sociales institucionales, quisiéramos sugerir que se considere el siguiente programa de acción en relación con las clientas sin empleo. Primero, plantear el problema de la formación y las oportunidades profesionales con las propias mujeres y echar mano al consejo de agencias locales sobre estos problemas. Segundo, organizar grupos en los que las mujeres participen voluntariamente a fin de proporcionar apoyo moral en tanto se abordan colectivamente esos problemas. Tercero, presionar a la administración a través de la acción sindical y las mujeres de los grupos de apoyo de trabajo social para que se incrementen servicios tales como la ayuda en el hogar y la asistencia diurna para que las mujeres reanuden el trabajo. Cuarto, concebir el apoyo psicológico como foco tan legítimo de intervención interpersonal como los problemas «emocionales» cuando las mujeres afectadas se reenganchan al reciclaje o al empleo. Quinto, estar dispuestas a desarrollar modalidades de trabajo con las parejas masculinas para aumentar su solidaridad con las mujeres embarcadas en ese esfuerzo. Por último, y junto con esa acción, desarrollar contactos con cualquier ejemplo local de proyecto de ampliación del abanico de empleo o de reempleo femeninos (BWU, 1986b), con el fin de establecer agencias locales como recurso de reclutamiento. Esto se agrega a un formidable volumen de trabajo que pone de manifiesto la necesidad de una iniciativa colectiva de la índole de un «programa de reanudación del trabajo», respaldado por el sindicato

local o las mujeres del grupo de apoyo de trabajo social. Pero el volumen de trabajo nuevo o adicional comprendido es un indicio de la medida en que la práctica institucional convencional elude el tratamiento del desempleo de las mujeres como problema, a pesar de las graves consecuencias que tiene para el bienestar de las mujeres afectadas.

Como hemos dicho ya (*supra*, págs. 186-188), con pocas excepciones, las iniciativas de trabajo voluntario, oficial o comunitario, han tendido a ser absorbidas por el tratamiento de los problemas de desempleo en la medida en que afectan a las mujeres. Al parecer, las principales razones de ello son las desalentadoras condiciones que, con escasez de recursos, tienen que enfrentar las mujeres en su vida «en el hogar». En consecuencia, hay una desesperante necesidad de acción en campañas sobre vivienda, instalaciones de juego, atención sanitaria y guarderías (véase Mayo, 1977). Pero también el desempleo tiende a ser manipulado con criterios sexistas: por ejemplo, la experiencia de una de las autoras en un MCS Area Manpower Board sugiere que las agencias que incorporan en su agenda el desempleo femenino como problema tienden a hacerlo de tal manera que se limitan a reciclar a las mujeres para los «empleos de mujeres». Cuando se produce una excepción, como cuando se establecen iniciativas comunitarias feministas específicamente diseñadas para reciclar mujeres en habilidades particulares al margen de estereotipos, la respuesta de las mujeres, tanto en cantidad como en entusiasmo por el enfoque de los proyectos, centrados en la mujer, tiende a ser muy positivo (véase Collins *et al.*, 1978).

Allí donde se han desarrollado, las iniciativas feministas de trabajo comunitario sobre problemas de empleo han desmentido la supuesta imposibilidad de organizar a las mujeres si no estaban previamente afiliadas a un sindicato. Esto es muy importante para el bienestar de las mujeres como empleadas, porque en esas condiciones es probable que resulten las más vulnerables de todos los trabajadores. De modo que las feministas británicas lanzaron campañas sobre el trabajo domiciliario, como, por ejemplo, la Leicester Out-

workers' Campaign (LOC), que atrajo a sus filas una significativa cantidad de trabajadoras domiciliarias. Estas campañas consiguieron influir tanto las discusiones del Congreso Sindical sobre trabajadoras domiciliarias que impulsó la Unión Nacional de Trabajadores en Calcetines y Punto a adoptar un papel más activo en las cuestiones de las mujeres que trabajaban en su casa. Aunando esfuerzos, estos tres cuerpos intentaron clarificar el estatus de las trabajadoras domiciliarias, ya fueran empleadas, ya autónomas, a través de su influencia en el proceso legislativo. Se trata de un problema importante para las mujeres, pues la determinación de su estatus afectará sus derechos de empleo (Hopkins, 1982).

Más difícil aún parece la tarea de las trabajadoras sociales feministas en lo que respecta a la promoción del bienestar material de las mujeres dependientes, ya por invalidez, ya por vejez, por lo cual resulta fundamental aumentar la dotación de dos tipos de servicios. El primero es una cantidad disponible para sufragar los gastos necesarios para reparar la escasez de protección, calefacción, comida, transporte e interrelación social que se registra normalmente como condición típica de los ancianos. (Phillipson, 1982). El segundo está relacionado con la provisión de una sustancial asistencia remunerada, para aliviar, tanto a quienes dan como a quienes reciben la prestación, de los sufrimientos que se acumulan cuando toda la asistencia recae constantemente en una mujer de la familia sin dejarle casi respiro, lo cual, una vez más, ha demostrado ser una experiencia vital generalizada (Finch y Groves, 1983).

En su práctica cotidiana, las trabajadoras sociales institucionales feministas están en condiciones de recoger las necesidades que encuentran y los déficits de sus agencias a la hora de satisfacerlas, como evidencias que deben asumir a su vez los grupos de presión específicos sobre esos temas (por ejemplo, Age Concern). Pero, al mismo tiempo, si las mujeres que se organizan en el seno del trabajo social institucional abrazaran específicamente la causa de las mujeres dependientes (por ejemplo, las ancianas), podrían plantearse patrones minimalistas para el trabajo del gobierno y de los

partidos políticos locales. Sería un proyecto a largo plazo, pero en el campo del trabajo comunitario encontramos un estimulante paralelismo. Aquí la National Childcare Campaign ha sido útil en la presión al GLC para que planteara en su política la prioridad de la organización de atención diurna para menores de cinco años, y en la presión ejercida en el seno mismo del Partido Laborista para que éste comenzara a incluirla en sus declaraciones programáticas (comunicación personal a las autoras).

#### FOMENTAR LA CONCIENCIA DE LOS INTERESES MATERIALES COMUNES DE LAS TRABAJADORAS SOCIALES Y SUS CLIENTAS

Así como para las trabajadoras sociales es importante apreciar como objetivo de acción, *en tanto trabajadoras*, la naturaleza *generalmente* difícil de las condiciones de trabajo de las mujeres, así también es decisivo que consideren que los recursos que proporciona el trabajo social oficial es tan esencial para asegurar su propio bienestar material como el de sus clientas. Pues de esta manera el mantenimiento de dichos recursos, su desestigmatización e incluso su expansión pueden convertirse en objetivo de la acción colectiva como pertenecientes al interés de las trabajadoras sociales y no sólo al de sus clientas. Analicemos un ejemplo de esto. En Brook y Davis (1985), Jane Calvert da el siguiente ejemplo de doble carga de trabajo y asistencia típico de una madre que trabaja de nueve de la mañana a cinco de la tarde:

Lo normal es que se levante a las siete de la mañana para dar de comer a los hijos y vestirlos. Esto se verá como su trabajo, pues el marido tiene la función de ganar el sustento y carece de las habilidades sociales necesarias para esas tareas. Antes de ir a trabajar, hacia las 8.15, llevará a los niños a la casa de una amiga o una profesional que los atienda. Pasará toda interrupción para comer comprando para la familia. Tendrá que dejar arreglado lo referente a la comida de los niños y que alguien los recoja de la escuela y los atienda hasta que regrese la

madre. Después de recoger a los niños volverá a su casa, alrededor de las 5.45; entonces dará de comer a la familia y, con suerte, a las 7.30 los niños estarán listos para ir a la cama. Luego tendrá que lavar, planchar y hacer el trabajo de la casa. Probablemente termine a las diez de la noche. El resto del tiempo es suyo. Si algunos de estos arreglos falla, tendrá que ir a trabajar enferma o llegar tarde. En el trabajo es probable que esté permanentemente cansada y que no se la considere digna de confianza. Las vacaciones escolares, por supuesto, sólo aumentarán las complicaciones. (Calvert en Brook y Davis, 1985, págs. 84-85.)

Esta descripción podría representar en realidad a cualquier trabajadora social en estas circunstancias. Se puede apreciar de inmediato que el desarrollo de los programas de atención postescolar que funcionen también durante las vacaciones escolares serían un recurso decisivo. Si los niños están en edad preescolar, tanto si la madre es trabajadora social como si es clienta, la provisión de buenos servicios de guardería disolverían los dilemas del precio que a menudo es menestar pagar por el empleo, sin ninguna culpa personal, en la mala calidad de la atención infantil (Mayal y Petrie, 1977). En realidad, de la disponibilidad de esta asistencia podría depender el ingreso en el empleo o la formación remunerados, porque, como se ha documentado, la mujer no se decide a hacerlo por temor a que la mala atención afecte el bienestar de sus pequeños (Tizard y Hughes, 1976). Y esto sin mencionar la estipulación gubernamental actual del «test de disponibilidad», en el que, para que se las trate como auténticas solicitantes de trabajo, las madres han de demostrar que tienen acceso a una atención infantil adecuada. Una vez más, si la trabajadora social tuviera en casa un pariente anciano o inválido, lo más probable es que tuviera a su cargo la mayor parte de su atención. En este caso, el estado de las prestaciones locales en lo tocante a atención sustitutiva, guardias nocturnas, centros diurnos de asistencia y ayudas domésticas, podrían determinar que la trabajadora social siguiera en su empleo, reduje-

ra sus oportunidades profesionales pasándose al trabajo a tiempo parcial o se estropeará la salud por exceso de cansancio. Aunque esto pueda sonar a mera fantasía, una ojeada a la cantidad de horas que trabaja esta mujer, además de proporcionar un argumento a favor de divisiones genéricas mínimamente equitativas del trabajo, parece constituir un buen argumento a favor de la necesidad de poner los servicios de ayuda doméstica en pie de igualdad con el alumbrado público. Las consecuencias positivas para la salud mental y física de las mujeres, en tanto evitan el agotamiento, podrían ser tan significativas como las derivadas de lo que ya se reconoce como servicio público de salud.

#### LA CONTRIBUCIÓN DE LAS ORGANIZACIONES «INDEPENDIENTES» DE TRABAJO SOCIAL FEMINISTA

Dados el tamaño de la población trabajadora y la escala de los recursos implicados, es importante analizar las formas que han adoptado las luchas feministas para modificar las relaciones de trabajo en las organizaciones de trabajo social que no se establecieron originariamente como iniciativas feministas. Pero se podría decir que lo característico de estos marcos laborales es el predominio de las relaciones de subordinación y de jerarquía laboral, aunque con enclaves feministas, como el de las mujeres de los grupos de apoyo de trabajo social y de las unidades de mujeres. Por tanto, también es importante evaluar el significado de los esfuerzos feministas por crear lugares de trabajo autónomos como rasgo integral del trabajo social feminista. Esto se debe a que las iniciativas ofrecen la oportunidad de examinar los beneficios adicionales que pueden derivarse de un desarrollo más general de las relaciones de trabajo acordes con criterios feministas en escenarios de trabajo particulares.

Los lugares de trabajo feministas «autónomos» han cubierto un amplio abanico de empresas, tanto «en» como más allá del trabajo social, aunque tienden a ser de dimensiones reducidas. En Gran Bretaña incluyeron actividades comer-

ciales en la edición, como, por ejemplo, el colectivo *Spare Rib*; una cooperativa de ropa, como *Ragged Robin*; espacios autónomos para mujeres vinculadas a los servicios que proveen organizaciones públicas, como centros de salud y clínicas para mujeres; organizaciones voluntarias independientes, como centros para mujeres violadas; centros de terapia para mujeres y lugares de trabajo «tradicionales» reestructurados, como la *Lee Jeans Co-operative*. Los rasgos principales de estas iniciativas han sido el intento de trabajar colectivamente y de reducir el impacto de las divisiones sociales (de raza, discapacidad, edad y jerarquía en todas sus manifestaciones, incluso la paga, el estatus y las habilidades); el reconocimiento de la igualdad de valor de las diferentes contribuciones que los individuos puedan realizar; la reducción de la distancia entre la dirección y los trabajadores; el intento de eliminar la división entre las demandas del lugar de trabajo y las de la vida familiar; el compromiso con la implicación del trabajador y del consumidor en los procesos de toma de decisiones, y el enfoque centrado en la mujer que convierte lo que sucede a las mujeres trabajadoras en una preocupación claramente reconocible de la empresa.

Quisiéramos poner el ejemplo de los refugios de la *British Women's Aid Federation* como muestra de la manera en que estos objetivos operan en la práctica y cuáles pueden ser los inconvenientes de colocar un sello feminista en las relaciones de trabajo a través de estas formas organizacionales. La red de los refugios de mujeres que formaron la *Women's Aid Federation* fue creada originariamente para dar respuesta a las demandas de las mujeres que sufrían violencia doméstica. Esto legitimaba el derecho de las mujeres a rechazar ese tratamiento, no las estigmatizaba por estar sometidas a él y localizaba el problema en las relaciones sociales patriarcales que convierten a las mujeres en víctimas normales de la violencia. En primer lugar, los refugios se establecieron como espacios centrados en la mujer y controlados que, por tanto, daban seguridad a las mujeres maltratadas por hombres. La crítica de las trabajadoras de los refugios a la respuesta profesional de estigmatización las ha

conducido a tratar de reducir las divisiones entre las trabajadoras «profesionales» y sus «clientas», estimulando a las mujeres sometidas a violencia doméstica a adoptar el papel de trabajadoras y actuar colectivamente. Una de las maneras de maximizar tanto los recursos materiales como los personales, al mismo tiempo que de proveer relaciones más equitativas mediante la reducción del poder que pudieran ejercer quienes tienen habilidades y pericia «profesionales» sobre quienes no las tienen, es facilitar a todos los miembros del grupo la transmisión recíproca de habilidades, como el conocimiento de los subsidios suplementarios y las estrategias efectivas para tratar con el Departamento de Salud y la Seguridad Social (DHSS) (Binney *et al.*, 1981). Trabajar de esta manera asegura también que las mujeres den a los demás al mismo tiempo que toman de ellos, y así las relaciones interpersonales tienden a estructurarse de manera menos jerárquica (Pahl, 1985). El foco de la interacción entre «la trabajadora» y la mujer con la que trabaja reside en capacitar a la mujer que ha sido maltratada para que decida por sí misma qué quiere hacer con su vida, y proporcionarle las habilidades, la confianza y el apoyo necesarios para lograr esos objetivos, ya se trate de condiciones materiales, como la obtención de vivienda, subsidios o trabajo, ya de problemas «emocionales», como el de decidir si volver con un compañero sentimental (Binney *et al.*, 1981). Al abordar la situación con estos criterios, las feministas toman en cuenta la manera en que se entrecruzan la vida laboral y la personal.

Estas características indican que cuando se permite el desarrollo de formas feministas de las relaciones de trabajo, éstas sirven a los intereses de las mujeres en una variedad importante de formas. Puede que la libertad para ello se consiguiera apartándose de los rígidos controles burocráticos de las agencias oficiales de bienestar, pero sin el sostén permanente de sustanciales recursos materiales y personales —que sólo una presencia feminista en el gobierno local y en el central puede asegurar—, su eficacia se ve gravemente limitada: la calidad de las condiciones materiales que pro-

veen es dudosa e incierto su futuro. Así, a menudo los centros para mujeres violadas disponen de fondos y voluntarios suficientes sólo para abrir unas pocas horas a la semana (véase Bagor Rape Crisis Centre, 1987). Una y otra vez las mujeres dejan constancia de la suciedad intolerable que encuentran en los refugios, resultado del hacinamiento en un edificio ruinoso (Pahl, 1985), y aventuras tales como las de los centros de terapia para mujeres —que han de cerrar listas de espera con centenares de personas porque la demanda es demasiado grande para que el personal, con los magros presupuestos con que cuenta a corto plazo, pueda hacerle frente (BWTC, 1986b)—, se hallan ante un futuro sin garantías de provisión de fondos.

Mientras tanto, es importante no presentar un cuadro demasiado halagüeño de la medida en que el establecimiento de formas de relaciones de trabajo más feministas disuelven todas las divisiones sociales. En esas iniciativas se experimentan aún con fuerza las divisiones de clase (Pahl, 1985), y las mujeres negras que han empleado esos servicios han dejado constancia de haberse topado con racismo (véase Guru, 1987). Esas experiencias han estimulado a las feministas negras, por ejemplo, a establecer albergues de mujeres maltratadas específicamente destinados a satisfacer las necesidades de mujeres negras. Sin embargo, estos servicios tampoco pueden satisfacer la demanda existente. Por ejemplo, en el área de Londres sólo hay cuatro refugios específicamente dedicados a las mujeres asiáticas (GLC/WEG, 1986). La limitación de este tipo de servicios deja sin satisfacer las necesidades de otras mujeres negras, lo que significa que el racismo mantiene incólume su predominio en los refugios utilizados y equipados predominantemente por mujeres blancas (Jervis, 1986). En las organizaciones feministas autónomas a las que nos estamos refiriendo hay también tendencia a no atraer a mujeres mayores a que utilicen sus servicios (*Spare Rib*, 1980). No es forzoso que esto se deba a que las organizaciones sean intrínsecamente discriminatorias en materia de edad, pero puede ser una señal de que necesitan poner en práctica políticas de acción positiva para

llegar a las mujeres mayores, si es que no se quiere dejar marginadas sus necesidades.

#### EL ÉNFASIS EN EL LOGRO DE RELACIONES DE TRABAJO FEMINISTAS EN EL TRABAJO SOCIAL

En relación con la promoción del bienestar material de las mujeres, sin distinción entre las trabajadoras y las clientas, tal como hemos analizado hasta ahora, es evidente que todo esfuerzo de las trabajadoras sociales tendrá que ser subrayado por iniciativas feministas en otras esferas que les abran paso: el trabajo feminista en la definición de problemas sociales y en el derecho de las mujeres a una vida emocionalmente satisfactoria (en oposición a la destinada a subordinar sus necesidades), las campañas feministas para mantener las provisiones asistenciales, todo nos viene a la mente. Pero para plantear problemas acerca de los roles laborales de las mujeres también es decisiva la presión política de una presencia feminista próxima al gobierno en la administración local y en la central. Por ejemplo, la historia de posguerra de la asistencia diurna para menores de cinco años, estigmatizada e infradotada en recursos, es también la historia del supuesto que informa permanentemente la política gubernamental, cualquiera que sea el partido político que gobierne, según el cual esa asistencia es ante todo una responsabilidad impagada y propiamente femenina en el hogar (David y New, 1985). Los únicos desafíos coherentes a esto provinieron de las autoridades municipales sensibles a los argumentos feministas relativos a la importancia capital de la asistencia diurna para el bienestar de las mujeres como trabajadoras.

Las políticas del gobierno central y local también moldean y mantienen el impulso gestor de orientación masculina de los departamentos de servicio social más recientes. En relación con esto, nuestro análisis ha indicado que en general se requiere una presencia feminista en el gobierno local y en el central, que proporcione el respaldo po-

lítico necesario para consolidar, en el seno de las agencias institucionales y los marcos de gobierno local, las iniciativas feministas que promuevan condiciones de trabajo decentes para las mujeres. El análisis del bienestar material de las clientas y de las trabajadoras sociales dejó pronto al descubierto cuestiones relativas a la necesidad de cambios profundos en las políticas relacionadas con el mantenimiento del ingreso y la colectivización de la «asistencia», si es que no se quiere sacrificar el bienestar material y emocional de las mujeres.

En consecuencia, sugerimos que, desde el punto de vista de las trabajadoras sociales feministas, el interés en el desarrollo de una presencia política feminista y la consideración de cómo sostenerla es tan pertinente al interés en las relaciones de trabajo de las mujeres como lo es éste respecto de la práctica del «trabajo social».

#### LOS BENEFICIOS DE LAS RELACIONES DE TRABAJO FEMINISTAS PARA EL BIENESTAR DE LOS NIÑOS Y LOS HOMBRES

Podríamos sostener que por ahora los estudios feministas relativos al bienestar material y las condiciones de trabajo de las mujeres han demostrado que es absurdo el intento de distinguir a este respecto entre los intereses de las mujeres y los de los niños. No hay pruebas de que los niños sufran por la provisión de un servicio de asistencia diurna de buena calidad (Tizard y Hughes, 1977; Nairne y Smith, 1984; Browne y France, 1986; David y New, 1985). Todas las evidencias señalan que esa asistencia sólo se brinda de modo general cuando está respaldada por el Estado a través de políticas del gobierno central que irradian en medidas locales y cuentan con adecuada financiación estatal (Nairne y Smith, 1984; Browne y France, 1986). También hay evidencias de otros países europeos con condiciones económicas semejantes a las nuestras, según las cuales las medidas complementarias relativas a las condiciones de trabajo, tales como el permiso por paternidad, jornada laboral

más corta y permiso institucional paterno/materno permiten a ambos padres participar adecuadamente en el mercado de trabajo y asegurar el ingreso doble, hoy por hoy esencial para el bienestar material de la familia (Eichler, 1983) y participar adecuadamente en la atención a los hijos (David y New, 1985). Lo que, de acuerdo con las condiciones y las relaciones de trabajo que hemos descrito como metas de las feministas, es bueno para las mujeres, también es bueno para los niños, sean hijos de trabajadoras sociales o de sus clientas.

En la medida en que los hombres se ocupen de cuidar de otras personas por enfermedad de la compañera o porque elijan implicarse en el cuidado de personas dependientes, es claro que cualquier progreso en el «rol de las mujeres» a este respecto reporta ventajas para ambos. Por ejemplo, la acción feminista sobre permiso por maternidad ha derivado en que algunas jurisdicciones locales y agencias voluntarias concedan permisos por paternidad, lo que hace posible que los hombres pasen un tiempo fuera del trabajo cuando sus compañeras están pariendo. Y si llegan a buen fin, las iniciativas feministas para asegurar a las mujeres los mismos derechos que los hombres en lo que respecta a dejar pensiones a quienes dependen de ellas, como los viudos, también beneficiarán a los hombres. Pero ¿qué ocurre con los gestores masculinos del trabajo social, prósperos, prestigiosos y con recompensas materiales por su estatus? Seguramente no tienen interés en apoyar un enfoque feminista de las relaciones de trabajo. Les sugerimos que mediten profundamente en la contradicción implícita en este capítulo. Los hombres que ocupan esa posición están comprometidos con el trabajo social como profesión para promover el bienestar. ¿Se sienten felices de que el papel de directores que desempeñan tenga como precio las malas condiciones materiales y de trabajo de la mayoría de los trabajadores de sus agencias? ¿Están contentos de que las agencias a las que entregan su vida dejen tan ampliamente sin satisfacer las necesidades materiales de los clientes como se ha resumido en este libro?

## CAPÍTULO VI

### El desarrollo conjunto: una presencia política feminista y el trabajo social feminista

Para terminar nuestra exposición queremos examinar específicamente la relación entre trabajo social feminista y desarrollo de una presencia política feminista. Tal como nosotros lo vemos, una presencia política feminista en el gobierno local y en el central es decisiva para que el trabajo social feminista tenga algún futuro. Tras analizar este punto, revisaremos la naturaleza actual de esa presencia política feminista y la extensión que ha alcanzado a pesar del hostigamiento del régimen político dominante, para considerar luego algunas de las vías en que sería posible desarrollar el trabajo para fortalecer la acción feminista en el gobierno local y en el central, así como la contribución que el trabajo social feminista puede hacer a esas iniciativas.

Al centrarnos en la consideración del trabajo feminista en relación con instituciones políticas bien establecidas, como el gobierno local, el gobierno central y los partidos políticos existentes, sin salirnos de las fronteras nacionales, no suponemos ingenuamente que el poder político sólo reside en esas formas políticas. Somos también plenamente conscientes de que cualquier gobierno nacional tiene que establecer sus compromisos con poderes extranjeros y con compañías y capital financiero multinacionales para asegu-

rarse el poder por su control de los recursos y la riqueza antes que por el consenso electoral. Sin embargo, quisiéramos sugerir que, para comenzar con el gobierno local y el central, ambos tienen acceso a un poder considerable que utilizan para moldear las condiciones sociales y materiales. Ignorar la posibilidad de emplear ese poder con orientación feminista convierte al feminismo en un puro sueño idealista. Al ocuparnos del desarrollo y la expansión de una presencia política feminista, no descartamos el hecho de que esa presencia se ve afectada por una multitud de fuerzas interconectadas más allá de la política electoral, que impiden el desarrollo y el sostén de un programa político feminista entre las mujeres. Estas fuerzas incluyen limitaciones ideológicas, materiales e institucionales que han de enfrentar las mujeres y que ya hemos examinado en la exposición anterior. No obstante, pensamos que el desarrollo de una presencia política feminista en la política electoral es un camino importante por el cual las mujeres pueden acceder al poder local y central del Estado y promover activamente el bienestar de las mujeres.

No obstante, al discutir la política feminista, hablamos al mismo tiempo de una actividad que a nuestro juicio trasciende el ámbito de los partidos políticos. La política feminista está a punto de disolver la separación entre las decisiones que se toman en el dominio público de la política electoral, en la que la gente interviene primordialmente cuando vota, y todas las otras decisiones que afectan profundamente la vida de la gente, pero que no adoptan sus representantes electos (Dominelli y Jonsdottir, 1988). Las feministas proponen una interpretación distinta de las relaciones de poder de la que se da por supuesta en la discusión política convencional, pues sostienen que es imposible trazar una línea divisoria que separe el poder público o institucional del poder personal que ejercen los individuos. Además, como el Estado interviene en todos los aspectos de nuestra vida a través de la legislación, las agencias de bienestar, las agencias que garantizan el cumplimiento de la ley y las autoridades locales, esa separación es

insostenible. Es precisamente esta creencia en que la política impregna toda interacción social lo que nos lleva a concluir la necesidad de que una presencia política feminista se infiltre activamente en todo el espectro de organizaciones y de interacción social. Además, esa presencia política feminista será a su vez moldeada por la gama de actividades que se emprenda en nombre de la acción feminista, incluso el trabajo social feminista.

#### PARA GARANTIZAR EL FUTURO DEL TRABAJO SOCIAL FEMINISTA

Podríamos sostener que el destino de lo que hemos destacado hasta ahora como los cinco elementos principales del trabajo social feminista —la definición de problemas sociales, el desarrollo de campañas y redes feministas, la terapia y el asesoramiento feminista, el trabajo social institucional feminista y las relaciones feministas de trabajo— ha demostrado la importancia de los objetivos y las prácticas feministas que caracterizan la acción en lo que se reconoce como los principales ámbitos políticos públicos: gobierno local y gobierno central.

Con estos aspectos del trabajo social feminista a la vista resulta ahora evidente, por ejemplo, como se ha analizado en el capítulo I, que el esfuerzo de plantear el problema de la ubicación primaria de las mujeres en el trabajo doméstico no ha desembocado en una conquista definitiva del movimiento contemporáneo de mujeres. En cambio, el crecimiento en poder y popularidad que han experimentado las ideologías conservadoras y los recortes de las prestaciones del Estado realizados por las sucesivas administraciones conservadoras han prestado cada vez mayor legitimación a la idea de que recibir atención «en casa», siempre que sea posible, es una expresión de elección y libertad individual. Por tanto, las consecuencias que esto tuvo para las mujeres como proveedoras de asistencia han quedado marginadas en la discusión pública y aparentemente se ha tenido que vol-

ver a luchar desde el principio para dar prioridad al problema de su bienestar, contra tendencias tales como el retiro de la financiación del Estado de la atención infantil en la jornada escolar, el aumento del «rendimiento» en la atención hospitalaria y la reducción del apoyo a los servicios para ancianos (Armstrong, 1984).

Mientras tanto, redes y organizaciones populares feministas aparentemente bien arraigadas, como la Women's Aid Federation, enfrentan lo que parece una guerra de desgaste a través de las dificultades de financiación. En 1986, esta organización, pionera de la acción sobre violencia doméstica en todo el mundo se vio enfrentada al colapso total de su esfuerzo de investigación, a un futuro que dependía ante todo del trabajo voluntario y a la disolución de su infraestructura administrativa debido a la incierta naturaleza de la financiación del gobierno central (comunicación personal a las autoras).

Todo indica que la terapia feminista está satisfaciendo una necesidad muy extendida entre las mujeres en busca de alivio a un daño grave a su bienestar emocional (Ernst Maguire, 1987). El deterioro de la salud mental de las mujeres también sigue siendo un problema de gran alcance para el Servicio Nacional de Salud. Sin embargo, por ahora no hay administración central ni local que respalde una red de centros de terapia feminista y, en consecuencia, su trabajo continúa financiándose con recursos escasísimos. Allí donde existe se lo trata como un anexo de los servicios de salud de la autoridad local (BWTC, 1986).

Como se ha analizado en el capítulo IV, la práctica feminista en trabajo social institucional es una especialización esotérica, en tanto se opone a reflejar las políticas sistemáticas que emanan de las burocracias del gobierno local. Como se demostró en el capítulo V, las mujeres se han visto empujadas a permanecer en su casa y fuera del mercado de trabajo como resultado de la recesión, con todas las consecuencias que cabe esperar para su bienestar material y emocional. Esto se opone a y socava las iniciativas a favor de la igualdad de oportunidades que comenzaron a princi-

pios de los años setenta, pero no hay política nacional para abordar el problema específico del paro en las mujeres (Armstrong, 1984).

El recorte de la actividad del trabajo social feminista efectivo en cada una de estas esferas tiene un efecto paralizante sobre el resto. Así, por ejemplo, el debilitamiento de la red de refugios dificulta la producción de pruebas acerca de la índole y la extensión de la violencia doméstica como problema social. La escasez de recursos obstaculiza los esfuerzos del personal comprometido con los centros de terapia para mujeres en la difusión de sus ideas en los círculos feministas del trabajo social institucional, porque el tiempo que tienen para ello es tremendamente limitado. Las presiones sobre los trabajadores sociales institucionales para que el trabajo con mujeres se coloque en una categoría residual en términos de prioridades de trabajo reduce las oportunidades para poner en primer plano la actividad de las mujeres como una práctica que requiere atención. Además, de una manera circular, si la presencia política feminista no llama la atención sobre las formas del trabajo social feminista, es menos probable que las mujeres involucradas promuevan el trabajo político feminista. Por ejemplo, sólo cuando las mujeres que trabajan en las burocracias del gobierno local comienzan a experimentar los beneficios de la acción positiva por parte de los comités de mujeres o de unidades de mujeres, es probable que alimenten el interés en su continuación.

#### LA NATURALEZA DE UNA PRESENCIA FEMINISTA EN LA POLÍTICA CONTEMPORÁNEA

##### *El gobierno local*

En el ámbito del gobierno local, la experiencia de las feministas británicas ilustra la multitud de problemas con los que pueden encontrarse las mujeres comprometidas con el cambio social en interés de las mujeres. Aquí las feministas

han tenido éxitos irregulares, pues algunas autoridades locales están más convencidas que otras de la importancia de la liberación de la opresión genérica. Tal vez la Women's Committee Support Unit, en el GLC, y la Camden Council's Women's Unit sean los ejemplos más conocidos de intentos de una autoridad local de poner sobre el tapete la «cuestión de las mujeres». Aunque tanto el Ayuntamiento de Camden como el GLC han establecido sus comités de mujeres en respuesta a la presión de las concejalas laboristas feministas, también desarrollaron estrechos vínculos con el Movimiento de Mujeres de Londres a través de encuentros públicos a modo de foros, en los que tuvo origen la política en materias de interés para las mujeres. Otras autoridades locales han intentado tratar los problemas que experimentan las mujeres, en su doble condición de trabajadoras y de miembros de la comunidad, mediante la designación de Funcionarios para la Igualdad de Oportunidades de las Mujeres, como, por ejemplo, en Leeds y Sheffield, como ya se dijo (TUCRIC, 1980). Las instrucciones que se dieron a estos funcionarios incluían el examen a fondo del tratamiento y las perspectivas de las empleadas de la administración local y la sugerencia de propuestas para igualar las oportunidades de trabajadores y trabajadoras, y se les pedía que indagaran las necesidades de las mujeres como consumidoras, en particular en lo referente al diseño de las viviendas y al transporte, que ejercieran presión en nombre de las mujeres y que informaran éstas sobre los equipamientos y servicios existentes.

Aunque estas iniciativas constituyen progresos capitales para las autoridades locales, en el sentido en que por fin reconocen públicamente que las mujeres experimentan problemas específicos inexistentes para los hombres y que la discriminación contra las mujeres es una realidad, tenemos serias reservas acerca del volumen de trabajo que puedan realizar las unidades de mujeres y los Funcionarios para la Igualdad de Oportunidades con el fin de eliminar la opresión genérica en un contexto en el que tantas de estas iniciativas se ven atacadas como resultado del poder político del Parti-

do Conservador en el gobierno central y en el local. Como sabemos, la Women's Unit del GLC como tal ya no existe; la de Birmingham está pasando por dificultades desde que se cercenó el Women's Committee (págs. 198-200), gran vía de acceso y de influencia de la Unidad sobre los miembros electos; y la de Camden enfrenta la creciente hostilidad de la oposición conservadora en el consistorio (GLC/WEG, 1986). Además, no es probable que el tercer período de un gobierno, empeñado en recortes del gasto público como medio para controlar la inflación, y comprometido con el refuerzo de la posición de las mujeres como madres responsables de la atención de sus hijos (Minford, 1984), produzca mejoras sensibles en los recursos que las autoridades locales tienen a su disposición para financiar proyectos específicamente dedicados a las mujeres. A pesar de estas reservas, creemos que las iniciativas que se han tomado a través de las unidades de mujeres y los Funcionarios para la Igualdad de Oportunidades representan vías importantes, por las cuales las feministas han utilizado sus puestos de trabajo en el seno de la administración local para hacer progresar la posición de las mujeres y mejorar siquiera algo las circunstancias materiales de las mujeres.

A las unidades de mujeres, lo mismo que a los Funcionarios para la Igualdad de Oportunidades, se les dio un amplio abanico de instrucciones destinadas a eliminar la discriminación contra las mujeres y mejorar su posición. La Women's Unit de Birmingham, por ejemplo, se ha ocupado del asalto sexual, la autodefensa femenina y el papel de la policía en relación con los delitos contra mujeres, así como de los problemas más comunes de la administración local como empleadora y proveedora de servicios tradicionales. Las feministas que trabajan en estas unidades han tratado de otorgar la prioridad a los intereses de las mujeres en todos los departamentos de la administración local, que involucran en sus actividades a mujeres del lugar, pertenecientes a todas las razas, credos y filosofías, y con la finalidad de transformar los procesos jerárquicos de toma de posición del gobierno local. A fin de satisfacer sus objetivos, las feministas

han tenido que desarrollar alianzas con mujeres interesadas en problemas de mujeres (pero que no se identificaban con el feminismo ni con el movimiento de las mujeres), con sindicalistas, direcciones sindicales, concejales y activistas en partidos políticos, sobre todo en el laborista. Además, las feministas integradas en las unidades de mujeres han tratado de establecer redes sobre bases nacionales e internacionales a través de diversos comités interesados en problemas relativos a los derechos de las mujeres, como, por ejemplo, la Women's National Commission, la Association of Women's Committees y el European Parliament Committee on Women's Rights. También han tratado de satisfacer los dos objetivos, íntimamente unidos, de hacer que los ayuntamientos asuman mayor responsabilidad por los servicios que ofrecen a las mujeres y de implicar más radicalmente a éstas en grupos de trabajo, reuniones abiertas y conferencias, en la toma de decisiones acerca de la cantidad, la calidad y la naturaleza de los servicios de los que tienen necesidad (Camden Women's Unit Report, 1982). Las mujeres que participan en estas reuniones de grupos y conferencias están capacitadas para evaluar los servicios que proporciona la autoridad local y proponer cambios. Sin embargo, este intento de democratizar la toma de decisiones y exponerla a los deseos de la colectividad más amplia de mujeres ha estado cuajada de dificultades. Pues como estos foros no tienen estatus legal en los niveles de toma de decisiones de la administración local, no pueden controlar el voto de los concejales. Al carecer de poderes formales para dar a éstos mandato sobre propuestas específicas, las mujeres involucradas se han visto reducidas a esperar que su capacidad de persuasión fuera lo bastante fuerte como para influir en los representantes electos cuando llegara la hora de tomar decisiones formales en su nombre. El proceso, por tanto, ha dependido en gran parte del poder de esas personalidades y de la habilidad de los grupos para presentar sus argumentos, lo cual ha subvertido el énfasis que el feminismo pone en la democracia participativa. Además, el papel de los concejales en el comité de gestión también ha servido para que los concejales refracta-

rios bloquearan las iniciativas feministas que apuntaban a la eliminación de la opresión de género.

El abismo potencial entre quienes tienen el poder para tomar decisiones y quienes tratan de influir en esas decisiones a través de foros abiertos ya ha salido a la luz en los grupos de trabajo. Estos foros, iniciados por las feministas locales, han tomado la forma de reuniones abiertas entre mujeres residentes en el municipio y concejales para discutir problemas y políticas de interés para ellas. Las unidades de mujeres han utilizado los grupos de trabajo como mecanismos de delegación de poder. Se las ideó para que representaran los intereses comunitarios seccionales que normalmente reciben poca atención, como, por ejemplo, las necesidades de las mujeres discapacitadas, de las lesbianas, las negras, las adolescentes y las mayores. Sin embargo, a menudo estos grupos de trabajo han formulado exigencias polémicas y radicales, que han desconcertado a los concejales de la derecha del laborismo y han encantado a la oposición conservadora, como, por ejemplo, las demandas de la Women's Unit de Camden, de albergues y refugios para prostitutas en King's Cross. El respaldo del Ayuntamiento de Camden a las demandas del grupo de trabajo en forma de aportación de fondos y recursos para su puesta en práctica fue recogido por la prensa popular, que recurrió a los estereotipos hostiles de «malas mujeres» y de «mujeres perdidas» para calificar esas medidas como despilfarro laborista del dinero público y acusar a la administración local de conceder subsidios a grupos «sin valor» y sin representatividad, como los de homosexuales, lesbianas y prostitutas (Camden Women's Committee Report, 1982). En Birmingham, el consistorio, con mayoría laborista, abolió el Women's Committee y despidió a concejalas que presidían importantes comités municipales en servicios sociales y vivienda, así como a la encargada del Women's Committee, por temor a que se lo catalogara como ayuntamiento «rabiamente izquierdista» por respaldar las políticas que defendía la Women's Unit (*News on Sunday*, 1987, pág. 13). Esto demuestra la precariedad de la posición en que pueden

encontrarse las unidades de mujeres, pues no están formalmente dotadas de poder legislativo ni ejecutivo por derecho propio, ni hay compromiso que garantice su presencia en el seno de la administración local o del gobierno central.

A las feministas también les preocupa que si terminan por ser elegidas dentro de la burocracia del gobierno local, se las utilizará ante todo para identificar y llenar lagunas en los servicios reales para mujeres y no para transformar la naturaleza de esos servicios y los procesos por los cuales se toman las decisiones a este respecto. Pero si las feministas pierden su impulso radical en el nivel local, también será para ellas más difícil lograr que la administración local influya en las políticas del gobierno central en una dirección que afirme la concesión de poder y recursos a las mujeres (Camden Women's Unit Report, 1982).

Estas experiencias sugieren que la posición de las feministas que operan en el seno de las estructuras del gobierno local es enormemente frágil. Han asegurado ciertos progresos en la posición de las mujeres y esto ha dependido de su desarrollo de redes de apoyo adecuadas tanto dentro como fuera de esas estructuras y de su utilización efectiva en persecución de sus metas. Incluso cuando lo consiguieran, no hay garantías de que los políticos que abrazan una actitud feminista y controlan el aparato estatal local respondan positivamente en el futuro a sus demandas o aseguren la continuidad de su existencia en el mismo. Esto realza a su vez la importancia de una presencia feminista en los partidos locales y en el gobierno central. A este problema nos dedicaremos a continuación.

### *Acción social feminista en los partidos políticos*

Hasta la fecha, los partidos políticos de Occidente han respondido de distintas maneras a las instancias de las mujeres para que reconocieran los problemas especiales que les imponían las definiciones que la sociedad daba de las mujeres y sus roles. Examinaremos la situación como se da

ahora mismo en Gran Bretaña para poner de relieve tanto las potencialidades como las limitaciones de la actividad feminista en este frente. El Partido Laborista tiene el historial más positivo en este aspecto, y aunque es el partido político más poderoso que se ocupa de estos temas, presenta altibajos en su historia. Ha tenido algunas mujeres notables que organizaron a las afiliadas y establecieron una Sección Femenina ya en 1908, cuando la Women's Labour League fue admitida en el Partido Laborista, para terminar por fundirse con él en 1918. Sin embargo, el Partido Laborista sigue siendo en gran parte un partido dominado por hombres. Su liderazgo es masculino (aunque en las elecciones para líder de 1983 se presentó sin éxito una rival como candidata a líder sustituta); la mayoría de los candidatos que se presentaron en las elecciones parlamentarias salieron de las listas «A» y «B», abrumadoramente masculinas. Pero los laboristas están tratando de eliminar ciertas discriminaciones en los procedimientos de selección y alienta a las mujeres a presentarse como candidatas; incluso ha reservado cinco plazas del Comité Ejecutivo Nacional para mujeres designadas por la Sección Femenina. Además, durante las elecciones generales de 1987, el Partido Laborista se comprometió a establecer un Ministerio para la Mujer que tuviera la responsabilidad de supervisar los equipamientos y las políticas relativas a las mujeres y de trabajar por el logro de la igualdad entre los sexos. Sin embargo, es limitado el resultado práctico de esas medidas y notable la hostilidad, tanto de afiliados como de afiliadas, a algunas de estas medidas «positivas». Los que se oponen a la creación de equipamientos especiales para mujeres sostienen que las mujeres ya tienen la igualdad en el Partido y que si no se destacan es porque no se implican en las actividades partidarias. Aunque hay mujeres laboristas que se oponen a que se achaque la falta de preeminencia femenina en el Partido a incapacidad patológica de las mujeres, afirman que éstas no necesitan medidas especiales para conseguirlo. Sostienen que las mujeres son capaces de competir con los hombres en su terreno y ganarles si están suficientemente motivadas (co-

municación personal a las autoras). Otras consideran que el compromiso del laborismo para mejorar la posición de la clase trabajadora en general consiste en proporcionar salvaguardas suficientes a las mujeres. Incluso la líder radical del Concejo Municipal de Sheffield se ha opuesto a las organizaciones de mujeres solas en el seno del Partido Laborista. Esta militante ha dicho: «No querría que las mujeres se organizaran por separado. Eso está condenado a distraer de otras cosas energías y compromiso. Todos estamos juntos en esto; si un grupo se hunde, nos hundimos todos» (Ashurst, 1987). Además de esto, el Partido Laborista no ganó las lecciones generales de 1987. Aun cuando las hubiera ganado, las feministas habrían dudado de que el tan anunciado Ministerio para las Mujeres eliminara la opresión de género. Ashurst (1987), por ejemplo, critica al Partido Laborista por presentar el «problema de las mujeres» de manera tal que deja de lado los intereses de las mujeres. En realidad, cree que la creación de un ministerio especial para las mujeres es una manera de afianzar el poder y los privilegios masculinos. Dice:

Las mujeres que piden algo más que liberarse un poco del fregadero de la cocina representan una ... amenaza. Una manera de contener esta amenaza estriba en separar la esfera masculina y la esfera femenina. Nosotros nos quedamos con la atención a los hijos y el frente doméstico mientras ellos se dedican a las «grandes» cuestiones que tienen que ver con la economía, la industria, el empleo y la defensa. (Ashurst, 1987, pág. 47.)

Las parlamentarias laboristas todavía son pocas. A pesar de que en las elecciones de 1987 se presentaron 93 candidatas por el Partido Laborista, sólo 21 obtuvieron escaños. La posición de las mujeres negras está aún menos representada que la de las blancas. En las elecciones de 1987 se eligió por primera vez en Gran Bretaña una parlamentaria negra (del Partido Laborista). La escasez de mujeres en los Comunes es en gran parte atribuible a que la mayoría de las mujeres candidatas se presentaron para escaños imposibles

de ganar para los laboristas. De esas mujeres que consiguieron entrar en la Cámara por el Partido Laborista, menos aún han sido invitadas por sus camaradas varones a asumir posiciones ministeriales, sobre todo en el gabinete. Por ejemplo, sólo dos mujeres han llegado a esas alturas desde la Segunda Guerra Mundial. Las feministas confesas parecen tener un destino aún peor. Todavía no han accedido a los pasillos más altos del poder ministerial, aunque recientemente algunas han sido promovidas como figuras clave para el propuesto Ministerio de las Mujeres. No obstante, como ya hemos dicho, es dudoso el poder que habría tenido este ministerio en caso de que el laborismo hubiera ganado las elecciones (Ashurst, 1987).

También es variable el talante político del Partido Laborista, que parece ser más profeminista en la oposición que en el poder. Cuando está en el gobierno, la marcha laborista en el mejoramiento de las circunstancias materiales de las mujeres da paso a argumentos sobre costes a medida que las consideraciones económicas se imponen a los compromisos políticos. Así, aunque el laborismo introdujo la Ley de Igual Paga, dio a los empleadores un período de cinco años para acomodarse a la idea. Apoyados por la Confederation of British Industry (CBI), los empleadores utilizaron este período para encontrar maneras de evadir o evitar las disposiciones de la ley a través de las muchas escapatorias que ésta dejaba abiertas. El Partido Laborista no puso en práctica sus políticas de equipamientos para la atención infantil y subsidios por hijo debido a los elevados costes que ello conllevaba. La mayoría de los hallazgos del Finer Report, que apunta a mejorar la posición económica de las madres, y en particular de las que están a cargo de familias monoparentales, fueron prácticamente ignorados. Aun cuando el Partido Laborista aprobó en 1975 la Ley de Discriminación Sexual excluyó de ella gran parte de la actividad gubernamental, como, por ejemplo, la fiscalidad, la seguridad social, las pensiones y la ley de inmigración. Sin embargo, se trata de áreas que causan un gran sufrimiento a las mujeres y constituyen una fuente importante de discriminación

contra ellas dada su onerosa y perjudicial incidencia en el bienestar de las mujeres.

Esta exposición explica que tanto las medidas integradas como las separadas del Partido Laborista sólo han ayudado a las mujeres a conseguir beneficios muy limitados con la colocación de una etiqueta feminista al Partido. En los períodos críticos de la economía, las exigencias económicas se imponen a las preocupaciones relativas a la liberación de las mujeres, y los compromisos socialistas de protección de los intereses de la clase obrera se abstienen de defender los intereses de las mujeres como miembros de la clase obrera o como proporción significativa de la población que no posee ni controla los medios de producción. Lo que también pone de relieve la evidencia de la actuación del laborismo en lo que afecta al problema de las mujeres es su impotencia, como partido político nacional con una débil base de militantes, a la hora de enfrentar a los propietarios reales de los recursos del país y a los que manejan realmente el poder que acompaña esa propiedad: la burguesía financiera, comercial e industrial internacional. La respuesta de la más reciente administración laborista en relación con los recortes del gasto público es una amplia demostración de esta debilidad. Al mismo tiempo, el laborismo se pliega a la exigencia del Fondo Monetario Internacional de drásticas reducciones del gasto público a expensas sobre todo del Estado del bienestar, lo que lleva a una caída en las oportunidades de empleo público para las mujeres y a una reducción en los servicios del bienestar con los que era de esperar que contarán las mujeres en el ámbito familiar (Dominelli, 1978).

Dado el estado actual de la presencia feminista en los partidos minoritarios británicos, en teoría se podría ver en ellos un medio promisorio de progreso. Sin embargo, una revisión de la situación en la práctica indica que no es así. La SPD/Liberal Alliance no tiene mucha mejor historia que el Partido Laborista respecto de mujeres que ocupen posiciones de poder; aunque el SDP tiene una mujer en la presidencia, el papel importante de liderazgo lo desempeña un hombre. Análogamente, el líder liberal es hombre. Aun-

que en las elecciones de 1987 incluyó un número mayor de candidatas que los otros dos grandes partidos (*Labour Research*, 1987), sólo hay dos mujeres de la Alliance en la Cámara de los Comunes. Por otro lado, aunque en las elecciones de 1987 la Alliance no apoyó la creación de un Ministerio de Mujeres, muchas de sus políticas sobre mujeres se asemejan a las del Partido Laborista, como las relativas a los subsidios por hijo y las pensiones (véase *Woman*, 1987, pág. 21).

En cuanto a los partidos minoritarios de izquierda, como el Partido Socialista de los Trabajadores y el Partido Revolucionario de los Trabajadores, no han impresionado a las feministas debido a su énfasis en la supremacía de la opresión de clase respecto de otras formas de opresión. En realidad, su actuación, en particular en lo referente a las feministas que militan en sus propias filas y su insistencia en que la liberación de las mujeres será el resultado automático de la revolución que lleve al poder a la clase obrera, fueron los elementos básicos de la crítica feminista a la izquierda (*Feminist Review*, 1986). Las feministas, por tanto, han pedido que socialistas y marxistas asuman, tanto política como personalmente, el tema específico de la opresión de las mujeres (Rowbotham *et al.*, 1979).

El Partido Comunista (CP) perdió una cantidad de afiliadas importantes que se desilusionaron de su falta de respuesta significativa a los problemas de las mujeres y de que no les atribuyera la prioridad que se merecían. Sus estructuras autoritarias, sus prácticas sexistas y la negativa a conceder prioridad a los problemas de las mujeres por sobre las preocupaciones económicas, convenció a muchas feministas de que lo que correspondía era abandonar el CP o no unirse a él como primera opción. No obstante, la política del CP respalda muchas exigencias feministas, incluso las que se refieren a la igualdad de paga, el aborto, la provisión de servicios de atención infantil y la socialización de las tareas domésticas. Los intelectuales del CP también contribuyeron al desarrollo de la teoría y la práctica feministas a través de sus escritos y su implicación en la política comunitaria y en

actividades sindicales. Sin embargo, la fuerza del impacto del CP como partido es menor ahora que durante el Movimiento Minoritario de los años treinta.

Aunque el Partido Verde (antiguo Partido Ecologista) tiene muy pocos seguidores, su liderazgo está organizado colectivamente e incluye en su declaración programática problemas de interés capital para las mujeres, como, por ejemplo, la paz y la protección del medio. Es difícil evaluar la capacidad del Partido Verde para atraer una gran cantidad de seguidores. Un factor importante que limita el crecimiento electoral del Partido Verde es que los otros partidos, en particular el laborista, han recogido una cantidad de problemas que consideran grandes atracciones, como la cuestión de los derechos y la defensa de los animales.

#### *Acción social feminista en un partido político autónomo*

Hasta aquí nuestra exposición indica que por ahora ningún partido de la izquierda británica tiene un talante feminista muy desarrollado. En teoría, una solución posible al enigma de cómo conseguir poder en el seno de las estructuras partidarias existentes, pero sin renunciar a los objetivos feministas, reside en la formación de un partido político feminista independiente. Éste no se ha desarrollado en Gran Bretaña, pero se ha creado en Islandia, por ejemplo, y ahora analizaremos las oportunidades creadas por la acción feminista tras este golpe de timón. Aunque concediendo que las condiciones sociales y económicas son diferentes, las experiencias del partido feminista de Islandia son instructivas para las feministas de esta línea de pensamiento en otros sitios.

Kwenna Frambothid (KF), el partido feminista islandés, se formó en un mitin multitudinario de mujeres convocado en noviembre de 1981 por un pequeño grupo de feministas, que se sentían frustradas por la incapacidad del movimiento de las feministas islandesas para transformar sustancial-

mente la posición de las mujeres en el país. Las mujeres involucradas decidieron formar un partido feminista que siguiera los principios colectivos feministas con el objetivo a corto plazo de influir en el proceso electoral en el nivel local y de utilizar cualquier posición en ella para iluminar la opresión de las mujeres en Islandia y presionar a favor de medidas que promovieran el bienestar de las mujeres. Las candidatas de Kwenna Frambothid se presentaron en las elecciones de 1982 en Reykjavik y en Akureyri y el partido obtuvo el 11,7 y el 18 por 100 de los votos, respectivamente, con dos concejales electas en Reykjavik. La posición de las concejales del KF en Akureyri fue diferente de la de Reykjavik porque la elección de una concejala suelta las obligó a unirse a la coalición de centro izquierda, de modo que el filo de su política feminista se melló rápidamente. En consecuencia, nos centraremos en las actividades del grupo de Reykjavik.

En un plazo muy breve, las mujeres del KF, en asociación con otras interesadas en la condición de las mujeres, pero que no estaban afiliadas al partido, establecieron una cantidad de empresas feministas, como, por ejemplo, un periódico feminista, un centro de mujeres, un refugio y una organización para las mujeres que trabajan, la Organización de Mujeres en el Mercado de Trabajo (SKV), iniciativa importante que atrajo al movimiento feminista a mujeres de clase obrera. Sin embargo, a un año de su formación, desavenencias ideológicas entre las mujeres del KF llevaron a una división que a su vez dio lugar a la formación de otro partido político, el Kwenna Listin (KL). Las desavenencias giraron en torno a la cuestión de la naturaleza de la política feminista y el grado en que las feministas podían implicarse en la política electoral sin renegar de los principios feministas. Los desacuerdos entre las mujeres en este aspecto fueron profundos: para las mujeres del KF, las feministas sólo podían desempeñar un papel limitado en la política electoral, mientras que para las del KL, la importancia de hacer algo por las mujeres *como mujeres* les daba un papel político mayor, que incluía su candidatura al parlamento y una menor

implicación en la filosofía política que sostenían las mujeres que se unían a sus filas. Así, el KF vino a pasar por un partido feminista, mientras que el KL se convirtió en un partido de mujeres centrado en las mujeres. Kwenna Listin obtuvo tres escaños en las elecciones nacionales de 1983 y nueve en las parlamentarias de 1986; las candidatas de Kwenna Frambothid no se presentaron en ninguna de estas dos elecciones. En realidad, la lucha interna en el KF entre mujeres que querían unirse a las mujeres del KL y presentarse a las elecciones de 1986 y las que no querían llegó a ser tan agria que el KF se quebró como partido, mientras que las mujeres que querían presentarse como candidatas al parlamento lo hicieron bajo el sello del KL (Dominelli y Jonsdottir, 1988).

En cuanto a la lección que las feministas pueden extraer de las experiencias islandesas, parecería que el mero recurso organizativo de la formación de un partido feminista no es suficiente para solucionar el problema de ganar poder político en términos feministas cuando éstas son todavía minoría. En cambio, ese desarrollo en condiciones de aislamiento parecería correr el riesgo que se ejemplifica en la fractura del KF y el KL. Si las mujeres desean mantener esos principios, corren el riesgo de no estar en condiciones de ganar poder político inmediato mediante un programa partidario. En cualquier caso, un partido político feminista termina siendo un vehículo débil para establecer el poder político feminista.

### *Acción política feminista allende los partidos políticos*

Nuestra exposición ha revelado que una significativa cantidad de feministas de Gran Bretaña (como de Islandia) están insatisfechas tanto con las instituciones políticas existentes como con la respuesta de todos los partidos políticos sobre los problemas más próximos a sus corazones. En Gran Bretaña, sus intentos de descubrir vías adecuadas de progreso han tomado dos formas principales. La primera, po-

pular a comienzos de los ochenta, era el posible desarrollo de foros para unir diferentes segmentos de la izquierda. Esto quedó resumido en la Beyond the Fragments Conference de 1980 (Rowotham *et al.*, 1979). Pero esas escenificaciones públicas de posible unidad no condujeron a la creación de un fuerza coherente a tener en cuenta. La segunda, la respuesta de una cantidad importante de feministas al vacío político y su resistencia a luchar con prácticas personales sexistas y heterosexistas, consistente en centrarse en organizaciones autónomas separatistas para las mujeres, más preocupadas por la provisión de servicios para el bienestar en relación con problemas específicos que por implicarse en cualquier forma de política basada en las elecciones. Particularmente prominente es en este contexto el trabajo de las feministas lesbianas radicales. Pero esas iniciativas de mujeres solas cubren un amplio abanico de problemas, que va de grupos tales como el de Women's Arts Projects (sobre temas de arte) al de Greenham Common Peace Camp to Rape Crisis Centres (para mujeres violadas). Estos grupos desempeñan un papel «político» al desafiar instituciones que simbolizan el poder masculino, como, por ejemplo, los medios de comunicación, la carrera de armas nucleares y la primacía acordada a las necesidades masculinas. Sin embargo, su manera de entender lo «político» refleja un intento de ligar directamente los problemas del dominio que los hombres ejercen individualmente sobre las mujeres con el problema del dominio patriarcal que ejercen sobre las mujeres como género a través del control del poder y los recursos de la sociedad. Dejan fuera de su análisis la organización política de la sociedad en términos de maquinaria electoral. Aunque este enfoque ha contribuido a despertar la conciencia pública y enmarcar el debate público, tenemos la sensación de que esta perspectiva, que equivale a dejar de lado poderosas estructuras políticas de la sociedad, desaprovecha una valiosa oportunidad de las feministas para considerar cómo podrían influir más en el desarrollo de las relaciones sociales en sentido progresista.

Además de las mujeres activamente implicadas en esos

grupos, hay otras mujeres —en número imposible de calcular, pero, por lo que muestra este libro tan sólo, digno de consideración— que, sobre una base individual y como consecuencia de su compromiso con la actividad feminista, dan cuerpo a objetivos feministas en sus relaciones sociales de una manera importante para ellas y están decididas a continuar haciéndolo, o a estimular a otras mujeres a que crean en ello. Aunque es escasa la investigación de los efectos a largo plazo del contacto de una mujer con los servicios que ofrecen empresas feministas tan distintas como la edición, los refugios para mujeres maltratadas o los centros de terapia para mujeres, bastaría para una exposición sistemática de este fenómeno que confirma el alcance de su influencia. Por ejemplo, en la investigación de los resultados de la terapia feminista que una de las autoras está realizando actualmente, ha encontrado que el trabajo de cuatro asesoras ha capacitado a docenas de «ex clientas» para hacer frente a las exigencias emocionales de su vida, y hasta dos años después, con lo que ellas han reconocido como una recién descubierta autoestima emocional. Además, también están entusiasmadas por hacer lo que esté a su alcance para fomentar el desarrollo de los centros de terapia para mujeres a fin de que puedan beneficiarse también otras mujeres (McLeod, 1987b). Sin embargo, esta fidelidad al feminismo no se traduce necesaria e inmediatamente en apoyo político organizado a un programa feminista a través del voto o de la afiliación política. Incluso si lo hiciera, nuestra exposición siguiente indica que un programa feminista coherente y digno de apoyo parece alejarse de la agenda política partidaria.

#### «El partido de oposición»

Tal vez sea una ironía que el argumento más vigoroso en favor de la importancia del desarrollo de una presencia feminista en el gobierno local y en el central en Gran Bretaña haya tenido que referirse a la actuación del partido cuya líder máxima era la primera mujer de la historia británica que ocupaba el cargo de primera ministra. El sólido respal-

do conservador a las relaciones patriarcales y la ideología familiar produjo una devastadora decadencia en la posición de las mujeres cuando la legislación posterior a 1979 y los recortes del gasto público barrieron una cantidad de conquistas feministas anteriores. Mientras los ministros del gabinete conservador se ocuparon de reforzar las nociones tradicionales de domesticidad y feminidad, y produjeron una cantidad tristemente impresionante de pérdidas materiales de las mujeres bajo la administración *tory* (*Labour Research*, 1983). Una de las ilustraciones más elocuentes del ataque político que sufren actualmente los objetivos y las conquistas feministas es la que ofrece un análisis de la erosión que se produjo durante la administración conservadora de las medidas que se habían conseguido gracias a la Ley de Igualdad de Paga de 1970 y la Ley sobre Discriminación Sexual de 1975. Veamos:

- i) Diferencia cada vez mayor entre los ingresos de hombres y los de mujeres; en 1982, los salarios femeninos bajaron del 75,5 al 73,9 por 100 respecto de los masculinos (*Labour Research*, 1983).
- ii) Pérdidas en permisos por maternidad y protección para mujeres embarazadas debido a las modificaciones que se introdujeron en la legislación anterior: las que supuso la Ley de Empleo de 1980, que hicieron más difícil para las mujeres retener sus empleos después del embarazo; las mayores exigencias y complicaciones de los requerimientos de notificación para que las mujeres regresaran al trabajo, y la reducción del derecho de la mujer a su antiguo trabajo a un «empleo alternativo adecuado», con poder del empleador para despedirla si se negaba a aceptar una oferta «razonable».
- iii) Aumento desproporcionado del paro femenino al tiempo que los recortes del gasto público reducían salvajemente los servicios (tres cuartas partes de los empleados del sector público que quedaron en paro fueron mujeres).

- iv) Aumento de la carga de asistencia personal que recae en las mujeres en la casa a medida que disminuyen los servicios de apoyo por el cierre de guarderías y se recortan los servicios de ayuda a domicilio, los centros diurnos para personas mayores y los hogares para discapacitados.
- v) Carga cada vez mayor para los peor pagados (*Labour Research*, 1983), lo que afecta a las trabajadoras, que forman el grueso de los empleados peor pagados, mientras que los hombres, que forman el grueso de los mejor pagados, se benefician con reducciones de impuestos mayores para quienes están en la franja más alta de ingresos.
- vi) Reducción de los derechos de los trabajadores a tiempo parcial, la mayoría de los cuales son mujeres; eliminación (por los conservadores) de algunos Consejos Salariales y recorte del alcance de los mecanismos de salarios ligados a las industrias con bajos salarios, que habían ofrecido a las mujeres sindicadas un mínimo de protección, como, por ejemplo, la exclusión de los menores de veintiún años de la cobertura de protección del Consejo Salarial, lo cual afectó principalmente a las mujeres, que ocupaban el grueso de los empleos mal pagados; y limitación de la aportación del Consejo Salarial al establecimiento de requerimientos mínimos para las vacaciones y la paga de vacaciones.
- vii) Introducción del test de «disponibilidad para el trabajo» a través de las formas UB41 y UB671, merced a lo cual tuvieron más dificultades para conseguir trabajo las mujeres cuyas obligaciones de atención infantil sólo les permitían tomar un trabajo asalariado a tiempo parcial. Las mujeres están ahora obligadas a demostrar que sus obligaciones de atención infantil no les impiden tomar un trabajo a tiempo completo (WWAF, 1978). Las mujeres que no pueden satisfacer estos requisitos se ven privadas del subsidio de desempleo aun

cuando hayan realizado las contribuciones correspondientes, porque se las considera inútiles para el trabajo. Esto, además, constituye un ejemplo extremo de cómo se refuerza la ideología de la familia como ámbito propio de la mujer. A las mujeres que preferirían salir a trabajar se las fuerza a volver a su casa y depender del ingreso de un hombre, ya sea por cohabitación, matrimonio o prostitución. Imponer la dependencia de las mujeres es absurdo, dada la importancia de sus ingresos en el total del ingreso «familiar». Y menos sentido tiene aún a la luz de las estadísticas, que indican que sólo el 8 por 100 de las unidades familiares comprenden una madre, un padre e hijos dependientes.

- viii) Perpetuación de la discriminación específica en perjuicio de las mujeres casadas. Aunque, debido a una sentencia del Tribunal Europeo que dictaminó que se trataba de medidas discriminatorias por razón de sexo y de estatus marital, hubo que modificar la negativa del gobierno conservador a facilitar a las amas de casa el acceso a la pensión no contributiva por invalidez o a conceder a las mujeres casadas subsidios por la atención de inválidos, el gobierno ha afirmado su intransigencia en materia de derechos de las mujeres casadas al negarles el acceso al Programa Comunitario, para considerarlas únicamente como personas naturalmente dotadas para ese trabajo. La actitud del gobierno en este tema sigue reflejando la idea de que la mujer, en su rol de esposa, madre e hija debería atender a su marido inválido, a sus hijos discapacitados y a los padres ancianos a cambio de nada, como «un trabajo de amor».
- ix) Exacerbación de la inseguridad predominante entre las mujeres de color. Los derechos de residencia de las mujeres negras se han visto sustancialmente deteriorados desde que se endurecieron las reglas

de inmigración y entró en vigor la Ley de Nacionalidad de 1981 (Cohen, 1981; CCAB, 1983); las mujeres de la Commonwealth ya no pueden adquirir la nacionalidad ni registrarse como ciudadanas británicas por matrimonio. Las ciudadanas británicas nacidas en el extranjero no pueden traer al país a maridos ni a novios nacidos en el extranjero. Además, pueden ser deportadas si lo son sus respectivos maridos, aunque ellas mismas no hayan contravenido ninguna disposición legal.

- x) Mayor intrusión del Estado en la vida de las mujeres pobres, a través del DHSS y de los Servicios de Seguridad Social, así como de los empleadores, a quienes se ha autorizado a administrar las disposiciones del Programa de Crédito Familiar y Fondo Social tal como se especifica en la Ley de Seguridad Social de 1986 (LSSC, 1986).

#### EL FUTURO DE UNA PRESENCIA FEMINISTA EN POLÍTICA Y LA CONTRIBUCIÓN DEL TRABAJO SOCIAL FEMINISTA

Nuestro punto de partida, puesto que venimos de un trabajo social feminista, es no sorprendernos de que una presencia feminista en el gobierno local y en el central sea como tal una primera etapa de desarrollo y de dolorosos reveses. Pero tampoco nos asustamos de eso. Pues quisiéramos sugerir que lo que nos enseña la acción feminista en cualquier problema relacionado con el género, como la violación, el incesto, el trabajo o el bienestar emocional de las mujeres, es que la desigualdad basada en el género impregna profundamente las relaciones sociales. Por tanto, es de esperar que las conquistas feministas en cualquier esfera sean lentas y vacilantes, porque topamos con intereses muy poderosos. Aplicado a la política local y central, esto significa que la naturaleza titubeante de ese progreso no es en sí misma prueba suficiente para concluir que nunca se ha desarrollado una presencia política feminista sustancial.

Pero una vez dicho esto, no hay excusa para la inacción: pues, así como un análisis y una práctica feminista rechazan el determinismo conservador tal como lo representa la idea de que las mujeres están destinadas por la naturaleza a ser subordinadas en razón del género, también rechaza el enfoque fatalista de una «ley de la historia» que garantiza que, algún día, las desigualdades sociales aparentemente insolubles se resolverán en un Estado verdaderamente sin clases sociales. En cambio, las feministas creen que la igualdad genérica se creará por sus esfuerzos; el mero hecho de disponer de análisis «correctos» no asegura que eso ocurra. Este espíritu feminista se resume bien en las reflexiones de Skinner y Robinson relativas a la formación profesional en los departamentos de servicios sociales:

No tenemos una receta para un cambio fácil y rápido. Pero sabemos por la experiencia de los últimos años como educadoras y mujeres que tenemos y/o hemos tenido responsabilidades de gestión, que el cambio significativo y positivo puede darse cuando dos o tres instigadoras primarias intenten el movimiento, incluso contra todos los inconvenientes. Dejamos para quienes creen que la situación actual es equitativa y eficiente las largas explicaciones de los problemas asociados a la generación del cambio. Nosotras seguiremos engendrando, estimulando y apoyando a quienes adoptan la acción positiva. (Skinner y Robinson, de próxima edición.)

De acuerdo con nuestro análisis anterior, sugerimos que, en lo que concierne a desarrollar una presencia política feminista, todavía está todo por hacerse, tanto en sentido negativo como en el positivo. Para empezar con la administración local, nuestra discusión en este capítulo y en los anteriores indica que es vital un talante feminista en la política y la provisión de equipamiento a la administración local a fin de asegurar una multitud de políticas y prácticas en interés de las mujeres. Por tanto, debe ser campo propicio para la intervención feminista. Pero esto significa a su vez que es menester proseguir con el trabajo para desarrollar

una presencia política partidaria feminista, puesto que, una vez más, como ha ilustrado nuestra exposición anterior, esto es esencial para el mantenimiento y el desarrollo de la acción feminista en el gobierno local. Aunque haya representación feminista en la actividad política partidaria, la debilidad de su condición indica que es decisivo buscar maneras de desarrollarla; sugerimos que en la práctica y en los principios feministas hay recursos a los que se puede echar mano para conseguirlo.

En primer lugar, las feministas preocupadas por la construcción del interés feminista y el apoyo al compromiso con la actividad del gobierno local y del gobierno central deberían desarrollar negociaciones con las feministas involucradas ante todo en la acción en grupos dedicados a problemas específicos, de acuerdo con el siguiente razonamiento. El destino de tales grupos durante la última década indica que, a menos que sus esfuerzos cuenten con respaldo tanto en el nivel central como en el local, es probable que se les recorten los recursos materiales y se ponga en peligro su futuro. Por tanto, es vital su apoyo activo a través del voto, la presión o la organización para mantener e incrementar la cantidad de candidatas feministas. Del mismo modo y sobre la misma base, hay razones para convocar a las mujeres que tengan, o estén en condiciones de beneficiarse de ellos, servicios feministas garantizados por financiación local o central, las que, como hemos visto, podrían llegar a un número elevadísimo.

A su vez, los grupos y los individuos convocados tendrían derecho a esperar que «sus» candidatas se adhirieran a la puesta en práctica de los objetivos feministas en caso de ser apoyadas y elegidas. De esta manera se estaría trabajando por la fusión que el partido de las mujeres de Islandia no pudo conseguir, esto es, aumentar la cantidad de feministas en el poder a través de los partidos políticos mientras se adhieran a los programas feministas. La evidencia de la mayor cantidad de mujeres que votaron al Partido Laborista en las elecciones generales de 1987 (*Guardian*, 1987) sugiere que las mujeres están cada vez más pre-

paradas para respaldar los elementos de feminismo que se presentan al electorado. Nos sentimos inclinadas a pensar que si a las mujeres, incluso a las no feministas, se les ofrecen programas que les atañen, los apoyarán. Por cierto que la experiencia del KL de Islandia enseña que cuando se puso ante el electorado un «programa de mujeres», consiguió captar el 18 por 100 de los votos de todo el país, incluidos los de votantes masculinos (Dominelli y Jonso-ttir, 1988). Esto sugiere que algunos hombres también dan su apoyo a actividades que se proponen mejorar la posición de las mujeres.

Además, los datos de las empresas de trabajo social que hemos revisado indican que los principios y las prácticas feministas —cuando se los sigue— constituyen un programa político que atrae aliados de un electorado más amplio. Una vez establecido, el principio de no dar prioridad a ninguna de las distintas divisiones sociales, aunque sin rebajar tampoco a ninguna de ellas, ha sido la base de las alianzas entre, por un lado, las feministas y quienes sufren el racismo, la discriminación de la gente de edad, el heterosexismo y la discriminación de los discapacitados y, por otro lado, los hombres interesados en disolver las prácticas sexistas. Hay pruebas de la factibilidad de esas alianzas en el trabajo emprendido por las feministas negras, cuyas luchas contra el racismo y el sexismo las han llevado a hacer alianzas generales dentro de la comunidad negra y con quienes, fuera de la comunidad, apoyaban sus objetivos (véase Lorde, 1984). Angela Davis recalcó este punto en el discurso que pronunció en Londres el Día Internacional de las Mujeres, en 1986:

Pienso que estamos en un período en que debemos reconocer cada vez más la interconexión de nuestras luchas. Es imposible formular un concepto riguroso de la opresión de las mujeres sin tomar en cuenta las dimensiones económicas de nuestra opresión, sin entender, por supuesto, el papel decisivo desempeñado por el racismo y su relación con las batallas globales por la paz. (Davis, 1987.)

En consecuencia, en la acción feminista se podría poner en práctica el principio unificador con el que en teoría han soñado los partidos de izquierda a título de amplia alianza democrática y, en consecuencia, potencial y gradualmente una gran faja de apoyo a medida que la organización feminista se desarrolla.

Mientras tanto, la acción feminista está llegando a la mayoría de edad en lo que respecta al problema del control estatal de los recursos, tras haber presionado para su empleo en favor de las mujeres a través de las unidades de mujeres. Sugerimos que el reciente desarrollo de campañas y redes, que van de las mujeres de Greeham Common a las campañas de las esposas de mineros y trabajan para promover el bienestar de las mujeres como trabajadoras, marca una fase nueva y crítica en el movimiento de las mujeres, a la vez que abre una vasta esfera de operaciones. Esto quiere decir que las feministas han comenzado a tomar conciencia política de la importancia de la dirección de los recursos materiales en tanto reflejan la justicia social en términos de género, que se consideran demasiado importantes para «dejarlos a los hombres», mientras se persiguen temas constitucionales o domésticos o simplemente el acceso igual a las oportunidades de trabajo. El objetivo es muy lejano, pero significa que en los últimos tiempos las operaciones del capital internacional se encuentran en el punto de mira del feminismo.

Además, si se toma en conjunto los testimonios de las mujeres en todo este libro, la marca distintiva del compromiso con la acción feminista es su reflejo activo en el funcionamiento personal y la vida pública del individuo implicado. Por tanto, podemos sugerir que, para el feminismo, ninguna «conquista» es materia de lealtad política superficial, sino que trasciende cualitativamente lo que los principales partidos políticos consiguen en virtud de sus apoyos más numerosos.

Por último, hay indicaciones de que, a medida que se desarrolla, el trabajo social feminista puede contribuir a fortalecer la presencia feminista tanto en la política partidaria lo-

cal como en la central. En primer lugar, hay evidencias de que, en lo que respecta a desvelar problemas sociales, el trabajo feminista ha dejado y puede dejar su marca en los programas políticos de los partidos. Por ejemplo, es notable que en las elecciones generales de 1987, tras muchos años de trabajo de las activistas y las estudiosas feministas (véase Hanmer y Saunders, 1984), el Partido Laborista incluyó en un lugar central de su declaración programática, como problema específico, los delitos de violencia contra mujeres. Mientras tanto, una multitud de campañas y redes populares, que van de la terapia y grupos de arte para mujeres a iniciativas de atención diurna, ha demostrado la necesidad de base genérica y ha creado estructuras organizacionales en condiciones de canalizar a su manera los fondos de la autoridad local o central, lo que hizo posible que esos recursos se utilizaran para satisfacer necesidades de las mujeres en niveles básicos.

La documentación de los ingresos de la terapia feminista y el asesoramiento feminista (Eichenbam y Orbach, 1985; Ernst y Maguire, 1987) crece poco a poco e indica que ese trabajo ha producido ya frutos definitivos en lo que hace a la liberación de energía emocional de las mujeres, desarrollo de la confianza en sí mismas y apoyo a otras mujeres. Además, estas conquistas también hacen crecer constantemente la población de mujeres activamente comprometidas en promover su bienestar personal y el de otras mujeres a lo largo de líneas antisexistas (Donnelly, 1986; Ernst y Maguire, 1987). De esta manera, por tanto, el trabajo feminista relativo a los rincones más íntimos de la experiencia está creando poco a poco una tendencia de apoyo a las iniciativas feministas en el nivel más general.

Además, el desarrollo de una presencia profesional feminista en el trabajo social institucional significa que los recursos que lleguen a esas agencias para atacar la injusticia social de raíz genérica tienen cierta probabilidad de que se los utilice en ese sentido. Finalmente, las iniciativas feministas sobre relaciones laborales en el terreno del trabajo social no han transformado hasta ahora las agencias de traba-

jo social en modelos de relaciones de trabajo en cuanto al género. Sin embargo, en toda administración sensible a ellas se han destacado como campos primordiales donde trabajar para mejorar el bienestar material de las mujeres como clientas y como trabajadoras.

El trabajo social feminista tiene capacidad para realizar una contribución importante al bienestar de las mujeres, los niños y los hombres. Esperemos que esto estimule vuestro apoyo e implicación en él.

## Bibliografía

- ACHILLES Heel Collective, *Achilles Heel Special Issue on Masculinity*, núm. 5, Londres, Achilles Heel Collective, 1983.
- ADAMSON, O.; BROWN, C.; HANISON, J., y PRICE, J., «Women's Oppression Under Capitalism», *Revolutionary Communist*, núm. 5, págs. 1-48, 1976.
- AHMED, S.; CHEETHAM, J., y SMALL, J., *Social Work with Black Children and their Families*, Londres, Batsford, 1987.
- ALDRED, C., *Women at Work*, Londres, Pan, 1981.
- ALLENSPACH, H., *Flexible Working Hours*, Ginebra: International Labour Organisation, 1975.
- AMOS, V., y PARMAR, P., «Challenging Imperial Feminism», *Feminist Review*, núm. 17, otoño, págs. 3-19, 1984.
- ANDREWS, B., «Violence in Normal Homes», trabajo de investigación no publicado, Department of Social Policy and Social Sciences, Royal Holloway and Bedford New College, Londres, 1982.
- ARCANA, J., *Every Mothers Son - The Role of Mothers in the Making of Men*, Londres, The Women's Press, 1983.
- ARDILL, S., y O'SULLIVAN, S., «Upsetting an Applecart: Difference, Desire, and Lesbian Sadomasochism», *Feminist Review*, núm. 23, págs. 31-58, 1986.
- ARMSTRONG, J., «Comment», *Everywoman*, junio, pág. 38, 1987.
- ARMSTRONG, P., *Labour Pains: Womens Work in Crisis*, Toronto, Women's Press, 1984.
- ASHURST, F., «Women on the Margins», *Spare Rib*, núm. 179, junio, 1987.
- BAILEY, R., y BRAKE, M., *Radical Social Work*, Londres, Edward Arnold, 1975.

BAILEY, R., y BRAKE, M., *Radical Social Work and Practice*, Londres, Edward Arnold, 1980.

BAKER-MILLER, J., *Towards a New Psychology of Women*, Harmondsworth, Penguin, 1978.

BANGOR RAPE CRISIS CENTRE, *Information Leaflet*, Bangor, Bangor Rape Crisis Centre, 1987.

BANKS, O., *Faces of Feminism*, Londres, Martin Robinson, 1981.

BARKER, H., «Recapturing Sisterhood: A Critical Look at "Process" in Feminist Organising and Community Work», *Critical Social Policy*, núm. 16, verano, págs. 80-90, 1986.

BARRETT, J., «Anti-Sexist Book Project at P.C.L. Nursery», *National Childcare Campaign Newsletter*, septiembre/octubre, 1986.

BARRETT, M., «Eurocentrism and Feminism», *Feminist Review*, núm. 21, 1986.

BARRETT, M., y MCINTOSH, M., «The Family Wage: Some Problems for Socialists and Feminists», *Capital and Class*, número 11, 1980.

— *The Anti-Social Family*, Londres, Verso, 1982.

— «Ethnocentrism and Socialist-Feminist Theory», *Feminist Review*, núm. 20, 1985.

BASS, E., y THORNTON, L., *Never Told Anyone*, Nueva York, Harper, 1983.

BBC (British Broadcasting Corporation), *Who Would Hurt a Child? Childwatch*, Londres, BBC Publications, 1986.

BCDP (Batley Community Development Project), *Batley at Work*, Batley, CDP, 1974.

BEAUVOIR, S. de, *The Second Sex*, Harmondsworth, Penguin, 1970. [Trad. esp.: *El segundo sexo*, Madrid, Cátedra, 1998.]

BEECHY, V., «Some Notes on Female Wage Labour in Capitalist Production», *Capital and Class*, núm. 3, 1977.

— «On Patriarchy», *Feminist Review*, núm. 2, 1980.

BELL, C.; MCKEE, L., y PRIESTLEY, K., *Fathers, Childbirth and Work Opportunities*, Manchester: Equal Opportunities Commission, 1983.

BELOTTI, E., *Little Girls*, Londres, Writers and Readers Publishing Cooperative, 1975.

BENN, M., «Isn't Sexual Harassment Really About Masculinity?», *Spare Rib*, núm. 156, julio, págs. 6-8, 1983.

BENN, M., y SEDGLEY, A., *Sexual Harassment*, Londres, Tavistock, 1984.

BENNINGTON, J., *Local Government Becomes Big Business*, Londres, CDP, 1973.

BENSTON, M., «The Political Economy of Women's Liberation», *Monthly Review*, vol. 21, núm. 4, págs. 13-27, 1969.

BHAVNANI, K. K., y COULSON, M., «Transforming Socialist-Feminism: The Challenge of Racism», *Feminist Review*, núm. 23, verano, págs. 81-92, 1986.

BICKERTON, T., «Women Alone», en Cartledge y Ryan (eds.), *Sex and Love: New Thoughts on Old Contradictions*, Londres, The Women's Press, 1984.

BIG FLAME, «Match of the Day-Sex v Class», en *Walking a Tightrope*, Liverpool, Big Flame Pamphlet, 1980.

BIGGS, S., «Quality of Care and the Growth of Private Welfare for Old People», *Critical Social Policy*, núm. 20, otoño, págs. 74-82, 1987.

BINNEY, V., «Domestic Violence: Battered Women in Britain in the 1970s», en Cambridge Women's Studies Group, *Women in Society: Interdisciplinary Essays*, Londres, Virago, 1981.

BINNEY, V.; HARKELL, G., y NIXON, J., *Leaving Violent Men: A Study of Refuges and Housing for Battered Women*, Londres, Women's Aid Federation, 1981.

BIRMINGHAM DAILY NEWS, núm. 344, pág. 2, 1986.

BISWAS, S., «Reworking Myths», en *Spare Rib*, núm. 173, diciembre, págs. 14-17, 1986.

BOLGER, S.; CORRIGAN, P.; DORKING, J., y FROST, N., *Towards a Socialist Welfare Practice*, Londres, Macmillan, 1981.

BONIN, S., «Experiences of Setting Up and Working on a Girls Project», en Curno, A. et al., *Women and Collective Action*, Londres, Association of Community Workers, 1982.

— *Who Cares in Southwark*, Londres, National Association of Carers and Their Elderly Dependents, 1984.

BOWL, R., *Changing the Nature of Masculinity - A Task for Social Work*, monograph, Norwich, University of East Anglia, 1985.

BRAMLEY, J., «So Who's Looking After Granny», *Guardian*, 15 de agosto, pág. 10, 1983.

BRIDGES, L., «The Ministry of Internal Security: British Urban Social Policy 1968-1974», en *Race and Class*, vol. 16, núm. 4, pág. 376, 1975.

BRITTAN, A., y MAYNARD, M., *Sexism, Racism and Oppression*, Oxford, Basil Blackwell, 1984.

BROOK, E., y DAVIS, A., *Women, the Family and Social Work*, Londres, Tavistock, 1985.

BROWN, G., y HARRIS, T., *The Social Origins of Depression*, Londres, Tavistock, 1978.

BROWNE, N., y FRANCE, P., *Untying the Apron Strings: Anti-Sexist Provisions for the Under-Fives*, Milton Keynes, Open University Press, 1986.

BROWNMILLER, S., *Against Our Will*, Harmondsworth, Penguin, 1976.

BRUNNER, J., *Under Five in Britain*, Londres, Grant McIntyre, 1980.

BRYAN, B.; DADZIE, S., y SCAFE, S., *The Heart of the Race*, Londres, Virago, 1985.

BURMAN, S. (ed.), *Fit Work for Women*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1979.

BUTLER, S., *Conspiracy of Silence: the Trauma of Incest*, Nueva York, Bantam Books, 1978.

BWTC (Birmingham Women's Counselling and Therapy Centre), *First Report*, Birmingham Women's Counselling and Therapy Centre, Edgbaston, Birmingham, 15, 1986.

BWU (Birmingham Women's Unit), *Report to City Council*, 5 de noviembre, 1985a.

— *Job Sharing and Equal Opportunities for Women*, 13 de diciembre, 1985b.

— *Workplace Nursery and Crèche Provisions*, 28 de febrero, 1986a.

— *Report to City Council*, 3 de junio, 1986b.

— *Women's Committee Training Strategy and Budget 86/87*, 13 de junio, 1986c.

— *Council Strategy on Violence Against Women*, 21 de noviembre, 1986d.

— *Women's Festival - Review and Evaluation*, 21 de abril, 1987.

CALDER, N., «The Men's Group in Briston», comunicación personal con los autores, 1987.

CALVERT, J., «Motherhood», en Brook y Davis (eds.), *Women, the Family and Social Work*, Londres, Tavistock, 1985.

CAMBRIDGE WOMEN'S STUDIES GROUP, *Women in Society*, Londres, Virago, 1981.

CAMPBELL, A., *Girl Delinquents*, Oxford, Basil Blackwell, 1981.

CAMPBELL, B., y JACQUES, M., «Goodbye to the GLC», en *Marxism Today*, vol. 30, núm. 4, abril, pág. 6, 1986.

CAMPLING, J., *Better Lives for Disabled Women*, Londres, Virago, 1979.

— (ed.), *Images of Ourselves: Women With Disabilities Talking*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1981.

CAPLAN, P. J., *The Myth of Women's Masochism*, Londres, Methuen, 1986.

CARBY, H., «White woman listen! Black feminism and the boundaries of sisterhood», en *The Empire Strikes Back*, Centre for Contemporary Cultural Studies, 1982.

CARPENTER, V., «Working With Girls», en Curno *et al.* (eds.), *Women in Collective Action*, Londres, Association of Community Workers, 1982.

CARTLEDGE, S., y RYAN, J., *Sex and Love: New Thoughts on Old Contradictions*, Londres, Women's Press, 1983.

CCAB (Chapelton Citizens' Advice Bureau), *Immigrants and the Welfare State: a Guide to Your Rights*, Londres, National Association of Citizens' Advice Bureaux, 1983.

CCCS (Centre for Contemporary and Cultural Studies), *The Empire Strikes Back*, Londres, Hutchinson, 1982.

CHAMBERS-BROWN, J., *Day-care*, Londres, Virago, 1983.

CHAVETZ, J., «Women in Social Work», *Social Work*, vol. 17, núm. 5, 1972.

CHEETHAM, J., *Social Work with Immigrants*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1972.

— *Social Work and Ethnicity*, Londres, George Allen and Unwin, 1982.

CHERRY, S., comunicación personal con el autor, 1984.

CLAIMANTS' UNION, *Women and Social Security*, Londres, Claimants Union, 1984.

CLARKE-STEWART, A., *Day-care*, Londres, Fontana, 1982.

CNCW (Canada National Council of Welfare), *Women and Poverty*, Ottawa, Canada National Council of Welfare, 1979.

COCKBURN, C., *The Local State*, Londres, Pluto Press, 1977.

COHEN, S., *The Thin Edge of the White Edge*, Manchester, Manchester Law Centre, no publicado, 1981.

COKE, J., «Feminist Practice in a Local Authority Setting», publicación de seminario, Department of Applied Social Studies, University of Warwick, 1987.

COLLINS, W.; FRIEDMAN, E., y PIVOT, A., *The Directory of Social Change*, Londres, Wildwood House, 1978.

COMMUNITY ACTION, «Fighting for the Under-Fives», núm. 29, enero-febrero, págs. 26-29, 1977.

— «Women and the Cuts», núm. 48, págs. 19-25, 1980.

COMMUNITY CARE, «Sexism Inside Social Work», 18 de septiembre, 1986.

CDP (Community Development Projects), *The Limits of the Law*, Londres, CDP, 1977.

COOK, A., y Kirk, G., *Greenham Women Everywhere: Dreams, Ideas and Action from the Womens Peace Movement*, Londres, Pluto Press, 1983.

COOTE, A., *O Hear This Brother*, Londres, New Statesman, 1980.

COOTE, A., y CAMPBELL, B., *Sweet Freedom*, Oxford, Basil Blackwell, 1982.

COOTE, A., y GILL, T., *Womens Rights: a Practical Guide*, Londres, Penguin, 1974.

CORRIGAN, P., y LEONARD, P., *Social Work Under Capitalism*, Londres, Macmillan, 1978.

COULSON, M.; MAGAS, B., y WAINWRIGHT, H., «The Housewife and Her Labour Under Capitalism - A Critique», en *New Left Review*, núm. 89, enero-febrero, págs. 59-72, 1975.

COYLE, A., *Redundant Women*, Londres, The Women's Press, 1984.

COX, O., *Caste, Class and Race*, Nueva York, Monthly Review Press, 1974.

CPAG (Child Poverty Action Group), *Boundary Changes*, Londres, CPAG, 1987.

CRAIG, G.; DERRICOURT, N., y LONEY, M. (eds.), *Community Work and the State*, Londres, Routledge and Kegan Paul with the Association of Community Workers.

CRANE, P., *Gays and the Law*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1979.

CRAWFORD, C., *Voluntary Social Action. Rape Crisis*, tesis no publicada, University of Loughborough, 1981.

CRE (Commission on Racial Equality), *Immigration Control Procedures: Report of a Formal Investigation*, Londres, CRE, 1985.

CROLL, E., *Chinese Women Since Mao*, Londres, ZED Books, 1983.

CROSS, M., «Feminism and the Disability Movement - A Personal View», en Holland, J. (ed.), *Feminist Action*, Londres, Battle Axe Books, 1984.

CURNO, A.; LAMMING, A.; LEACH, L.; STILES, J.; WARD, V.; WRIGHT, A., y ZIFF, T., *Women In Collective Action*, Londres, The Association of Community Workers, 1982.

CWU (Camden Women's Unit), *Annual Report*, Londres, CWU, 1982.

— *Camden Womens Committee Newsletter*, septiembre, 1983.

DALE, J., y FOSTER, P., *Feminists and State Welfare*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1986.

DALBY, G., «Ideologies of Care», en *Critical Social Policy*, núm. 8, 1983.

DALLA COSTA, M., y JAMES, S., *The Power of Women and The Subversion of the Community*, Bristol, Falling Wall Press, 1972.

DAVID, M., y NEW, C., *For the Childrens Sake. Making Childcare More Than Womens Business*, Londres, Penguin, 1985.

DAVIES, R., *Women and Work*, Londres, Arrow Books, 1975.

DAVIS, A., *Women, Race and Class*, Londres, The Women's Press, 1981.

— «A Class Approach to the Struggle Against Racism», lectura dada en Hackney Race Relations Unit durante la celebración de la International Women's Week, 1987.

DELMAR, R., «Broken Agenda», *New Statesman*, vol. 112, número 2887, 25 de julio, págs. 20-22, 1986.

DELPHY, C., *Close to Home: a Material Analysis of Womens Oppression*, Londres, Hutchinson, 1984.

DEPARTMENT OF HEALTH AND SOCIAL SECURITY/DEPARTMENT OF EDUCATION AND SCIENCE, *Low Cost Provision for the Under-Fives*, Londres, DHSS/DES, 1976.

DIRECTORY OF WOMEN, *Working With Women in the Birmingham Area*, Department of Social Administration, University of Birmingham, 1986.

DIXON, G.; JOHNSON, C.; LEIGH, S., y TURNBULL, N., «Feminist Perspectives and Practice», en Craig *et al.* (eds.), *Community Work and the State*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1982.

DOBASH, R. E., y DOBASH, R., *Violence Against Wives: A Case Against the Patriarchy*, Londres, Open Books, 1980.

DOMINELLI, L., «The Welfare State and the Public Expenditure Cuts», *Bulletin of Social Policy*, núm. 1, primavera, 1978.

— «Racism: The Challenge for Social Work Education», en *Social Work Today*, 10 (25), págs. 27-29, 1979.

— «Violence: A Family Affair», *Community Care*, 12 de marzo, págs. 14-17, 1981.

— *Community Action: Organising Marginalised Groups*, Reykjavik, Kwenna Frambothid, 1982.

- *Women in Focus. Community Service Orders and Female Offenders*, Coventry: University of Warwick, 1983.
- «Working with Families: A Feminist Perspective», British Association of Social Workers Annual Conference at Nene College, Northampton, abril, 1984.
- «Father-Daughter Incest: Patriarchy's Shameful Secret», *Critical Social Policy*, núm. 16, págs. 8-22, 1986.
- *Women Organising: An Analysis of Greenham Women*, Paper presented at the International Association of Schools of Social Work Congress in Tokyo, agosto, 1986a.
- *Love and Wages*, Norwich, Novata Press, 1986b.
- «The Power of the Powerless: Prostitution and the Reinforcement of Submissive Masculinity» en *Sociological Review*, primavera, págs. 65-92, 1986c.
- «Family Therapy is Not Feminist Therapy», *Critical Social Policy*, núm. 20, otoño, págs. 87-89, 1987.
- *Anti-Racist Social Work*, Londres, Macmillan, 1988.
- DOMINELLI, L., y JONSDOTTIR, G., «Feminist Political Organisation in Iceland», *Feminist Review*, núm. 27, verano, 1988.
- DONNELLY, A., *Feminist Social Work with a Women's Group*, Monograph 41, Norwich, University of East Anglia, 1986.
- DONZELOT, J., *The Policing of Families*, Londres, Hutchinson, 1980.
- DOYAL, L., *The Political Economy of Health*, Londres, Pluto Press, 1983.
- DREIFUS, C., *Woman's Fate: Raps from a Feminist Consciousness-Raising Group*, Nueva York, Bantam Books, 1973.
- EGERTON, J., «A Personal Account of the Lesbian Sex and Sexual Practices Conference», *Trouble and Strife*, núm. 1, invierno, págs. 28-31, 1983.
- EICHENBAUM, L., y ORBACH, S., *Outside in and Inside Out*, Londres, Penguin, 1982.
- *What Do Women Want?*, Londres, Fontana, 1984.
- *Understanding Women*, Londres, Penguin, 1985.
- EICHLER, M., *Families in Canada*, Toronto, Gage, 1983.
- *Preventing Child Sexual Assault*, Londres, Bedford Press, 1985.
- *Keeping Safe: A Practical Guide to Talking with Children*, Londres, Bedford Press/NVCO, 1986.
- ELY, P., y DENNEY, D., *Social Work in a Multi-Racial Society*, Londres, Gower, 1987.

- ENGELS, F., *The Origin of the Family, Private Property and The State*, Londres, Lawrence and Wishart, 1972. [Trad. esp.: *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, Madrid, Fundamentos, 1987.]
- ERNST, S., y GOODISON, L., *In Our Own Hands: a Book of Self-help Therapy*, Londres, The Women's Press, 1981.
- ERNST, S., y MAGUIRE, M. (eds.), *Living with the Sphinx - Papers from the Women's Therapy Centre*, Londres, The Women's Press, 1987.
- ESKAPA, S., *Woman Versus Woman*, Londres, Pan, 1985.
- EVANS, A., *Hours of Work in Industrialised Countries*, Ginebra, International Labour Organisation, 1975.
- EVANS, D., *Developing Feminist Groups in Statutory Practice: A Case Study of a Women's Group in «Smalldown»*, no publicado, MA/CQSW dissertation, Coventry, Department of Applied Social Studies, The University of Warwick, 1985.
- FALK, A., *The Process of Feminist Group Work in Statutory Social Work*, no publicado, MA/CQSW dissertation, Department of Applied Social Studies, The University of Warwick, 1986.
- FAMILIES IN THE FUTURE*, Londres, Department of Health and Social Security, 1983.
- FELDBERG, R. L., y GLENN, E. N., «Male and Female: Job Versus Gender Models in the Sociology of Work», en R. Kahn-Hunt, A. K. Daniel y R. Colvard (eds.), *Women and Work: Problems and Perspectives*, Nueva York, Oxford University Press, 1982.
- FEMINIST REVIEW, Socialist-Feminism out of the Blue: Special Issue on Class*, núm. 23, verano, 1986.
- FEMINISM AND NON-VIOLENCE STUDY GROUP, *Piecing It Together: Feminism and Non-Violence*, Buckleigh, Feminism and Non-Violence Group, 1983.
- FESTAU, M. F., *The Male Machine*, Nueva York, Delta Books, 1975.
- FILLMORE, A., «Sexual Molestation of Children: Becoming Aware», *Journal of Health Visitors Association*, octubre, 1987.
- FINCH, J., «Community Care: Developing Non-Sexist Alternatives», *Critical Social Policy*, núm. 9, págs. 6-18, 1984.
- «A Woman's Health Group in Mansfield», en Curno *et al.* (eds.), *Women in Collective Action*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1982.
- FINCH, J., y GROVES, D. (eds.), *A Labour of Love: Women, Work and Caring*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1983.

- FIRESTONE, S., *The Dialectics of Sex: The Case for Feminist Revolution*, Nueva York, Cape, 1971.
- FLANNERY, K., y ROELOP, S., «Local Government Women's Committees», en J. Holland (ed.), *Feminist Action I*, Londres, Battle Axe Books, 1984.
- FLETCHER, M., «Mail Order Brides: Heartaches or Happiness», *Woman*, 7 de noviembre, págs. 22-29, 1987.
- FONER, N., *Jamaica Farewell: Jamaican Immigrants in London*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1979.
- FREEMAN, N., «The Rights of Children When they Do Wrong», *British Journal of Criminology*, vol. 21, núm. 3, pág. 221, 1981.
- FREIRE, P., *The Pedagogy of the Oppressed*, Harmondsworth: Penguin, 1976.
- FREUD, S., *On Sexuality*, Pelican Freud Library, vol. 7, Harmondsworth: Penguin, 1977.
- FRIEDAN, B., *The Feminine Mystique*, Nueva York, Dell, 1974.
- GAVRON, H., *The Captive Wife*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1966.
- GILROY, P., *There Ain't No Black in the Union Jack*, Londres, Hutchinson, 1987.
- GLC (Greater London Council), *Childcare Programme*, Londres, GLC, 1984.
- GLC/IEC (Greater London Council Industry and Employment Committee), *The London Inclusive Strategy*, Londres, GLC, 1985.
- GLC/WEG (Greater London Council), *London Women in the 1980s*, Londres, GLC, 1986.
- GOODISON, L., «Really Being in Love Means Wanting to Live in a Different World», en Cartledge and Ryan (eds.), *Sex and Love: New Thoughts on Old Contradictions*, Londres, Women's Press, 1983.
- GORDON, L., «Feminism and Social Control: The Case of Child Abuse and Neglect», en Mitchell y Oakley (eds.), *What Is Feminism?*, Oxford, Basil Blackwell, 1986.
- GORDON, P., y NEWHAM, A. (1985), *Passports to Benefits: Racism in Social Security*, Londres, Child Poverty Action Group and the Runnymede Trust.
- GOULD, J., *Womens Organisations in the Labour Party*, Londres, Labour Party Publication, 1982.
- GRAY, M., y MCKENZIE, H., *Take Care of Your Elderly Relative*, Londres, Allen and Unwin, 1980.
- GRAY, R., no publicado, MA/CQSQ dissertation, Coventry, Department of Applied Social Studies, The University of Warwick, 1986.
- GREEN, S. L., «Youth Work with Girls», en *Shocking Pink Newsletter*, núm. 1, 1982.
- GREATER LONDON COUNCIL WOMEN'S UNIT, *Women in London*, Londres, GLC, 1986.
- GREER, G., *The Female Eunuch*, Londres, Paladin, 1971.
- GUARDIAN, THE, «The Election Results», 13 de junio, 1987, páginas 12-13.
- GURU, S., «An Asian Women's Refuge», en Ahmed *et al.* (eds.), *Social Work With Black Children and Their Families*, Londres, Batsford, 1987.
- HALE, J., «Feminism and Social Work Practice», en Jordan y Parton (eds.), *The Political Dimensions of Social Work*, Oxford, Basil Blackwell, 1987.
- HANMER, J., «Community Action, Women's Aid and the Women's Liberation Movement», en Mayo (eds.), *Women in the Community*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1987.
- HANMER, J., y SAUNDERS, S., *Well Founded Fear - A Community Study of Violence On Women*, Londres, Hutchinson, 1984.
- HANSCOMBE, G. E., y FORSTER, J., *Rocking the Cradle: Lesbian Mothers*, Londres, Sheba Feminist Publishers, 1982.
- HARRIS, C., *Women and Depression: Working with Groups within a Statutory Agency from a Feminist Perspective*, no publicado, MA/ CQSW dissertation, Coventry, Department of Applied Social Studies, The University of Warwick, 1987.
- HARRISON, R. (en prensa), *Women and the Politics of Romantic Love*, Brighton, Harvester Press.
- HARTMANN, H., «The Unhappy Marriage of Marxism and Feminism», *Capital and Class*, núm. 8, 1981.
- HEARN, J., «Birth and Afterbirth: A Materialist Account», *Achilles Heel*, núm. 5, 1983, pág. 9.
- HEIDENSON, F., *Women and Crime*, Londres, Macmillan, 1985.
- HEMMINGS, S., *Girls Are Powerful*, Londres, Sheba, 1982.
- «HENCKE HOME NEWS», *Guardian*, 25 de febrero, 1985, pág. 2.
- HIRO, D., *Black British, White British*, Londres, Eyre and Spottiswoode, 1971.
- HOLLAND, J., *Feminist Action I*, Londres, Battie Axe Books, 1984.
- HOMANS, H. (ed.), *The Sexual Politics of Reproduction*, Londres, Gower, 1985.

- HOOKS, B., *Ain't I A Woman: Black Women and Feminism*, Londres, Pluto Press, 1981.
- *Feminist Theory: From Margin to Center*, Boston, Mass., South End Press, 1984.
- HOPKINS, M., *Homeworking Campaigns: Dilemma and Possibilities in Working with a Fragmented Community*, no publicado, MA/CQSW dissertation, Coventry, Department of Applied Social Studies, The University of Warwick, 1982.
- HOWE, D., «The Segregation of Women and their Work in the Personal Social Services», en *Critical Social Policy*, núm. 15, primavera, 1982, págs. 21-36.
- HOWELL, E., y BAYES, M. (eds.), *Women and Mental Health*, Nueva York, Basic Books, 1981.
- HUDSON, A., «The Welfare State and Adolescent Femininity», *Youth and Policy*, vol. 2, núm. 1, verano, 1983, págs. 5-13.
- HUGHES, M.; MAYALL, B.; MOSS, P.; PERRY, J., y PETRIE, P., *Nurseries Now*, Harmondsworth, Penguin, 1980.
- HUMPHREYS, L., *Tearoom Trade*, Chicago, Aldine, 1975.
- HYDE, M., y DEACON, B., «Working-Class Opinion and Welfare Strategies: Beyond the State and the Market», *Critical Social Policy*, núm. 18, otoño, 1986, págs. 15-31.
- IASSW (International Association of Schools of Social Work), «Taking en Gender in Social Work Education», The Women's Caucus Inaugural Meeting, Montreal Congress, 1984.
- JAGET, C. (ed.), *Prostitutes, Our Life*, Bristol, Falling Wall Press, 1986.
- JAMES, S., citado en MCLEOD (1982), *Women Working: Prostitution Now*, Londres, Croom Helm, pág. 124.
- JAYAWARDNA, K., *Feminism and Nationalism in the Third World*, Londres, Zed Press, 1986.
- JERVIS, M., «Domestic Violence: Why Asian Women Need a Helping Hand», *Social Work Today*, 18 de agosto, 1986, págs. 7-8.
- JEWELL, T., «Focus Wendy Savage», *Marxism Today*, febrero, 1986, pág. 3.
- JOHNSON, K. A., *Women, the Family and the Peasant Revolution in China*, Chicago, University of Chicago Press, 1983.
- JONES, M., *Strong Kids: Safe Kids*, no publicado, MA/CQSW dissertation, Coventry, Department of Applied Social Studies, The University of Warwick, 1986.
- JORDAN, B., y PARTON, N., *The Political Dimensions of Social Work*, Oxford, Basil Blackwell, 1984.
- KEY, D., *Thatcher's Britain: a Guide to the Ruins*, Londres, Pluto Press, 1983.
- KISHWAR, M., «Dowry: To Ensure Her Happiness or To Disinherit Her?», *Manushi*, vol. 6, núm. 4, mayo-junio, págs. 2-12, 1986.
- KITZINGER, S., *Women's Experience of Sex*, Harmondsworth, Penguin, 1985.
- KYLE, D., *Women and Medicine*, Manchester, Equal Opportunities Commission, 1981.
- LABOUR ABORTION RIGHTS CAMPAIGN, *Abortion: The Struggle in the Labour Movement*, Londres, LARC, 1978.
- LABOUR PARTY, *Women in the Labour Party*, folleto, Londres, Labour Party, 1984.
- LABOUR RESEARCH, «Women, the Tory Record», núm. 49, mayo, 1983.
- «The Parliamentary Privileged», 76(7), mayo, 1987.
- LEA, P., y YOUNG, J., *What Is To Be Done About Law and Order?*, Harmondsworth, Penguin, 1984.
- LEEDS OTHER PAPER, «Ellie Wins Sexual Harassment Case», 16 de septiembre, pág. 3, 1983.
- LEDERER, Laura, *Take Back the Night: Women on Pornography*, Nueva York, Bantam Books, 1982.
- LEONARD, P., *Personality and Ideology*, Londres, Macmillan, 1984.
- LEONARD, P., y MCLEOD, E., *Marital Violence: Social Construction and Social Service Response*, Coventry, Department of Applied Social Studies, University of Warwick, 1980.
- LEVENTON, S., «The National Association of Carers», *Social Work Today*, 16 de diciembre, 1985.
- LIVINGSTONE, K., *If Voting Changed Anything, Theyd Abolish It*, Londres, Collins, 1987.
- LOC (Leicester Outworkers Campaign), *Outworking in Leicester: The Case for a Local City Council Initiative*, Leicester, LOC, 1981.
- LONEY, M., *Community Against Government: The British Community Development Project 1968-78: A Study of Government Incompetence*, Londres, Heinemann, 1983.
- *The Politics of Greed: The New Right and the Welfare State*, Londres, Pluto Press, 1986.
- LONGRES, J., y MCLEOD, E., «Consciousness-Raising and Social Work Practice», *Social Casework*, vol. 61, núm. 5, mayo, págs. 267-277, 1980.

- LORDE, A., *Sister Outsider*, Nueva York, The Crossing Press, 1984.
- LSSC (Leeds Social Security Cuts Campaign), *The Campaign Against the Fowler Review*, Leeds, LSSC, 1986.
- LWLC (London Women's Liberation Campaign), *Demands for Working Women: The Working Women's Charter*, Londres, LWLC, 1979.
- MACKIE, L., y PATTULLO, P., *Women at Work*, Londres, Tavistock, 1977.
- MCANDREW, A., *Bereavement in Maternity: A Role for Hospital Social Work*, no publicado, MA/CQSW dissertation, Coventry, Department of Applied Social Studies, The University of Warwick, 1986.
- MCLEAN, S. (ed.), *Female Circumcision. Excision and Infibulation: The Facts and Proposals for Change*, Londres, Minority Rights Group, 1980.
- MCLEOD, E., «Prostitutes Organise», *Spare Rib*, vol. 69, abril, 1978.
- «Working with Prostitutes: Probation Officers', Aims and Strategies», *The British Journal of Social Work*, vol. 9, núm. 14, invierno, 1979.
- *Women Working: Prostitution Now*, Londres, Croom Helm, 1982.
- «Some Lessons From Teaching Feminist Social Work», *Issues in Social Work Education*, vol. 7, núm. 1, verano, págs. 29-37, 1987a.
- «Women's Experience of Love: The Significance of Feminist Therapy», investigación en curso, 1987b.
- MCLEOD, E., y DOMINELLI, L., «The Personal and the Apolitical: Feminism and Moving Beyond the Integrated Methods Approach», en R. Bailey y P. Lee (eds.), *Theory and Practice in Social Work*, Oxford, Basil Blackwell, 1982.
- MCLEOD, E.; HALSON, J., y MUNRO, A., *An Evaluation of the School Management Development of Women Teachers' Project Training Programme*, Birmingham, City of Birmingham Women's Unit, 1986.
- MCLEOD, M., y SARSAGA, E., «Abuse of Trust», en *Marxism Today*, agosto, págs. 10-13, 1987.
- MCRobbie, A., «Working Class Girls and the Culture of Femininity», en *Women Take Issue - Aspects of Women's Subordination*, Londres, Hutchinson and Centre for Contemporary and Cultural Studies, 1978.
- MAGAS, B., «Sex Politics: Class Politics», en *New Left Review*, núm. 66, marzo-abril, págs. 69-91, 1971.
- MALEK, F., *Asian Women and Mental Health or Mental Ill Health: the Myth of Mental Illness*, Southwark, Asian Women's Aid, 1985.
- MAMA, A., «Black Women, the Economic Crisis and the British State», *Feminist Review*, núm. 17, otoño, págs. 21-36, 1984.
- MANDEL, E., *Marxist Economic Theory*, Nueva York, Monthly Review Press, 1968.
- MARCHANT, H., y WEARING, B. (eds.), *Gender Reclaimed*, Sydney, Hale and Iremonger, 1986.
- MARSHALL, J., *Women Managers: Travellers in a Male World*, Londres, Wiley, 1984.
- MAYALL, H., *Working with Women: a Perspective on The Women's Voice Experience*, no publicado, MA/CQSW dissertation, Coventry, Department of Applied Social Studies, Warwick University, 1981.
- MAYALL, B., y PETRIE, P., *Minder, Mother, and Child*, Londres, Institute of Education, 1977.
- MAYO, M., *Women in the Community*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1977.
- «Beyond CDP: Reaction and Community Action», en Bailey y Brake (eds.), *Radical Social Work and Practice*, Londres, Edward Arnold, 1980.
- MEN AGAINST SEXISM GROUP IN BIRMINGHAM, comunicación personal con los autores, 1983.
- METCALFE, A., y HUMPHRIES, M., *The Sexuality of Men*, Londres, Pluto Press, 1985.
- MICHELSON, W., *From Sun to Sun: Daily Obligations and Community Structure in the Lives of Employed Women and Their Families*, Toronto, Towman and Allanheld Publishers, 1985.
- MINFORD, P., «State Expenditure: A Study in Waste», *Economic Affairs*, abril-junio, 1984.
- MITCHELL, J., *Psychoanalysis and Feminism*, Harmondsworth, Penguin, 1975.
- MITCHELL, J., y OAKLEY, A., *What is Feminism?*, Oxford, Basil Blackwell, 1986.
- MOLYNEUX, M., «Beyond the Domestic Labour Debate», *New Left Review*, julio-agosto, págs. 3-27, 1979.
- «Family Reform in Socialist States: The Hidden Agenda», *Feminist Review*, núm. 21, invierno, 1985.

MOONEY, B., «Beyond the Wasteland», en Thompson (ed.), *Over Our Dead Bodies: Women Against the Bomb*, Londres, Virago, 1983.

MORRISON, T., *The Bluest Eye*, Nueva York, Triad-Grafton Books, 1986.

MORRISON, P.; HOLLAND, G., y TROTT, T., «Personally Speaking: Three Men Share the Experience of Their Men's Group», *Achilles Heel*, núm. 2, 1979.

MSC (Manpower Services Commission), «Gender Awareness Training», sesión mantenida en la Management Training Unit en Royal Leamington Spa, diciembre, 1986.

MUSS, J., y MCLEOD, E., *Parents Anonymous Lifeline. Birmingham Second Report*, Birmingham, Parents Anonymous, 1980.

NAC (National Abortion Campaign), *The National Abortion Campaign*, 1978.

NAIRNE, K., y SMITH, G., *Dealing with Depression*, Londres, The Women's Press, 1984.

NATIONAL ECONOMIC SURVEY, Norwich, HMSO, 1983.

NACED (National Association of Carers and Their Elderly Dependents), «Caring for Someone at Home», *Newsletter*, 1984.

NCC (National Childcare Campaign), *National Childcare Campaign Annual Report*, Londres, NCC, 1984.

— *National Childcare Campaign Policy Statement*, Londres, NCC, 1985.

NELSON, S., *Incest, Fact and Myth*, Edimburgo, Stramullion, 1982.

NETT, E., *Women as Elders*, Toronto, Resources for Feminist Research, 1982.

NEWS ON SUNDAY, «Looney Left Takeover», 24 de mayo, pág. 13, 1987.

NEWSON, J., y NEWSON, E., «Day to Day Aggression between Parent and Child», en N. Tutt (ed.), *Violence in London*, Londres, DHSS/ HMSO, 1976.

OAKLEY, A., *Sex, Gender and Society*, Londres, Temple Smith, 1972.

— *Subject Women*, Londres, Martin Robertson, 1981.

O'BRIEN, A., «Happy Families», *Socialist Alternative*, agosto-septiembre, 1987.

ORBACH, S., *Fat is a Feminist Issue*, Londres, Penguin, 1982.

— «Guilty Secrets: The Role of Women's Therapy», *Marxism Today*, vol. 31, núm. 8, agosto, págs. 24-28, 1986.

PACKWOOD, M., «The Colonel's Lady and Judy O'Grady: Class in the Women's Liberation Movement», *Trouble and Strife*, núm. 1, invierno, págs. 7-12, 1983.

PAHL, J., *A Refuge for Battered Women: A Study of the Role of a Womens Centre*, Londres, HMSO, 1978.

— «Patterns of Money Management Within Marriage», *Journal of Social Policy*, vol. 9, pág. 326, 1980.

— *Private Violence and Public Policy*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1985.

PARMAR, P., «Gender, race and class: Asian women in resistance», en Centre for Contemporary and Cultural Studies, *The Empire Strikes Back*, Londres, Hutchinson, 1982.

PARTON, N., *The Politics of Child Abuse*, Londres, Macmillan, 1985.

PASCALL, G., *Social Policy-A Feminist Analysis*, Londres, Tavistock, 1986.

PENN, H. (en prensa), *Municipalising Mum*, Londres, Routledge and Kegan Paul.

PHILLIPSON, C., *Capitalism and the Construction of Old Age*, Londres, Macmillan, 1982.

PICK, E., «Open Space», *Guardian*, 2 de diciembre, pág. 13, 1986.

PIZZEY, E., *Scream Quietly or the Neighbours will Hear*, Harmondsworth, Penguin, 1974.

PIZZEY, E., y SHAPIRO, J., *Prone To Violence*, Feltham, Hamlyn, 1982.

PLUMMER, J., *Divide and Deprive*, Londres, Joint Council for the Welfare of Immigrants, 1978.

PLUMMER, K. (ed.), *The Making of the Modern Homosexual*, Londres, Hutchinson, 1981.

RADCLIFFE RICHARDS, J., *The Sceptical Feminist: A Political Enquiry*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1980.

RAPPOPORT, R.; RAPPOPORT, R. N., y BUMSTEAD, J., *Working Couples*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1978.

RAYMOND, J., *A Passion for Friends*, Londres, The Women's Press, 1986.

REITZ, R., *Menopause: A Positive Approach*, Londres, George Allen and Unwin, 1983.

REYNAUD, E., *Holy Virility*, Londres, Pluto Press, 1983.

RILEY, D., «Feminist Thought and Reproductive Control: The Stage and the Right to Choose», en Cambridge Women's Studies Group, *Women in Society*, Londres, Virago, 1981.

— *War in the Nursery*, Londres, Virago, 1983.

- RILEY, M., «A Women's Employment Group in Milton Keynes», en Curno *et al.* (eds.), *Women in Collective Action*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1982.
- RIMMER, L., y POPAY, J., *Employment Trends and the Family*, Londres, Study Commission on the Family, 1983.
- ROWBOTHAM, S., «More Than Just a Memory: Some Political Implications of Women's Involvement in the Miners' Strike, 1984-85», *Feminist Review*, núm. 23, verano, págs. 109-125, 1986.
- ROWBOTHAM, S.; SEGAL, L., y WAINWRIGHT, H., *Beyond the Fragments. Feminism and the Making of Socialism*, Londres, Merlin Press, 1979.
- RUZEK, S., *The Women's Health Movement*, Nueva York, Praeger, 1978.
- «Feminist Visions of Health: An International Perspective», en Mitchell y Oakley (eds.), *What is Feminism?*, Oxford, Basil Blackwell, 1986.
- SAADAWI, N. El, *The Hidden Face of Eve: Women in the Arab World*, Londres, Zed Press, 1979.
- «Clitorectomy: Crime Against Women», *Spare Rib*, número 90, marzo, págs. 6-8, 1980.
- SARSBY, S., *Romantic Love and Society: Its Place in the Modern World*, Harmondsworth, Penguin, 1983.
- SAYERS, J., *Sexual Contradictions: Psychology, Psychoanalysis and Feminism*, Londres, Tavistock, 1986.
- SCHUR, E., *Radical Non-Intervention: Rethinking the Delinquency Problem*, Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice-Hall, 1973.
- SCOTT, H., *Women and Socialism: Experiences from Eastern Europe*, Londres, Alison and Busby, 1976.
- SECCOMBE, W., «The Housewife and her Labour Under Capitalism», *New Left Review*, núm. 83, enero-febrero, págs. 3-24, 1974.
- SEDDON, V., *The Cutting Edge: Women and the Pit Strike*, Londres, Lawrence and Wishart, 1986.
- SEGAL, L., *What Is To Be Done About the Family?*, Harmondsworth, Penguin, 1983.
- SIDDEL, R., *Women and Children Last: The Plight of Poor Women in Affluent America*, Harmondsworth, Penguin, 1987.
- SIMPKIN, M., *Trapped Within Welfare*, Londres, Macmillan, 1979.
- SKELTON, A., Comunicación personal a los autores con respecto a tal grupo en Birmingham; posterior visita de uno de los autores, 1984.
- SKINNER, J., y ROBINSON, C. (en prensa), «Who Cares? Women and the Social Services», en Coyle y Skinner, *Women and Work: Positive Action For Equal Opportunities*, Londres, Macmillan.
- SMART, C., *Women, Crime and Criminology - A Feminist Critique*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1976.
- SMART, C., y SMART, B., *Women, Sexuality and Social Control*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1978.
- SMITH, B., «The Case of Women's Studies and Social Work Education», en Marchant y Wearing, *Gender Reclaimed*, Sydney, Hale and Iremonger, 1986.
- SOLANAS, V., *The Society For Cutting Up Men Manifesto*, Nueva York, Olympia Press, 1971.
- SPARE RIB, «Decades Talking Across a Century of Women's Lives», núm. 160, noviembre, págs. 5-12, 1980.
- «The Selling of Old Age», núm. 154, págs. 6-8, 1980.
- «Agreeing to Differ: Lesbian Sado-masochism», núm. 170, septiembre, págs. 36-41, 1986.
- «Birmingham's Women's Committee Scrapped», núm. 180, julio, págs. 12-13, 1987.
- SWAF (Scottish Women's Aid Federation), *Report From Battered Women and the State Conference*, diciembre, 1980.
- SWAT (South Wales Association of Tenants), «Coming Alive Hurts», en Curno *et al.*, *Women In Collective Action*, Londres, ACW, 1982.
- STACEY, M., y PRICE, M., *Women, Power and Politics*, Londres, Tavistock, 1981.
- STALLARD, K.; EHRENREICH, B., y SKLAR, H., *Poverty in the American Dream: Women and Children First*, Boston, South End Press, 1983.
- STANKO, E., *Intimate Instructions: Women's Experience of Male Violence*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1985.
- STANWORTH, M., *Gender and Schooling*, Londres, Hutchinson, 1983.
- STANTHAM, Daphne, *Radicals in Social Work*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1979.
- STUDY COMMISSION ON THE FAMILY, *Families in the Future*, Londres, SCF, 1983.
- SYMONDS, A., «Phobias After Marriage: Women's Declaration of Dependence», en Howell y Bayes (eds.), *Women and Mental Health*, Nueva York, Bantam Books, 1981.

THOMPSON, D. (ed.), *Over Our Dead Bodies: Women Against The Bomb*, Londres, Virago, 1983.

TIZARD, J., y HUGHES, B., *All Our Children*, Londres, Temple Smith, 1976.

TOLSON, A., *The Limits of Masculinity*, Londres, Tavistock, 1977.

TORKINGTON, C., *Women in Action: Preservers of the Status Quo or a Force for Change*, no publicado, MA/CQSW dissertation, Coventry, Department of Applied Social Studies, University of Warwick, 1981.

TOWNSEND, P., *Poverty*, Harmondsworth, Penguin, 1980.

TOYNBEE, P., «There is No Hiding Place», en *Guardian*, 10 de diciembre, pág. 10, 1984.

TUCRIC (Trades Union Congress Resource and Information Centre), «A Woman's Right to Work», *TUCRIC Bulletin*, números 12/13, febrero-mayo, págs. 2-5, 1980.

— «Alternative Economic Strategies», *TUCRIC Bulletin*, número 22, noviembre-diciembre, págs. 2-17, 1981.

— «Job Share v. Job Split: Who is Interested?», *TUCRIC Bulletin*, núm. 28, primavera, págs. 1-18, 1983.

TUTT, N., *Violence in London*, Londres, DHSS/HMSO, 1976.

TYNESIDE RAPE CRISIS CENTRE COLLECTIVE, «Tyneside Rape Crisis Centre», en Curno *et al.*, *Women in Collective Action*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1982.

VALENTINE, M., *Developing a Critical Analysis on Child Abuse*, desarrollo de tesis de doctorado, Coventry, Department of Applied Social Studies, The University of Warwick, 1987.

WALKER, H., «Women's Issues in Probation Practice», en Walker y Beaumont, *Working With Offenders*, Londres, Macmillan/BASW, 1985.

WALKER, H., y BEAUMONT, B., *Probation Work - Critical Theory and Socialist Practice*, Oxford, Basil Blackwell, 1981.

— *Working With Offenders*, Londres, Macmillan/BASW, 1985.

WALSGROVE, R., *Spare Rib*, pág. 25, 1986.

WALTON, R., *Women in Social Work*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1975.

WARD, E., *Father - Daughter Rape*, Londres, The Women's Press, 1984.

WARREN, L., *Older Women and Feminist Social Work Practice in Critical Social Work Monographs*, Coventry, Department of Applied Social Studies, The University of Warwick, 1985.

WARWICK FEMINIST SOCIAL WORK PRACTICE CONFERENCE GROUP, *Feminist Social Work Practice: Notes on the Conference*, Coventry, Department of Applied Social Studies, The University of Warwick, 1979.

WEBB, S., *Women's Depression and the Politics of Feminist Therapy*, no publicado, MA/CQSW dissertation, Coventry, Department of Applied Social Studies, The University of Warwick, 1981.

WEBSTER, B., *Bearing the Burden: Women, Work and Local Government*, Local Government Campaign Unit, 1984.

WEEKS, J., «Discourse, Desire and Sexual Deviance: Some Problems in the History of Homosexuality», en Plummer, *The Making of the Modern Homosexual*, Londres, Hutchinson, págs. 76-111, 1981.

WHITEHOUSE, A., «A Lot of Catching Up to Do», *Community Care*, 2 de mayo, 1985.

WHITLOCK, M. J., «Five more years of Desolation», en *Spare Rib*, núm. 180, julio, pág. 15, 1987.

WHITTINGTON, B., *Sexual Harassment: A Human Rights Issue*, trabajo no publicado, Victoria, University of Victoria, 1986.

WICKHAM, J., «The Politics of Depression Capitalism: International Capitalism and the Nation State», *The 1978 Conference of Socialist Economist Conference Proceedings*, Bradford, Bradford University, 1982.

WILKES, R., *Social Work With Undervalued Groups*, Londres, Tavistock, 1981.

WILKINSON, S., *Feminist Social Psychology: Developing Theory and Practice*, Milton Keynes, Open University Press, 1986.

WILSON, E., «Feminism and Social Work», en Bailey y Brake, *Radical Social Work*, Londres, Edward Arnold, 1975.

— *Women and the Welfare State*, Londres, Tavistock, 1977.

— «Feminism and Social Work», Bailey y M. Brake, *Radical Social Work and Practice*, Londres, Edward Arnold, 1980.

— *Only Halfway to Paradise: Women in Post-War Britain 1945-68*, Londres, Tavistock, 1980a.

— *What Is To Be Done About Violence Against Women?*, Harmondsworth, Penguin, 1983.

— «Thatcherism and Women: After Seven Years», *Socialist Register*, págs. 199-235, 1987.

WILSON, E., y WEIR, A., *Hidden Agendas: Theory, Politics and Experience in the Women's Movement*, Londres, Tavistock, 1986.

- WINSHIP, J., «A Woman's World: Women and Ideology of Feminists», en Women's Studies Group, *Women Take Issue: Aspects of Womens Subordination*, Birmingham, Centre for Contemporary and Cultural Studies, 1987.
- WINSHIP, J., «Reading between the Images: A Look at the Glosies», *Spare Rib.*, núm. 180, julio, 1987.
- WISE, S., *Becoming a Feminist Social Worker Monograph in Studies on Sexual Politics*, Manchester, Manchester University, 1985.
- WOLFFE, J., *Aesthetics and the Sociology of Art*, Londres, Allen and Unwin, 1983.
- WOLLSTONECRAFT, M., *A Vindication of the Rights of Women*, Harmondsworth, Penguin, 1975.
- WOMAN, «Where do the Parties Stand on Women?», 13 de junio, pág. 21, 1987.
- WOMEN AND MANAGEMENT DISCUSSION GROUP, «Women and Management», en la *Feminism and Social Work Conference* celebrada en el Goldsmith's College, Londres, noviembre, 1982.
- WOMEN IN SOCIAL WORK NETWORK, *Report on the Conference at Ruskin College*, Manchester, Department of Sociology, The University of Manchester, 1986.
- WOMEN'S CAUCUS OF THE INTERNATIONAL ASSOCIATION OF SCHOOLS OF SOCIAL WORK, *Women's Caucus Newsletter*, 1984.
- WOMEN WORKING PROJECT, *Women Working in the Eighties: Interim Report*, Bristol, Centre for a Working World, 1987.
- WOOD, E. W., *The Dynamics of Change: The Association of Community Workers, 1968-76*, ACW Internal Report, Londres, ACW, 1976.
- WWAF (Welsh Women's Aid Federation), *Available for Work*, Cardiff, WWAF, 1978.

## Índice

PREFACIO .....	9
AGRADECIMIENTOS .....	15
INTRODUCCIÓN .....	17
Principios que dan forma al trabajo social feminista .....	18
La naturaleza de la práctica feminista y su compromiso con el trabajo social .....	27
El desarrollo del trabajo social feminista .....	38
CAPÍTULO PRIMERO. EL COMIENZO DE LA INTERVENCIÓN DEL TRABAJO SOCIAL FEMINISTA: UN ENFOQUE FEMINISTA DE LA DEFINICIÓN DE LOS PROBLEMAS SOCIALES .....	43
La redefinición de los problemas sociales con una perspectiva feminista. «El género sobre el tapete» .....	45
Redefinición de los problemas sociales con una perspectiva feminista. Un proceso igualitario .....	57
El impacto de la definición y redefinición de los problemas sociales desde un punto de vista feminista en la práctica del trabajo social profesional .....	61
El desarrollo ulterior de la definición de problema con una perspectiva feminista en el trabajo social y los beneficios para el bienestar .....	71
CAPÍTULO II. TRABAJO COMUNITARIO FEMINISTA: NATURALEZA Y CONTRIBUCIÓN DE LAS CAMPAÑAS Y LAS REDES FEMINISTAS .....	75
La identidad de las campañas y las redes feministas .....	77

Los objetivos y los orígenes de las campañas y las redes feministas .....	83
El desarrollo de relaciones igualitarias en el seno de las redes y las campañas feministas .....	89
El impacto de las campañas y redes feministas en la sociedad general .....	103
Consolidación del trabajo de campañas y redes feministas.....	111
<b>CAPÍTULO III. UN ENFOQUE FEMINISTA DEL BIENESTAR EMOCIONAL: LA CONTRIBUCIÓN DE LA TERAPIA Y EL ASESORAMIENTO PERSONAL FEMINISTA.....</b>	<b>115</b>
Una teoría y una práctica para el bienestar emocional de las mujeres .....	117
El valor de las relaciones entre mujeres.....	130
«Amor romántico» y una alternativa amorosa .....	131
Un enfoque feminista/antisexista del bienestar emocional de los hombres.....	138
Liberación emocional para los niños .....	141
<b>CAPÍTULO IV. LA CREACIÓN DE UN TRABAJO SOCIAL INSTITUCIONAL FEMINISTA .....</b>	<b>145</b>
Introducción .....	145
La contribución del trabajo social radical y la crítica marxista.....	146
El desarrollo del trabajo social institucional feminista ...	153
Rasgos característicos de la práctica del trabajo social feminista en marcos institucionales.....	162
La creación de un trabajo social institucional feminista.	178
<b>CAPÍTULO V. LA CREACIÓN DE RELACIONES DE TRABAJO FEMINISTAS EN Y A TRAVÉS DEL TRABAJO SOCIAL .....</b>	<b>183</b>
El reconocimiento de la naturaleza compleja del bienestar material y de las condiciones de empleo de las mujeres .....	185
La promoción del bienestar de las trabajadoras sociales como trabajadoras .....	193
La promoción del bienestar material y grupos de clientas del trabajo social.....	200

Fomentar la conciencia de los intereses materiales comunes de las trabajadoras sociales y sus clientas .....	205
La contribución de las organizaciones «independientes» del trabajo social feminista.....	207
El énfasis en el logro de las relaciones de trabajo feministas en el trabajo social .....	211
Los beneficios de las relaciones de trabajo feministas para el bienestar de los niños y los hombres .....	212
<b>CAPÍTULO VI. EL DESARROLLO CONJUNTO: UNA PRESENCIA POLÍTICA FEMINISTA Y EL TRABAJO SOCIAL FEMINISTA.....</b>	<b>215</b>
Para garantizar el futuro del trabajo social feminista .....	217
La naturaleza de una presencia feminista en la política contemporánea .....	219
El futuro de una presencia feminista en política y la contribución del trabajo social feminista.....	238
<b>BIBLIOGRAFÍA .....</b>	<b>245</b>